

La Ciudad sin Torres

La Ciudad sin Torres relata el devenir de un lugar marcado por la desolación y poblado por una galería de personajes determinados por los cruentos enfrentamientos de la Guerra Civil. Constituye una novela de iniciación a la vida que cuenta cómo, en una ciudad andaluza de provincia y en plena posguerra española, unos niños cruzan las frágiles fronteras que delimitan los sueños y juegos infantiles y la realidad del mundo adulto para descubrir la amistad, el amor y el sexo, pero también la hipocresía, la crueldad y el terror asociado a un tiempo de fusilamientos, torturas, lucha obrera y cárcel. De aquellas experiencias agrídulces queda constancia gracias a los especiales acontecimientos que afronta uno de esos chicos y al rescate de un diario desgarrador y esclarecedor de algunos encubrimientos y muchos silencios.

Con La Ciudad sin Torres Narciso Climent manifiesta un profundo conocimiento de la intrahistoria de aquellos años, evoca la educación sentimental de una generación de españoles, reivindica la memoria como fundamento de la ficción y demuestra un alto oficio narrativo con el que consigue atrapar y emocionar al lector desde el primer instante.

José Jurado Morales
Universidad de Cádiz



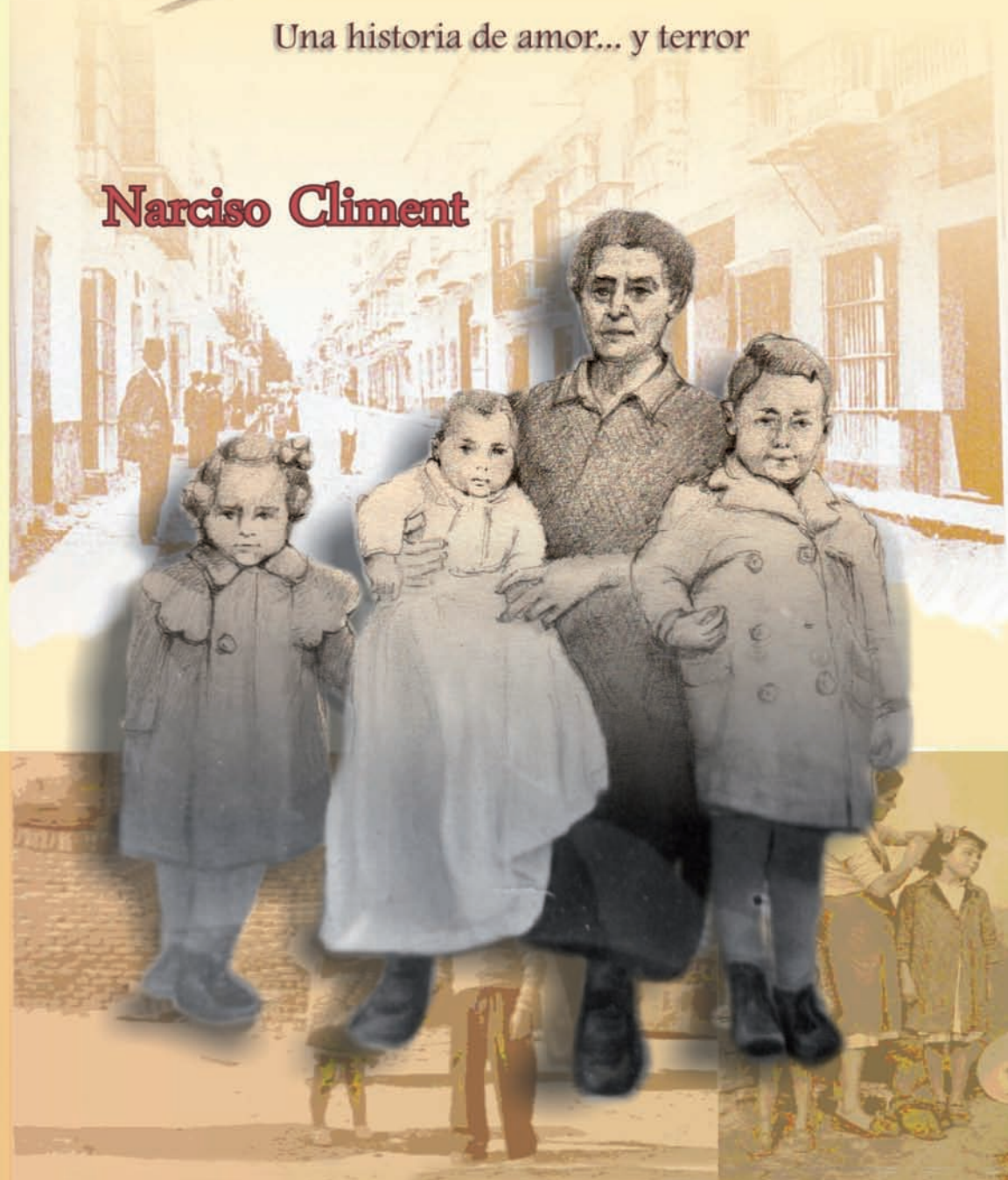
La Ciudad sin Torres

© Narciso Climent

La Ciudad sin Torres

Una historia de amor... y terror

Narciso Climent



ISBN 978-84-938796-6-2



9 788493 879662

***“Me salen a la lengua y a la boca ciertos pensamientos
que rabian porque los ponga en voz
y los arroje en las plazas
antes que se me pudran en el pecho o reviente con ellos”.***

Miguel de Cervantes: *Trabajos de Persiles y Sigismunda*.

A todas las víctimas de la crueldad,
el sinsentido, el fratricidio y la injusticia
de cualquier guerra, opresión o violencia.

LA CIUDAD SIN TORRES

Narciso Climent Buzón

Edita:



A.S.E.H.A.
ASOCIACIÓN SANLUQUEÑA DE ENCUENTROS
CON LA HISTORIA Y EL ARTE

© Narciso Climent Buzón

Portada: Antonio Rodríguez Romero

Imprime: Santa Teresa, Industrias Gráficas, S.A.
C/. Brezo, 4. Polígono Industrial Las Palmeras
Ctra. Sanlúcar-Chipiona, km. 1
11540 Sanlúcar de Barrameda (Cádiz)

Depósito Legal: CA- 44/2015

I.S.B.N. : 978-84-938796-6-2

1965

¡Cuánto me había cambiado en mi existencia todo lo vivido! Jamás pude intuir que mi vida fuese como resultó. Si alguien me hubiese preguntado hace años cómo sería mi futuro, de seguro que tan sólo habría acertado en una cosa: que durante toda mi vida amaría como nadie a mi único y gran amor, mi esposo Pablo, y a mi niña Anita. No podré olvidar el regalo que me hizo la vida un veintinueve de octubre de mil novecientos sesenta y cinco. Precisamente cuando poco antes me había clavado el destino el más doloroso de los rejonos, la muerte de mi amor, dejándome enlutada de llantos. Creo que así estaré hasta que un día pueda volvérmelo a encontrar. Aquel día veintinueve fuimos llamadas a visitar a un buen hombre. En su casa nos íbamos a presentar mi hija y yo.

Él llevaba en la ciudad unos veinticinco años. ¡Cuánto sufrimiento, cuántos dolores y, también, cuántas satisfacciones! Yo sabía que yacía enfermo en la cama. Había sufrido una fuerte recaída en su enfermedad. En otras ocasiones le había visitado. El ambiente observado en la casa siempre fue el mismo. Me resultaba familiar. En todo momento, su dormitorio permanecía en penumbra. Sólo unos finos hilillos de luz solar se colaban en aquella estancia, como se infiltra el agua por las secas hendiduras de la tierra yerma. Sincronizadamente, sonaban las campanas del reloj de la torre que, con su sombra, cobijaba aquella casa. Las campanadas parecían chocar sobre el ramaje de la esbelta araucaria del compás del templo. Algún que otro coche hacía sonar su claxon al torcer hacia aquella calle interminable, que partía el bajo de la ciudad en dos zonas inmensas, cansinas, amordazas en los nubarrones del pasado inolvidado que se escondía por los más recónditos rincones de la ciudad, de las casas, de las calles y, lo que aún resultaba más doloroso, por los entresijos por los que las vivencias trágicas entran en las conciencias, dejando detrás de sí una reja infranqueable que imposibilita la fuga de las mismas.

Las voces de los hombres, animados por los cuartos de manzanilla que consumían en el bar de al lado, mientras jugaban a las cartas, se mezclaban con los arrullos y zureos de las palomas cobijadas por entre los huecos de aquel templo-fortaleza. ¡Cuántas medidas ineficaces había empleado él para eliminarlas! Intento imposible. Eran como el sonido de aquellas milenarias piedras aferradas a dejar en el suelo un fino polvo de ellas desprendido. Eran como el susurro del viento de levante recorriendo los viejos muros. Los fantasmas nunca desaparecen de donde brotaron y se asentaron un día. Las palomas, tampoco.

Conocía sólo dos dependencias de la casa, el despacho y el dormitorio de don Ángel, por las veces que, en momentos de su enfermedad, había ido a verle. Siempre estaba todo igual en su dormitorio. El centro de la habitación lo ocupaba una cama de caoba de un color marrón ennegrecido. Tenía un esbelto cabecero con unas perillas en las puntas que ponían una nota de cierta creatividad en la severidad de la cama. Sobre el cabecero, colgaba de la pared una imagen de un Cristo en el momento de expirar en la cruz. A ambos lados de la cama, una mesilla de noche. Sobre la una, unos libros y, encima de ellos, un breviario de pastas negras y gastadas; sobre la otra, una bandeja de plata, y en ella un vaso de agua. El colchón reposaba sobre unas tablas que cruzaban de izquierda a derecha la cama y recaían sobre unas barras de hierro que, por la parte inferior, iban del cabecero a los pies. El colchón era de lana. Estaba cubierto por unas ligeras sábanas de Holanda y una colcha también blanca y con unas iniciales grabadas en su centro: A.G. Junto a la cabecera, unos grandes almohadones sobre los que se reclinaba el enfermo.

Desde muy joven tuve conocimiento de que eran ya muchos los años que hacía desde que él venía padeciendo aquella enfermedad. Lo hería cruelmente. Tal vez ya en los orígenes de su vida podría encontrarse la génesis de aquella dolencia que le acompañaría siempre y que le limitaría durante toda su existencia. Le venía acompañando inseparablemente una inflamación bronquial. Aparecía en cualquier momento y le producía broncoespasmos y hiperreactividad bronquial. Era superior a sus fuerzas. La crudeza de su carácter y sus frecuentes tonos de malhumor, por todos conocido y temido, tenía mucho que ver con ello. A pesar de que se proponía tolerarlo todo, como la cruz que el Señor le había enviado, el fragor de los frecuentes espasmos se le hacía intolerable.

Una carga de problemas, además de la asfixia que le hacía moverse por las calles con la clara expresión de que le faltaba el aire para respirar, llamaban a su puerta, especialmente cuando la enfermedad se había ido apoderando de sus pulmones. Con frecuencia, había tenido que limitar sus actividades pastorales en un extenso barrio, mi barrio desde el día de mi casamiento, que tanto le necesitaba y al que tanto se había entregado desde su llegada a aquella parroquia. Conciliar el sueño era con frecuencia para él un serio problema. No le dejaba descansar, por lo que, a la mañana siguiente, emergía de aquel tormento con un mal carácter que le acompañaba durante todo el día.

La verdad era que había aprendido a vivir con aquella enfermedad crónica. Él la sufría y quienes padecían, en ocasiones, los chispazos de su mal carácter lo comprendían y no se lo tenían en cuenta. Don Ramón, el médico, lo trataba tan frecuente como pacientemente. Velaba por él. Intentaba controlar, dentro de lo que le era posible en aquellas décadas de los cincuenta y de los sesenta, los síntomas más desagradables, reduciendo la severidad de los mismos. Con ello, durante años, había logrado que el paciente hubiese podido llevar una vida lo más normalizada posible. Lo visitaba con frecuencia, especialmente cuando don Ángel padecía algunas de aquellas crisis asmáticas.

Las palabras de don Ramón le aliviaba tanto como los productos farmacológicos que este le recetaba. Con él, don Ángel controlaba mejor la tos, disminuía los silbidos que generaba la respiración, e incluso se sentía más aliviado en la opresión en el pecho que siempre le acompañaba como un amor inseparable. Don Ramón ayudaba a don Ángel a controlar la ansiedad que brotaba del proceso de sus crisis asmáticas, y a aliviarla con ejercicios de respiración en sus largos paseos por las calles de mayor pobreza de su feligresía. Particular esfuerzo realizaba don Ramón para transmitir a don Ángel que no debía sensibilizarse tanto con los problemas que a diario veía padecer a sus pobres.

Siempre había afirmado el doctor a don Ángel que no se solucionaban los problemas con llevárselos a su casa o a la parroquia, porque, de esa manera, sufría más con ellos. Le recomentaba, casi le exigía, que los dejase allí donde los problemas estaban asentados, pues ya hacía bastante con sus esfuerzos por aliviarlos. Además, le recomentaba, tan frecuente como ineficazmente, que no trabajase tanto, y que saliese a dar algún paseo, pero no a donde estaban los problemas, sino a donde pudiera encontrar alguna relajación.

El médico estaba en lo cierto. Don Ángel se aislaba en demasía. La mayor parte del día se dedicaba a atender a sus feligreses, a los que visitaba por muy mal que se encontrase, pero la verdad era que, con harta frecuencia, padecía de un inseparable miedo que clavaba en su ser un verdadero pánico ante sus problemas respiratorios. Esta situación había llevado al doctor, en ocasiones, a pensar que, en algunos periodos de la enfermedad de don Ángel, había un tanto de neurosis obsesiva.

No obstante lo cual, don Ángel era un buen enfermo, por cuanto que, con tantas limitaciones, por nada del mundo dejaba las demás obligaciones pastorales, siendo extremadamente raro que acudiese a algún otro compañero para que lo sustituyese en algunos de sus compromisos. Algo sí que preocupaba a don Ramón. Eran las expresiones del fuerte carácter de don Ángel, por lo que daba una imagen que realmente no coincidía en nada con la realidad. Ni la tozudez, ni la aparente agresividad, ni los gritos a destiempo, ni sus impulsos imprevisibles correspondían a la bondad existente en su interior.

Y allí me iba a encontrar, una vez más, con don Ángel, si bien ahora las circunstancias eran otras y muy dolorosas. La enfermedad se había ido agravando con el correr de los años, habiendo empeorado en los últimos meses. Estaba en puertas de cumplir los setenta años. Muy lejano quedaba aquel diecinueve de enero de mil ochocientos noventa y cinco cuando vino al mundo en el pueblo sevillano de Morón de la Frontera. A don Ángel le gustaba ensimismarse en las ensoñaciones de sus recuerdos más profundos. Cuanto había vivido, hasta el momento, le parecía tan fugaz, tan huidizo. Aún así, alguna vez me dijo que solía proyectar, en sus ratos reflexivos y silenciosos, los recuerdos de las vivencias que más le acompañaban, por cuanto que muchas de ellas aparecían tan diluidas en el túnel del tiempo que dudaba, a veces, de si tan siquiera habían sido realidad o fantasía.

Era consciente, desde antes de lo de mi esposo, de que bien pronto acabaría su responsabilidad al frente de aquella parroquia en la que se había dejado una buena parte de su vida, como también lo era de que no estaría muy lejano el día de su partida definitiva de esta tierra. Le gustaba adentrarse en el recuerdo de aquellas vivencias, por muy dolorosas que estas hubiesen sido, especialmente cuando se encontraba esperando que viniese a visitarlo don Ramón. Le necesitaba. Necesitaba su presencia, sus palabras, sus bromas, sus historias locales, incluso hasta sus chistes. Don Ángel era consciente de que ne-

cesitaba, ahora más que nunca, la presencia y la atención de don Ramón, que ya no sólo era su médico, sino también su amigo y el compañero cirineo que le ayudaba a portar aquella enfermedad.

En estas esperas iba enlazando e intentando encontrar algún sentido a los momentos más importantes de aquella vida que estaba llegando a su final. Se veía obligado a ello porque, además, había ido perdiendo visión, por lo que la lectura de los muchos libros que había ido almacenando, en su extensa biblioteca, se le hacía imposible. El hecho de intentar leer se le había transformado en un tormento más que en un buen rato de relajación. Esta espina había venido a hincarse también en aquel árbol viejo que era don Ángel, por cuanto que había sido un lector empedernido y, consecuentemente, un hombre de extensa información y cultura. Muchos de aquellos libros se los había ido regalando a mi Pablo.

Mientras caminábamos hacia su casa, yo iba inmersa en estas reflexiones. Llegamos a ella. Hice sonar la campanilla de la puerta. Ya conocía cómo una de sus hermanas vendría a ver quién era. Sabía que me encontraría con la calculada frialdad de la que viniese a abrir, fiel y obediente al mandato del doctor de que se redujesen las visitas al mínimo. Don Ángel siempre sonreía imaginándose la escena, porque al mandato del doctor él había asentido, pero poniendo una condición, a nadie se le diría que don Ángel no podía recibir visitas, sin que previamente él se hubiese enterado de quién pretendía verlo y qué asunto le traía a su casa. Sus hermanas, con cara de pocos amigos y gestos, en ocasiones, poco correctos, mirando por la salud de su hermano, despedían de mala manera a quienes llamasen a aquella puerta, pero... antes estaban obligadas a informar a su hermano de quién se trataba. Era frecuente que don Ángel escuchase súbitamente, desde la cama, el portazo que alguna de sus hermanas daba a quien había llamado a la puerta de la casa. ¿Nos pasaría en aquella ocasión?

No fue así. No hubo portazo. La hermana de don Ángel, que nos abrió aquel día, nos saludó cordialmente. Era una novedad y grata. Nos dijo que esperásemos. Vimos y oímos los pasos lentos de aquella señora subiendo la escalera que accedía a la primera planta, lugar en que se encontraba el dormitorio de don Ángel. Informaría a su hermano de que éramos nosotras, y de que le habíamos dicho que don Ángel nos había enviado el recado de que viniésemos a verle. Desde la parte superior de la escalera, nos dijo la hermana de don Ángel que

subiésemos. Nos hizo pasar al dormitorio en el momento en el que don Ángel se estaba incorporando más en la cama, apoyándose en los almohadones que tenía a sus espaldas. Le dijo a su hermana que cerrase la puerta por fuera y que la llamaría cuando la necesitase. La hermana, antes de retirarse, le recordó el mandato del doctor don Ramón.

Nos acercamos a don Ángel. Le besamos la mano. Él se acercó la cara de mi hija y le dio un beso en la frente.

–¡Bendito sea Dios, que me ha permitido vivir este momento!
–dijo don Ángel.

Al parecer, por sus miradas y sonrisas pícaras, supuso que su hermana se afanaba detrás de la puerta por ver si lograba escuchar alguna palabra que la pusiese en pista de entender algo de aquella visita. Él lo sabía. Comenzó a hablarnos muy flojo, tal vez imaginándose los esfuerzos de su hermana por escuchar algo de sus palabras. Contemplándonos, sonreía emocionado. Nos preguntó cómo nos encontrábamos. Nos escuchó atentamente y nos transmitió palabras de aliento. Llamó a su hermana una vez que terminó nuestra conversación. Vino presta. Se acercó a don Ángel. Este se llevó la mano a una cadena que le pendía del cuello. Había en ella una pequeña imagen de un crucificado y, junto a esta, una llave. Se desprendió de la cadena. Abrió el cierre. Sacó la llave. Se la entregó a su hermana, ordenándole que abriese el cajón izquierdo de la mesa de su despacho y que trajese un paquete que había en él, forrado de papel, atado con cuerdas, y lacrado.

En tanto que la hermana volvía, el padre Ángel extendió su mano sobre mi hija, cogió su mano derecha y depositó en ella la cadena y la cruz, mientras le decía:

–Jovencita, esto es un regalo de este viejo cura. Póntela y no te la quites nunca. Sobre todo, sería mi deseo que la llevases el día de tu boda.

Fue el momento en el que entró doña Concha, su hermana, con el paquete en la mano, sin dejar de contemplarlo. El padre Ángel lo cogió y me lo entregó. Quedé extrañada y sorprendida. La hermana de don Ángel, más.

–Os entrego el mejor tesoro humano que jamás tuve en mis manos. Haced con él lo que tenéis que hacer.

Ni Anita ni yo salíamos de nuestro asombro. Nos acercamos a don Ángel y le besamos la mano. Doña Concha le entregó la llave. Este sonrió cariñosamente.

-Concha, deja el cajón abierto y la llave encima de la mesa del escritorio. Ya no hay nada de importancia que guardar.

Don Ángel sonrió cariñosamente. Lo vimos recogerse entre sus almohadones. Lo noté feliz. Con la intriga de saber el contenido de aquel paquete, salimos de la habitación. Bajamos la escalera, escoltadas por doña Concha. Ya en la calle, vimos dirigirse hacia la casa al doctor don Ramón.

Cuando llegamos a casa, abrimos con ansiedad el paquete. Contenía varios cuadernitos y un lápiz. Abrí uno de los cuadernos. Reconocí la letra inconfundible de mi Pablo. Nos abrazamos las dos. La emoción nos invadía. En los días sucesivos fuimos leyendo aquellos cuadernos con verdadera ansiedad. Estos relatos son nuestro tesoro.

1

Recordaba perfectamente el día en el que el padre Ángel llegó destinado a una iglesia de la ciudad. Fue en 1939. Yo estaba metido ya en los nueve años. ¡Qué tiempos aquellos! Cuando los recuerdo ahora, siento un escalofrío por todo mi cuerpo como si una interminable serpiente de hielo se fuese enroscando y enroscando sin cesar por mi interior. Es la verdad que en aquellos años casi no me daba cuenta de nada. Mejor, consideraba que todo lo que contemplaba a mi alrededor era normal. Pero lo cierto es que desde que venimos al mundo todo lo vivido perdura grabado en nuestras mentes imperceptiblemente, sin darnos cuenta. Ya de mayor, impera una imagen que, de alguna manera, transporta a la visión que hoy tengo sobre aquellos años.

Recuerdo que teníamos un perrillo flaco como un camaleón que era capaz de dar unos saltos enormes con tal de que le diésemos un trocito pequeñísimo de pan. A mí, aunque estaba tan flaco como él y tenía su misma hambre, me gustaba tirarle hacia lo alto un pedacito de pan. El perrito lo atrapaba en el aire y daba saltos de alegría. Mi abuela, aunque se llamaba Dolorcita, todos le decían en el barrio “La Comina”; la verdad es que no sé bien por qué. Hoy pienso que tal vez fuese porque era de cuerpo muy pequeño. Mi abuela, cuando me veía tirándole un trocito de pan al perro, me gritaba: –Pablito, que te va a castigar Dios, que con las cosas de comer no se juega, para eso estamos... para desperdiciar el pan... este jodido niño–.

El perrito, cuando íbamos a la playa y veía en la orilla un pescado muerto, y a veces hasta podrido, zas... se tiraba sobre él y se refregaba una y otra vez, como queriendo llevarse en sus pelos el pestilente olor que se desprendía de aquel cuerpo muerto. Hoy me adentro en los recuerdos de aquellos años y me veo reflejado en el ya olvidado perrito. Vivíamos rodeados de pestilencia, acostumbrados a ella de manera que parecía que no iba con nosotros. Pero... pasados

los años, es como una acordanza que vuelve y vuelve en los momentos más inoportunos.

La verdad era que para un niño de nueve años, por más hambre que tuviese, todo se aprovechaba para divertirse y jugar; pero en el fondo, sólo en el fondo, iba creciendo el monstruo de la realidad que tanto nos haría sufrir posteriormente.

Mi relación con el padre Ángel comenzó de una manera espontánea y natural. Yo había sido monaguillo con el cura anterior de la recordada vieja iglesia. Era aquel un hombre alto, delgado, elegante y de mal carácter. Se decía en el pueblo que tenía mucho chismito y que se le iban las manos detrás de las posaderas de las criadas, e incluso hacia algo más íntimo. No sé si lo de las criadas era o no verdad, pero lo de los chismitos ya lo creo que sí, porque vivía en una casa de mucho postín, en la que sólo puede vivir la gente de posibles. El padre Ángel vino a sustituirlo. Fue entonces cuando lo conocí, porque nos dejó a los tres monaguillos que siguiéramos siéndolo con él. Así que se produjo en aquella iglesia un cambio de cura, pero no de monaguillos. Allí seguimos el Pajarito, que así le llamábamos por lo flacucho que estaba por aquel entonces, y el Lápida. Este último apodo se le decía porque su abuelo era el que hacía las lápidas de los nichos de los muertos para el cementerio.

El Pajarito, el Lápida y yo nos divertíamos bastante. Además, pronto el padre Ángel nos empezó a dar unos bollos de pan blanco, que le decían vienas, con aceite y azúcar y una naranja para cada uno. ¡Casi nada! Los tres vivíamos cerca los unos de los otros, pero bien lejos del colegio al que íbamos. Yo acudía a uno que era propiedad de un cura. Estaba situado en su propia casa. Las instalaciones resultaban pequeñas y los niños estábamos amontonados. Había tres aulas o clases, según las edades de los alumnos. Todas situadas en la parte baja de la casa del director. En dos de las habitaciones estaban los niños mayores. Los atendía el cura-director. En el patio, con un techo muy alto de cristales, estábamos los más pequeños. Teníamos de maestro a un muchachote que podría tener unos diecisiete años y que había estudiado con los mayores. La presencia del cura nos infundía pánico. Tenía una voz aguardentosa que sonaba a truenos y relámpagos; una sotana negra con escurrideros por el pecho de la ceniza del tabaco al que era muy aficionado; y un bonete con el que se cubría la cabeza en todo momento.

Tres cosas me llamaban la atención del director de aquella escuela. Por una parte, su voz que sonaba a monstruo encerrado en una cueva, como consecuencia del tabaco apestoso que fumaba constantemente y que le dejaban marcas amarillentas en los dientes y en los dedos de la mano izquierda. Por otra parte, y esta más temible, la odiada regla de madera de la que nunca se desprendía y que servía para mantener el más férreo orden entre aquellos mozalbetes siempre asustados. Y por otra, las gafas. Tenía unos cristales gordísimos que le transformaban los ojos en muy grandes, de manera que parecían que estaban hinchados. Niños hubo que con sólo una mirada fija del cura se meaban por las patas abajo. A decir verdad, para qué ocultarlo, a mí me pasó una vez. Y de lo otro, de cagarme, también en otra ocasión. ¡La que se lió! Porque el patio estaba completamente cerrado. No había ninguna ventana. El olorcillo lo fue invadiendo todo. Los niños se reían. El maestrillo cogió la regla. Con ella en la mano se dirigía a nosotros para evitar la que se estaba formando. Pronto se dio cuenta de lo que había sucedido. Me delataron el color enrojecido de mi cara y las miradas inoportunas y chivatas de los demás niños. El maestro avisó al cura. Este entró en el patio como un verdadero huracán. De un tirón, y cogiéndome por el brazo, me puso de patitas en la calle. Ya en ella, seguí escuchando sus gritos de trueno.

–Cochambroso...además de que hace varios meses que tus padres no me pagan... me haces esta guarrada. ¡Ya cogeré a tu padre y le diré qué pájaro estás hecho! Fuera, fuera de aquí. ¡Vete!–.

Dolido por la asperaza de aquel cura-director y, entre las crueles carcajadas de mis compañeros, pude observar a las hermanas del cura, mirándome desde las galerías del primer piso de la casa con caras de cacatúas eternamente vírgenes.

Corrí como un desesperado hasta mi casa. Mi madre había ido al almacén, a ver lo que conseguía de fiado. Mis hermanas estaban en otro colegio para niñas pobres. Así que me quité la ropa y no tuve idea más brillante que esconder aquellos harapos pestilentes detrás del umbral del pozo, que por cierto estaba en la cocina. Me lavé como pude y me fui a la calle a esperar que terminase el tiempo de clase y los demás niños saliesen de la escuela. Llegó la hora de la comida. Mi padre no estaba. Había ido con el Lazareno en bicicleta a vender un saco de patatas de estraperlo a la ciudad de al lado. Al menos de eso me libré. Nos sentamos alrededor de la mesa. Parecía que nadie había notado

nada. Pero... sonó de pronto una voz de tiple que se me clavó en el cerebro como uno de los puñales de la Virgen de los Dolores. Era la vecina de arriba que, en su cocina, tenía también un brocal para poder sacar agua del mismo pozo.

–¡Dolorcita! ¡Dolorcita!– así llamó a mi madre, que tenía el mismo nombre que mi abuela La Comina. –¿Tú no hueles nada? Hija, porque hasta aquí llega una peste que no se puede aguantar. ¡Me está entrando una fatiguita! Mira bien, porque se ha tenido que cagar la gata. Esa putangona estará otra vez preñada... y de segurito que tiene diarrea–.

Yo no sabía cómo reaccionar. Ni me dio tiempo. Visto y no visto. Cuando menos me lo esperaba... zas... sentí sobre mi cara un guantazo de mano de buena moza. Mi madre no necesitaba más explicación, pero su contundencia fue fulminante. Sin escuchar a la defensa del reo, sin dar lugar a los testimonios de los testigos, sino que, con un juicio sumarísimo, acompañó aquel guantazo con un pellizco retorcido, mientras me amenazaba con que me iba a arrancar las “túñigas” de pellejo. La verdad es que nunca supe con precisión qué significaba eso de las túñigas de pellejo, aunque intuía que era lo del pellizco, pero llevándose entre los dedos algún trocito de piel como recuerdo del delito.

–¡Ya estás en la cama, so guarro, y prepárate para cuando venga tu padre! –.

Había pasado de momento la tormenta. Me fui a la cama. Estaba seguro de que mi padre ni se enteraría. Además, demasiados problemas tenía con afanarse por traernos a diario alguna comida que llevarnos a la boca, para preocuparse del pantaloncillo cagado de su hijo. Por otra parte, tenía la certeza de que, antes de que mi padre llegase, ya mi madre habría lavado aquella ropa, haciendo desaparecer las pruebas del delito. Otra cosa sería la vuelta al colegio. Sólo pensar que tendría que ponerme delante del cura-director me daba pánico, hasta el extremo de no fiarme del adecuado control de mis esfínteres.

2

El Pajarito iba a otro colegio distinto. Estaba cerca del mío y al lado mismo de la calle más ilustre del pueblo. El Pajarito era muy buena gente y tenía más suerte que el Lápida y que yo. Su abuelo era camarero, por lo que, aunque con un jornal cortito, en su casa nunca les faltaba la poleá de maíz con coscorrones de pan frito. Por otra parte, trabajando en un bar, a pesar de la escasez que había por todas partes, era comprensible que, además del jornal, alguna cosita pudiera arramplar el abuelo del Pajarito para su casa, que la necesidad es la necesidad. Incluso, en ocasiones, nos traía algo de lo que su abuelo les había llevado. Lo compartíamos en uno de los lugares predilectos para nuestros juegos, un lugar que se llamaba Cerro de Falón, aunque popularmente era conocido simplemente como Cerro Falón.

Cuando fui cumpliendo años y me afané a la lectura, supe algo más del Cerro de Falón. En aquellos años de lo único que sabía era de jugar. Y aquel sitio era extraordinario para ello. Un camino de tierra arrancaba de las últimas casas del Barrio Bajo, camino estrecho y con árboles a derecha e izquierda. A ambos lados del camino había cerros y más cerros y, tras ellos, navazos tras navazos. Lo único que se escuchaba por aquel lugar eran los ecos cantarinos de los pájaros y el grito de alguna madre que, con la garganta descosida, llamaba, con voz de trompeta enloquecida, a su hijo o a su hija. –¡¡Carmelitaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa, ven pacá, que te voy a rancar la trenza de cuajo. Será putona la niña. Deja que te coja. Carmelitaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!!– A veces, se apagaba la voz, dejando tras de sí como un eco que tardaba en marcharse. En otras, como hacíamos en la iglesia antes de la misa tocando los tres toques para avisar al vecindario, aquel griterío ordinario y bajuno se repetía algunas veces más, porque quién podía saber dónde se encontraba la Carmelita.

Aquel camino de tierra, escoltado por cerros y arboleda, llegaba hasta la mismísima playa, fundiéndose en ella con sus arenas. Era como

un río polvoriento que iba a desembocar a la mar de arenas blancas y salvajes que se extendían en paralelo a los pies de todo el ríomar. Todo aquello seguía siendo una suerte de arenales selváticos, pero no así la línea perpendicular a este camino y paralela a la misma playa. Mi abuela Dolorcita me contaba que ella había conocido toda aquella zona completamente invadida de arena desde el puerto hasta más allá de Montijo, pero que, cuando comenzó el siglo XX, los responsables del Ayuntamiento, secos como la mojama, se pusieron a vender parcelas de aquel lugar a gentes de posibles y estas comenzaron a construirse unos hotelitos para pasar el veraneo cerca de la playa. Mi abuela había puesto a servir a sus hijas en aquellos hotelitos, y también ella misma se había arremangado y trabajó de cocinera y de costurera, durante unos veraneos, en algunos de ellos. Hasta que llegó “aquello”. Esta era la palabra tabú que empleaba mi abuela. Al principio yo no sabía lo que había sido “aquello”. Posteriormente me iría enterando de todo.

La verdad es que en el Cerro Falón de nuestra infancia el contraste era tremendo. En aquellos años sólo me producía sorpresa y, a qué ocultarlo, miedo, sobre todo cuando se nos hacía de noche jugando por la playa. Al volver de ella, veíamos aquellos caserones oscuros y solitarios. Parecían monstruos, llenos de ojos por todas partes, que nos contemplaban asechándonos para darnos un zarpazo cuando menos lo esperásemos. Ya más tarde, al acompañar al padre Ángel por aquellas calles inmundas del barrio marineró de su feligresía, con la gente hacinada en habitaciones miserables, y al contemplar tanta miseria, surgía de mi interior sentimientos de una desconocida rebeldía. Por una parte, contemplaba aquellos hotelazos cerrados gran parte del año y, por la otra, iba conociendo a aquellas criaturas muriéndose de pobreza. Mayor era el contraste sabiendo que aquellos hotelitos fueron construidos por los mejores arquitectos del momento para la gente del granderío de Sevilla y hasta de Madrid. Que si los Adam, que si los Garvey, que si los González Montero, que si los Villamarta, que si los Ibarra, que si los Llorent... Más de una vez me pregunté de dónde vendría el nombre de Cerro Falón, porque lo de cerro estaba claro, pero lo de Falón no lo sabía ni mi maestro, a quien una vez se lo preguntó un niño atrevido.

-Niño, no digas más guarradas. ¡¡Que te calles!!-, fue la respuesta del maestro. ¿Para qué dijo aquello? Desde entonces estábamos intrigados por aquel nombrecillo. El hecho de que el maestro hubiese dicho lo de guarrada como que nos puso alerta para

ver qué había detrás. Pero, por otra parte, con lo que había pasado, con el misterioso “aquello” de mi abuela, nos extrañaba mucho más lo de guarrada. Con el paso del tiempo llegaría a saber que no se trataba de ninguna guarrada, sino de una incultura despendolada del maestro. ¡Mira que decir que Falón era una guarrada!

La verdad era que el pueblo, soberano a la hora de poner y quitar nombres, tenía desde los tiempos más antiguos la costumbre de denominar a una calle con el nombre de la persona más popular que viviese en ella, fuese la popularidad por lo que fuese. Y resultó que, por aquella parte de los arenales, montó su particular negocio un vecino llamado Juan Bernardo Fallón. Este pidió a los señores del Ayuntamiento, a mediados del siglo XVIII, que le dejasen allanar una parte de aquellos cerros. El Ayuntamiento se lo concedió. ¿No se lo iba a conceder si aquellos cerros eran un problema, porque retenían las aguas de correntía de la parte alta de la ciudad y se formaban en aquella zona verdaderos lodazales pestilentes? Además el tal Fallón había colocado sobre la mesa del Ayuntamiento tres mil reales de vellón, no sólo para allanar parte de aquellos cerros, sino para abrir entre ellos un camino que llegase hasta la mismísima playa.

Resultaba evidente que aquel hacendado daba reales para recibir a cambio tierras, porque su proyecto no era otro que, una vez allanada la suerte de tierra más próxima a las últimas casas del pueblo por aquella parte, construir una fábrica de aguardiente, unos almacenes y una bodega. Así que, por donde los niños jugábamos, antiguamente se transportaba materiales de la propiedad de aquel señor desde la playa hacia sus almacenes y desde estos hacia la playa. No quedó ahí Fallón, sino que poco después volvió a pedir al Ayuntamiento más cerros. Se lo concedieron aquellos regidores. En ellos mandó construir el inquieto caballero navazos, arboledas y huertas. El Ayuntamiento quedó como loco y ansioso de que Fallón siguiese allanando cerros hasta el mismísimo Coto de Doña Ana. ¿Cómo se iba a llamar aquella zona sino la de Fallón? Pero ese nombre al pueblo como que no le sonaba bien. Simplemente eliminó una l y quedó en Falón. Y todos tan contentos.

Era por aquel idílico Cerro Falón de nuestra infancia por donde, entre cosas que no vienen al caso, nos deleitábamos con las viandas que el Pajarito nos traía de su casa al Lápida y a mí. Y luego a jugar hasta caer extenuados. El Pajarito era un niño tan tímido como buena

gente. Era más alto que el Lápida y que yo. Tenía el pelo negro y enrizado, con un flequillo que le caía sobre la frente. Hablaba poco. Sobre todo cuando jugábamos un grupo mayor de los niños y niñas de aquellas calles, el Pajarito bajaba los ojos y parecería encerrarse dentro de su caverna interior... y mira que todas las niñas de nuestra pandilla estaban por él. Cuando alguna más atrevida se acercaba a él y le daba conversación, el Pajarito se ponía rojo como una granada y contestaba con monosílabos, a pesar de que algunas de nuestras compañeras de pandilla fueron atrevidas y busconillas con nuestro buen amigo. Pero él... nada de nada. Sólo parecía reactivarse cuando estábamos juntos los tres amigos más íntimos: el Lápida, él y yo.

Recuerdo que la casa del Pajarito estaba en una calle de las antiguas del Barrio Bajo. Él vivía en la primera planta. El bajo estaba siempre oscuro. Vivían en él unas mujeres extrañas, especialmente una vieja que gritaba a todo niño que pretendiese subir la escalera hacia la planta primera.

-¿A dónde coño vas? Arriba no hay nadie. So chivo, que te he dicho que no hay nadie. Mira la poca vergüenza que tiene el niño este, ¡Como te trinque, te vas a enterar, te voy a partir esa cabeza de adoquín que tienes!

Mientras gritaba tenía una escoba en la mano y, a pesar de la rapidez con la que subíamos las escaleras, más de una vez le veíamos la boca carente por completo de dientes. Vestía de negro, con un vestido desteñido que le llegaba hasta los tobillos, se cubría el cuerpo en invierno con una especie de pañolón del mismo color, y en verano con un paño también negro que le cubría la cabeza y buena parte de la cara. En el oscuro patio, entre algunas macetas de geranios sembradas en grandes latas de productos alimenticios, había una ventana, siempre oscura, siempre misteriosa. Desde su interior se oían unos gritos que parecían inhumanos, más propios de algún animal desolado por vivir en cautividad. Por todo ello, solíamos ir pocas veces a casa del Pajarito. Preferíamos esperarlo en la esquina de la misma. Porque, además, en su casa, aunque no se produjesen en algún momento aquellos gritos, había también un clima de misterio, de silencio sobrecogedor. Cuando llamábamos al portón de arriba de la escalera, nos abría la hermana del Pajarito, a la que llamábamos la Guindilla. Era una muchachota de unos diecisiete o dieciocho años, de mirada triste y de voz áspera. Siempre, cuando veía que éramos el Lápida o yo, decía lo mismo.

-Ahora viene, no entréis, esperadlo aquí.

Y se iba tan misteriosamente como había venido, no sin antes habernos contemplado detenidamente con su mirada sombría. Jamás la había visto por la calle y nunca me enteré de si iba o no a algún trabajo. Todo aquello nos intrigaba a mí y al Lápida, pero no nos atrevíamos a preguntarle nada al Pajarito, para no ponerlo en evidencia, porque él nunca nos hablaba nada de ello y además... era tan bueno con nosotros.

De lo que sí nos hablaba era del colegio. Sencillamente no le gustaba. El maestro era tan bueno que los alumnos hacían lo que les daba la gana, y así avanzaban muy poco en conocimientos y en educación. Estaba ubicada la escuela en una calle que llamaban Angosta y que era prologación de una de las principales de la ciudad. Se encontraba aquella escuela en una habitación de la parte alta de la casa, en la que había vivido un importante médico de la ciudad, don Antonio; y sobre un freidor de pescadito. Los olores del freidor ponían en funcionamiento los jugos gástricos de los alumnos, hasta el extremo de que muchos de ellos padecían de “angurria” –como repetía con reiteración el maestro sin moverse de su sillón– y estaban constantemente pidiendo permiso para ir al retrete, de manera que las colas se hacían interminables, así como el trasiego por los pasillos existentes entre las filas de las bancas donde nos sentábamos los alumnos.

Cada una de las bancas era para dos alumnos. Tenían todas ellas una ligera inclinación hacia estos para hacer más cómoda la escritura y la lectura. En la parte superior, dos hendiduras redondas en las que estaban incrustados los tinteros con tinta negra, y bajo ellos una línea en forma de plumero para depositar en ella la pluma de escribir. Cada niño tenía un cuaderno de escritura y otro de cuentas; un lápiz y un borrador. Era el único material que los niños traían y llevaban a sus casas para hacer la tarea. Los alumnos, unos cuarenta, formaban fila en el patio inferior. Alineados, subían las escaleras y ocupaban sus lugares, al principio fijos, pero, a medida que los más gamberros se iban significando, estos eran situados en los primeros puestos, para así estar más cerca del control y de la temida regla del maestro. Al empezar las clases, se rezaba un padrenuestro, un avemaría y un gloria. Gritaba el profesor “Viva España”; contestaban lo mismo los alumnos. Seguía “un Viva Franco”, hacían otro tanto los niños. Y concluía con “España, una, grande y libre”, también coreada

por los alumnos. Luego, el maestro cogía una tiza. Se dirigía a la pizarra. Escribía en ella el día, el mes y el año en que se estuviese. 1939, PRIMER AÑO DE LA GLORIOSA VICTORIA.

A continuación, el maestro ordenaba a dos niños, de los mejores, claro, que repartiesen una enciclopedia por banca, único libro que había en la escuela. Las mañanas se dedicaban monótonamente a Historia Sagrada, Lengua Española e Historia de España. Tras ello, los alumnos tenían un tiempo para comer lo que sus madres les habían preparado en unos modestos recipientes. Algunos llevaban una cantimplora de agua. Casi siempre era la misma comida: una tortilla de patatas, pan y una naranja. Los de más posibles hacían alarde de un plátano. Reiniciadas las clases, se trataban otras asignaturas, como Matemáticas, Geografía, Higiene y Formación Política. Por la tarde se hacía un descanso y se daba a los niños, por parte del Ayuntamiento, unos días un vaso de leche; otros, un trozo de chocolate; y otros, una naranja. Tiempo hubo en que la entrega de estas meriendas se hacía en días alternos, los pares a unos niños, y los impares a los otros.

Al Pajarito le gustaban las clases tan poco como al Lápida y a mí, aunque estuviésemos en colegios distintos. Muchos años después, el Pajarito aún repetía que no se le iba de las fosas nasales el olor a orines y a naranjas, si bien repetía que hasta recordaba el olor de la enciclopedia, de la tinta y hasta de los mismos lápices.

3

De la casa del Lápida bien poco podría decir. Poco, porque apenas entrábamos en ella, no sé si porque él sentía vergüenza de que entrásemos; o porque, tal vez, nosotros experimentásemos algo de molestia y miedo al entrar en ella. Tal vez, por ambas razones. No era realmente lo que se dice una casa, porque la mía era bien destartalada, pero había en ella luz, palabrerío y habitualmente buenas relaciones entre los muchos vecinos de los partiditos de aquella extensa casa de vecinos. La del Pajarito era oscura y rodeada de peligros, fantasmas y sorpresas, como la vieja loca del bajo, el griterío de la criatura extraña que nunca habíamos visto y las rarezas de la hermana del Pajarito, que parecía que era la única persona que habitaba el alto de la casa, porque nunca vimos a nadie más. La del Lápida, sin embargo, era lo que el vecindario llamaba una “sesoria”, como la denominaba la gente de esta tierra, que tiene una capacidad de inventar que es de arte, porque, como difícilmente habían visto escrita esta palabra, dado que analfabetos había tantos como pobres y pobres de solemnidad, reproducían sencillamente lo que habían percibido al escuchar la palabra. Y eso sí, por el camino más corto. La verdad no es que estos adaptadores de palabras se holgaran ni mucho ni poco de ello, sino simplemente que no eran de más comer cultural.

El Lápida vivía en una accesoria que pertenecía a la casa de al lado de la misma y que su abuelo tenía alquilada por razones que no vienen al caso. Aquel callejón infame no estaba ni mucho ni poco en consonancia con aquella calle donde tantas casas linajudas había. Algunas, las menos, seguían manteniendo su vieja calificación de mansión de gentes de posibles; otras, las más, habían venido a menos y tenían más hambre que una garrapata en un peluche, pero bueno así era... y punto. Consistía en un callejón largo, oscuro, maloliente y fúnebre. Al fondo había una cama, con un colchón relleno de paja, en el que dormían el

Lápida y su abuelo. Este, con la cabeza sobre la almohada que se encontraba bajo el cabecero del camastro; y el Lápida, con la cabeza en un cojín que colocaba junto a los pies de aquel lecho pobre y sin aliño. Era una manera de proclamar que allí dormía una pareja, pero que no era al uso, sino que la necesidad había creado aquella situación.

Junto a la cama había una pequeña mesa. Servía para comer lo que el abuelo cocinaba en el infiernillo que estaba situado en un rincón sobre un banco de madera. Junto a él, un palanganero con su palangana y una toalla siempre sucia y maloliente. Y delante, y a la vista del público que pasaba por aquella calle, se encontraba la mesa de trabajo del abuelo. Allí cincelaba las lápidas con los datos personales de los fallecidos para ser colocadas en las tumbas y nichos del cementerio. Ni que decir tiene que el polverío que reinaba en aquella cueva corría parejo a la jindama que sentíamos cuando desde la puerta le preguntábamos al abuelo por el Lápida.

–Mi nieto no se llama Lápida, se llama “ezú”. Malditos críos que se los lleven cien mil demonios–, respondía siempre el abuelo con un grito tan fúnebre como aquel ambiente. Por todo lo expuesto, preferíamos esperar a Jesús, El Lápida, en la esquina de su casa. Él lo sabía y lo agradecía, porque le evitábamos así pasar un mal trago. En ocasiones, lo recogíamos a la salida del colegio.

Nuestros colegios en aquellos años no servían para aprender. Bueno, precisando, no servían para aprender cosas buenas, porque resultaban verdaderas universidades para facultarnos en el arte de la pillería. Para los maestros aquello era una tarea insostenible, que ni siquiera les daba para apenas subsistir. Las “instalaciones”, que es un decir, carecían de lo más elemental. La suciedad reinaba por todas partes. Así que, ante la regla asida por la mano del maestro, había que hacerse docto en el arte de la picardía. El más pícaro era quien menos reglazos recibía. El más tontorrón, el que más calentitas tenía las manos por las “ejempificantes llamadas al orden” del maestro.

El bueno del Lápida estaba frecuentemente en el segundo grupo. Ya aprendería, pero de momento permanecía muy poco maleado. El maestro del Lápida tenía tres costumbres que hacía la clase más llevadera. Una, que siendo fumador empedernido, se salía con excesiva frecuencia de la clase a echar un cigarrillo... o dos... o tres... Al frente de la misma, para velar por el orden público, dejaba al matón de la clase, un niño que, para mayor inri, le llamábamos “El Bizco”; a decir

verdad, no lo era, pero tenía un ojo un tanto despistadillo, como decía su madre: –Mi niño no es bizco, sólo que mete un poquito un ojo–. La maldad infantil hizo lo demás. Cuando el maestro salía a sus asuntos, eso sí, dejaba al Bizco con la delegación de las preceptivas facultades correspondientes al maestro, la regla en la mano.

El matón veía el cielo abierto. Era el momento de aprovecharse de aquellos por los que sentía mayor grado de desafecto. ¡Qué mala uva tenía el marrano a la hora de largar reglazos a troche y moche! Y sobre todo cuando el maestro, ya puesto en órbita placentera de ocio y con la clase en orden, se adentraba sibilinamente por la segunda de sus costumbres: marchar a la tasca de la esquina y cargarse media botellita de manzanilla, con unos altramuces que casi siempre quedaban en el plato, pues a lo que iba era a lo que iba.

La tercera costumbre resultaba de puro arte. Era la que generaba mayor grado de clases prácticas de picardía. Aquel antro, como resulta de evidencia, era más frío que las neveras en que los pescaderos guardaban el pescado para vender en la plaza. Pero, en los buenos días de sol, llegaba aquel maestro con tres o cuatro cigarrillos fumados y media botellita de manzanilla en el cuerpo. Entraba en la clase. Todo estaba en orden. Recogía del matón la vara de mando. Lo mandaba sentarse. Ponía a un alumno de pie a leer, mientras que él recuperaba su asiento.

Un solecito entraba por la ventana, jugueteón, acariciante, sugerente... e iba a dar en la mismísima espalda del maestro. ¡Qué placer! Los alumnos miraban expectantes. Las sonrisillas picaronas comenzaban a emerger en una complicidad compartida. Y el sol, a las suyas. El maestro abría y cerraba los ojos. Los alumnos seguían esperando, hasta que ¡zas! Se producía el momento deseado. El maestro no sólo se había quedado dormido, sino que roncaba más que Polifemo en su gruta. Los pícaros alumnos pactaban silencio. Ni un ruido, ni una tos, ni tan siquiera un susurro ni un leve suspiro. Y el maestro dormía y roncaba. Pasaban los minutos. Pero siempre en toda cesta de límpidas manzanas emerge alguna podrida, de ahí que aquellos pícaros, contemplando la proximidad del final de la clase y la salida de la escuela, pugnaban por ver quién era el que rompía súbitamente aquella imagen tan candorosa. Y la ruptura llegaba.

En ocasiones, el clima se rompía por el ruido de la enciclopedia tirada bruscamente al suelo, o golpeando la cabeza de otro alumno, o la tabla del asiento alzada y dejada caer con fuerza. En alguna ocasión,

un osado pícaro se atrevió a gritar, como voz que surgía del mismísimo infierno: ¡¡¡¡Fuegoooooooo!!!! El maestro pegaba un salto como si le hubiesen sacado una muela sin anestesia. Lanzaba el atropellado mitin de quien, aun sin quererlo reconocer, tardaba en darse cuenta de la situación. Amenazaba con castigos horrendos. Días hubo en que incluso castigó a los alumnos a salir del colegio una hora más tarde, pero pronto comprobó que aquel castigo lo habría de sufrir también él, así que recurrió a otro.

–Mañana me traen escrito mil veces: “Tengo que portarme bien en clase”–. La medida era inútil. Los alumnos pronto se dieron cuenta de que tales papeles iban directamente a la papelera en cuanto ellos salían de clase, así que se limitaban a escribir varias páginas y a entregar las demás en blanco. Sabían que el maestro no las leería. Tenían conciencia también de que el maestro estaba atado de pies y manos, porque podrían ser descubiertas, de manera oficial, sus frecuentes ausencias de donde en ningún momento se podía marchar. El maestro era consciente de que, mientras no surgiese ningún tipo de conflicto de más alcance, nada pasaría, porque ni las autoridades, ni mucho menos los padres, estaban en situación de preocuparse con asuntillos de tan poco interés con la que estaba cayendo en la ciudad y en la nación entera.

Pasados los años, leí en cierta ocasión una frase de un argentino, creo que se llamaba Roberto Pettinato, que me hizo recordar aquellos primerizos años de nuestra existencia: *“La risa cura, es la obra social más barata y efectiva del mundo”*. ¡Y es que había tanto que curar en aquellos oscuros años de la inmediata posguerra civil española!

Los tres éramos amigos inseparables. El tiempo me haría ver que la caprichosa fortuna había trazado para nosotros un itinerario vital parecido y una forma de ser que, de alguna manera, nos igualaba aún más. Llegaríamos a vivir experiencias distintas y a seguir caminos distantes, pero aquellos años infantiles nos dejarían realmente marcados, de manera que, aunque con el correr de los años, tardásemos algún tiempo en vernos, cuando nos veíamos parecía que habíamos estado juntos el día anterior. Nuestra amistad era íntima, pero en nada excluyente. Teníamos otros amigos y otras amigas con quienes compartíamos largos ratos y de los que indudablemente aprendíamos bastante, porque en ellos la gama de caracteres y de experiencias resultaba bien distinta entre ellos y con nosotros.

Uno de los lugares predilectos para nuestros juegos en aquellos años era un sitio idílico para nosotros. Le decían “El Huertecillo”. Tenía todas las características adecuadas para cualquier clase de juegos y para otras cosas más. Se trataba de un callejón de arena como la de la playa, que subía desde el Barrio Bajo de la ciudad al Barrio Alto. Para nosotros era una auténtica selva, llena de matorrales silvestres y de unos árboles enormes que, cuando volvíamos ya de noche de nuestros juegos, apremiados por el griterío de nuestras madres y la amenaza de sus rápidas babuchas, a las que temíamos como si de mordeduras de víboras se tratasen, aquellos árboles tan altos y de frondosidad impresionante nos parecían verdaderos monstruos de un ayer reverdecido.

No sé qué nos inyectaba más miedo en el cuerpo; si las amenazas y gritos de nuestras madres, o aquellos árboles fantasmales. Lo cierto es que corríamos como verdaderos galgos. Habitualmente, cuando se venían a jugar niñas amigas nuestras, estas solían volverse más temprano, porque así se lo exigían sus madres. No

obstante, algunas se hacían las remolonas, recibiendo a su regreso, a las primeras de cambio, los correspondientes alpargatazos y pellizcos retorcidos de sus progenitoras, y eso cuando no se producía una colaboración más convincente de las correas de sus padres. Aquello sí que era instrumento eficaz para disuadir, al menos durante cierto tiempo, de la tentación de la tardanza en la vuelta a la casa al tiempo adecuado.

Nos resultaba agradable y bucólico un riachuelo que bajaba por el centro de aquel camino, especialmente en los tiempos lluviosos, y pasaba por un pequeño puente que había al comienzo del Callejón del Huertecillo. En aquel lugar jugábamos a coger ranas. Nos costaba trabajo a veces cazarlas por los saltos que daban y porque, cuando había agua, buceaban de manera que era imposible cogerlas. Las había de varias clases. Cuando llevábamos algunas ranas vivas a casa, nuestras madres las tiraban al pozo, porque decían que traían buena suerte; pero alguno de nosotros, más atrevido o tal vez más cruel, jugaba a descuartizarlas para ver lo que tenían por dentro. Cuando esto pasaba, las niñas salían corriendo despendoladas, gritando:

–¡Qué guarros! ¡Mancha de asquerosos! ¡Tíos mierdas! ¡Ya no venimos más! ¡Os vais a buscar otras novias! ¡Apestosos!

Nosotros, cuanto más gritaban y corrían, más nos reíamos y corríamos detrás de ellas para tirarles encima alguna rana descuartizada. Para que mis amigos no se metieran conmigo, yo disimulaba que a mí también me daban asco aquellos bichos. Especialmente repugnantes me resultaban sus ojos prominentes y tan cercanos entre sí que me parecía que se me iban a clavar en cualquier momento; los puntillos oscuros que tenían sobre la piel, que me recordaban las pulgas del “soberao”; los tímpanos tan redondos; sus largas patas con cuatro dedos larguísimos terminados en punta en la parte delantera, y, sobre todo, las patas traseras, que parecían que de un salto se iban a tirar encima; la boca como saco sobresaliente; su colorido verdoso, que me traían el recuerdo de los salivazos asquerosos que los viejos tiraban por las calles; y la piel lisa, tan desagradable al tacto. Cuando me daba el vómito era cuando veía a una rana devorando alguna presilla que hubiese logrado. Y cuando se ponían a croar más repugnancia aún me generaban. A pesar de aquellos sentimientos, yo siempre los disimulé, de manera que ninguno sabía el cosquilleo que me entraba cuando nos dedicábamos a aquellos juegos.

Las niñas eran muy sabihondas. Como el camino era largo y se hacía dificultoso por el arenal que había en él, nos incitaban y decían:

– Si queréis que seamos vuestras novias nos tenéis que llevar a cuestras; si no, no hay nada que hacer.

Y allá que íbamos nosotros cada uno con una de las niñas acuesta. El pitorreo llegaba cuando no estábamos emparejados. Si había más niños que niñas, estas, picaronas, gritaban:

– ¡Anda, Lápida, tráete a cuestras a tu novia, el Pajarito!

Otro tanto decían si eran más las niñas que los niños, extremo este que ocurría en escasísimas ocasiones. La verdad era que nos divertíamos y que, de esta manera, entre bromas y menos bromas, fuimos descubriendo infantilmente las punzadas de temblores que el sexo nos hacía emerger desde la boca misma del estómago. Cuando nos cansábamos de la caminata, nos metíamos entre los matorrales del camino. Algunos eran verdaderas cuevas, rodeadas de pinos piñoneros, de retamas, de barrones, de lentiscos, de romero y de otras plantas.

Era muy frecuente que, por aquel entorno, nos encontrásemos con camaleones, pero con estos no queríamos juegos, porque nos parecían, cuando alguna vez los cogíamos con las manos, como tocar el cuerpo de un muerto que se había empezado a pudrir por dentro. Además, las mujeres decían que eran animales con mucho “malage”, porque traían muy mala suerte a los que los cogiesen. Lo que sí nos gustaba era correr tras las lagartijas. Algunas veces, cuando cazábamos alguna, se la echábamos a las niñas por dentro de la ropa y estas, gritando como locas, se iban quitando todo lo que llevaban puesto, quedándose algunas como sus madres las habían traído al mundo. Esto generaba risas y carreras, no exentas de jugueteos que solían terminar en algún que otro revolconcillo infantil, preludio del despertar sexual por muy infantiles que fuesen aquellos juegos.

Cuando traigo a mi memoria estos recuerdos, aún guardo en ellos el agradable olor que invadía aquel camino, pues estaba rodeado a izquierda y a derecha de quintas y de huertas, lugares de descanso y de laboreo; del trinar incansable y cantarino de muchas especies de pájaros cobijados en la espesa arboleda; de los manantiales y pozos cristalinos; y de las sombras de las sensuales moreras que cobijaban, en su caminar cansino desde las suertes de tierras de allá por donde las Algaidas, a los “privaeros”, que desde sus casitas, todas iguales, venían a limpiar las pozas sépticas y llevarse el contenido de las

mismas para abono de sus navazos, aunque tuviesen que esperar, bajo aquellas moreras, a que fuese de noche para efectuar la misión que venían a cumplir, pues de día estaba prohibido realizarla.

Salvo alguna pelea entre chiquillos, aquel no era lugar de pendencias entre pandillas; para ellas estaban reservadas otras zonas de la ciudad. Aquel lugar era protagonista de historias recientes o de leyendas, dado que el pueblo, a la hora de echar a volar la imaginación, posee una creatividad que supera a la del mejor de los narradores. Había un caserón inmenso cerca de aquel camino. Se decía de su inquilina que era una marquesa venida a menos, pues había sido riquísima, pero que, por cuestiones de índole política, había perdido su capital y parte de su cabeza. Se rumoreaba que era bellísima. Tenía la costumbre, a las horas más calurosas, de desnudarse con las ventanas abiertas, de manera que hombres y zagalerío se acercaban discretamente a las proximidades del caserón para contemplarla desnuda.

También se decía que un torerillo de tres al cuarto andaba siempre merodeando por aquellos contornos, con un sombrero de ala ancha sobre su cabeza y ropas camperas. Contaba a todo el mundo que la marquesa era su novia, pero que, como esta había sufrido tanto, él también penaba por ella mal de amores. La verdad es que nosotros nunca vimos por aquel lugar a la marquesa, ni a los fisgones, ni al torero. A este último lo habíamos visto alguna vez por el pueblo. Incluso llegó a torear, aunque esto es un decir, porque el miedo lo tenía a esportones y si lo contrataban era para inducir al pitorreo de la concurrencia que, con tales intenciones, se acercaba a la plaza de toros de la ciudad.

Mi abuela, en aquellas historietas que nos contaba cuando no había luz por culpa de los interminables apagones que se producían en la ciudad después de la guerra y durante muchos años más, nos narraba, sentaditos junto a la mesa-estufa, calentitos por la copa de cisco, e iluminados por un quinqué de petróleo (petrolío decía todo el mundo), historietas sobre este torero al que le denominaban “El Paíto”.

–El Paíto ni era torero ni ná, pero a la gente le cayó en gracia. Y es que la gente de asquí es muy guasona –decía mi abuela creyendo que aquella palabra “asquí” quedaba más fina, y no porque ella fuese cursi, que no lo era, sino porque huía de lo que a ella le pudiese oler a bajunerío como un gitano de los de antes lo hacía de los guardias civiles de los de antes-. ¡Cómo disfruta esta gente riéndose de los

demás, sobre todo cuando se trata de alguien que, por esto o por aquello, no se puede defender!

–Abuela -le pregunté- ¿eso del “aquello” qué quiere decir? Porque tú lo repites muchas veces.

–No Pablito, no, este “aquello” no tiene nada que ver con lo otro. Algún día, cuando seas mayor, te lo explicaré. Bueno, como iba diciendo... El Paíto andaba por la calle con aire de grandeza. Se creía un gran torero. ¡A mí me iba a hablar de torero con la de ellos a los que yo les he alquilado estas habitaciones cuando venían a torear aquí! Os voy a contar una cosa que un día le pasó. El Paíto venía por La Calzada. Caminaba con aire muy flamenco. Venía vestido con chaqueta corta y sombrero cordobés. El director de la Banda de Música, que era muy cachondo, dirigía un concierto en La Calzada como hacía todos los días del veraneo, sobre todo para el forasterío, que antes de la guerra venía a manojito a la playa. Un músico se acercó al director. Le dijo que El Paíto venía paseando hacia donde estaba la Banda. El director largó una sonrisa picarona y cómplice. Por lo bajini dijo a los músicos que, cuando El Paíto llegase a donde estaba la Banda, cambiarían de pronto lo que estaban tocando e interpretarían un pasodoble dedicado a un torero famoso, que no me acuerdo cómo se llamaba. Lo que sí recuerdo era que en aquel pasodoble había una parte que se cantaba con letra. Llegó El Paíto. Los músicos dejaron de tocar sus instrumentos. Cambiando el nombre del torero famoso, comenzaron a cantar una letrilla, que luego cantarían todo el mundo cuando veía al Paíto. Decía así... a ver si me acuerdo... cómo era... ¡ah ya!...

*“Al Paíto, al Paíto con su arte
ningún torero podrá igualarle,
con su capa y su muleta
pone al público de pie
y toda la gente le grita:
¡Olé, olé y olé!”.*

Mi abuela Dolorcita terminó la cancioncilla de pie y riéndose como una descosida. Se le veían los pocos y aislados dientes que le quedaban. Se sentó. Retomó el relato.

–El Paíto no se enfadó. ¡Qué va! Se le hinchó el pecho como las plumas de un pavo real. Con las manos abiertas en cruz comenzó a tirar

besos y saludos a todo el mundo. El gentío que allí había comenzó a tocar las palmas. Los mocitos lo cogieron a hombros. Lo llevaron a una fuente que había allí cerca. Se llamaba la “Fuente de las Ranas”. Y ¡zas!, lo tiraron al agua. ¡Qué baño se pegó El Paíto aquel día! ¡Qué pitorreo! ¡Qué simpatía la de aquella gente!

Mi abuela reía y reía como si estuviese reviviendo la escena... y mira que ya nos la había contado en otras ocasiones. Se reactivó. Me pidió que sacase de la tinaja del agua un jarro lleno y se lo diese. Se pegó un par de tragos. Lo de la tinaja y el pozo era la política de aguas de la época. Sólo en las casas de los señoritos se estaba bien abastecido del líquido elemento. Del pueblo, el que pudiera, compraba lo necesario al aguador que traía cántaros llenos de agua portados por burros o carretas. La mayoría del vecindario se acercaba a por agua, con cántaros o con cubos, a alguna de las pocas fuentes públicas que había en la ciudad. Nosotros íbamos, desde que éramos unos cominos, a la Fuente del Piojo, a la de San Francisco y, cuando cambiamos de casa, a la de la Banda de la Playa. La que se liaba. Había que hacer cola y guardar el turno.

Por supuesto que los que hacíamos cola para proveernos de agua tan sólo éramos niños y muchas mujeres, muchas mujeres. Estas se peleaban por lo más mínimo. El acto bélico comenzaba por un tímido intento de “colarse”, adelantándose en algún puesto de la cola. Seguía con alguna que otra palabrita subida de tono, indirecta o directa. Continuaba con un sonoro guantazo y con la correspondiente respuesta. Y se llegaba al culmen... Era cuando más disfrutábamos los niños. Aquello era mejor espectáculo que el mismísimo cine infantil. El cenit llegaba cuando se unían, en una sinfónica melodía cervantina, palabras y gestos. ¡Vaya lo que salía de aquellas boquitas! Era la melodía de la salmodia de insultos. El rito de los gestos se iniciaba con unos rápidos y violentos agarrones mutuos de los rodetes o trenzas. Seguía con las dos luchadoras-púgiles revolcándose por el suelo, con las faldas al viento, entre griterío y toda clase de golpes. En ocasiones, la solidaridad de las que hacían cola daba la razón a la una o a la otra, terminando también muchas de ellas con el mismo proceso ritual. Para más inri, en otras ocasiones, se completaba el espectáculo con algún marido enaltecido que se agregaba al lance, correa en mano, y aquello ya era un “San Quintín”. Quienes de verdad salíamos ganando éramos los niños que, además del espectáculo casi obsceno presenciado, llenábamos nuestros cacharros de agua antes de lo esperado.

-Una vez -siguió mi abuela con sus historias-organizaron una becerrada en la plaza de toros. Los que iban a torear eran algunos aficionados. El Paíto se apuntó para intervenir en ella. Los organizadores vieron el cielo abierto. Tenían éxito seguro de asistencia. Aquello prometía -mi abuela comenzó a reírse sola, como si ya estuviese proyectando sobre su mente la película de lo acontecido aquel día-. Llegó el momento de la intervención del Paíto. Se abrió la puerta del chiquero... Salió un becerrillo. El gentío comenzó a gritar para poner bravo a El Paíto. El maestro salió al ruedo. Dio unos cuantos pases, pero ¡zas! el torillo le quitó la capa. ¿Y sabéis lo que hizo El Paíto?... Jijijiji-jiji... Se dirigió hacia el torillo y comenzó a darle puñetazos por la cabeza y por el cuerpo. Pero el mocerío llevaba todo preparado para armar cachondeo. Comenzaron a tirarle al ruedo guantes negros llenos de serrín. El Paíto vio los guantes. Salió corriendo y gritando: ¡¡La mano negra me persigue!!

Ante los gritos que daba mi abuela, algunas vecinas que, sentadas junto a la mesa-estufa y calentitas con el cisco y la copa, jugaban a la lotería, se acercaron al partidito de mi abuela para preguntarle si le pasaba algo.

-No hijas, no, no pasa nada... es que estos niños son una mancha de cachondos y me sacan historietas. Ya sabéis que para eso estamos las viejas. ¡Venga, a seguir jugando... que, si no, se van a aburrir las cabrillas que tenéis todas hasta el mismísimo papo de tanto cisco!

Mi abuela, como la mayoría de las mujeres de aquella casa de vecinos, aparecía risueña y ocurrente delante de los niños y de los demás vecinos de la casa. Poco a poco fui descubriendo que aquello era una fachada exterior, pues mi abuela guardaba en su corazón un nido de sufrimientos. Tanto la abuela, como mis padres y mi abuelo, así como todo el personal adulto de la casa (las Espinar, tantas como buenas y siempre vestidas de negro; el Vilariño; el Borrego y su mujer; la Chata y su hermana la Sorda, la primera, ya viuda, y la segunda, mocita de por vida; la Caridaita con su extensa familia; la gente del Jordanito; la Petrita; los Monge; la familia del guardia municipal que vivía en el patio de arriba...) habían padecido una vida bien dura. No obstante, el recuerdo que mantengo más vivo de aquella casa de vecinos es que, a pesar de los muchos pesares, todos, quien con un mayor grado de implicación y quien con menos, formaban una verdadera gran familia.

Era una familia matriarcal. Las mujeres eran las que marcaban el ritmo de la casa; a este matriarcado se agregaban las hijas, las sobrinas y las vecinas de todas ellas. Todo se vivía en común. Las mujeres habían hecho de aquella casa una escuela de solidaridad. La vida se compartía en el patio. Un patio alargado, con dos columnas pequeñas de hierro para sostener las galerías del alto y un pozo en medio. Al patio daban las puertas de los modestos “partiditos” en los que vivía cada una de las familias. Unas, de manera estable; otras, cuando, de los navazos o de la otra banda del río, venían a pasar algunos días con motivo de fiestas o de males. En aquel patio la esencia y la presencia eran las mujeres. ¡Qué calidad humana! ¡Qué ternura! ¡Qué solidaridad! ¡Y qué mezcla de sentido lúdico, a pesar de lo que habían sufrido y de lo que seguían padeciendo!

Los hombres, muy temprano, cogían la calle y se afanaban en traer a la casa un poco de pan, de harina, y de aceite. Unos, al campo; otros, a vender en bicicleta patatas, arroz o pescado de estraperlo a

los pueblos de alrededor; otros, a liar cigarrillos para su venta, junto con algunas chucherías, en un carrillo de madera que parecía caballo famélico y escuálido a punto de abrirse de patas y de dar con todo su contenido en el mismísimo empedrado de la calle; otros, a hacer cisco en los pinares próximos; otros, a recoger piñones para venderlos en la esquina de las calles del barrio, calentándose con el rayo de sol que pegaba sobre las paredes... Cada cual se buscaba la vida como podía, pero, por la tarde, y a veces ya anochecido, todos tenían que volver con algo conseguido para la subsistencia de la familia.

Para que los niños pudiésemos comer, al menos un plato caliente al día, las mujeres sacaban productos alimenticios de prestado de los almacénitos existentes por aquel entorno. Y bien generosos que fueron los almaceneros. Daban de fiado unos adelantos que, en ocasiones, no se pagaron nunca. Recuerdo a un matrimonio que vivía en aquella casa. Él se iba a ganarse la vida al campo. Ella llevaba un humilde almacén de venta de productos alimenticios, establecimiento que era de su propiedad. Pero, ¡había tanta hambre en las pobres criaturas famélicas de aquel barrio! Venían al almacén y siempre compraban de fiado. Cuando por la noche volvía el marido de su faena, preguntaba a su esposa.

–¿Cómo ha estado el día? ¿Se ha hecho mucho?

De la cara de aquella mujer brotaba un profundo sentimiento de pesar. Abría el cajón destinado al dinero y lo enseñaba a su marido. Sólo había en aquella caja recaudatoria papeles de estraza con unas cifras escritas en ellos con un lápiz. Habían salido muchos productos de fiado, pero de dinero nada había entrado.

–Pero, mujer, mira que vamos a la ruina.

–Es verdad, pero ¿qué hago? ¡Hay tanta hambre!

Los dos se unían en un abrazo. La ruina anunciada se hizo realidad un día y tuvieron que deshacerse del almacén.

Aquel hombre y un compañero suyo, al que llamaban Lazareno, cogían, casi a diario, sus respectivas bicicletas. Las cargaban con un saco de patatas, o de garbanzos, o de lo que fuese, y se iban a vender en los pueblos de los alrededores a un precio más elevado del que a ellos les había costado, con lo que lograban unas pesetillas para sacar a sus familias hacia adelante. En una ocasión, yendo a vender a un pueblo que estaba a unos veinte kilómetros, divisaron en la distancia a una pareja de la Guardia Civil, montado cada uno de aquellos números en

un caballo. Reaccionaron a tiempo. Se escondieron con la mercancía debajo de un puente que cruzaba por debajo de la carretera. El puente era muy estrecho y corría por él un pequeño arroyuelo cuyas aguas les cubrían hasta cerca de las rodillas. Ambos se transmitían con la mirada sentimientos de intranquilidad y miedo. Lo intuyeron. Podrían perder la mercancía, tener que pagar una multa, ¿y de dónde?, o incluso ser trasladados al cuartelillo. No se oía ni la respiración. Todo era silencio. Esperaban no haber sido vistos. De pronto, el silencio se rompió.

–¿Quién va? – Gritó uno de los guardias.

–Gente de paz, mi sargento –, contestó el Lazareno, sin saber si aquel guardia era sargento o caballero de la Orden de Isabel la Católica, que para el caso era lo mismo. La pretensión era caerles bien a la Benemérita.

–Ya os quiero ver fuera de ahí con las manos en alto, o si no disparamos sin contemplación.

Los dos salieron temblando. Las manos les sudaban. Sintieron en el estómago como una olla de agua hirviendo, cuyas destilaciones pretendiesen encontrar salida por el esófago, dejando a su paso resquemores de angustia. Los guardias se acercaron, no dejando de apuntar con sus armas. Registraron al uno y al otro. Se asomaron al bajo del puentecillo. Contemplaron las dos bicicletas y los sacos que portaban.

–¿De dónde habéis robado esto?

–De ningún sitio, mi sargento. Lo hemos comprado en las huertas de nuestro pueblo y vamos hacia allá –señaló el Lazareno con la mano– para venderlo allí y ganarnos unas pesetillas. Tenemos cada uno varias bocas que alimentar.

Los guardias civiles se miraron el uno al otro. Sonrieron con cierta complicidad.

–Bueno, bueno, ya sabéis que el estraperlo está prohibido. Nos la jugamos si el teniente se entera de que os hemos dejado ir... pero os comprendemos... también nosotros tenemos bocas que alimentar... así que a correr y que no os veamos más por aquí.

El sosiego llegó a aquellos dos atrevidos hombres. Cogieron las bicicletas. Las empujaron como pudieron hacia aquel camino infame que les conduciría al pueblo próximo, no sin antes haber abierto los sacos y haber regalado una parte de lo que en ellos llevaban a los dos guardias que se habían portado tan bien con ellos. Por más que se juraron que no

se lo contarían ni a sus mujeres, fue lo cierto que por la noche ya lo sabían todos los inquilinos de aquella casa de vecinos en donde vivían.

Uno de los hombres de las bicicletas era mi padre. La bicicleta, casi desde que era un mozalbete, había sido sus manos y sus pies. Para trabajar y para divertirse. Se quedó huérfano de madre nada más nacer. Pasados los años, sus amigos, que los tenía a patadas, se meterían con él y le dirían que mi abuela María de las Mercedes había muerto en el parto por la cabecita con la que venía dotado el niño por la madre naturaleza. Para trabajar en la viña de su tío, la bicicleta; para echar una peonada en cualquier otro campo en el que lo contrataran, la bicicleta; para ir a vender productos alimenticios a los pueblos de alrededor, la bicicleta; para ir a pelar la pava con la que sería mi madre, la bicicleta.

Y es que mi madre, ya bien mozuela, había tenido que dejar de servir en la casa de unos señores adinerados, porque a mi abuelo lo hicieron encargado de un campo muy grande, que le decían algo así como Maína. La verdad es que nunca supe de dónde venía aquel nombre, porque desde luego ni de los nombres ni de los apellidos de los dueños que lo habían poseído se había sacado dicho nombre; pero ya se sabe lo caprichoso que es el pueblo a la hora de poner nombre a algo. Le colocan el que le sale de sus entretelas. Lo de la bicicleta de mi padre tenía su historia. Cuando se levantó Franco contra el Gobierno de la República, sólo en unos cuantos días la ciudad estaba en manos de los falangistas y de los opositores al Gobierno que había en la nación. Una de las medidas que adoptaron de inmediato fue prohibir el uso de cualquier medio de locomoción. ¿Y qué iba a hacer mi padre sin su imprescindible bicicleta?

Se enteró de que un tal don Rafael, señorito bodeguero, que era de los que más mandaban en la nueva situación política en la ciudad, según decía mi padre, estaba en las puertas del convento de los frailes capuchinos, por aquello de evitar cualquier posible ataque contra el mismo, como había pasado unos años antes, dado que todavía por los alrededores de la ciudad estaban resistiendo algunos grupos levantiscos. Mi padre, sin pensárselo dos veces, se plantó en la explanada de aquel convento. Se dirigió a don Rafael. Le explicó lo que la bicicleta significaba para él. Don Rafael lo escuchó. Le dijo que, si quería la licencia para usar la bicicleta, se tenía que afiliar a la Falange. Mi padre dijo que sí... pero con la condición de no tener que hacer guardia. ¡Sí, sí! A la noche siguiente ya la estaba haciendo.

6

Ya lo he escrito. Sólo tenía una abuela, la materna, porque la paterna murió la pobrecita mía cuando aún era joven. A pesar de ello, siempre que hablábamos de mi abuela materna, decíamos la “abuela Dolorcita”. Y es que además el nombre le venía que ni pintado, por lo que había vivido y por lo aún le quedaba por vivir. ¡Qué pedazo de mujer, a pesar de lo bajita que era! No dejaba nunca de sonreír. Un día me llamó y me dijo:

–Pablito, coge tu abrigo... que vamos a ir al Monte.

Bajó el volumen de su voz al pronunciar aquellas últimas palabras, pretendiendo que nadie se enterara, porque a discreta nadie le ganaba.

–Abuela Dolorcita, ¿al monte vamos a ir ahora? ¿Y cómo lo vamos a hacer? El abuelo se ha llevado la burra para traer cisco.

– Tú coge el abrigo, anda vamos para allá abajo.

Aquella expresión de “para allá abajo” la estaba escuchando constantemente, pero nunca supe el porqué de la misma. Realmente adonde íbamos era a un establecimiento que había en la misma dirección de nuestra calle y cerca de donde se reunían los señores del Ayuntamiento. ¿Por qué decían “para allá abajo” cuando aquel local no estaba más abajo de donde nos encontrábamos? Mi abuela siempre vestía de negro. Cuando salía a la calle, aunque fuese a realizar algún mandado en algún sitio cerca de la casa, se quitaba su delantal oscuro y se colocaba sobre los hombros un pañolón negro que le cubría el cuerpo hasta muy por debajo de las rodillas. Cuando le acompañábamos alguna de mis hermanas o yo, ella elevaba, como alza una gallina una de sus alas, el brazo. Era la señal que nos indicaba que metiésemos el nuestro por debajo del pañolón y nos agarrásemos al suyo. Empezábamos a caminar. Las vecinas le preguntaban que adónde iba. Ella contestaba que a hacer un mandado.

Habíamos caminado un buen tramo del camino, cuando, en las proximidades de una iglesia, se veía venir un entierro. Mi abuela tiró de mí. Se encerró en una casapuerta y se ocultó tras una de las dos alas de la puerta de entrada. Yo pensé, aunque aquello me resultaba muy extraño en mi abuela, que había tenido un apremio en su vejiga urinaria y necesitaba evacuar. Dicho comportamiento era muy frecuente en aquellos años en las mujeres, sobre todo en las de muchos años, porque, si les apremiaba por la calle la vejiga de la orina, no tenían ni un solo lugar en donde liberarse de aquellos caprichosos aprietos, dado que como locales públicos para aliviar aquellas situaciones sólo estaban las tascas para los hombres... y allí no entraban las mujeres aunque se les escapase el pipí patas abajo.

A mi abuela no se le veía desde fuera ni un hilito del pañolón. Yo, siempre curioso pero con más miedo que un pollo de campo cuando olía a fiestas navideñas, me asomé discretamente. ¿Para qué lo hice? Tuve pesadillas durante muchos días. No podía dormir, hasta el punto de que mis padres me tenían que llevar con ellos a su cama para que conciliase el sueño. Lo que presencié fue terrorífico. Observé cómo otras mujeres habían hecho lo mismo que mi abuela, de manera que casi todas las casas aparecían con las puertas cerradas o encajadas. Incluso pude observar cómo se iban cerrando también los cierros y ventanas. Era muy reducido el acompañamiento que llevaba aquel difunto. La carroza fúnebre, tirada por dos mulas viejas, era toda ella negra. Tenía un techo, a modo de palio, del que colgaban unas hebras de lana parecidas a las del pañolón de mi abuela. En aquel cortejo sólo iban hombres y por las aceras pude observar a algunos mozalbetes que contemplaban con curiosidad.

La carroza transportaba una caja donde iba el cadáver. Aquella caja era tan endeble que me parecía de cartón. Con los lentos y rítmicos balanceos que imprimía a la destartalada carroza fúnebre el andar cansino de las mulas, me daba la sensación de que el muerto se iba a salir de un momento a otro de la caja. Delante del cortejo iba un hombre muy bajito que tosía sin parar. Iba vestido con una sotana negra y encima de ella con una sobrepelliz blanca, sucia y manchada de cera. Por la manera de andar, me dio la sensación de que ya se había metido en el cuerpo algunos cuartos de un vino, que, por la escasa calidad que poseía, la gente denominaba "pirriaque". Junto a aquel hombre siniestro, caminaban dos niños vestidos de monaguillos. Cada uno de ellos

agarraba unos borlones que colgaban de un biombo forrado de negro, con una cruz arriba, que portaba aquel lúgubre personaje.

Delante de la carroza fúnebre iba un sochantre con similar vestimenta que los demás acompañantes de la parroquia. Cantaba en latín unos cantos rarísimos. Aquella voz levantó en mí unos picores, como cuando, jugando en el huertecillo, alguno de los de mala uva me restregaba una ortiga por la piel. Junto al sochantre caminaba un cura. Este era muy delgado. Aparentaba estar enfermo por la delgadez y por el color amarillento de su cara. Las manos parecían de cera; el rostro, también. Llevaba una sotana negra, un roquete blanco, una capa también negra con unos adornos amarillos y, en la cabeza un bonete negro con una borla morada en el centro. La capa le arrastraba por el suelo, viéndose en sus bordes restos de los cagajones que dejaban los burros y las mulas por las calles. Aquel patético desfile pasó por delante de nosotros. Mi abuela me miró. Nunca la había visto tan asustada.

– ¿Ya pasó el “gorigori”?

– Sí, abuela, ya pasó.

– ¡Ea! Vámonos para afuera.

Seguimos nuestro caminar. Fuimos pasando por las calles más importantes de la ciudad. Nos encontramos con varios templos y casas suntuosas y elegantes, pero había poca gente por aquellas calles. Me fijé en un hombre que iba vendiendo agua. A quien se dedicaba a este trabajo se le llamaba en la ciudad “aguador”. Aquel hombre descargaba unos cántaros que portaba un borrico e iba entrando en algunas de las casas. Llegamos a una plaza enorme que estaba en el centro mismo del Barrio Bajo de la ciudad. Junto a ella se encontraba el Ayuntamiento. Arriba de la puerta principal aparecía una gran balconada y en ella dos astas, de las que pendían sendas banderas, la de España y la de la Falange. Pasamos por delante del Ayuntamiento. En aquel momento transitaba por aquella parte de la calle un hombre montado en un caballo.

Ya hacía un buen rato que me había dado cuenta de adónde nos dirigíamos. Era efectivamente a la Casa de Empeños, al Monte de Piedad. Nos pusimos en la cola. Había en ella bastantes mujeres con un lío de ropas envueltas en una sábana. Llegaban al mostrador. Un hombre delgado, elegante, con unas gafas de gruesos cristales y un bigotito muy fino, abría el lío de ropas. Escribía unas anotaciones en un libro y entregaba un papel a cada una de las mujeres, acompañado de unas pesetas.

Le llegó el turno a mi abuela. Puso sobre el mostrador aquel bulto que llevaba debajo del brazo. El hombre del bigotito la miró. Ya la conocía, porque no era la primera vez que iba a aquella oficina. Hacía ya varios años que, cuando escaseaba el trabajo en el campo y las cosas venían mal, cogía las mejores prendas que hubiese en la casa y las llevaba a empeñar. Con lo que le daban había para ir pagando lo que se había comprado de fiado. En esta ocasión llevaba un traje de mi padre, un abrigo de mi madre y dos alianzas. El hombre del bigotito lo recogió todo. Vi cómo le ponía un número al bulto y lo colocaba en unas estanterías que había en la oficina. Le entregó a mi abuela un papelito y el dinero que le correspondía. Mi abuela se guardó todo en el seno. Levantó la mano para que yo me agarrara a su brazo, se rodeó del pañolón negro y salimos a la calle en dirección a nuestra casa.

Sucedía, como me enteraría cuando tuve más años, que en ocasiones la gente que había empeñado algo no podía recuperarlo por falta del pertinente dinero. Esto acontecía cuando venían tiempos de fuertes lluvias. Durante ellos se paralizaban las faenas en el campo y, consecuentemente, no se percibía jornal alguno. En el pueblo aumentaba aún más el estado de hambre y miseria. El asunto había llegado a tal extremo que el Ayuntamiento pidió, en abril de 1936, a la dirección del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Jerez que devolviese a los trabajadores los líos de ropas empeñados durante el invierno último hasta un límite máximo de diez pesetas. Algunos concejales se desplazaron a Jerez para presentar y reactivar dicha petición.

Me contó mi abuela Dolorcita que el gobierno que había en aquella fecha en el Ayuntamiento, además de la petición formulada, habilitó unos comedores en los que comían gratis los más necesitados, repartió pan entre las familias de los parados y prohibió la mendicidad callejera penalizando incluso a quienes daban limosnas a los que pedían.

– ¡Qué mancha de pamplinas! –dijo mi abuela–. ¡Y quién iba a dar limosnas, si la mayoría del pueblo no tenía ni para llevarse un cacho de pan a la boca! ¡Qué sabrán esos ricachones de pasar hambre!

En varias ocasiones acompañé a mi abuela a otra casa muy grande que estaba en medio de dos iglesias. Estas iglesias estaban siempre cerradas. De una se decía toda clase de leyendas: que si estaba cerrada porque habían matado en ella a un cura y quedó así profanada; que si lo estaba porque unos curas ingleses habían arrampado con todo lo que allí había y se lo habían llevado a Gibraltar; que si de noche

aparecían fantasmas vestidos de negro; que si el jefe de los fantasmas era un cura muy viejo que vivió allí y, cuando murió, otros curas echaron a sus hermanas, viejas y mocitas, a la calle, de manera que estas habían muerto de frío y de pena... De la otra iglesia, de niño me llamaba mucho la atención que las ventanas tuviesen unos pinchos de hierro que salían de unas rejas que las cubrían. A mí me pareció que era una cárcel para monjas. Fuese como fuese, cuando mi abuela cogía la cesta y, con ella, enganchada en un brazo, comenzaba a llamarme, yo salía corriendo para el corral que estaba en la parte de atrás de nuestra casa huyendo para no acompañarla, pero ya se encargaba mi madre de que sí lo hiciese. Y recuerdo que, salvo lo de las iglesias, la verdad es que luego me gustaba ver aquel espectáculo. ¡Cuánta gente en la cola!

Aquí no se empeñaba nada, sino que te arreglaban la cartilla para que en el almacén que te indicasen te dieran algún alimento. Cuando nos llegaba el turno, nos acercábamos a una de las dos mesas que allí había. En una estaba un hombre joven con una nariz larguísima; en la otra, un hombre mayor, con el pelo enrizado, como decía mi abuela. Los dos estaban vestidos de oscuro y tenían una camisa azul y corbata. Sobre la mesa había papeles, una cajilla alargada de tinta, un sello de caucho, un tintero y una pluma parecida a la que usábamos en el colegio. Mi abuela se sacaba del seno un librito chiquitito que le decían “cartilla de racionamiento”. El hombre que estaba en la mesa, el de los pelos enrizados, que era al que siempre se dirigía mi abuela, sin apenas mirarla, revisaba aquella cartilla, escribía algo y le ponía un sello. Luego mi abuela sacaba unas monedas y se las daba al hombre del pelo enrizado. Este, siguiendo sin mirar, decía “¡otra!”, porque, como en el Monte de Piedad, allí lo que había siempre eran mujeres.

Con la cartilla nos íbamos para el almacén del Salvadorito, el jorobado. A esperar en otra cola, pero merecía la pena. Cuando le llegaba el turno a mi abuela, esta abría la cesta y, como si se tratase del maná que Dios envió a su pueblo en el desierto, iba cayendo un paquete de azúcar por aquí; una botella de aceite por allá; y un paquete de lentejas o de frijones por acullá, además de un pan más negro que el pañolón de mi abuela, pero... ¡estaba tan bueno!

Recuerdo que una vez, y ello aconteció en más ocasiones, se escuchó cerca del almacén de Salvadorito un grito espantoso. Al principio, de lejos; y poco a poco, cada vez más cerca, hasta que un chiquillo grandote, asomando la cabeza por el almacén, gritó:

– ¡¡La fiscalía, que viene la fiscalía!!

La primera vez yo no sabía qué era aquello. El grito sí que me asustó, pero luego me quedé tranquilo al ver que mi abuela no se había inmutado. Yo lo miraba todo. No sabía si reírme o salir corriendo, porque no tenía ni idea de qué era la fiscalía ni por qué la gente le tenía tanto miedo. Me agarré al brazo de mi abuela como si estuviésemos por la calle. La que se lió. Salvadorito corría como un poseso escondiendo monedas. Algunas mujeres sacaron de las cestas productos que ya tenían dentro de ellas, los soltaron sobre el mostrador y salieron corriendo. Salvadorito no sabía a qué acudir, si a guardar el dinero dentro de una tinaja que tenía escrita con tiza la palabra “azituna”, pero que realmente estaba vacía, o si a colocar los mandados que estaban sobre el mostrador en sus sitios correspondientes.

Algunas de aquellas mujeres salían corriendo del almacén como si hubiesen visto al mismísimo diablo con rabo y todo. A la mujer de Salvadorito le dio un ataque y se cayó al suelo. Mi abuela decía que le había dado una “ferecía”. Aviado iba yo; ni sabía lo que era la fiscalía, ni mucho menos la “ferecía” aquella. Hasta la señora Rosita, que era de muchos chismitos, según se decía, salió corriendo. Se enganchó la pierna en un saco de garbanzos que había en el suelo. Lo volcó del golpe. Todo el suelo quedó lleno de garbanzos. Algunos zagalones, que habían acudido al lugar ante el griterío, cogían puñados de garbanzos del suelo y salían corriendo como liebres, mientras que Salvadorito gritaba como un poseso.

– ¡Golfos, mancha de golfos, ya os cogeré. Serán ladrones los muy sinvergüenzas!

Era gracioso ver a la señora Rosita, tan peripuesta siempre, correr con una media descosida, porque se le había roto al tropezar con el saco. ¡Pasarle eso a ella con la de misas y comuniones que tenía en aquel cuerpo gentil!

– ¡Y ustedes, pedazos de zorras, –dijo refiriéndose a las mujeres que allí había– ir a buscar a la Fructu, a ver si me los entretiene un poquito hasta que ponga todo esto en orden!

Ninguna se movía. Salvadorito ordenó aquello lo mejor que pudo. Dos de las mujeres presentes, la Dori y la Fanita, que eran de las más jóvenes y metiditas en carne, reanimaron a la mujer de Salvadorito y se la llevaron para detrás del almacén, que era donde tenía el alma-

cenero y su familia su residencia. Salvadorito se metió en la boca una chuchería que la gente llamaba “parazú”, una barrita negra con un sabor mentolado. Siguió viendo las cartillas y, ya más sereno, continuó repartiendo estrictamente lo que se establecía en ellas. Aquella operación de ir con la cartilla a por productos alimenticios la realizaba mi abuela todas las semanas. De allí salía casi siempre con los mismos: azúcar, patatas, garbanzos, aceite, jabón y unos bollitos de pan, como unos doscientos gramos. Con ello había que aviarse.

Mientras volvíamos a casa, mi abuela me explicó lo de la fiscalía. Me dijo que, como había pocos alimentos, el gobierno señalaba lo que había que dar por cada cartilla, pero que algunas, como disponían de dinerito, compraban lo que en verdad no les correspondía. Por ello, la fiscalía, que la componían unos inspectores del Gobierno, ponía multas a los que vendían y a los que compraban productos que no estaban autorizados en la cartilla. Por eso le tenían tanto miedo a la fiscalía, porque perseguía el “trapelo”. Eso dijo mi abuela y se quedó tan pancha. Pero, claro, yo quería que me explicara lo de la “ferezía” y qué tenía que ver con todo aquello la Fructu. Me dijo mi abuela que la “ferecía” era una enfermedad que atacaba sobre todo a las mujeres y que era como si un demonio se te metiera dentro del cuerpo y se apoderase de todo él. Te hacía retorcerte por el suelo, sin darte cuenta de nada y, además, echabas espumas por la boca. Le pregunté, a continuación, qué tenía que ver la Fructu con aquello. Mi abuela Dolorcita se paró. Me miró fijamente.

– Mira, Pablito, que eres muy joven para saber de esas cosas.

Horadaba mi abuela la roca de la pobreza de aquellos años, como ya escribiera el poeta Ovidio, no por su fuerza, sino por su constancia. Era realmente tenaz. De muchos poquitos acumulaba lo suficiente. ¡Cómo recuerdo aquel atrevimiento que tuvo, que fue muy criticado picaronamente por algunas del vecindario! Y es que la envidia carcome con suma morbidez hasta lo más profundo de las entrañas. No sé quién pudo inspirarle a mi abuela aquella iniciativa. No fue la única, pero es que las mujeres de aquella época se enfrentaban pertinazmente con la hambruna y los muchos problemas existentes. Salieron del periodo doloroso de la guerra civil con pleno convencimiento de que nada ni nadie podrían con ellas. Tenían por lema aquel que tanto repetía mi abuela:

–Yo soy muy pobre, pero muy honrada, y a sufrida no me gana nadie.

Cuando llegaba el veraneo y, con él, el “forasterío”, se organizaban espectáculos taurinos en la plaza de toros de la ciudad. España seguía en guerra en buena parte de ella, pero el Ayuntamiento de la ciudad, como aquí la guerra duró menos que la misa de un cura loco, se esforzó por convencer a la gente del pueblo de que no había pasado nada y de que ya reinaba la normalidad. ¡Vaya con la hilarante normalidad! Pues bien, los naturales de la ciudad veían como un verdadero regalo de arriba el alquilar sus habitaciones al “forasterío”, mientras que la familia entera se trasladaba a pasar este tiempo a alguna choza del campo, o se masificaba en la casa de algún otro familiar, o se iba a vivir durante todo el verano a la caseta de madera de la playa, a la que se trasladaban colchones de paja, algunas sillas, cubos, utensilios de cocina, el infiernillo para cocinar y lo más elemental para pasar allí la temporada estival. ¡Qué tiempos, Dios, qué tiempos!

Lo importante era ganarse unas pesetillas que venían muy bien para la hambruna del larguísimo invierno. No todo veraneante que

venía a la ciudad era adinerado. Los de posibilidades económicas tenían sus hotelitos propios y lo único que necesitaban eran sirvientas. Las encontraban a manojitos en la ciudad del hambre y de la miseria. La mayoría de los forasteros, sin embargo, era de “poco pelo” y se metía en cualquier partidito con tal de darse los baños de mar, de arena y de sol. Lo que recuerdo de aquellos era las ganas que traían de disfrutar y un comportamiento en general propio de buenas gentes.

Mi abuela, además de lo anterior, recurría a otra transacción hostelera-comercial. Estaba al loro y, cuando se anunciaba alguna novillada en la plaza de toros, allá que ella se las ingeniaba para que sus modestas habitaciones, por un módico precio, sirviese de residencia, antes y después de la novillada, para alguno de los novilleros. Aquello era de arte. Las habitaciones de su partidito estaban siempre “como los chorros del oro”, o “más limpias que una patena”, que eran las dos expresiones que utilizaba mi abuela, pienso que aprendidas en la casa ilustre en donde había estado sirviendo de joven. Hablaba con el empresario de la plaza. Este le mandaba a alguno de los “espadas”. Mi abuela lo recibía en la puerta con las demás mujeres de la casa como si fuese el general Primo de Rivera. Los chiquillos no nos perdíamos ni un detalle y le llevábamos al “maestro” el lío con las ropas del artesteo taurino hasta las habitaciones de mi abuela Dolorcita. Por supuesto que lo teníamos que dejar en la puerta misma de acceso a las habitaciones, porque estas eran un *sancta sanctorum* en el que nadie podía entrar.

Mi abuela sacaba las ropas del lío. Las colocaba encima de una silla. Servía al “maestro” un buen plato de puchero, con sus patatitas, con sus garbancitos y hasta con un poco de “pringá”. Aquello olía por toda la casa que era un primor. Los chiquillos, atraídos por el famoseo, no menos que por aquel olor, nos movíamos por el alrededor del patio con retortijones en la barriga y los ojos desvaídos y brillando trémulamente, si bien ya se encargaban las mujeres de alejarnos de aquel lugar, como se espantan a las moscas del pastel. Después del puchero, mi abuela ofrecía al “maestro” una naranja de postre, traída de la Huerta de los Saborido, que estaba a un tiro de piedra de la casa. Tras ello, el mozo se desperezaba... y se echaba en la cama de mis abuelos a disfrutar de una corta siesta, no sin antes decir a a su atenta anfitriona que lo despertase a su tiempo. Mi abuela llenaba aquel tiempo planchándole al “maestro” la ropa de torear.

Llegada la hora, mi abuela despertaba al mozo. Era llegado el momento del rito, cual si de una vestal se tratase, claro que en masculino. Las vecinas se reactivaban aún más. Colocaban, delante de la puerta de acceso a las habitaciones, un verdadero malecón para evitar las miradas indiscretas del chiquillerío. Ya mi abuela lo tenía todo preparado. Junto a la cama había colocado un lebrillo de barro, redondo y grande, en donde solía lavar la ropa en el corral alto de la casa. El brasero, lleno de cisco y encendido, junto al lebrillo. También próxima a aquel braseo ubicaba la ropa interior del joven, ya limpia y escamondada, así como la toalla, para que no experimentase frío alguno.

Con el denuedo que el caso requería, algunas vecinas portaban hasta la puerta de entrada de la habitación, donde se preparaba el mozo para la faena, cubos llenos de agua; fría, unos; y caliente, otros. Mi abuela los recogía y los vertía en el lebrillo. El mozo se introducía en él y recibía de manos de mi abuela el jabón verde para que se lavase. Cuando había terminado esta parte primera del rito, mi abuela salía a la puerta y recogía un par de cubos llenos de agua, pero esta vez templadita. Mi abuela vertía el agua templada sobre la cabeza del mozo para enjuagarlo. Tras ello, y mientras el mozo se vestía, se trasladaba discretamente a la habitación de al lado, la más pequeña de las dos del partidito.

Terminado el mozo de vestirse, mi abuela, como una verdadera madre de aquellos aspirantes a torero que tenían más hambre que casi todos los que vivíamos en aquella casa y en aquel barrio, le acercaba un tarrito con un poco de agua de colonia, comprada en una especie de almacén que había en aquella calle y que le gente llamaba “el refino de María del Sudor”. Una vez que había terminado la novillada, el torerillo retornaba a casa de mi abuela. Ya ella le había preparado la ropa con la que se habría de vestir el mozalbete. Este, en unas ocasiones, según lo que hubiese sudado y cómo hubiese ido la tarde, volvía a someterse al rito del baño, o cogía carretera y manta, no sin antes haber pagado a mi abuela lo convenido.

Aquellos primeros años de mi vida hicieron que madurara mucho antes de lo que, según la naturaleza, me hubiese correspondido. En las primeras escuelas bien poco aprendí, salvo una cierta destreza pícara para subsistir en el ámbito hostil de algún que otro maestro de mi primera infancia. A los maestros que tuve posteriormente nunca tendría tiempo ni oportunidades para pagarles cuanto de bueno

hicieron en mí y las semillas que dejaron en aquella conciencia infantil desorientada, asustada y desconcertada. Las verdaderas escuelas en aquellos primeros años de la recién acabada guerra civil fueron, no obstante, la calle, aquella casa de vecinos y mi familia, mientras pude disfrutar de toda ella. Luego sería otra cosa.

En la casa de vecinos no se disponía de ninguna intimidad, ni para lo bueno ni para lo malo. Lo que pasaba nos afectaba a todos. Todo lo vivíamos como una gran familia. De aquel entonces guardo una contenida palpitación en el pecho cuando observo dos elementos de la naturaleza: el pozo y el fuego, porque ambos fueron, de alguna manera, ingredientes en los que, cuando volcaba en ellos mi mirada interrogante de niño, aquel sondeo me iba abriendo atajos reveladores. Aún hoy, me sigue resultando alentador o irritante contemplar las diversas formas de aquellas dos realidades.

El pozo, bien distinto al que había en la casa en la que mi familia vivió después, estaba en el centro mismo del patio. Tenía un brocal redondo, formado por barras de hierro que iban todas a quedar incrustadas en un aro del mismo material que había, en forma de circunferencia, recogiénolas a todas. Sobre este aro se abría un medio círculo, también de hierro, decorado con adornos en forma de flores retorcidas. En el centro de este arco había una carrucha o rueda acanalada en su circunferencia y móvil alrededor de un eje por el que pasaba la cuerda que ataba al cubo con el que se sacaba el agua. Teniendo escasos meses de vida, cuando comencé a andar con cierta seguridad, me gustaba mirar por entre los barrotes. Veía al fondo como un plato grande, flotante, misterioso, que adoptaba, según los momentos del día y del tiempo, diversos colores. Me parecía un baúl profundo que guardaba todas las vivencias y recuerdos de aquella casa.

Aquel pozo era la madre nutricia de todos, pues de él manaba el agua que suministraba a los vecinos. En su interior resonaban las canciones de los bautizos o de las bodas, el griterío de los niños cuando sus padres venían de buscarse la vida y traían algo para comer, el llanto desgarrado cuando se producía alguna muerte, o cuando se llevaban a alguno de los mozos de la casa para el servicio militar, e incluso los dimes y diretes de algunas mujeres cuando se ponían de jopo tieso y discutían con alguna vecina. El pozo no sólo era visión, sino sonido, olor, vida, elemento para nuestros juegos infantiles y, con posterioridad, recuerdo imborrable, de manera que, detrás de mis posteriores

experiencias vitales, en no pocas ocasiones reverdecería el recuerdo del humilde pozo.

Junto a aquel pozo vivencí la que tal vez fue la primera experiencia lúdica de mi vida, la celebración del bautizo de una niña de unos vecinos. Me parece que fue la de una nieta de la Caridaíta. Hasta en aquel día siempre la habí visto vestida de negro de arriba abajo. Después de la ceremonia en la iglesia, a la que no fueron los hombres, salvo el padre y el padrino de la criatura, alrededor del pozo del patio estábamos todos los vecinos, desde los más infantes hasta los más viejos. Para celebrar la cristianización de la niña, había, a disposición de todos, unas garrafas de vino traídas de la taberna de la esquina y un lebrillo enorme de lavar la ropa, limpio y escamondado como Dios manda, lleno de agua y aceitunas.

Sólo aquel fue el menú para los asistentes, si bien nuestras madres nos daban a los niños medios bollos partidos por la mitad, que tenían en su interior, como si se tratase de una montaña invertida, aceite y azúcar y, cubriendo tan delicioso manjar, el trozo de migajón que ellas habían sacado para preñar el medio bollo con aquellos dos productos que nunca faltaban en cada uno de los partiditos. El pan con aceite y azúcar sería ya para siempre una de mis comidas favoritas, junto a otros alimentos de la época, como la poleá de maíz, los huevos con patatas fritas, los huevos al nido pasados por agua o duros –lo llamábamos así porque mi abuela, una vez pasados sólo por agua o duros, nos lo servía en el hueco de un estropajo de los que ella utilizaba para fregar–. Además de lo que antecede me quedó el recuerdo colorista de aquella fiesta.

Las mujeres, de punta en flor, iban ataviadas con vistosos colores y pañolillos, flores en la cabeza y olor a limpio. Los hombres con sus pantalones bien planchados, su olor a jabón verde y sus alpargatas relucientes. Y los niños, a saltar y correr; y los más granujas, a jugar guerreando con los huesos de las aceitunas, acciones bélicas que a algunos les costó algún coscorrón o un pellizco retorcido de sus progenitores. Una y otra vez se cantaba una sevillana que resonaba por toda la casa: *“lo tiré al pozo, mi alma, lo tiré al pozo... el clavel que me diste lo tiré al pozo... yo no quiero claveles de ningún mozo... ay que me pesa el rato que lo tuve en la cabeza”*. Tanto aquel día como los siguientes, por más que me afanaba, por encontrar en el fondo oscuro del aquel plato de agua misteriosa, algún rastro, no vi ningún clavel flotando sobre aquellas aguas.

Otro elemento que me llamaba mucho la atención era el fuego. Lo veía en las copas de cisco cuando las mujeres comenzaban, a las puertas de sus partiditos, a revitalizarlo después de haber colocado sobre el cisco un papel o un trapo con alcohol, y a echar aire sobre ellos con sus sopladores redondos hechos de palmas; lo contemplaba cuando realizaban igual operación en el corral, pero esta vez con leña para hervir la ropa metida dentro de un caldero; lo observaba, también en el corral, cuando calentaban agua de la misma manera en algún día de matanza. Me gustaba quedarme avistando las llamas, sobre todo, cuando llegada la noche, estas ardían en la copa de cisco o en el reverbero que se encendía en los muchos días de apagones. Mi mirada de niño se quedaba absorta en aquella llama. Tenía la sensación de que todo lo demás era pura fantasía y que aquella llamita, tan minúscula, tan enrojecida, tan temblorosa, era lo único existente. Todo se transformaba en sombra muerta. Sólo aquella llama transmitía vida y daba a las realidades estáticas contornos nuevos. Pensaba que, sin aquel fuego, todo sería más triste y más pasajero.

Muy pronto, no obstante, a pesar de mis cortos años, comencé a abrir los ojos y a encontrarme con otras realidades que no eran tan lúdicas. Con terror y verdadero pánico fui contemplando cómo eran distintos los perfiles de la realidad, mirados por nuestros ojos de niño, y los que veían los adultos. Poco a poco la vida me fue introduciendo en una espiral imparable de descubrimientos que me irían forjando una personalidad bien distinta. El tono festivo iría pasando a un segundo plano. Comenzaría a emerger la aguda acrimonia que dejaría en mis ojos los tintes ásperos de la vida; y en mi persona, un carácter rebelde y desabrido.

Los inicios de aquel descubrimiento fueron tan dolorosos como grises y tristes. Por la noche, con la cabeza clavada en la almohada, lloraba desconsoladamente. Quería seguir siendo siempre niño. No deseaba ser adulto ni tener nada que ver con el mundo de estos. Viviendo aún en aquella casa, antes de que nos trasladásemos a otra más amplia en el centro de la ciudad, pero igual de humilde, comencé a realizar descubrimientos dolorosos. Murieron en la casa, cuando yo tenía escasos años, dos niños pequeños, un niño y una niña, así como un hombre mayor.

Nunca había contemplado la muerte hasta entonces, más allá de cuando nos encontrábamos un perro muerto en el huertecillo, o un

gato en el corral, o cuando algún vecino mataba alguna gallina o un conejo para comérselo, o cuando en la casa se hacía matanza de algún cerdo. Ante los perros o los gatos muertos siempre reaccionaba de la misma manera, escupía cuando pasaba junto a ellos. Era algo así como para que nada de aquella muerte se me metiese dentro de mí mismo. Bien distinta era mi reacción ante la matanza de los animales, especialmente la de los cerdos.

Los escuchaba gruñir. Aquellos gritos desolados antes de que muriesen y aquella verdadera sangría con el desguace de todos sus miembros me resultaban macabros, revulsivos y horrendos. Más doloroso me parecía cuando se trataba de cerdos que habíamos visto crecer desde pequeños en la cochinería del corral, sin saber todavía que los engordaban para aquella matanza cruel. Muy espeluznantes me resultaban cuando contemplaba, al trasladarlos desde la cochinería hasta el cuarto en que los iban a matar, sus ojos confusos y amedrentados, su resistencia a caminar, a pesar de los palos en los lomos que recibían. Aquella visión me encendía un volcán en el estómago que, saliendo de él, me producía un nudo en la garganta, que me impulsaba a llorar tan asustado como lleno de amargura. Todavía hoy aquellos recuerdos se me reflejan en la pantalla donde se proyectan las pesadillas nocturnas.

Aún así, las otras muertes, la de los dos niños y la de aquel viejo de la casa, me dejaron una impresión bien distinta. Aquellas muertes, desde mi visión infantil, no fueron activas, sino pasivas. A ninguno de los tres los vi morir, los vi muertos. Más que verlos, los sentí, los oí. Dejaron sobre mi piel un olor indescriptible. El primero que murió fue el niño. Calculo que tendría menos de dos años. A los niños no nos dejaron entrar en la habitación en la que se encontraba dentro de una cajita blanca y destapada. La madre gritaba como una verdadera enloquecida. Se tiraba de los pelos y se daba golpes en la cara, mientras las demás mujeres intentaban consolarla.

Los hombres, en la puerta de la habitación, fumaban. Casi todos llevaban unos modestos pantalones grises con rayitas y camisas blancas. Algunos llevaban una banda negra en el brazo izquierdo. Hacía calor. La habitación tenía un cierro que daba a la calle, su único vano además del de la puerta de entrada. Los niños desde el cierro contemplamos el cuerpo muerto de aquel pequeño dentro de la cajita blanca. Parecía una hoja seca, blanca como la cal, caída del árbol de la vida pre-

maturamente. Hasta la ropa blanca que cubría su cuerpo me parecía fría. Un olor a jazmín llenaba toda la habitación y llegaba hasta nosotros. No había viento. Hasta los rayos del sol parecían caer muertos desde muy lejos, desde muy lejos...

La otra muerta, la niña, tendría unos cinco o seis años. Los niños nos asomamos a ver su cuerpo desde una ventana pequeña que daba al corral bajo. Nadie había ni en el corral ni en la habitación. Sobre la cama de matrimonio aparecía el cuerpo de la niña, vestidita con un traje blanco con encajes. Tenía en sus pies unos zapatitos del mismo color. Me llamó la atención que su cuerpecito estaba hinchado y su cabeza era enorme. No la habíamos visto nunca cuando vivía, porque su madre siempre la mantuvo encerrada en una habitación. Los niños creíamos que no la dejaban salir porque era como una especie de monstruo y que nos iba a hacer daño. Nos acercábamos por turno a mirar desde la ventana. Las niñas salían despavoridas para el corral alto, algunos niños también. Yo había sido de los últimos que me pude acercar a mirar por la ventana. Allí no había luz alguna. Aquel cuerpecito aparecía entre tinieblas, lo que lo hacía más pavoroso. El niño anterior que habíamos visto desde el cierro de la calle parecía como dormido. La niña, sin embargo, dejaba en mis pupilas más oscuros reflejos de la muerte profunda. Eran como una protesta sorda contra la vida que no fue vida en la vida, ni muerte plácida en la muerte. Parecía sonar en aquella habitación los tristes gorgoris de los que hablaba mi abuela. Soplaban un viento oscuro. En mi corazón parecía que habían sembrado un ciprés amargo y solitario.

Los niños nos enteramos de que en la planta alta se había muerto un viejo. La verdad es que apenas lo conocíamos. Era de los que trabajaban de guarda a la otra parte del río y venía en pocas ocasiones a la casa. Todos sus familiares y vecinos estaban en el patio. Las mujeres habían sacado de sus partidos de casa las sillas de anea de que disponían. Los hombres también habían trasladado otras de los bares de la esquina. Las mujeres hablaban y hablaban, mientras que los hombres fumaban unos cigarrillos que formaban con un papel blanco que tenían en una especie de librito pequeño y un puñadito de tabaco que sacaban de un petaca que guardaban en el bolsillo del pantalón y de la chaqueta gris. Algunos tenían gorra en la cabeza. Varios niños, aprovechando el griterío y la tertulia que había en el patio, subimos la escalera de acceso a la primera planta.

Llegamos a la planta alta. Todas las puertas estaban cerradas, pero sabíamos cuál era la que había habitado aquel viejo y su familia. Nos acercamos. Estaba entreabierta. La abrimos. Nos asomamos. Sobre una cama situada, entrando a la habitación, a la izquierda, aparecía el muerto. Estaba todo él cubierto con una sábana blanca, menos las manos y la cara. Los niños nos agarramos unos a otros. Sentimos miedo. Fue un visto y no visto. En un santiamén nos encontramos fuera de la habitación. Me llevé de ella el recuerdo de un vientre hinchado, unos ojos cerrados, un trozo de algodón asomando por la boca y los orificios nasales del cadáver y, sobre todo, el color amarillo que llenaba toda su cara y sus manos. Mirando estas, me pareció que las uñas las tenía negras. Sobre una silla de anea había una manta doblada. Durante varias noches no pude conciliar el sueño. Me parecía que venía a por mí aquel muerto, que ya no tenía dedos en las manos, sino culebrinas negras.

8

El partido de casa de mis padres, como el de mis abuelos, que estaba junto a él, era igual al de todos los que allí vivíamos. Tenía una sala grande que se empleaba de dormitorio para todos. En ellas estaban colocados unas camas, un ropero, una cómoda, unas sillas, un palanganero con su palangana de barro y dos mesitas de noche. Del techo pendía un cable y a su final una bombilla blanquecina. En la pared, un cuadro con la Virgen del Rocío y un almanaque. Junto a aquella habitación, y sin puerta que las independizara, había otra más pequeña que servía de desahogo para todas las demás necesidades. Allí tenía mi madre una mesa, cubierta de un hule con flores pintadas, que era donde comíamos; los enseres para cocinar en la cocina común y para comer; un lebrillo grande y unas sillas. En el centro de la mesa había siempre un reverbero preparado para encender cuando se produjesen los habituales apagones. En un banquito, ubicado en un rincón, había un infiernillo para calentar cualquier bebida de poca monta, como un vaso de leche, o de achicoria o de caldo. Una alacena, existente al fondo, guardaba enseres y alimentos. En el suelo, un cántaro para el agua de beber. Aquel lugar era en el que mi madre me colocaba a hacer la tarea que me mandaba el maestro.

La verdad era que yo de actuoso tenía bien poco. La presencia observadora de mi madre, de mi abuela o de alguna vecina, encargada por mi madre para que me diese una vueltecita, producía el efecto de que, a duras penas, hiciese algo, porque, en aquellos años, ni los libros, ni los cuadernos, ni los lápices, ni las gomas, me atraían lo más mínimo. Lo mío era la calle, el corral alto de la casa... y a jugar hasta con una mosca.

Un día me encontraba en aquella habitación. Mi madre había ido al almacén de Salvadorito a comprar. A la Chata, la viuda, era a la que mi madre había comisionado, mientras estuviese aquel día en la

calle, pues siempre se sabía a qué hora salía, pero resultaba incalculable acertar a la que volvería. A mi madre a hacendosa y trabajadora no le ganaba nadie, pero tampoco nadie podía competir con ella a la hora de dedicar tiempo a hablar. Con quien se encontrara, le daba un repaso a toda la actualidad del contorno. Y es que ella era así. Bendita sea. Y punto. Con la Chata era con la que más a gusto me encontraba. Era tolerante conmigo. Incluso, hasta se ponía a jugar como si se tratase de una niña chica. Era muy buena y estaba muy sola la pobre, aunque –que lo cortés no quita lo valiente–, siempre había alguna lengua de vecindona que decía de ella lo que no era, y además... si lo era, pues mejor para ella, que, con ello, ningún daño hacía a nadie.

De pronto se escuchó en toda la casa un grito desgarrador, seguido de un coro de gritos más, al que se fueron sumando todas las mujeres.

–Recoño, qué ha sido eso– gritó la Chata dando un salto de la silla. Salió corriendo hacia el patio. Yo fui detrás ella. La Chata –la verdad es que no sé si sabía o no lo que pasaba–, en cuanto vio a las mujeres chillando, se puso a gritar como la primera. La que más gritaba era la Jordana. Esta se encontraba dentro de su partido de casa, del que salía todo el griterío. Las mujeres se agolpaban delante de la puerta. Que una se tiraba de los pelos; la Chata, más. Que una se ponía a patear en el suelo; la Chata, más. Que una se abrazaba a otra gritando; la Chata, más.

Yo tenía los ojos abiertos como platos. No entendía nada de lo que estaba pasando. De pronto miré hacia la casapuerta y vi a un señor muy delgado con un traje negro y una corbata oscura, acompañado de unos guardias. Las mujeres fueron formando dos coros. Uno, gritando junto a la puerta de la Jordana; el otro, rogando, amenazando y, en todo momento, con unas voces que se podían escuchar por todo el barrio. En la puerta se fue agolpando la gente del vecindario. El coro de mujeres que gritaba a aquellos hombres, en el que pude observar a mi abuela, no paraba de decir:

–¡¡Señor oficial, por favor no se lo lleven!! ¡¡Ya murieron tres primos y un tío en la guerra!! ¡¡Qué tenéis contra esta casa.....Somos gente de bien!!– fueron gritando algunas de las mujeres –.

–¿Es que no hay más mozos para llevarse a la mili que los de este pueblo?–.

El griterío fue aumentando. Los guardias comenzaron a esgrimir sus porras amenazantes. El oficial de Quintas estaba pálido. Su cara parecía la del viejo que yo había visto muerto en la planta de arriba de la casa. De pronto, uno de los guardias sacó del partido de casa de la Jordana al hijo de esta. Lo agarraba fuertemente de un brazo, mientras que el mozo, pálido como la misma muerte, llevaba en la otra mano un hato con las cuatro ropillas que había cogido apresuradamente. La Jordana salió detrás de ellos. Se tiró al suelo. Agarró con los dos brazos los pies de su hijo. No había quien la despegara de él. El guardia le dio un fuerte tirón al mozo y lo sacó del patio. A la Jordana le entró un ataque de nervios. Al principio se contorsionaba en el suelo como los rabos que le cortábamos en el corral a las lagartijas. Luego, perdió el conocimiento. Algunas mujeres acudieron a levantarla. La sentaron en una silla. Una le resoplaba con un abanico, otra le pasaba un paño mojado por la frente, otra trajo un vaso de agua. Se lo intentaban dar. Mientras el coro más numeroso, con los nervios perdidos, seguía en la casa puerta, tras aquella comitiva, gritándole ya sin reparo alguno:

-¡¡¡Hijos de las mil millares de putas... malnacidos... asesinos de los pobres... ¿por qué no os lleváis a los hijos de los señoritos?... os vamos a sacar las “tuñigas” de pellejo... cornudos que eso es lo que sois, unos cornudos... y unos “cagaos”... y una mancha de mierdas...!!!

A medida que el coche, que se llevaba al hijo de la Jordana para alistarlo en las quintas, se iba alejando, se fue transformando el griterío en llanto alrededor de la Jordana. Esta, saliendo poco a poco del sopor en que había entrado, musitó:

-Mi hijo, mi hijo de mi alma va a la muerte... a mi hijo me lo han matado, me lo han matado... Sí, me lo han matado, malditos sean un millón de veces... Sí... me lo han matado...

Con aquel griterío, no me había dado cuenta de que mi madre hacía un buen rato que había llegado. Dejó la cesta en la habitación-comedor donde yo había estado estudiando. Poco a poco el ambiente se fue serenando. Las mujeres de las casas vecinas se fueron retirando. Sólo algunas se metieron con la Jordana en su partido de casa.

Un día, después del almuerzo, estaba yo durmiendo la siesta en la cama de mis abuelos. Mi madre nos obligaba a mis hermanas y a mí a dormir la siesta, quisiéramos o no, cuando no teníamos que ir a la escuela. La razón de que yo tuviese que dormir la siesta en el partidito de casa de mis abuelos era porque, si lo hacía en el nuestro, se armaba la marimorena, porque me dedicaba a tirarles cosas a mis hermanas y a no dejarlas dormir. Más de un alpargatazo de mi madre me costó aquel espíritu jaranero que me dominaba en aquellos años. Víctimas, mis pobres hermanas.

Aquel día mi abuela estaba fregando los platos en un lebrillo de barro que tenía colocado en la mesa de la habitación contigua. Sonó unos tenues golpecillos en la puerta de entrada del partidito. Me desperté, pero me hice el dormido.

En la puerta se encontraba una mujer mayor, como de la edad de mi abuela, o tal vez algo menor. La reconocí por la voz. Era Pepichi, si bien todas la denominaban “La Lamentona”. Era una mujer buena, pero decían de ella que le gustaba tanto un llanto, una muerte, un duelo, una enfermedad o cualquier cosa desagradable que pasase en la vida, que no había evento de esta índole en el que no apareciese la Lamentona. Le gustaba vestir con ropa muy llamativa, de mucho colorido y con algún que otro complemento, porque a cursi no le ganaba ni Rubén Darío. La verdad era que se lo podía permitir, porque su padre tenía un buen trabajo, una buena casa y, por eso, se decía en el pueblo que tenía chismito.

–¿Molestó? –interrogó La Lamentona.

–¡Qué va, hija, qué va! Sabes muy bien que te encuentras en tu casa –respondió mi abuela.

Entró en la alcoba. Mientras saludaba a mi abuela, dándole un beso, contempló que alguien estaba acostado en la cama. Mi abuela le

indicó silencio con el gesto de colocarse el dedo índice delante de la boca. En silencio pasaron a la otra habitación, la pequeña. Mi abuela estiró la cortina que separaba ambas habitaciones para tener mayor intimidad.

–Es mi nieto el que duerme la siesta. Ya sabes cómo es. Si no se viene aquí, no deja dormir a las hermanas... y mi hija se pone que trina.

Intuí, sabiendo sus costumbres, que mi abuela se había puesto a calentar agua con achicoria. La tertulia era previsible. Seguí simulando que dormía. Me fui empapando de cuánto hablaban. Así ya tendría yo historias que contar cuando nos fuésemos a jugar al Huertecillo.

–¡Qué disgusto, Dolorcita, qué disgusto! Cuanto me enteré de lo del asunto del hijo de la la pobre de la Jordana, ya había pasado todo. He querido verla ahora, pero su hija me ha dicho que se encontraba descansando, porque estaba muy afectada y de noche no podía dormir. ¡Qué disgusto! ¡Qué disgusto no estar aquí con ella!

La Lamentona, a diferencia de toda la gente de aquel barrio que hablaba a su manera de ser, hablaba muy “fino”. Me dijo una vez mi abuela que su padre la había educado en un colegio de monjas que no salían nunca a la calle. Recuerdo que les decían salesas o algo así.

–Esto entre tú y yo, y que no salga de aquí; pero tampoco era para ponerse como se puso la Jordana. Ella, acuérdate, fue siempre muy desabrida.

–¿Muy qué?

–Hija, desabrida significa que es muy muy exagerada para todas sus cosas.

–No lo creo, Pepichi. A cualquiera que se le llevan a un hijo a la guerra se habría puesto de la misma manera.

–Pero, Dolorcita, que la guerra ya ha terminado. Estamos en paz después del glorioso movimiento.

–¡Anda, anda... déjate de paz! Paz, con el penal lleno... paz, con tantos muertos... paz, con tantas criaturitas que se han tenido que ir al extranjero... Además, Pepichi, ¿quién asegura que no puede haber otra guerra?

–¡Quita, quita! ¡Qué va!! Anda, anda, mujer... Eso ya se acabó.

–¿Que eso se acabó? Mira, Pepichi, todo el que sufrió aquello no es fácil que lo olvide. Sobre todo si quedó con el recuerdo más negro de la noche má oscura.

La conversación me iba intrigando, especialmente cuando mi abuela mencionó la palabra “aquello”. Varias veces me había dicho que algún día me explicaría a qué se refería. Así que presté mayor atención. No me movía de la cama lo más mínimo. Casi ni respiraba. Aun así, pude observar cómo mi abuela de vez en cuando abría un poquito la cortina y observaba si yo estaba dormido o no.

La Lamentona tenía los ojos azules azules, muy vivos, pero siempre estaba con un pañuelo secándose los como si, por un mal funcionamiento del lagrimal, se le escapase a tiempo y a destiempo una lágrima, de ahí que el nombre de la Lamentona le venía como anillo al dedo. Era muy buena conversadora y para ella el tiempo no tenía precio, estaba para gastarlo y punto. Empezó a hablar y a repetirle a mi abuela historias de la guerra que ella había vivido, así como otros sucesos de la misma que había escuchado de su padre. Miró escrutadoramente a mi abuela y a lo poco que había que ver en aquella habitación. Tomó un trago del vaso de achicoria. Suspiró profundamente. Consideraba que lo que ella había vivido era un tesoro inestimable.

–Dolorcita, los mozos siempre tuvieron terror a ser alistados para el ejército. Mi padre, que era muy culto, me decía que esto había sucedido desde siempre, pero, cuando eran enviados a alguna guerra, como la de Marruecos, o la de Cuba, o la de Filipinas, el terror era mayor...

–¿Y cómo no iba a ser mayor, Pepichi, si en esas guerras la mayoría de los mozos morían, o volvían enfermos para el hospital? También a mí me contaba muchas cosas mi padre, porque a un hermano suyo lo mataron en Cuba con tan sólo dieciocho años. ¿Tú sabes que los mozos se iban de prófugos o, incluso, se cortaban un dedo para no ser alistados?

–Claro que lo sé, Dolorcita.

–Pues por eso todas tenemos tanto miedo a cualquier guerra, porque es a nosotras a las que nos toca pasar por el martirio de ver cómo nos arrancan a nuestros hijos.

–La verdad, Dolorcita, es que, en la última guerra, mi familia tuvo mucha suerte. Algún que otro sustillo y nada más. Nos ayudó mucho un tío de mi padre que era cura en esta ciudad, aunque la verdad es que el “rojerío” duró muy poco tiempo aquí. Rápidamente fue liquidado.

–Pero, mujer, –la interrumpió mi abuela– ¿qué rojerío, ni que rojerío? Esa, esa fue la excusa para quitarse de en medio a muchos porque pudieran molestar a algunos, o por simple afán de venganza de asuntos privados. Es verdad que fueron fusilados algunos socialistas y republicanos, pero, bueno, también cayó mucha gente que nada tenía que ver con la dichosa política. Lo que pasara en otra parte ni tú ni yo lo vivimos, pero aquí... dime tú. Empezaron con los socialistas y republicanos que había allá arriba en el Ayuntamiento, pero después terminaron fusilando a pobres criaturitas. Además, quién es un hombre para matar a nadie por el penamiento que pudiera tener. ¡Acabáramos! Los asuntos y las diferencias se arreglan de otra manera. Si bestias fueron los unos, bestias fueron los otros.

–La verdad, Dolorcita, es que llevas mucha razón. Además mi familia tuvo la suerte de vivir en una zona rural distante cuatro kilómetros de la zona urbana. Allí pasó muy poco, es la verdad. En aquella zona apartada sólo teníamos la carreterita, las casas de bloques cuadrados y muchas chozas alrededor de la casa que llamaban del “Carbón”. Todo ello junto a la playa... y bastantes chozas, es cierto, bastantes chozas. Había sólo un bar, el de Manolo; también un quiosquito que vendía de todo, el de Charito, quien tenía mucha amistad con los Marqueses del Coto... muchas cosas... También había una casita que era de los prácticos de la Barra del Río, el faro, el cuartel de los carabineros, y el almacén propiedad de cuatro hermanos, un hombre y tres mujeres solteras, que eran del norte.

–En ese cuartel de carabineros mandaba un guardia que creo que se llamaba don Ángel ¿no, Pepichi?

–Claro que sí, era muy buena persona. Tenía dos hijas, ya mayores cuando comenzó aquello. Ese fue el que metió a los carabineros en la tropa cuando el Movimiento... que se los llevó engañados a la ciudad y los metió en la plaza de al lado del Ayuntamiento, porque ya sabía él que venían las tropas del pueblo vecino para unirse a ellos. Pero las tropas de carabineros no lo sabían... y dicen que, cuando llegaron, se presentó al coronel o al capitán... se presentó a ese señor... y las tropas de los carabineros tuvieron que aguantarse. En aquella zona en la que yo vivía se notó la guerra, pero sí en este sentido, que llegaban muchos camiones, camiones de transportar materiales, cargados con hombres con escopetas... así apuntando. A mí me metieron en el cuarto de las muchachas ¡jajaja! Para adentro... Nos cogió que estábamos

comiendo en la caseta de baño en la playa... y en eso... las camionetas llenas con los escopeteros y dijo mi padre: “Ea, vámonos para casa corriendo”. Estuvieron yendo y viniendo. Después dicen, ya eso no lo vi yo, que estaban muchos sentados en los árboles, porque creían que iba a haber una manifestación... Dijeron que iban a matar a mi padre y que iban a poner la cabeza en el árbol que había enfrente de casa... en fin... y así a los tres o cuatro que había de derecha... que no había más. No sé si será verdad o no será verdad. Lo es que lo he oído. Aquí vamos a colgar la cabeza de fulanito... allí la cabeza de menganito... ¡Ay! ¿Y las salesas? ¿Te acuerdas, Dolorcita? Allí hice yo la primera comunión. ¿Te acuerdas de una gruta con una Virgen que había en el patio? Después de la guerra se fueron las monjas. Cuando la guerra... –entonces La Lamentona bajó el volumen de su voz, de manera que a duras penas pude enterarme de lo que le dijo a mi abuela– le ordenaron que cuidara de ellas al director del Banco... que ese conocía mucho a mi padre y llamó a mi padre y le dijo: “Mira, me han dado este encargo. Yo le agradecería a usted mucho, si es que usted pudiera, hablar con la madre superiora para decirle si quiere que la recojamos... que vayamos a recogerlas, para sacarlas del convento... no vayan a hacerles daño”. Y entonces fue mi padre. Estuvo hablando con la superiora y le dijo que le comunicara a aquel señor que muchísimas gracias, pero que ellas no salían de... que no se movían de su casa. Y después ya, ¡jajajaja!, estaban en contacto con mi padre... eso es lo que mi padre me decía a mí... le dijeron que por la noche diese una vueltecita a ver qué aspecto tenía el convento y dijeron que mi padre ¡jajaja! Iba a prender fuego al convento... que mi padre iba a prenderle fuego al convento ¡jajajaja!

Todo aquello, aunque con muchos cabos sueltos, me sirvió, por una parte, para intuir a qué se refería “el aquello” que me pronunciaba frecuentemente mi abuela; y por otra, a llenar mi cerebro infantil de mil curiosidades e interrogantes. De pronto, se abrió la puerta del dormitorio. Entró mi abuelo. Pudo escuchar las últimas palabras y carcajadas de la Lamentona. Se acercó a mí. Tiró de la ropa de la cama.

–Venga, a levantarte... que esta noche no vas a poder pegar ojos.

Salté de la cama. Mi abuela corrió la cortina de la habitación en la que se encontraba con la Lamentona. Mi abuelo la saludó con un tenue movimiento de cabeza. Se echó un puñado de tabaco en la mano. Lo fue restregando como si de un rito mágico se tratase. Empezó a liar un cigarrillo. Lo hizo con la misma rítmica solemnidad con la que él

andaba y hacía todo. Mi abuela y la Lamentona salieron del cuarto, acompañándola mi abuela hasta la puerta, al tiempo que yo me ponía el pantalón y las chanclas. Noté que una espinilla se me había clavado en el alma. Intuí que ni todo era alegría y juego en la vida, ni que todos los hombres eran amigos. Me convencí de que había más muertes, aunque fuesen de otras tonalidades, distintas pero más dolorosas que aquellas tres que había presenciado en aquella casa. Mi abuelo llevaba razón. Aquella noche dormí poco y mal. Tuve pesadillas. Aquellos hombres de las escopetas me aparecían entre sombras de odios antiguos matando y matando. El amanecer me sorprendió llorando con el pecho encogido. Algo tenía claro. Yo no quería, por nada del mundo, dejar de ser niño.

A la mañana siguiente me levanté con fiebre. Durante la noche mi madre se había acercado varias veces a mi cama, porque había notado el sueño sobresaltado que yo tenía. Me ponía la mano en la frente. Ordenaba el desorden de las mantas para que me acurrucase. A las claras del día, ya estaba mi madre colocándome debajo del brazo el termómetro. Tenía fiebre. Me ordenó que siguiese en la cama porque aquel día no iría al colegio. Arregló a mis hermanas, les dio de desayunar y las mandó al colegio con la Lele. Esta muchacha era como una verdadera tata para nosotros. Nos quería mucho. Nos sacaba de paseo y, cuando mi madre tenía cosas que hacer, era ella las que nos llevaba y recogía del colegio.

Mis hermanas, al ver que yo permanecía en cama, protestaban porque ellas iban al colegio y yo no. Mi madre les explicaba que me quedaba en cama porque estaba enfermo, ya que me había resfriado. Cuando mis hermanas me miraban estando yo plácidamente en la cama, sin que mi madre se diese cuenta, les sacaba la lengua y les hacía morisquetas. Mis hermanas lloraban aún más. Mi madre las acompañó a la puerta del partidito de casa y cuando llegó la Lele se las llevó para el colegio. Ella, entonces, me trajo a la cama un tazón de leche, medio pan con aceite y azúcar y hasta un bollito de leche que había ido a comprar a la tienda de Salvadorito.

¡Buena cosa había descubierto yo! Más de una vez intentaría simular que estaba enfermo para librarme de ir al colegio, para cargarme un bollito de leche y para de camino hacer rabiar a mis hermanas. Claro que mi madre sabía descubrir cuándo estaba de verdad enfermo y cuándo era pura simulación. Cuando sucedía esto segundo, me decía que, puesto que estaba enfermo, iba a avisar al practicante para que me pusiese una inyección. Esta palabra resultaba para mí, en aquella época, tan misteriosa como repulsiva. Sólo de oírlo, ya estaba yo de pie, vestido y dispuesto para desayunar y coger el camino de la escuela.

En aquella ocasión, la enfermedad fue verdadera. Hasta vino el médico a verme, porque mi madre decía que yo no debía salir a la calle para ir a la consulta. Le vi entrar en la habitación. Era un hombre muy grueso. Tenía un traje oscuro y una corbata negra. Sacó de su maletín un aparato y me lo colocó en el pecho. Aquel aparato era pequeñito y tenía una goma negra que él se ponía en las orejas. Me lo colocó en varios lugares del pecho y de la espalda diciéndome que respirara fuerte y que dejase de hacerlo. Luego le pidió a mi madre una cuchara. Me asusté. No sabía qué iba a hacer con ella, pero lo que estaba claro era que lo que iba a hacer lo haría conmigo. Me puse a llorar mientras mi madre me decía que no me iba a hacer nada el médico, que no fuese tan miedica.

Mi madre le dio la cuchara al médico. Este me dijo que abriese la boca. ¿La boca iba a abrir yo? Cuanto más me lo decía, más apretaba yo los labios y los dientes unos contra otros. Llegó el remedio mágico. Mi madre, visto lo visto, metió la mano por debajo del embozo de las sábanas y me dio un pellizco retorcido de los que nadie como ella sabía dar. Era su argumento más convincente en aquellos años de mi vida. Así que, con todo el miedo del mundo, abrí la boca a duras penas, sin que mi madre hubiese separado los dos dedos garfios de mi brazo por si mi espíritu colaboracionista decaía en algún momento.

El médico gordo me cogió la barbilla con su mano izquierda. Me alzó la cabeza. Repitió que abriese la boca. La abrí temeroso y desconfiado. Me metió la cuchara en la boca aplastando la lengua. Fue un instante, pero, cuando dijo “bien, ya está”, el que estaba era yo, pero a punto de vomitar. El médico le dijo a mi madre que lo que yo padecía era amigdalitis. Mi madre le preguntó qué era aquello y si era grave. Él le contestó que se trataba simplemente de unas anginas, que tenía las amígdalas enrojecidas e inflamadas y que bastaría con unos días de cama, pero que no saliese para nada de la habitación y que no hubiese corriente de aire en ella. Luego sacó del maletín un papelito. Escribió en él algo y se lo dio a mi madre, diciéndole que me pusiese un supositorio por la mañana y otro por la noche, y que me diese una pastilla aspirina con un vaso de leche muy caliente cuando tuviese fiebre.

Yo tan sólo había entendido lo que dijo de que estuviese unos días en la cama. Estupendo, sin colegio. Lo de no salir de la habitación me gustó menos. De lo del supositorio y de lo de la pastilla no me preocupé, porque no sabía lo que era. Pero, claro, todo llega en la vida;

lo bueno y lo malo. Mi madre le dijo a la Chata que fuese a la botica y que le pidiese al boticario lo que había recetado el doctor... que se lo apuntase... que ya mi padre iría a pagárselo cuando viniese del campo de echar la peonada.

Volvió la Chata de la calle. Mis ojos se clavaron en sus manos buscando ver lo que traía, porque temía, más que un pellizco retorcido de la buena de mi madre, que fuesen inyecciones. Mi madre cogió una cajita. La abrió. Sacó de ella una pastilla, mientras que la Chata había calentado, en la habitación de al lado, un jarrito de leche y la había vertido en una taza. Entró con la taza de leche y con un vaso de agua. Mi madre cogió la almohada. La dobló tras mi espalda y me dijo que me incorporara y que me dejara caer sobre la almohada. Resonó la palabra fatídica:

-Venga, hijo, abre la boca para tragarte esta pastillita que ha mandado el médico. Verás cómo te pones bien.

Se repitió la cantinela una y otra vez. Yo no abría la boca ni por error. Cuanto más me lo decía mi madre y más me lo pedía la Chata, que era la que tenía el vaso de agua en la mano, más apretaba yo la boca. Por fin consiguieron que abriese la boca. Depositó en ella mi madre la pastilla aspirina, al tiempo que la Chata me acercaba el vaso de agua para que bebiese. Me tragué aquella pastilla. Al final no había sido tan complicado como yo pensaba. Me había costado un poco de trabajo tragarla, porque parecía que esta, cuando veía la garganta, se venía para afuera como si no quisiese meterse por aquel tubo.

Pero, bueno, la primera pastilla estaba ya superada. Para las demás no tendría miedo, aunque no me gustase su sabor ni tragarme aquello. Pero... quedaba la otra caja. Yo miraba fijamente a mi madre. Esta se dio cuenta. Soltó la caja en la mesilla y dijo que, para cuando me fuesen a poner el supositorio, ya habría vuelto mi padre del campo. Yo no tenía ni idea de lo que era un supositorio, pero a mí como que me sonaba a inyección. Y eso sí que no. En cuanto viese aquella aguja en manos del practicante, me escaparía y saldría corriendo hacia donde fuese. Pero de inyecciones, nada de nada.

Aquel día mis hermanas volvían del colegio no a la hora del almuerzo, sino por la tarde. En aquellos años se implantó la norma en algunos colegios, para los niños más pobres, que eran todos los que a él iban, de que cada día se les servía un plato de comida caliente y una naranja de postre a la mitad de los niños, porque el Ayuntamiento no

tenía medios económicos para darles de comer diariamente a todos los niños. Así que un día comía la mitad de los alumnos y los demás se tenían que ir a sus casas a comer en ellas lo que hubiese; y, al día siguiente, le correspondía a la otra mitad. Mis hermanas este día, por tanto, habían comido en el colegio.

La Lele las trajo por la tarde. Se repitió la historia de cuando se quedaban a comer en el colegio. Venían con más manchas de comida que los burros que portaban la privada de los pozos sépticos hasta los navazos. Manchas en el vestido, manchas en el chaleco, manchas en el pelo y manchas hasta en la mismísima cara. Mi madre les echó la regañina de siempre, que ellas escucharon como siempre, pero que les entraba por un oído y les salía por otro.

La Chata empezó a calentar cubos de agua; y mi madre, a sacar de la cómoda ropas limpias para las niñas, toallas, manoplas, el jabón verde y un tarro de vinagre. Ella nos frotaba la cabeza con agua y vinagre porque decía que, además de poner el pelo sedoso y reluciente, mataba cualquier piojillo u otro parásito que pudiéramos haber cogido en el colegio. Mis hermanas contemplaban los preparativos para el baño de la tarde. Cuando mi madre se metió en la habitación de al lado, donde iba a tener lugar el ritual del baño de las niñas, estas aprovecharon para mirarme y decirme con todo el cachondeío del mundo:

—¡Anda, anda, te van a poner inyecciones... anda, anda, te van a poner inyecciones!

Cuando les arrojé la almohada, ya habían salido de la habitación riéndose y divirtiéndose de mí, porque mi madre las había llamado para bañarlas.

Yo me había quedado con el cante. Estaba verdaderamente escamado. Las amenazas cantarinas de mis hermanas de que me iban a poner inyecciones, así como las premonitorias de mi madre de que, para cuando tuviesen que colocarme lo que había mandado el médico, ya estaría aquí mi padre, me pusieron alerta. Mientras mi madre y la Chata bañaban a mis hermanas en el lebrillo grande de barro, a las dos juntas para aprovechar el agua y las espumas del jabón, me pareció sentir los pasos de mi padre. Y es que mi padre tenía una forma particular de andar, pues arrastraba un poco uno de los pies. Todos me decían que aquel defecto era de nacimiento.

Oí a mis padres hablar en el cuarto de al lado. Me temí lo peor. Esperaba ver entrar en la habitación al practicante de un momento a otro. Me equivoqué. Entraron mis padres, mientras la Chata se había quedado secando y vistiendo a las niñas. Mi madre cogió del cajón de la mesa de noche la otra cajita que la Chata había traído de la botica. La abrió. Miré con ojos que se querían salir de sus órbitas. Sacó una tira larga que parecía como de plata. Cortó un trozo con una tijera. Y sacó de él algo que me recordó a los capullos de los gusanos de seda. ¿Y aquella porquería me iban a meter mis padres por la boca como me habían metido la pastilla aspirina? Pero... ¿y el vaso, dónde estaba el vaso con agua para tragármela?

Mi madre se acercó a la cama. Me destapó. Mi padre me dijo que me quitase los calzoncillos y que me pusiese bocabajo. ¡Lo que grité! ¡Qué pataleo monté sobre la cama! Mi padre, de un tirón, me quitó aquellos calzoncillos blancos que me llegaban hasta la rodilla. Le resultó fácil porque sólo estaba sujeto por un botón en la cintura. Me abrió las piernas de par en par, en el preciso instante en el que habían entrado en el dormitorio la Chata y las niñas. Mi madre les gritó a las niñas que se saliesen. Estas lo hicieron dejando en el aire el azufre venenoso de sus risitas. La Chata se acercó a ayudar en aquella tarea. Allá que estaba mi madre con aquel capullo en la mano gritándome que se iba a derretir, que me dejase hacer, que aquello no me iba a doler lo más mínimo. Mi padre siguió aguándome abiertas las piernas. Mi madre se acercó y me acercó aquel capullo al mismísimo ano.

Cuando noté el frío de aquel artefacto, me puse a apretar las nalgas, de manera que por allí no pudiera entrar ni el bigote de una gamba. Mi padre se dio cuenta. Con los dedos pulgares de sus manos abrió mi ano. Mi madre aprovechó para introducirme por allí aquello que ellos llamaban supositorio. ¡Uf!... lo que más me dolió fue la fuerza de los dedos de mi padre. Pensé que me iba a partir por la mitad, como hacían con los cerdos cebados cuando había matanza en el corral alto. Luego, sentí en aquella zona una cosa fría, era el supositorio. Mi madre me miró con ojos desencajados y me dijo:

– ¡Hay que ver la que lía este dichoso niño para todo! ¡Cómo echés el supositorio, te voy a poner la caja entera!

Mi padre salió de la habitación. Iría a pagarle al boticario, o, tal vez, a lavarse del sudor de la peonada del día. La Chata y mi madre se

cruzaron las miradas. Interpreté que estaban aguantando una carcajada por el numerito que yo había montado. La Chata, pícara como ella sola y buscona, más que buscona, le dijo a mi padre:

–Me parece como que no. Creo que este niño no te va a salir de la cáscara amarga como a otras –acompañó estas últimas palabras con un movimiento del dedo pulgar de su mano derecha señalando hacia el patio de la casa.

Mi madre había estado sirviendo, desde casi cuando era una niña, en la casa de una familia adinerada de la ciudad. No era la única sirvienta de aquellos señores, por cuanto que su mansión era inmensa. Trabajaba habitualmente en la cocina. Allí se hizo una extraordinaria cocinera. Dejó de servir para casarse. Aun así, cuando la necesitaban, ella acudía presta para ayudar en lo que le encargasen. Al ir naciendo mis hermanas y yo, también se presentaba en cuanto la reclamasen. Era en aquellas situaciones cuando se hacía cargo de nosotros la Chata, siempre dispuesta la mujer a ayudar a mi madre; otras veces, mi abuela se encargaba de nosotros cuando no estaba en el campo acompañando a mi abuelo. Aquella señora se portó siempre muy bien con mi madre. La trataba como lo hacía con sus propias hijas. El ambiente de camaradería entre todas las sirvientas de la casa era excelente. Resultaban evidentes las razones de la constante disponibilidad de mi madre.

Siendo muy niño, mi madre me llevó alguna vez a aquella casa para que me conociera la señora. Al principio, me daba mucho miedo de entrar por los grandes salones que tenía y por la estatua de un negro, de tamaño natural, que estaba colocado en la misma entrada de la casa. La falta de costumbre de ver aquella estatua me produjo pavor, pavor que fue desapareciendo porque la señora de la casa siempre me daba unos bollitos de leche y una taza grande de chocolate. En otras ocasiones, y esto me gustaba aún más, me sorprendía con unos dulces redondos, enroscados en forma de espiral, con mucha azúcar por arriba, que lo llamaban ensaimada.

En los días que estuve enfermo en la cama con aquella amigdalitis, quien cuidó de mí durante casi todo el día fue mi abuela. Me contaba historias y cuentos. Me mimaba. Me daba caprichos. Pero no sólo eso, sino que poco a poco me fue inculcando un interés especial por las cosas de la ciudad. Recuerdo que, en estos días, me contó una

historieta que yo me creí entonces completamente, hasta el extremo de que, cuando pasábamos por las proximidades del sitio en el que se desarrollaba la historia, no sólo yo sino todos niños dábamos un buen rodeo por el miedo que la historia nos producía.

Me contó mi abuela que en un pinar a las afueras de la ciudad, desde hacía muchísimos años, había un convento-fortaleza de unos caballeros que eran mitad guerreros y mitad religiosos. Se dedicaban a defender a los cruzados que iban a Tierra Santa y aquí, en esta ciudad, a proteger la entrada y salida del río. Aquella Orden de los Templarios fue prohibida por el Papa de Roma. Fue entonces cuando vinieron a vivir en aquel convento, transformado en monasterio, otros frailes que se llamaban Jerónimos. A estos los expropiarían de todo su patrimonio por orden del Gobierno, como hicieron con otros muchos conventos. En aquel monasterio se quedó sólo un guarda que ponía poco interés en velar por aquellas instalaciones... hasta que poco a poco, entre lo que la gente expoliaba del viejo monasterio, así como por los deterioros causados por el paso del tiempo, el importante monasterio, ubicado en un lugar tan estratégico como bello, quedó en ruinas.

Fue entonces cuando el espíritu de los frailes echó una maldición y se asentó en aquellas ruinas una serpiente enorme, de la que decían los viejos del lugar, atemorizados, que la habían visto cruzar el río hacia el coto de caza para alimentarse. Luego volvía y se quedaba en aquel convento en ruinas, por lo que no había nadie que se atreviese a acercarse allí. Esta historia me la contaba muchas veces mi abuela. Luego, me daba miedo y no podía dormir por la noche figurándome cómo sería aquel monstruo descomunal. Me la imaginaba cruzando el río de vuelta con varios ciervos o jabalíes en la panza.

En uno de aquellos días le dije a mi abuela que yo había escuchado la conversación que había tenido con la Lamentona, porque me había hecho el dormido. Mi abuela me dijo que era de poca educación escuchar las conversaciones de los mayores. Le contesté que había sido sin querer. Mi abuela me sonrió pícaramente.

—Mira, hijo, es que hay cosas que cuanto más pronto se olviden mejor. La caca cuanto más se menea más apesta.

Mi abuela se ensimismó. Una oscura nube de tristeza parecía habersele introducido por los ojos del recuerdo hasta transformarla en más vieja. Me pareció que su cara y sus manos tenían más arrugas todavía. Cuando, pasados los años, me ponía a recordar y revivir aquel

momento, escuchaba el galope del caballo negro desbocado que debía correr entonces por las venas del dolor de mi abuela.

Sin una narración sistemática, mi abuela me iría contando, desde aquel momento, experiencias que ella había vivido hacía tan sólo unos años. Ella había nacido en una calle próxima al Barrio de los Marineros, pero casi siempre había estado, hasta el momento de su casamiento, en una casa muy grande del barrio más alto de la ciudad. Vivió en aquella zona, distante de la suya, porque, desde que era una niña, había estado siempre con su abuela, allá por donde la Cuestecilla. Su abuela la llevaba al colegio de doña María Manuela, al que sobre todo asistían niñas. La tal María Manuela se casó con un médico de la ciudad y cerró el colegio.

Me contó mi abuela que allí fue donde aprendió lo poquito que sabía, porque pronto se tuvo que quitar del colegio. La razón fue que su abuela, así como su madre, estaban de sirvientas con la familia de un señor muy importante y que vivía frente a la iglesia de aquel Barrio Alto. Era secretario del Ayuntamiento y militante socialista. Mi abuela se iba emocionando a medida que revivía aquella experiencia tan importante en su vida. Recuerdo su narración entrecortada por la emoción y sus palabras, en ocasiones, inconexas. No expresaba pensamientos, sino sentimientos y vivencias.

–Al señorito lo mataron, bueno, lo fusilaron. Era muy joven. Mi abuela había estado siempre sirviendo con ellos, mi madre se agregaría después. Incluso nos quedábamos a dormir en la casa, y yo con ellas. Éramos como de la familia. Todavía guardo por algún sitio un retrato pequeñito del señorito, pero no sé por dónde estará guardado. ¡Qué pena más grande, hijo, qué pena! Una noche lo sacaron del Castillo, lo metieron en un camión, lo llevaron hasta la Dehesilla y allí lo fusilaron como si fuera un animal...

Mi abuela no pudo contener la emoción. Se levantó. Me hizo ademán con la mano de que volvía enseguida. Salió. La oí entrar en el cuarto pequeño de al lado. Escuché el ruido que hacía la tapadera de madera al colocarse sobre la tinaja del agua. Deduje que había ido a coger un jarro y beber un trago. Volvió al dormitorio. La noté más tranquila. Se volvió a sentar junto a mí en la cama en la que yo me encontraba.

–El señorito –siguió mi abuela– había sido cadete en el Ejército con el mismo Franco. Doña Concha, la esposa del señorito, me enseñó y explicó los muchos cuadros y retratos que había en la casa.

En uno de ellos, que estaba en un pasillo, aparecía el señorito, tan guapo, con ropa de cadete junto a Franco. Pero, cuando se levantó eso de la República, el señorito cambió de ideas y se hizo republicano. ¡Cómo quería a sus hijos! Mira, cuando aquí se implantó el gobierno de la República, el señorito exigió que a los colegios y a los niños ni tocarlos ni molestarlos para nada. Estuvo casado antes con una señora del Barrio Bajo con la que tuvo dos hijos, pero, al enviudar, volvió a casarse con la señora, con doña Concha. Cuando lo fusilaron, la señora estaba encinta. ¡Qué momentos más amargos, hijo mío! Mientras el señorito estuvo preso en el Castillo, mi madre le llevaba todos los días el desayuno. Un día, cuando lo hizo, le dijeron: “Señora, váyase usted que a don Enrique se lo han llevado”. ¡Cómo llegó mi madre a la casa! ¡Cómo lloraba! Apenas podía pronunciar palabra. Doña Carmen era un río de lágrimas. No se podía hacer ya nada... Recuerdo que mi madre me contó que también habían fusilado a don Bienvenido, el del almacén de la calle principal; a don Cándido, que tenía una botica haciendo esquina con la Calle del Teatro; a don Salvador, el que poseía un bar en el centro... Bienvenido era muy agradable... a Cándido lo conocía por la botica...

Mi abuela hizo una parada. Se asomó al cierro que daba a la calle. Allí estuvo un rato. Volvió a sentarse junto a mi cama. Yo la miraba con intriga y contagiado de su emoción. Cuando ella contaba historias, tenía unos ojos muy vivos, suscitaba interés y atraía la atención de quienes la escuchaban como si de un imán se tratase. Siguió contándome aquella historia. Yo ni pestañeaba.

–Don Enrique tenía un cuaderno en el que escribía todo cuanto observaba en el pueblo, según nos contó su esposa. Narraba en él el hambre que pasaba la mayoría de la gente, la carencia de higiene de las casas por el hacinamiento de personas que había en ellas, la falta de solidaridad de los ricos con los más pobres... ¡Cuánta hambre se pasó, Dios mío! Aquel cuaderno, cuando fusilaron a don Enrique, lo partió por completo la señora y quemó los trozos de papel.

La historia contada por mi abuela me impactaba. Aquella no era la ciudad que yo iba conociendo. Le pedí que siguiera contándome más. Así lo hizo.

–Mira, Pablito, cuando tú tenías unos cinco años, más o menos, toda España se enfrentó en guerra civil.

–Abuela, y ¿qué es una guerra civil?

-En una guerra civil no lucha una nación contra otra, sino que una parte de España se enfrentó con la otra parte. Eso es una guerra civil. En toda España pelearon los republicanos, que estaban al frente del gobierno de la nación, contra los franquistas que se opusieron a ellos.

-¿Una guerra de los buenos contra los malos?

-No, Pablo, en cada uno de los bandos había buenos y malos, pero ni en un grupo ni en el otro todos los que lucharon lo hicieron convencidos, sino obligados por las circunstancias y por los que mandaban en un ejército y en el otro.

-Abuela, si no eran buenos y malos, ¿qué eran los republicanos y qué eran los franquistas?

-Pablito, ya lo entenderás mejor cuando seas más grande, pero, mira, los republicanos entendían lo que debía ser España de una manera; y los franquistas, de otra.

-¿Y no pudieron ponerse de acuerdo entre todos?

-No, Pablo, las personas son buenas, no lo olvides nunca; pero siempre hay gente de raíces podridas que lo estropean todo.

-¿Y que le pasó a la señora del que fusilaron?

Mi abuela respiró hondo. Me miró a los ojos. Metió los dedos de su mano derecha por los pelos de mi flequillo y comenzó a jugar con ellos.

-Pablito, ¿no crees que ya por hoy está bien de historias? Mira que después te cuesta trabajo dormir.

-No, abuela, no, ¡por favor, sigue!

-Bueno, pero sólo un ratito más. Como te decía, España se levantó en guerra. Fue larga, muy larga. Duró casi tres años.

-¿Tres años, abuela?

-Bueno, tres años en toda España, pero aquí en esta tierra tan sólo duró muy pocos días, porque los partidarios de Franco se hicieron enseguida con el gobierno de la ciudad.

-¿Y a ti te hicieron algo?

-No hijo, no, a mí no me hicieron nada.

-Y a aquella señora...

-Aquello fue un golpe muy cruel. La pobrecita se volvió como loca. Lloraba sin parar. Caminaba sin sentido por los pasillos de la casa. Para colmo, vinieron unos señores vestidos de negro y le preguntaron

que si le iba a poner caja a su marido. Entre todas tuvimos que aguantarla para que no hiciera una locura. Ordenaron que permaneciese presa en su casa, de la que no podía salir para nada.

-¿Y la señora tuvo un niño? ¿O también se lo mataron?

-No, hijo, no. Claro que no. A pesar de todos los pesares, la señora tuvo una niña y bien hermosa que nació.

Pregunté a mi abuela si salía la gente a la calle cuando estaban pasando todas estas cosas.

-Durante varios días, no. Se escuchaban tiros por muchas calles. La gente estaba asustada. Muchos se escondieron. Uno de ellos fue el abuelo. Él no se metió nunca con nadie ni quería saber de política, pero había un “guasa” que la tenía tomada contra él y temíamos que le sacase algo para que se lo llevaran preso al castillo. Se escondió en un campo del Salto del Grillo. Yo le llevaba comida. Nadie se metió nunca conmigo. Mi madre se quedaba siempre cuidando a la señora. Era guapísima. Algunos, después de que pasó todo, quisieron casarse con ella, pero ella siempre decía que no quería ni oler nada de la ciudad donde mataron a su marido. ¡Qué pena de aquel hombre! ¡Qué caballero, qué guapo y qué bromista! A cada una le ponía un nombre. A mí me llamaba Tiburcia. ¡Cómo nos reíamos con sus cosas! Todavía me acuerdo del traje que tenía puesto cuando se lo llevaron preso. Un traje marrón con un hilito rojo. ¿Cómo se puede matar a una persona? Además, sin haber hecho nada malo; todo lo contrario. ¡Qué días más malos aquellos! ¡Cuántas viudas, cuántos huérfanos, cuánta miseria! Y lo de los moros que mataron...

Fue el momento en el que entró en la habitación la Chata; dijo:

-¡Huy!, pero ¿qué pasa aquí? Venga, que traigo un platito de puchero que a mi niño le va a sentar como gloria bendita; y, además, qué le gusta a mi pichita... una naranjita, pues ¡ea! aquí traigo también una. A comértelo todo. Mi abuela se levantó. La miré. Me había contado siempre muchas historias, pero noté cómo esta de hoy le había roto los cristales más puros del sentimiento.

Estuve durante tres días en cama. Aunque me había librado del colegio durante esos días, ya estaba deseando salir a la calle y encontrarme con mis amigos, sobre todo con el Pajarito y el Lápida. Además, durante los días aquellos había recibido toda clase de mimos por parte de mi madre, mi abuela, la Chata, la Jordana y las demás mujeres de la casa. Le pidió mi madre a la Chata que me llevase al colegio, pero un poco más tarde de la entrada habitual de todos los alumnos, para evitar que me pudiese resfriar, y que así se lo contase al cura-director. Ahora recuerdo que el colegio se llamaba “Paula Rodríguez”, en honor de un señor muy hacendado del siglo anterior que, al morir, había dejado sus bienes a su mujer como usufructuaria de los mismos y, al morir esta, se habría de crear una Fundación que velase por la educación de los niños pobres de la ciudad. No sé si el cura-director recibía o no algo de aquella fundación, lo cierto era que mi padre tenía que pagar mensualmente una cuota por mi escolaridad.

Llegamos al colegio. La Chata explicó, como pudo, lo que mi madre le había dicho. El cura-director le leyó a la Chata un papel. Le informó de que en su día lo habíamos firmado mi padre y yo. Se lo dio, además de otros papeles, para que se lo entregase a mi padre como recordatorio. Escuché esta última palabra y me sonó fatal. Interpreté eso de recordatorio como que mi padre lo que tenía que hacer era llevarme a un Reformatorio. Ni mis amigos ni yo sabíamos lo que era un Reformatorio, pero era una palabra inquietante que utilizaban nuestros padres cuando querían amenazarnos con algo tan temido como la serpiente del viejo convento de Jerónimos, de la que decían que se tragaba los ciervos y los jabalíes enteros.

Además, cuando nos íbamos a jugar a los cerros que había cerca de la playa, veíamos en un colegio que lindaba con aquellos arenales a las niñas del Preventorio. Yo pensé que el Reformatorio era para los

niños como el Preventorio para las niñas. Los más pequeños nos acercábamos a las rejas de hierro del jardín. El estado de las niñas era de pobreza total. Todas vestían de la misma manera y tenían la cabeza rapada al cero. Decían en el pueblo que era para que no cogiesen piojos. A pesar de todo, veíamos cómo los niños mayores se empinaban por las rejas para toquetear a las niñas y besarlas. Ellas se dejaban manosear mientras se reían a carcajada limpia, pero, cuando sonaba de pronto la voz de una mujer desde una de las ventanas de aquella casa tan grande y tan bonita, o un silbato, salían corriendo como si huyesen de un fuego. Serían las maestras, educadoras o monitoras. Lo cierto es que los niños, de menos edad y de más edad, andábamos siempre merodeando y ronroneando como los gatos por los alrededores del internado a ver lo que conseguíamos. Para los más pequeños, mientras lo fuimos, la tarea resultaba ardua y difícil, porque los mayores nos echaban de allí con amenazas o a pedradas disuasorias.

Las horas en mi colegio se me hicieron interminables, que si texto de doctrina, que si lectura y escritura, que si numeración y cuentas, que si dibujo. Todo insoportable, pero sobre todo el dibujo. Yo no era capaz de unir una línea con otra, a pesar de los tirones de las orejas y de las patillas, así como de los reglazos que se me daban en las puntas de los dedos de la mano derecha. Esto último era muy doloroso. Me obligaban a cerrar la mano, formando como una pera con todos los dedos juntos y, ¡zas!, el reglazo. Cuando cogía bien, se me caían lágrimas como limones. Los alumnos solíamos utilizar un truco, abrir la mano cuando veíamos caer aquella regla con una rapidez y dureza impensable. Así no nos daba en los dedos y uñas, sino en la palma de la mano, que también dolía lo suyo, pero, bueno, no era como en las uñas. Pero... el cura-director y los otros dos ayudantes pusieron rápido remedio a nuestra pícara estrategia. Antes de atizar con la regla, nos ordenaban cerrar los ojos, cosa imposible porque por instinto los abríamos una y otra vez espasmódicamente. Llegamos al convencimiento de que, dentro de lo malo, mejor era un reglazo en los dedos que varios intentos frustrados cogiese el reglazo en donde cogiese.

Tocó la campana, que yo la tenía casi encima de mi cabeza. Como movidos por un resorte mágico, todos los alumnos nos pusimos a cerrar libros y a levantarnos con atolondramiento de las bancas para salir corriendo. Nuestras ansias por coger la calle y el ruido ensordecedor que formábamos nos traían como consecuencia el castigo de

volver de nuevo a colocarlo todo como estaba, cruzarnos de brazos en pleno silencio, esperar la deseada orden de partida, e ir saliendo, por la cuenta que nos traía, en plena formación y silencio. Ya en la calle, era otra cosa. Cuando poníamos los pies en la acera, empezábamos a dar alaridos como si de Tarzán se tratase.

Tenía mucha hambre, pero, aun así, no tiré para mi casa, sino que me fui a encontrarme con el Lápida y el Pajarito, ya que siempre nos esperábamos en la puerta de una iglesia enorme, porque a los tres nos quedaba aquel sitio cerca de nuestras casas. Cuando llegué, allí estaban ellos. Les dije que tenía historias que contarles. Quedamos en vernos por la tarde para hablar y para jugar.

Llegué a mi casa. Mi padre estaba comiendo. Aquel día, por echar la peonada en un campo cerca de casa, mi madre no le había preparado el costo para comer fuera, sino que se había acercado a hacerlo en casa y volver luego a seguir con el trabajo. Mi madre me preguntó si me encontraba bien, si me había dolido la cabeza o la garganta. Le dije que sí, que estaba bien y que no me había dolido nada. Mi padre siguió comiendo. Cuando terminó, sacó unos papeles del cajón de la mesa.

Le dijo a mi madre que llamase a la Monja, que era la que mejor sabía leer de la casa. Bueno, lo de que era “la que mejor sabía leer” es un eufemismo, porque realmente casi todas las mujeres de la casa eran analfabetas en lectura, escritura y cuentas, pero la Monja se defendía bastante bien, de ahí que sobre ella recayese la responsabilidad de escribir las cartas de las muchachas a sus novios cuando estos estaban en el servicio militar, o la de las madres a sus hijos que estaban en lo mismo. Se llamaba Monja, no por haberlo sido, sino porque era la mujer de Monge, un vecino de la casa que se dedicaba a la cría y venta de animales. Siempre que se le preguntaba a la Monja por la profesión de su marido, ella, muy ufana, decía que ejercía la profesión de “tratante de animales”. Era una buena mujer, a la que todo el mundo respetaba porque conocía las intimidades del vecindario por su labor de escribiente.

Llegó la Monja. Miré la cara de mi padre. Su seriedad me alertó, porque supuse que él ya conocía algo del contenido de aquellos papeles, dado que, aunque con bastante dificultad y frecuentes atascos y lentitud, por no haber pisado nunca una escuela, algo sabía leer. No lo dudé, lo que venía en aquellos papeles habría de ser algo malo para mí.

La Monja se sentó. Cogió el papel. Lo reconocí de inmediato. Se trataba de la solicitud que, antes de entrar en el colegio, habíamos firmado mi padre y yo. Me sorprendió que las dos estuvieran rubricadas exactamente igual. Conclusión: o mi padre había suscrito las dos firmas, o lo había hecho yo. Disipé rápido la duda. Él era el que había firmado por sí y por mí. Con solemnidad comenzó la Monja la lectura, mientras mi madre permanecía de pie. En ocasiones miraba a mi padre. En otras me miraba a mí. La voz de la Monja iba sonando en aquella modesta habitación:

–Sr. Director del Colegio “Paula Rodríguez” de esta Ciudad.

Respetable señor Director –coño, ¡cuánto señor director...! ¡Cuánto pisto se da este cura – refunfuñó la Monja. Ruego a Vd –es una v y una d, quiere decir usted, que esta gente de tanto postín hacen con las letras lo que les sale de allí– comentó la Monja. Tenga a bien admitirme como alumno de ese Colegio de su digna dirección, a las clases que al margen se expresan. Para ello me obligo incondicionalmente – “anda, picha, ¡qué palabrita más larga!”, comentó la lectora–, *durante todo el tiempo que dure mi condición de alumno, a la puntual asistencia a dichas clases, en los días y horas señaladas en el horario escolar, o a las ordenadas por la Dirección cuando las circunstancias obliguen a modificar dicho horario, manifestando a su debido tiempo las causas de la falta de asistencia, cuando esta no pueda tener lugar. Igualmente me considero obligado a concurrir a cualquier acto organizado por el Colegio, o a que asista el mismo; así como también al abono en el día de hoy, de una peseta mensual desde mi inscripción hasta final de curso – vaya, coño, con el cura; este se cree que el chismito nos lo regalan; la madre que lo...– mi madre miró a la Monja. Esta cambió el rumbo de lo que iba a decir–... la madre que lo trajo, hija, la madre que lo trajo–, a favor de la “Beca Calasanz”, y en general al más exacto cumplimiento del Reglamento del Colegio, a no ser que, por razonados motivos, a juicio de la Dirección, fuese taxativamente –la Monja titubeó con esta palabra. Dijo: “Decir esta palabra cuesta más que parir, coño – exceptuado del cumplimiento de aquellos extremos.*

– ¡Ea! Se acabó.

La Monja, tras concluir, le devolvió el papel a mi padre. Este le entregó otro. Era un recibo. Se comunicaba en él que se estaba en deuda con el colegio, porque hacía varios meses que no se abonaba la cuota correspondiente. La lectora no hizo ningún comentario. Miró a

mi padre y luego a mi madre. Yo no sabía por qué se le había pedido a la Monja que leyese aquellos papeles. Le pasó otro. A medida que lo iba leyendo, lo comprendí todo. El cura-director había aprovechado que la Chata me llevó al colegio para enviarle a mi padre, junto con los documentos que anteceden, las notas que yo había recibido en aquel mes. A medida que la vecina las iba leyendo, más me temblaban los pies.

–*Conducta, 0; puntualidad, 1; texto de doctrina, 2; lectura, 2; escritura, 2; operaciones aritméticas, 2; y dibujo*–. –Aquí no pone ningún número, sólo una rayita”, dijo la Monja como para quitarle importancia–. Detrás del papel de las calificaciones venían dos notas a lápiz. Al parecer las había escrito uno de los ayudantes del colegio, porque el cura-director siempre escribía con pluma y tintero. La Monja las leyó. Una decía: *“Cuando su padre comience a trabajar y lleve una semana juntando, vendrá aquí”*. La otra, de unos meses después, hacía constar que *“vendrá dentro de dos o tres días”*.

La Monja se levantó de la silla. Mis padres le dieron las gracias y salió de la habitación. Ambos me miraron. Yo me acerqué a mi madre, buscando amparo, porque era conciente del enfado de mi padre. Desconocía cómo iba a reaccionar. Sus palabras fueron muy claras:

–Mira, Pablito, con tu edad ya me llevaba mi padre a ayudarme en el trabajo del campo. Eran tiempos tan malos como estos. Yo nunca pisé una escuela. Tu madre y yo siempre hemos pensado que tus hermanas y tú podíais tener lo que nosotros nunca tuvimos. He mirado todas tus notas desde que vas a ese colegio. Siempre son igual de malas. Sólo un mes aumentaste un poco en lectura. Tú sabes el trabajito que nos cuesta a tu madre y a mí. Has visto cómo nos vemos y nos deseamos para pagar el colegio. Pero, mira, las cosas claras... si tú no quieres ir al colegio, tampoco yo fui; así que tú escoges, o colegio, o desde mañana te vienes conmigo al campo. Eso es lo que hay.

Tal como habíamos quedado lo hicimos. Al día siguiente era domingo. Como cada domingo y día de fiesta, íbamos a misa todos los niños de la escuela a la iglesia grandota de piedras enormes, porque ya se encargaba el cura-director de mi colegio y los dos maestros de los colegios del Pajarito y del Lápida de ir marcando en las listas, con una cruz, a los alumnos que habían ido a escuchar misa. A los que no, si no lo justificaban sus padres por escrito, les esperaba el correspondiente castigo. Entramos en orden en la iglesia. Todo estaba en silencio. No había ningún banco para sentarse, de manera que permanecíamos de pie durante toda la misa, cada colegio en el sitio que tenía señalado. Sólo algunas mujeres poseían unas sillas con reclinatorios plegables que guardaban en las capillas laterales del templo. Este me era familiar porque allí nos había llevado el cura-director para la catequesis de la primera comunión y de la confirmación. Estas catequesis las daban unas señoritas muy elegantes que hablaban muy bien. Además, olían estupendamente. Parecía que se bañasen en agua de colonia.

En la iglesia existía mucha oscuridad, porque sólo había en ella unos ventanales muy grandes en la cúpula; y otros, cerca de la cubierta del templo. Casi todos los cristales de aquellos ventanales estaban rotos. Nos distraíamos, cuando llovía, viendo cómo entraba el agua por aquellos ventanales tan viejos; y cuando no, contemplábamos las entradas y salidas de las palomas. Un sacristán viejo, con una caña alargada en la mano, que tenía en la punta una especie de cuerda ardiendo, iba encendiendo las velas del altar, las de una lámpara enorme que pendía desde el centro de la cúpula y, a veces, cuando la oscuridad era más intensa, también encendía unos hachones de cera que estaban en unos candelabros incrustados en las paredes laterales de aquella iglesia.

El sacristán llevaba una sotana negra y larga que le cubría hasta los pies y una sobrepelliz blanca con una cruz de encajes en el pecho y

otra en la espalda. La sobrepelliz tenía una especie de mangas larguísimas que casi le llegaban al suelo y que el sacristán se enroscaba en los antebrazos. A pesar de que este era viejo, corría por la iglesia a gran velocidad. Nos reíamos cuando venía de tocar la campana de la torre para avisar que la misa iba a comenzar. Lo hacía tirando de una cuerda que estaba junto a la puerta de entrada y, además, apenas había concluido el tercer toque, cuando ya estaban saliendo al altar los dos monaguillos y el cura. El sacristán se las veía y se las deseaba para llegar a tiempo de sumarse a la comitiva.

El cura, los dos monaguillos y el sacristán permanecían de espaldas a la gente el tiempo que duraba la misa. Sólo alguna vez el cura se volvía a la gente y decía unas palabras en latín que nadie entendía, aunque se contestaba con otras palabras, también en latín, que tampoco entendíamos, pero que nos habían enseñado a decir. Las mujeres que asistían a misa, casi todas vestidas de negro o con ropa oscura, llevaban un velo, también negro, que les cubría la cabeza; y, en las manos, unos guantes caladitos, un libro pequeño y oscuro y un rosario. Muchas llevaban alhajas, zarcillos, pulseras y cadenas de lujo al cuello. Yo pensaba lo que disfrutaría mi abuela llevando alguna de aquellas alhajas a empeñar al Monte. Me distraía contemplando cómo, durante la misa, unas mujeres leían aquel librito; otras, rezaban el rosario; y otras se ponían con los ojos cerrados y las manos juntas delante de la cara, como si estuviesen rezando, o se estuviesen quedando dormidas.

Casi al final de la misa, el cura bajaba las escalinatas del altar mayor acompañado de los dos monaguillos y del sacristán. Se dirigía a una capilla, en cuyo centro se alzaba un altar y, en él, una imagen muy bonita de la Virgen del Rosario. Abría la puerta del sagrario. Debía de ser de gran valor, porque todo el mundo decía que era de plata maciza. Sacaba de él una copa grande y se acercaba al comulgatorio, que consistía en unas rejas de barrotes pequeños que cerraban aquella capilla de parte a parte. Delante de ellas existía un reclinatorio largo. El cura hacía una cruz con la hostia santa delante de quien fuese a comulgar y pronunciaba unas palabras en latín. Las mujeres contestaban "Amen". Desde las primeras veces que fui a misa una vez que mi padre me puso en aquel colegio, sentía curiosidad por todo y miraba con interés cuanto veía. Luego, me aburría soberanamente, porque siempre era lo mismo, y lo mismo y lo mismo.

Habíamos dicho en nuestras casas que, como era domingo, queríamos irnos de excursión al Pinar para jugar allí. Nos dijeron que

sí, pero que tuviésemos cuidado. Al concluir la misa, fuimos a coger el costito para comerlo a medio día. En primer lugar, fuimos a casa del Lápida. Su abuelo le dio, envuelto en un papel de estraza, un bollo con aceite y azúcar y, además, una naranja. Le dijimos al Pajarito que nos esperara en su casa mientras el Lápida y yo íbamos a la mía y que luego iríamos a recogerlo. Mi madre me había preparado también un bollo con mortadela, un trocito de chocolate y una naranja. Salimos hacia la casa del Pajarito para recogerlo.

No estaba en la puerta como nosotros esperábamos. Nos lo temíamos. La verdad era que habíamos pensado ir primero a mi casa para no tener que entrar en la del Pajarito, por el miedo que teníamos a la vieja que vivía en el bajo, a la niña que estaba encerrada en la habitación que daba al patio y a la Guindilla, la hermana del Pajarito, que era más rara que la Cuca, una mujer que vivía cerca de nosotros y que, cuando caminaba, movía todo el cuerpo, de la cintura para arriba, a la izquierda y a la derecha. Parecía un muñeco desestructurado, por lo que los niños se reían de ella.

Esperamos un rato. El Pajarito no bajaba. El Lápida y yo nos miramos. Nos encogimos de hombros, gesto que los dos interpretamos como que no nos quedaba otra que atrevernos a entrar. Cruzamos la casapuerta. La puerta de entrada al patio tenía un agujero del que salía una cuerda. Tiramos de ella. La puerta se abrió. Con miedo indisimulado entramos en el patio en dirección a la escalera que conducía a donde vivía el Pajarito. No hicimos el menor ruido, pero, de pronto, la vieja loca apareció por el patio gritando.

-¡¡¡Cuidado!!! ¡¡Socorro!! ¡¡Que vienen los regulares!! ¡¡Que vienen los moros!!

El Lápida y yo subimos los escalones de tres en tres. Cuando llegamos arriba, parecía que el corazón se nos iba a salir por la boca. El Pajarito nos abrió la puerta y entramos en su casa. La vieja, al pie mismo de la escalera, seguía gritando y gesticulando con los brazos.

-¡Huid, huid de las barricadas! ¿No veis que son más que vosotros y traen más armas? ¡¡Corred!! ¡Salid corriendo!

Los tres nos asomamos a la ventana que daba al patio. La vieja había entrado en su cuarto y salió con un pañolón negro y mugriento cubriéndose la cabeza, así como con una cesta de mimbrés en uno de sus brazos. Apenas podía andar. Tropezaba con las macetas. Parecía estar ciega.

- ¡¡Vámonos, vámonos todos!! Ya, pronto ¡¡Que vienen!! ¡¡No, nooooo!! ¿No os lo dije? Ya comenzaron las descargas.

La vieja se puso las manos en los oídos como para no oír. Estábamos asustados. El Lápida y yo nos acercamos más el uno al otro.

-¡¡No!! ¡¡No, por favor!! ¡¡Tened piedad!! ¡¡No disparéis más, nooooo!! ¡¡Dejad los fusiles!! Pero ¿es que nadie quiere escucharme? ¡¡Dios, dónde estás!!! ¡¡Salva a esas criaturas inocentes!... ¿Qué ha sido ese ruido? ¿Otro? ¡¡Son bombas de mano!! ¡¡No, piedad, tened piedad!! ¡¡Hay mujeres y niños!! ¡¡Acabad ya!!

La vieja intentaba salir del patio hacia la calle. No atinaba a abrir la puerta. Fue el momento en que esta se abrió y entró su hija. Desde la ventana escuchamos que esta le dijo:

-Pero, mamá, ¿otra vez?

Se abrazó a ella a duras penas, porque la madre la rechazaba violentamente obstinándose en huir de ella. Poco a poco la fue apaciguando. Le echó el brazo por la espalda y empezó a acariciarle la cara arrugada. Mientras esto acontecía, la niña que estaba encerrada en la habitación que daba al patio, no había parado de lanzar unos gritos extraños, que más que de una persona, parecían provenientes de un animal enloquecido. La niña se agarró a los hierros de la ventana. Pude observarla. Estaba completamente desnuda. Tenía una cabellera rubia, tan larga como enmarañada por completo. Gritaba y gritaba sin que pudiéramos discernir si se trataba de gritos o de llanto. De pronto, apareció la hija de la vieja con un cubo lleno de agua en la mano. Se dirigió a la niña y le tiró el agua encima. La niña, como una perra a la que le han dado un palo, se quitó de las rejas y, con quejidos cada vez más inaudibles, se fue hacia el rincón de la habitación. Allí se enroscó como una gata asustada.

No me había dado cuenta. Durante una buena parte de aquella escena, la Guindilla había estado detrás de nosotros presenciando la escena. Esta vez fue la primera que la vi de cerca. Era muy guapa. Tenía el pelo muy negro, rizado y lo llevaba recogido por detrás. Los ojos eran tan negros como el pelo. Se desprendían de ellos expresiones dispares. En aquellos ojos me había parecido ver con anterioridad el desprecio, la inseguridad, la duda; y ahora contemplaba en ellos una mirada serena. Creo que, observando el grado de miedo que el Lápida y yo teníamos metido en el cuerpo y en los oídos y, visto aquello, sonrió. Quiso tranquilizarnos. Su sonrisa dejó ver unos dientes blanquísimos y muy bien delineados, una nariz perfecta y una

boca acogedora. Llevaba un vestido blanco y, en el cuello, una especie de pañuelo-bufanda, blanco y mezclado con líneas de color rosa, rodeándose. Me sorprendió que aquella muchacha, ya casi una mujer, nos dirigiera la palabra.

–Mira, Pablito; mira, Lápida: vosotros sois los mejores amigos de mi hermano. Siempre estáis juntos. No sé lo que él os habrá contado, pero ya veis que aquí pasan cosas... ¿cómo diría?... raras. Tanto ahí abajo como aquí arriba. Ya es hora de que sepáis, comprendáis y perdáis el miedo.

La Guindilla miró fijamente a su hermano. Se cruzaron sus miradas. Este asintió. La Guindilla siguió hablando. Esto fue, más o menos, lo que nos contó.

–Esa señora fue, durante muchos años, maestra de escuela. Educó a muchas niñas. Era muy querida por todas ellas y por sus familiares. Siendo aún joven, quedó viuda y sólo con una hija... la que habéis visto entrar y llevársela para adentro. Al dolor de la muerte de su marido, la señora Carmen, que así se le llamaba a esa maestra, sufrió otra desgracia; su hija, la Carmencita, quedó preñada de un novio que tuvo. Era un sinvergüenza. Su padre trabajaba en el Ayuntamiento, pero como lo destinaron a Alicante, pues allá que se fue toda la familia. El novio de la Carmencita ni se despidió de ella. Nunca se oyó nada más de él. No quiso saber nada de aquel embarazo. Fueron la comidilla del pueblo tanto la señora Carmen como su hija. Que si la señora Carmen no había sabido educar a su hija... que si en casa del herrero azadón de palo... que si le daba muchas libertades... que si la niña le había salido pendona y ¿qué sé yo cuántas cosas más?

–Muchas madres dejaron de mandar a sus hijas a la escuela de la señora Carmen. Para más desgracias, la Carmencita parió una niña. Le salió tontita. La gente decía que eso le había sucedido por perra calentona y que era un castigo de Dios. Las tres, la abuela, la madre y la niña, vivían cerca de lo que la gente llama el Cantillo de los Guardas, allá cerca del cementerio. Nunca salían a la calle. La señora Carmen había dejado ya de ir a la escuela. Vivían de unos ahorrillos que la maestra tenía y de una viña que su marido le había dejado.

El Lápida y yo estábamos extasiados oyendo aquella historia, mientras que el Pajarito, no sé por qué, salió del pasillo que daba al patio y entró en la sala de su casa. Siguió su hermana la narración.

-Un día, cuando comenzó el Movimiento, la señora Carmen y la Carmencita vieron que, cerca de su casa, un grupo de hombres, de mozalbetes y de algunas mujeres, estaba colocando una barricada cerca de donde ellas vivían. Se decía que los militares se habían levantado en guerra contra el Gobierno. De pronto, se vio venir unos camiones cargados de soldados moros. Comenzó un tiroteo entre los que estaban detrás de la barricada y los moros. Duró algún tiempo. La señora Carmen se había dado cuenta de que los que estaban tras la barricada tenían en las manos escopetas de caza, pero contempló cómo también, desde alguna azotea, se disparó contra los moros. Hubo heridos en los unos y en los otros. De pronto, los camiones dieron la vuelta y se marcharon. Los de la barricada comenzaron a dar saltos y a gritar ¡Viva la República! ¡Viva la libertad! La señora Carmen y la Carmencita habían escuchado todo esto abrazadas, mientras que la niña, que estaba amarrada en una silla, berreaba y berreaba. Carmencita se le acercó. Le dio un poco de agua y le acarició el pelo. La señora Carmen lloraba sentada en una silla y tapándose la cara con las dos manos. Así estuvieron largo rato.

Yo estaba realmente sorprendido al ver la soltura con la que se expresaba la Guindilla. Quien, hasta aquel día, se había portado con nosotros como una gata arisca bien que se estaba despachando sin parar.

-De vez en cuando la señora Carmen o la Carmencita se asomaban al cierro de su casa. No pasaba nada de momento. Tan sólo, murmullos y muchos curioseando por el Cantillo; pero los hombres que habían disparado contra los moros no se separaban de aquella trinchera. Parecía que temían que los moros iban a volver. Desgraciadamente así fue.

La Guindilla, Pablito y el Lápida vieron desde la ventana que la Carmencita había salido al patio y había mirado por las rejas de la habitación donde estaba la niña. Se volvió para su partidito. Siguió la Guindilla. Nos dijo que aquella historia la tenía bien grabada porque varias veces había hablado de todo aquello con la Carmencita, y también por lo que gritaba la señora Carmen cuando le asaltaban los ataques.

-Como iba diciendo. Efectivamente, así fue. Todas las mujeres que estaban en la calle salieron corriendo enloquecidas para sus casas. Se cerraron las puertas y ventanas. Los hombres que tenían las escopetas de caza se agazaparon detrás de la trinchera que habían montado esa mañana. Venían más camiones, más moros y otros

soldados y voluntarios. Comenzó el tiroteo. El ruido era tremendo. De pronto, comenzaron a sonar al unísono el tiroteo ensordecedor y el griterío desgarrado. “¡Están tirando bombas!” gritó la señora Carmen, mientras se abrazaba a ella con temblores de escalofríos su hija Carmencita. La niña comenzó a gritar desconsoladamente. El ruido de las bombas al explotar sobre algunas casas y el tiroteo se hicieron estruendosos. Una nube de polvo lo invadía todo. Poco a poco se fue haciendo el silencio. Fue sustituido por gritos de dolor y llantos. La señora Carmen logró separarse de su hija Carmencita que se mantenía abrazada a ella. Ambas salieron corriendo para las casas sobre las que habían caído las bombas y en las que habían entrado los moros dando tiros a todo lo que se movía.

Yo no salía de mi asombro. Miraba al Lápida. Me dio la sensación de que dudaba de la veracidad de aquella historia, pero, de no ser cierta, ¿por qué nos iba a mentir la Guindilla? Además, lo que habíamos contemplado en el patio, resultaba una prueba evidente. La hermana del Pajarito siguió acaparando de inmediato nuestra atención.

-Todo el mundo gritaba mientras que los soldados moros siguieron para la parte baja de la ciudad hasta llegar al Ayuntamiento. La señora Carmen y su hija Carmencita se encontraron un cuadro espantoso. Los heridos se quejaban y gritaban. La señora Carmen entró en la casa que estaba frente a la suya. Con el alma rota, fue descubriendo cadáveres tras cadáveres. Había nueve muertos. Aquella mujer iba de uno a otro llorando, diciendo sus nombres y cubriéndose el rostro con las manos. Su hija Carmencita la seguía. “Mira Carmencita, mira lo que han hecho con el pobre de Juan, y con María... ¡Qué dolor de Bartolito, fusilado junto a la vaca! ¡¡Ay, qué dolor de jóvenes!! Joselito, el Lolo, Rafaelillo...”. La señora Carmen estaba a punto de enloquecer. Llegó una mujer desgredada, gritando; y, dirigiéndose a la maestra, le dijo que en la calle de al lado un tiro había matado a Manolito, que sólo tenía siete años. Llegaron los de la Cruz Roja, acompañados de varios camiones cargados de gente con escopetas. Cogieron a los heridos y los llevaron al hospital, mientras que a los muertos los depositaron en el cementerio. Varias mujeres agarraron a la señora Carmen y a su hija y las metieron en su casa. Carmen no dejaba de gritar, repitiendo los nombres de los muertos y diciendo “Pero si eran unos pobres camperos, tan jóvenes la mayoría... muchos ni sabían nada de política ni se habían metido en nada”.

El Lápida y yo apenas si pestañeábamos. Parecía que, a medida que la Guindilla iba narrando y narrando, a los dos nos faltase oxígeno para respirar. Llegó el Pajarito.

- ¡Ea! ¡Vámonos ya!

- ¿Y... por eso se volvió loca la vieja?

- Sí, Pablito. Ella se encerró en su casa. No salía para nada. La Carmencita creyó que, alejándola de aquella calle, se le irían los malos recuerdos. Fue por lo que alquilaron el bajo de esta casa. Siguió sin salir a la calle absolutamente para nada. Cada vez se volvió más loca. Ya la habéis visto.

-Y la niña que está encerrada en el cuarto del patio, ¿también se volvió loca? -preguntó el Lápida.

-No, ella había nacido tontita. Siempre la tuvieron encerrada. La abuela y la madre sentían vergüenza de ella. Lo único que hace es comer y cagar. Bueno... y chillar... bien que grita. Yo una vez metí la mano por los hierros de la ventana para tocarla y me mordió como si fuese una perra rabiosa. Desde entonces ni me acerco. Lápida, ¿tu abuelo no te ha contado nada de la guerra?

-Bueno, vámonos ya, pichas; yo me voy -dijo el Pajarito como temiendo que su hermana se enganchara con más historias.

-No, a mi abuelo no le gusta hablar de esas cosas. Dice que lo que pasó pasó y... a olvidar. Lo que sí me contó fue que mi padre murió en la mar; y mi madre, de una cosa mala. Yo casi no me acuerdo de ellos.

Bajamos la escalera con miedo, pero ya sabíamos que la vieja no era peligrosa y que la niña estaba encerrada. Cuando me adentro en los recuerdos de aquellas narraciones de la Guindilla, que tanto me impactaron cuando sólo teníamos algo más de los diez años, recuerdo su cara y entiendo por qué le decían la Guindilla. Tenía una nariz gorda y en forma de pimiento, y los dos cachetitos se le ponían rojos como un tomate. Aquel día nos había sorprendido al Lápida y a mí la locuacidad de una muchacha que, hasta aquel entonces, siempre nos había esquivado.

Ya en la calle, echamos a andar hacia el Pinar donde estaban las ruinas del viejo monasterio de Jerónimos. No nos daba miedo de la serpiente, porque nosotros nos disponíamos a ir a la parte izquierda del Pinar, mientras que las ruinas estaban en la parte derecha. Aunque nos había impactado la narración de la Guindilla, aún no nos habíamos dado cuenta de lo que aquellos días supusieron para nuestro pueblo y, por otra parte, cuando salimos a la calle, nos dedicamos a lo que íbamos. Hacía un día espléndido. Nos metimos por la calle donde estaba el Huertecillo. A ella daban muchas puertas falsas de las casas que tenían su entrada por la calle paralela. En esta calle, como no había ningún edificio enfrente, pegaba el sol con ganas. Las mujeres sacaban las sillas de anea y se sentaban al solecito charlando, mientras despiojaban a los niños.

Era curioso aquel rito. Ellas, sentadas. Los niños, de rodillas delante de sus madres y con la cabeza dejada caer entre sus piernas. Las madres iniciaban la cacería de piojos. Iban moviendo con los dedos los pelos de la cabeza de los niños y ¡zas! cuando cogían un piojo con los dedos, los estrujaban con las uñas de los dedos pulgares de las dos manos. Así seguían la operación al tiempo que charlaban, criticaban y se reían con las demás mujeres que hacían semejante función con sus respectivos hijos, mientras que estos se quejaban, refunfuñaban o intentaban escaparse. Era un rito del que no nos librábamos los niños de aquellos años tan oscuros y de muchos otros años más.

Llegamos a un jardín, cercano a la Plaza de Toros. Era precioso. Había muchos árboles, que daban una sombra muy añorada cuando llegaban los días del calor. En un ángulo del jardín se levantaba una casita pequeña en la que vivía con su familia otro amigo nuestro, el Bizco. Era unos años mayor que nosotros tres. Había dejado la escuela, porque su padre lo necesitaba para que le ayudara en las faenas del mantenimiento

del jardín. Yo creo que no fue por eso, aunque era lo que él decía. La verdadera razón estuvo en que el Bizco, además del problema de la mirada torcida, que cuando hablaba no sabíamos a quien se dirigía, padecía otro: tenía flojos los muelles de la vejiga de la orina y, cuando menos se lo esperaba, se meaba de arriba abajo. Una vez que se daba cuenta, era ya tarde. El pitorreo que se armaba en la clase era tremendo.

–¡Ya se ha meao el Bizco!! –gritaban los niños. El maestro cogía la regla, daba un reglazo en la mesa y gritaba que quién quería probarla. La madre del Bizco, junto con el costo para el mediodía, le daba ropa de recambio por si pasaba... pero es que a veces se lo hacía varias veces. El maestro no tenía más remedio que mandarlo a su casa, no sin antes haberle dicho que les comunicara a sus padres que lo llevaran al médico, para que le arreglara aquel estropicio. Lo cierto fue que el Bizco un día se plantó y les dijo a sus padres que él no iba más a la escuela. Los padres, que sentían tanta vergüenza como el Bizco, se lo permitieron, porque la madre estaba hasta allí de que, cuando iba por la calle, alguna de las vecindonas le dijese con sorna:

– ¡Ay, Mariquilla, qué disgusto! Me ha dicho mi niño que tu hijo se ha meao otra vez en el colegio. Pobrecito mío, la vergüenza que estará pasando... Hija, y ¿para eso no hay nada? –La Mariquilla ni contestaba. Agachaba y la cabeza y se iba calle abajo, acordándose en su interior de toda la casta de la vecindona.

–¡La madre que la parió a la muy “alcandora”! –decía para sus adentos.

Cuando pasamos por el jardín, llamamos al Bizco. Salió la madre. Nos dijo que estaba ayudando al padre. Le dijimos que íbamos al Pinar, por si quería venirse con nosotros cuando terminase de ayudarle a su padre. La Mariquilla nos lo agradeció, porque el Bizco tenía muy pocos amigos y se había peleado más de una vez con muchos niños porque se metían con él.

Pasamos el jardín. Enfrente de este había una tasca construida toda ella de madera. En ella paraban los hombres de aquella zona cuando terminaban la peonada o cuando estaban parados. Alguna vez mi madre me había enviado allí a decirle algo a mi padre. Por dentro, la tasca era muy grande y tenía un mostrador bastante largo. Al hombre que despachaba le decían el Pichalarga. Él no se enfadaba nunca. En aquella tasca lo único que había era unas botas muy grandes que tenían un grifito por donde el Pichalarga sacaba el vino. Con una tiza apuntaba

en el mostrador lo que los hombres se bebían. Había también una pizarra en la pared donde el Pichalarga apuntaba lo que le dejaban fiado, así como unas mesas y unas sillas. En ellas se jugaba a las cartas. El que perdía pagaba los cuartos de vino de los demás. ¡Cómo gritaban! Cuando alguna vez entré a ver a mi padre, lo que más me llamaba la atención, además del ruido, era la mezcla del olor del vino con un pestazo a orines, porque en un rincón había un cuartillo con un agujero en el suelo que era donde los hombres orinaban. ¡Qué pestazo!

Nos metimos por el camino que se dirigía al Pinar. Era todo él de arena, como la de la playa. A un lado y otro había filas de árboles de moreras y “calistros”, como le decía la gente. Existían también muchas huertas. Más de una vez nos habíamos colado en ellas para robar fruta. Algunas personas estaban sentadas en el suelo comiendo. Este aparecía lleno de unas margaritas blancas y amarillas, de amapolas y de otras flores y hierbas. Observé una familia, de la que el Pajarito dijo que era gitana.

Eran cinco. Una vieja muy gorda, un hombre y una mujer, y un niño y una niña mayores que nosotros. Habían colocado un mantel en el suelo y sobre él se veía una tortilla de patatas y unos bollos de color negro; junto al mantel había una garrafa mediana. Seguramente sería de agua. La vieja estaba toda vestida de negro, con un pañolillo también negro que le cubría la cabeza y parte de la cara y el cuello. Estaba sentada junto con la otra mujer en un trozo de tronco de un árbol. Esta llevaba un vestido de muchos colores, mientras que el hombre tenía encima de la camisa un chalequillo marrón sin mangas, de los que se ponían los hombres de campo. De los dos niños lo que me llamó la atención fue lo morena que tenían la cara y lo desgreñados que estaban los pelos de la cabeza.

Cuando estábamos casi a la mitad del camino, vimos venir andando, en dirección opuesta a la nuestra, al cura-director de mi colegio. Venía a la altura de dos huertas enormes que tenían muchos árboles de toda clase. Junto a ellas, bajaba de lo alto de la barranca un riachuelo que iba a dar hasta la mar. El cura-director estaba junto a un puentecillo bajo el cual pasaba el arroyuelo para cruzar el camino. Yo ya había decidido, aunque todavía no lo había dicho, ni a mis padres ni a mis amigos, que no iba a ir más a aquel colegio. Les avisé al Pajarito y al Lápida. Nos escondimos detrás de un eucalipto enorme. Lo vimos pasar. De vez en cuando miraba hacía detrás, como si estuviese esperando a alguien. Pasó por delante de nosotros. Lo vimos alejarse

poco a poco. Seguimos caminando y charlando por aquel camino tan tranquilo y tan agradable. Aquella zona continúa siendo de los mejores recuerdos que mantengo de aquellos años.

Llegamos frente a las ruinas del viejo monasterio. No queríamos ni mirar. Nos metimos por una vereda que, pasando por algunos campos, llegaba a un Pinar que lindaba con la orilla misma de la playa. Nos gustaba ir allí, porque casi nunca había nadie y además porque era el lugar ideal para coger camaleones. A mí me daba asco tocarlos, parecía que por dentro no tenían nada, ni huesos ni carne, sólo pellejos y, bajo ellos, como una especie de alambres. Además aquellos bichos tenían muy malas ideas. De lo que más me asustaba era de los ojos, de la lengua y de los gorgoteos extraños que lanzaban cuando se sabían acorralados.

Íbamos por aquella vereda cuando de pronto escuchamos que nos llamaban. Se trataba de unos muchachos que vivían por nuestro barrio, todos mayores que nosotros, aunque todavía llevaban pantalón corto. A algunos yo no los conocía. A otros sí, el Pijeta, el Coco, el Rubiopelao, el Ojogato, el Galera, el Loco, el Otrabanda. Este último vivía un tiempo con su familia en la otra banda del río, de ahí el nombre por el que le llamaban, y otro tiempo, sobre todo en las fiestas, en la misma casa que vivía yo por aquel entonces.

Nos miramos los tres.

–Vamos a dejar los costos escondidos, porque esos cabrones son capaces de dejarnos sin comida –dijo el Pajarito mientras cogía nuestros costos, los ponía detrás de un matorral y los tapaba con unas ramas. Volvimos hacia atrás.

Unos se hallaban dentro de una choza de aquel campo que era de la familia del Otrabanda, y otros se encontraban fuera de ella. La choza estaba hecha de la misma manera que la que la familia del Otrabanda tenía a la otra parte del río. La construían con los materiales existentes por aquellos alrededores. Su armazón y columna vertebral estaban constituidos por madera de pinos y eucaliptos. Lo que se empleaba fundamentalmente para su construcción eran juncos, que se colocaba en la cubierta y en los laterales de la choza. Tenía una puerta de madera que se cerraba con una cadena de hierro que finalizaba con un candado. Delante de la puerta se había colocado una especie de porche, también cubierto de juncos, con una cortina a uno de los lados, para impedir que el sol diera debajo del porche o entrase dentro de la choza. En las uniones de cada una de las partes de la choza aparecían cuerdas y

alambres. Habíamos estado allí en otras ocasiones con el Otrabanda y algún amigote más Los que estaban dentro salieron de la choza al escucharnos llegar. El Pijeta, el Galera y el Coco estaban fumándose un cigarro. Daba una caladita cada uno y después se lo iban pasando.

-¿A dónde vais? -preguntó el Otrabanda.

-Vamos a jugar y a cazar camaleones -contesté yo.

-Esos son juegos de niños chicos -intervino el Coco- ya va siendo hora de que aprendáis a jugar a cosas mejores.

-Vámonos para adentro. Echamos un cigarrito y jugamos a contar chascarrillos verdes. Ahí no nos ve nadie y estaremos mejor - fueron las palabras del Otrabanda.

Entramos todos en la choza. Dentro había tres camastros. Dos, pegando el uno a continuación del otro. El tercero estaba en la parte de enfrente. Entre los tres formaban como una L. Los camastros tenían almohadas y estaban cubiertos de cobertores. En el centro de la choza estaba colocada una mesa de madera y por los alrededores unas cuantas sillas de anea. Encima de la mesa había un paquetito con tabaco, elaborado con las colillas que recogían los niños colilleros y vendían algunos hombres en unos carrillos por las calles, entre otras chucherías, como el "parazú" y unas raíces que se masticaban y se tiraban luego. Junto al paquetito de tabaco, una caja de cerillos y un rollito de papel de fumar. Cualquiera de ellos cogía el papel de fumar, lo sacaba del rollito, agarraba con los dedos un puñado de tabaco y liaba el cigarro. Encendido, se lo iban pasando unos a otros. Cuando me llegó a mí, intenté dar una caladita. El humo se me introdujo y comencé a toser mientras todos se reían.

-¡Que esto es para hombres y no para niños chicos que todavía se mean en la cama! -Dijo el Rubiopelo mientras todos los demás se reían. Observé y vi que tanto el Lápida como el Pajarito estaban incómodos y deseando salir de allí y coger campo a través.

Llegó el momento en el que más incómodos nos sentimos. Comenzaron a tirarse en los camastros, unos junto a otros, alineados como si fuesen sardinas de arenque. Algunos se habían quitado las camisas. Nos dijeron que nos tumbásemos también nosotros, que ya teníamos que ser hombres. Con más miedo que vergüenza nos tumbamos en los camastros. Así, acostados, comenzaron a contar chascarrillos verdes. De estos, pasaron a narrar historietas que contaban como si supuestamente les hubieran pasado a ellos. En muchas de ellas salía el nombre de la

Fructu, una muchacha del barrio de la que decían las malas lenguas que hacía favores a los hombres. Miré de reojo al Pajarito y al Lápida. Estaban colorados como un tomate y muy nerviosos. No sabíamos cómo iba a acabar aquello. Además, sentíamos miedo, porque aquellos eran más y mucho más grandes que nosotros. Nuestros temores se hicieron realidad.

No sé quién empezó. Lo cierto fue que vimos, atemorizados y avergonzados, cómo unos se echaban el pantalón para abajo y otros incluso se los quitaban. Comenzaron a tocarse los genitales, diciendo disparates y haciendo comparaciones. Nos dimos cuenta de que aquello no era un juego. Iban en serio. Empezaron a gritarnos diciéndonos que hiciésemos lo mismo. Incluso algunos nos llamaban para que nos pusiéramos a su lado para enseñarnos cómo se aprendía a ser hombres. Sentimos miedo. De pronto, el Pajarito se levantó precipitadamente de la cama. Corrió hacia la puerta. La abrió y salió de la choza. Detrás de él salimos corriendo el Lápida y yo. A medida que nos alejábamos de la choza, corriendo más que un galgo, escuchábamos lo que decía el Otrabanda, coreado por los demás.

—¡Mariquitazúca! ¡Mariquitazúca! ¡Eso es lo que sois! ¡Niños chicos! ¡"Cagaos", más que "cagaos"!... ¡¡Pablito!! como le cuentes algo a mi madre, te mato.

En la carrera, a duras penas, el Pajarito se agachó al llegar a donde había dejado escondido los costos. Los cogió. Seguimos corriendo y corriendo hasta que nos colocamos a muy buena distancia de aquellos niños. Cuando divisamos el agua de la playa, nos quedamos de piedra. Nunca habíamos visto nada igual. Una avioneta flotaba sobre las aguas de la mar. No se veía a nadie dentro de ella, pero sería porque estaba a una cierta distancia. Sentimos ruido entre los matorrales. Nos pusimos alerta. Temíamos que fueran otra vez los de la choza... respiramos y miramos con tensión por si aparecía alguno de ellos. De pronto nos pareció oír algún cencerro de los que le colocaban a los animales en el cuello para que no se perdiesen por la maleza. Efectivamente así fue.

Vimos llegar a un hombre que, en aquel momento, me pareció un viejo, pero que luego comprendería que no era tan mayor. Se trataba de un pastor. Venía con su rebaño de cabras y ovejas y, con ellas, una perrita canela, a la que aquel hombre llamaba Nelita. Respiramos relajados. Allí estábamos seguros y, además, aquellos guarros que querían hacer "cochinitasmalas" estaban lejos y se olvidarían de nosotros.

Se acercó el pastor. El rebaño se extendió por la zona en la que nosotros estábamos. Comían de la hierba diseminada que había en aquel cerrillo. Algunos animales se metían buscando entre los matorrales.

-Buenas tardes, zagales - dijo el pastor.

-Buenas -contestamos.

La perrita se acercó a nuestros pies moviendo la cola. Nos olía. El pastor nos dijo que nouviésemos miedo que no nos haría nada. El pastor tenía poco pelo en la cabeza y, estos, con algunas canas. Estaba peinado hacia delante, con lo que el poco pelo le caía sobre la frente, tapando la amplia entrada que tenía en la cabellera. Sonreía. Esto le resaltaba las bolsas que tenía debajo de los ojos. Recuerdo que tenía unas orejas muy grandes. Se le veía el cuello de la camisa; encima de ella, un chalequillo de pana gastada, con todos los botones cerrados; y, sobre él, una chaquetilla, de la que sólo tenía cerrado el botón que estaba cerca del cuello. Sus pantalones eran de pana, del mismo color que el chalequillo. Calzaba unas botas llenas de barro. El pastor se acercó a nosotros.

-¿Sorprendidos con el avión, nooo? Yo vi muchos en la guerra, pero aquellos pasaban volando... y ¡con una leche!... Guardaban la entrada del río... para que no entrasen los barcos que venían de la mar. Aquellos sí que eran aviones. Ese es de juguete. Se llama "arvioneta fibia"... lo mismo vuela por el aire que se para en el agua. Desde ahí espían, por si ven a algún huido. Es que en la guerra muchos se escondieron en la otra banda y hasta por estos matorrales.

El pastor vio que nosotros estábamos prestándole atención y comenzó a contarnos cosas de la guerra. Parecía un cañón lanzando palabras tras palabras. A veces hablaba tan rápido que casi no lo entendíamos bien y, además, se comía la mitad de las palabras. Cuando

veía que alguno de los bichos se retiraba un poco, lanzaba un silbido, gritaba ¡“Nelita”!, y la perrita, como buena guardiana, corría tras el bicho hasta conseguir que retornara a su sitio. Si alguno se ponía pesado y no respondía ni a la “Nelita”, el pastor sacaba una cuerda que llevaba en la mano con una tira de esparto en la punta. Ponía una piedra en la tira y la lanzaba con tanta precisión que iba a dar en el lomo del bicho que se había distanciado y, ahora sí, respondía de inmediato y volvía al rebaño.

Recuerdo que nos contó una historia que nos pareció, en aquel momento, de película o de las novelas que escuchábamos en la radio, rodeados de las mujeres de la casa, pegaditos al quinqué en los muchos días que cortaban la luz eléctrica. Nos dijo que en la desembocadura del río había una barra, una especie de muro, que casi cruzaba el río de banda a banda. Nos explicó que aquella barra se había formado, durante muchísimos siglos, con las piedras y restos que movían los remolinos de la marea, así como con los muchos barcos que venían cargados de oro de América y en la barra se hundían al chocar con las rocas. No obstante, había una parte de la barra que estaba libre de rocas y era por donde unos hombres, a los que llamaban “prácticos de la barra”, eran capaces de pasar el barco por aquel hueco. Claro que, para ello, tenían que esperar que estuviesen a favor la marea y el viento.

Pero, en la guerra pasada, los rojos habían planeado que un barco extranjero, cargado de cemento, se metiese por aquel sitio de la barra y, cuando estuviese en él, hacerlo hundir. De esta manera, la barra impediría completamente que los barcos de los contrarios pudiesen llegar hasta Sevilla. Nos contó que en la ciudad se armó un revuelo entre los falangistas y las tropas del Movimiento. Estuvieron observando desde la playa. Por fin, viendo que no se contemplaba ningún movimiento, algunos, armados, se montaron con algunos buzos en barcas y se dirigieron a aquel lugar. No encontraron a nadie. El barco del cemento se había hundido, pero no había caído exactamente en el lugar pretendido, sino al lado de él. Con ello, los rojos no habían conseguido sus pretensiones.

El viejo pastor, de vez en cuando, echaba una mirada al rebaño. La perrita, a sus pies, parecía que, adormilada, escuchaba las historietas de su dueño. El Pajarito le preguntó qué quienes eran los rojos. El pastor, miró de reojo a derecha e izquierda, como si temiese que alguien estuviese escuchando en aquel descampado rodeado de eucaliptos.

Continuó. Dijo que los rojos eran los que estaban al frente del Gobierno de la nación y que se llamaban republicanos. Muchos militares y falangistas, que formaban otro grupo, se levantaron en guerra contra los rojos. Así fue cómo pasó la guerra que empezó en julio del 36.

El Lápida le comentó al pastor que la Guindilla, la hermana del Pajarito, nos había contado lo que había sucedido a la entrada del pueblo, cuando llegaron unos moros dando tiros y lanzando bombas sobre algunas casas. Le preguntó que si aquellos eran los rojos. El pastor, nos miró con cierto deje de darse importancia. Se notaba que pocas veces tenía oportunidad de hablar con alguien por aquel lugar tan solitario. Dijo que aquellos soldados se los había traído el militar Franco desde el Moro para que lucharan junto a él, y junto a otros soldados y partidarios de Franco y de los suyos, contra los rojos.

Nos contó que un militar de esta ciudad los había mandado desde fuera para que se adueñasen de la misma, pero que unos cuantos partidarios de la República los habían esperado a la entrada del pueblo y les habían atacado con escopetas de caza. No pudieron entrar. Se tuvieron que volver. Pero retornaron con más moros y con más armas. Lo que habían tirado sobre una casa habían sido unas bombas de mano, creyendo que los tiros contra ellos se habían disparado desde aquella casa, pero resultaba que no, que había sido de la casa de al lado. Una vez que tiraron las bombas, la gente se asustó. Los moros entraron, entonces, en algunas casas matando a todos los que se encontraban. Mataron hasta una vaca.

El Lápida, el Pajarito y yo teníamos abiertos los ojos como platos. Ya habíamos dejado de mirar de vez en cuando para detrás por si venían algunos de los de la choza del Otrabanda. Los habíamos olvidado con la intriga de las historias que contaba el pastor. Siguió hablando. Nos dijo que él se había enterado de todo por su hermano, que era el guarda del cementerio. Al cementerio habían llegado los cuerpos de los muertos tan destrozados que casi no se podían identificar. Los colocaron en una extensión de tierra que había detrás de la puerta de entrada y a la izquierda de ella. Llegaron señores muy importantes. Miraron los cadáveres. No sabían quiénes eran. Preguntaron a mi hermano. Él los fue mirando. Reconoció a casi todos, pero de ellos sólo sabía el mote con el que lo llamaban. Le ordenaron que dijese los motes, mientras que un señor, vestido con traje oscuro, los iba apuntado en un cuadernito. Mi hermano les dijo que eran “El Hijo del

Petaca”, “El Gaditano”, “El Moreno”, “Los Hermanos Anaferos”, “El Hijo de Tomestorba”, “El Gordo Carrero”, “El Hijo del Gordo”...

Llegó, después, la policía municipal. Esta completó la información y facilitaron los nombres de cada uno. Unos muchachos que llegaron cavaron una fosa grande cerca de donde estaban los cadáveres y los fueron tirando dentro a cada uno de ellos. Se ordenó que un certificado del médico de la Cruz Roja, en el que se decía que todos habían muerto a causa de hemorragias, se pasase al cura de la parroquia para que los apuntase en los libros de muertos. Después de esto, dijo que en toda la ciudad no se escuchaba absolutamente nada.

El pastor sacó de un zurrón que llevaba colocado en el hombro una especie de petaca grande de cuero y bebió un buen trago de agua. Nos la ofreció. Le contestamos que no teníamos sed. Fue entonces cuando nos fue preguntando uno a uno quiénes eran nuestras familias. Le contesté yo en primer lugar. Le expliqué quiénes eran mis padres y quiénes mis abuelos. Dijo que los conocía muy bien. Que había trabajado en el campo con mi padre y que un sobrino suyo había estado en la guerra con mi padre en el frente.

–Tu padre tuvo suerte, zagal. Le pegaron un tiro en la guerra y tuvo que estar un buen tiempo en el hospital... volvió con una pierna “desgraciá”, pero tuvo dos pares bien puestos... siempre luchando por ganarse el jornal en el campo. Y sólo con la bicicleta vendiendo por todas partes. A tu abuelo estuvieron a punto de fusilarlo... pero se libró. ¡Qué bien cantaba el cante gitano el “joío”!... ¡Con aquel sombrero blanco... siempre en la cabeza!... ¡Qué buena gente!

Cuando el pastor miró al Lápida y al Pajarito observé cierto nerviosismo en ellos. Entendí que temían que el viejo les preguntase algo de sus familias. Deduje rápidamente que, tal vez, el uno y el otro guardaban sobre ellas alguna cosa que nunca me habían contado. Estuve por decir que nos íbamos a bañar, pero ya fue tarde, porque el viejo pastor, dirigiéndose al Pajarito, le preguntó de qué familia era.

–Mi padre es camarero y vivimos en el barrio.

–Ya sé... ya sé... “joío”... Tu padre es el Enrique –el Pajarito asintió con la cabeza. –Buen hombre, muy trabajador... pero ha tenido mala pata en esta puta vida... con lo de tu madre... Bueno... Ha sabido tirar de ustedes para adelante...

El viejo pastor, descarado y cuco, estaba levantando ampollas

con sus preguntas, pero, posteriormente, nos alegraríamos, porque, desde aquel día, ya no habría nunca ningún secreto entre los tres, el Lápida, el Pajarito y yo. ¡Y bien que nos haría falta! El pastor siguió aquel ritual interrogatorio sin que nosotros lo hubiésemos esperado. Se dirigió al Lápida.

-Tu cara me resulta conocida. ¿Quién es tu padre?

-Yo no tengo padre. Está muerto.

-¿Y tú madre?

-También está muerta.

-¿Entonces tú con quién estás?

-Yo vivo con mi abuelo.

-¿Quién es tu abuelo?

-El que hace las lápidas para los muertos.

-¿Qué me estás diciendo? ¡Manolillo el del huerto! Un cacho de amigo. Muy sufrido. ¡El pobre! Tuvo que cargar con la pena negra. Tu padre, muerto. Tu madre, muerta... Además, sin poder enterrarlos... El Manolillo haciendo lápidas para todo el mundo y no pudo hacer la de tu padre ni la de tu madre. ¡Putas guerra! -El viejo pastor volvió a mirar a derecha a izquierda con un movimiento de cabeza rápido y espasmódico. -¡Putas guerra!... ¡Putas guerra!... ¡A cuánta gente mandaron para allá! ¡¡Que Dios, si existe, se lleve a tantos asesinos al puto infierno!! Desde luego todas aquellas personas no se merecían tanta crueldad... ¡Ay, Dios! ¿Dónde estás? ¡Putas guerra... puta... guerra... puta guerra!... Los hermanos matándose con los hermanos... -Iba rezonando el viejo pastor mientras comenzó a alejarse de nosotros.

La perrita abrió los ojos. Estiró la cabeza. Se puso en pie. Sin recibir orden alguna, comenzó a correr tras el rebaño hasta poner a todos los animales en movimiento. Vimos cómo el pastor estaba cada vez más lejos de nosotros. Los tres nos quedamos de pie. Nos parecíamos a aquella mujer, de la que nos habían contado en las clases de doctrina que se quedó convertida en una estatua de sal. Nos miramos. Fue el Pajarito el primero que rompió el silencio.

-¡Ea! Vamos a comer ¿noooo?

Nos sentamos en el suelo. Abrimos los paquetitos de comida envueltos en papel de estraza. Comenzamos a comer en silencio. El Pajarito, de vez en cuando, gastaba alguna broma para animarnos. Era el Lápida a quien yo recuerdo más serio y metido dentro de sí mismo. Pronto

vino a distraernos y a sacarnos de nuestro ensimismamiento algo que nos ocurrió. A pesar de que más que comer lo que hacíamos era devorar lo que nos habían preparado en nuestras casas, a la arena fueron cayendo migas de pan. Como si nos hubieran estado acechando, empezaron a acercarse a por aquellas migas una verdadera tropa de hormigas negras y muy grandes. Nos pusimos de pie, salimos de la sombra que generaban aquellos altísimos eucaliptos y nos fuimos hacia la arena mojada de la playa. Parecía como si nos acariciara el airecillo fresco que emergía de las olas. Estas iban y venían. Las mirábamos ensimismados.

Todavía hoy, con los años que han pasado, recuerdo aquel momento. Muchas veces había ido a la playa desde niño a bañarme, pero aquel día sentí como si nos hubiesen bautizado a los tres en la lucha por la vida. Nos quitamos la ropa. Formamos un montón con todas ellas. Buscamos unas piedras para que, poniéndolas sobre aquel montoncillo de ropas, no las arrastrase el viento. Era como un ritual que hacíamos desde siempre, hiciese el viento que hiciese. Ya dentro del agua, comenzamos a gastarnos bromas y a jugar. Nos lanzábamos entre nosotros agua sobre la cara. Las risas fueron apagando, casi sin darnos cuenta, el mal sabor de boca de cuanto nos había contado el pastor y de lo mal que lo habíamos pasado el tiempo que estuvimos en la choza.

Aquel baño fue único. Quedó cincelado en mi recuerdo. La mar me pareció más azul y más transparente. El movimiento de las olas me parecía música tocada por algún extraño instrumento asentado en el fondo del agua. Era como una danza mágica y armoniosa en la que se mezclaban el sabor salado que impregnaba nuestra boca, la luz inmensa, el horizonte infinito todo él de azul, el graznido de las gaviotas volando al ritmo del ir y venir de las olas, la espuma que pretendíamos coger con la palma de la mano.

¡Qué contraste entre lo que daba la naturaleza y lo que generaba el hombre! Y eso que tan sólo habíamos empezado el duro camino de la vida. Aquel día no me echaron el agua del bautismo sobre la cabeza, sino el agua salada sobre los ojos. Comencé a ver lo mismo que veía, pero de otra manera. No era lúdica la vida, ni siquiera para los niños. Comencé a intuir cuánto había a mi alrededor de hartazgo, de agotamiento de vivir, de hambre, de miseria, de odio oculto y ocultado, de aspiraciones vacilantes, de deseos tan profundos como áridos y dolorosos. La víbora del odio había mordido el corazón del hombre. De lo demás se encargó este mismo.

Tal como lo había determinado lo hice. Ya se lo había comunicado al Lápida y al Pajarito. Estos se pusieron, por una parte, muy tristes, porque pensaban que ya no nos íbamos a seguir viendo; pero, por otra parte, me dijeron que sentían cierta envidia de mí, por dejar el colegio y porque, además, aquello era como recibir, de alguna manera, un carné simbólico de que ya había dejado de ser un niño. Les dije a mis padres aquella tarde, a la vuelta de la excursión, que yo no iría más a aquel colegio del cura-director. También mi padre cumplió su amenaza.

No iría de momento a aquel colegio, pero sí que lo acompañaría a él en el trabajo del campo. Así que cambio de colegio por trabajo en el campo. De esa manera quedó el asunto. Yo ya había estado en el campo con mi padre otras veces, pero de manera puntual. Llevaba dos viñas, de las que era propietario un tío suyo paterno: en ellas, como decían todos, “echaba el rato”, pero luego completaba la jornada con otra peonada en unas viñas más grandes, en las que iría ocupando diversas funciones. Al principio, a mí me llevaba al trabajo en las viñas de mi tío-abuelo, pero después, para que supiera más de veras lo que era ser campero o viñista, me hacía acompañarlo durante toda la jornada.

El primer día que me llevó mi padre al campo me lo tomé casi como un juego; posteriormente, mi actitud cambiaría por completo. En aquel primer día, antes de que hubiese luz solar, ya mi madre me había preparado el desayuno, un tazón de leche y un trozo de pan negro con aceite y azúcar. También tenía preparado costo para mi padre y para mí. Cuando me despertó, me costó trabajo levantarme. No estaba acostumbrado a salir de la cama tan temprano. Incluso protesté. No me sirvió de nada. Me vestí. Me lavé la cara. Me peiné y desayuné. Cuando había terminado, ya estaba mi padre con la bicicleta en la puerta de la casa. Se escuchaba en ella el trasiego de los hombres que también se iban a trabajar al campo, al tiempo que el de las

mujeres que se preparaban para marchar a las casas donde estaban sirviendo. Mi madre me ayudó a montarme en la bicicleta de mi padre. Me dio un beso y me dijo que me portase bien. Salimos para la viña más pequeña de las dos de mi tío-abuelo.

Descubrí una calle distinta, aún medio oscura. Hombres iban y venían con unos humildes pantalones grises, una chaquetilla blanca con botonadura cerrada hasta el mismo cuello, un sombrero de paja en la cabeza y una especie de capacho hecho de esparto en el que llevaban el costo para todo el día. Algunos, como mi padre, iban en bicicleta; otros, en burros y, los más, andando. Estos últimos eran los que trabajaban en los campos o huertas más cercanos. El saludo matinal se repetía una y otra vez: “Buenos días”. Llegamos al final de nuestra calle. Pasamos por el jardín tan bonito que existía junto a la Plaza de Toros. Abundaban en él los árboles y se extendían por sus arriates plantas de las más variadas especies.

Hasta mí llegaba una brisa fresca y muy agradable, parecida a la que había disfrutado el día anterior en la playa con el Pajarito y el Lápida. El jardín, a aquellas horas, era distinto al que yo estaba acostumbrado a ver. Por entre el ramaje de los árboles iban brotando los primeros haces de la luz matutina. Parecían luces encaladas, juveniles, juguetonas, a las que, como los niños del colegio, les habían abierto la puerta del día para disfrutar del azul durante bastantes horas. Junto a la Plaza de Toros se paró mi padre. Los dos bajamos de la bicicleta. Empujándola con la mano, subimos por una veredita muy empinada que serpenteaba junto a aquel edificio. La tierra era roja y dura y, a una parte y otra de la veredita, se levantaban matorrales y higueras de higos chumbos. Cuando llegamos arriba, miré hacia atrás. Se veían el barrio y los navazos que estaban más cerca de los arenales de la playa.

La subida había sido fatigosa por lo empinada que era la veredita. Nos encontramos en un llano inmenso, todo él plantado de viñas. En ellas se veían algunas chozas y casitas rústicas. Llegamos a una viña que estaba cerca de un arroyo. Mi padre se adentró en ella. Dejó la bicicleta apoyada en un sombrajo que había casi en el centro de la viña. Comenzó los preparativos para echar su rato de trabajo. Me dio un cántaro y me mandó que lo llenase de agua en un pozo que estaba en un ángulo de la viña y que prestaba servicio también a los de la viña de al lado. Estos vivían en la viña, de la que sólo salían cuando se celebraba en la ciudad la velada de la Pastora o la fiesta de la Patrona. Había en su

viña una casita, del todo rodeada de árboles frutales. Pronto me hice amigo de las niñas que vivían allí, las hijas del matrimonio joven que en aquel terreno tenía vivienda y trabajo. Con ellas, me subiría a los árboles a coger frutas y jugaríamos por las viñas cuando mi padre no me mandaba hacer alguna faenilla de las que podíamos hacer los niños, que, a fuer de sinceros, en aquellos años, eran pocas todavía para mí.

Poco a poco, mi padre me fue adiestrando en las faenas de la viña, no sólo durante aquellos meses que estuve sin ir al colegio del cura-director, sino incluso por las tardes y en algunos sábados y domingos cuando pasé nuevamente a otro colegio de la ciudad junto con el Lápida y el Pajarito. En el tiempo que, posteriormente, estaría fuera de mi ciudad, e incluso ahora que me encuentro como me encuentro, me gustaba recrear en mi mente lo que había aprendido en las viñas. Cerraba los ojos. Me retrotraía a aquellos años, llenos de hambre, penas, luto y miserias, pero en los que el juego, los amigos y la viña resultaban para mí de las pocas fragancias que la vida dejó arraigadas en los sueños de aquel ayer ido y lejano.

Me gustaba recordar, como palabras escritas en ceniza, aquellos nombres tan castizos e inamovibles con los que los camperos denominaban a sus faenas. Estas tenían un verdadero ritual. Eran como las varillas del reloj del tiempo que, en cada momento, marcaban lo que correspondía realizar y cómo había que hacerlo. Recuerdos y palabras quedaron impresos en mi corazón malherido y en mi memoria, difícilmente inseparables de los recuerdos negros de mi fugaz infancia. De tanto dar vueltas en mi mente a aquel faenar de la gente viñista, me parecía aquel ritmo como una sinfonía musical, acordada por unas soleares con las que el bálsamo de la guitarra quería apagar tantos recuerdos negros.

Allá por el mes de octubre se comenzaba el nuevo curso de la sinfonía viñista con el alumbrado. Se abría una especie de red de canalillos en el liño para recoger en ellos el agua. Para algunos, el momento era aprovechado para echar estiércol como abono. El estiércol consistía en los excrementos de los animales y se recogían en las cuadras. Por el traslado de la cuadra a la viña, era frecuente observar cagajones en las calles y en los caminos y veredas. La visión y el olfato denotaban que el rito viñista había comenzado. Llegadas las últimas calendas del año natural, se procedía a la poda y al “pintao”. Se eliminaba de las cepas las ramas más superfluas en pro de una mejor

producción y se colocaba sulfato de cobre, cobre quemado, en el lugar en el que se había producido el corte. Se dejaba alternativamente cada año una sola vara de ocho yemas, así como un pulgar de yema, del que afloraría un brote que, al siguiente año, sería vara.

Tras ello, iniciado el nuevo año natural, venía la “sarménta”. Consistía en la recogida de los sarmientos podados. Los haces se trasladaban al almijar. Allí se quemaban y, antes de que se transformasen en ceniza, aquellos sarmientos quedaban convertidos en cisco picón, material que los carboneros y cisqueros venderían en establecimientos, o casa a casa, para reutilizarlo para producir calor en los braseros, que los naturales denominan “la copa”. Aún recuerdo aquella expresión que se escuchaba en los patios de las casas de vecinos: “¡¡Ñora, quiere usted cisco!! Tras la “sarménta”, se acometía el deshorquillar, que consistía en quitar las orquillas del año anterior.

Tras la faena de cascarsear o limpiar la cepa, se pasaba a la faena de bragar. Esta consistía en realizar un agujero alrededor de la cepa, arrancándose todas las raicillas en él existentes para que la raíz más importante pudiese tomar el agua. En aquella hendidura se vertía una especie de sal potásica, que se utilizaba como insecticida. Efectuada esta operación, se procedía a realizar las casillas y los cajones. Me parece recordar que estos se abrían en una superficie, de un metro por un metro, alrededor de las cepas antiguas para poder arrancarlas, plantándose en su lugar una vara, que sería la cepa nueva. Consistían las casillas en la apertura de unos agujeros en el liño para echar en ellos el abono del estiércol.

Correspondía a los hombres abrir las casillas, mientras que a los niños nos encargaban de transportar el estiércol, bien en carrillos de mano, o bien en espuertas, o incluso en cubos. Una faena que me llamaba mucho la atención era la de injertar. Con una navaja se efectuaba un corte para insertar en él una sola yema. Se hacía en espiga ingiriendo, tras haber abierto con el azadón el espacio suficiente, la espiga nueva verticalmente en la riparia, la vara crecida en el año; y luego se amarraba con palma o rafia, tras lo cual se tapaba utilizando para ello el azadón.

A la faena que se realizaba posteriormente la denominaban “amarrar los palos”, o algo así. A los niños nos encomendaban distribuir las horquillas que los hombres colocarían para atar en ellas la vara de la uva del año. Tras ello, otra faena, el castrar. Consistía en cortar las

varas que iban apuntando, dejando sólo una, que era la que se amarraba a la horquilla. Luego, la faena de arar. Esta consistía en mover la tierra con aquellos instrumentos de los que, según las posibilidades de cada cual, se dispusiese. Recuerdo que se llamaba el “avión”. En las viñas de mi tío abuelo, mi padre, a pesar de su ya ligera dificultad en la pierna, era quien tiraba de él. En las viñas más grandes, en las que también echaba mi padre la peonada, era un mulo el que arrastraba el avión.

Llegaba el tiempo de sulfatar. Los niños íbamos acarreamos agua del pozo y la vertíamos en bidones. En ellos se elaboraba el sulfato. Este se vertía en las máquinas de sulfatar, que eran como una especie de mochila que los hombres se colocaban en la espalda y, apretando un artilugio que tenían al final de una goma, echaban el sulfato sobre las cepas. Todo el ritual se seguía escrupulosamente. Había que ir inspeccionando cómo iban respondiendo las cepas. Venía, por ello, la recastra, es decir, se revisaba la castra efectuada, con la finalidad de ir contemplando si las varas habían ido despuntando. Se eliminaba el excedente para que sólo permaneciese una vara.

Era el momento de azufrar. Se iba vertiendo azufre encima de las cepas para eliminar la posibilidad de que enfermasen con un hongo microscópico, que se llamaba mildú, y que se desarrollaba por todo el conjunto (tallos, hojas, racimos). Los días que mi padre realizaba esta faena nos íbamos más temprano al campo, antes del alba, porque en ese momento había menos viento. Esta operación solía realizarse más de una vez.

Desinfectada la planta, se procedía a amarrar la leña, si bien esta faena mi padre la hacía a veces conjuntamente con la recastra. La apertura de las varas se recogía con varillas de esparto. Estas, con anterioridad, se habían mojado con agua para que tuviesen más flexibilidad. De mayo a junio aproximadamente, cada quince o veinte días se repetía la tarea de sulfatar, así como el arado. También llegado junio, se acometía el arranque de una hierba que nacía debajo de la cepa y que no se había conseguido eliminar con el azadón. A la hierba la denominaban carigüela. Con su eliminación se refrescaba la tierra eliminando las costras que había ido cogiendo. Posteriormente se inyectaba una yema, después de haber realizado un corte en la riparia. Las yemas inyectadas eran las procedentes de las varas mejores.

El momento cumbre y más evidente de la liturgia viñista era la recogida de la uva, la vendimia. No tenía una fecha fija, dado que

dependía del grado de maduración adquirido por la uva. Se producían varias situaciones. Había vendimiadores (hombres, mujeres y niños) que pernoctaban en los campos en los que estaban vendimiando, por cuanto que estos se encontraban distantes de la ciudad. Estos trabajadores recibían un pequeño plus salarial por la nocturnidad, pero vivían en los campos en condiciones miserables.

Otros vendimiadores, los denominados mayetas, efectuaban con toda la familia la vendimia de sus pequeñas viñas. Y el grupo más mayoritario era el que trabajaba vendimiando de sol a sol, como asalariados, y caído el sol retornaban a sus casas, para volver a vendimiarse al día siguiente.

Las cuadrillas solían constituirse con frecuencia en una plaza que se denominaba la Puerta de Jerez. De allí marchaban hacia las viñas, según hubiesen sido contratados por el manigero, que era quien se encargaba del control del personal y de que este trabajase cuanto más rápido mejor, para que al señorito le costase menos el trabajo realizado por los camperos. Cada asalariado iba cortando con una navaja los racimos de uvas de las cepas de un liño y los introducía en una canasta. En ellas eran trasladadas al almijar, de donde, después de ser expandidas y oreadas, especialmente las dedicadas al vino moscatel, eran trasladadas a las bodegas en una recua de burros conducida por el arriero.

Ya en la bodega, se procedía a la pisa. Esta era una faena que tuve ocasión de observar en varias ocasiones. Resultaba muy pintoresca. Los pisadores, descalzos y con los pantalones arremangados hasta la rodilla, pisaban y pisaban en el lagar los racimos de uvas, de donde iría brotando el mosto de yema. Del lagar, que se encontraba a mayor altura que el suelo, iban cayendo los chorros del líquido de las uvas sobre una especie de piscina que se cubría con unos tablones de madera. De este lugar sería trasladado el líquido posteriormente a botas. Lo que quedaba, tras la pisa, se pasaba a la prensadora, de donde se transportaba a la fábrica de alcohol.

Otros aspectos recuerdo de esta verdadera melodía vitivinícola. Uno de ellos, la comida. En ella sí que se seguía un verdadero ritual. El que transportaba la comida era denominado “capachero”. La comida se colocaba dentro de un lebrillo en algún lugar donde hubiese sombra. Los camperos se ponían en círculo alrededor del lebrillo. Se iban acercando a él. Introducían el cucharón y daban marcha atrás para

que otros fuesen accediendo. Así una y otra vez hasta que el contenido del lebrillo se hubiese acabado. Comidas frecuentes eran el ajo campero y el gazpacho. También se comía con frecuencia una tajada de sandía alternándola con bocados a un trozo de pan negro. Las sandías y melones de secano solían sembrarse en las mismas viñas, siendo cobijadas por la sombra generada por las hojas de las cepas.

Junto a las matas de sandías y melones corría libremente la riparia, hojas de cepas de primer año que tan sólo producía unas uvitas negras que no se comían. La viña, especialmente desde el mes de julio, se llenaba de unos mosquitos, denominados orejeros, porque tenían la dichosa manía de picar en las orejas, dejándolas rojas como si de tomates se tratasen. Alguna que otra vez se veían conejos corriendo por entre las matas de las cepas, así como lagartos. Había una tradición de la que nunca supe el significado; se decía que los abundantes lagartos que aparecían por la viña atacaban a las mujeres que estaban dando el pecho. En tiempo de vendimia y de estiércol toda la viña quedaba invadida, además, por numerosas moscas.

En mis muchos años de soledad y distanciamiento, más de una vez redactaba en un cuadernillo estas faenas; escribía los nombres de los viñadores que conocí; la mayoría, verdaderos maestros en el cuidado de las viñas; y narraba anécdotas vistas por mí o que me hubiesen contado. Adónde irían a parar aquellos entrañables papeliños. Tal vez desaparecieron, tal vez fueron atados con algún balduque con otros papeles antiguos, o, quién sabe si cayeron en manos de alguien que, con más ciencia y creatividad, los hubiese aprovechado de alguna manera para redactar algún escrito de las costumbres de las tierras del sur.

Poco a poco, iría descubriendo que aquellos hombres, tostados por el sol; con arrugas prematuramente arribadas a sus cuerpos por la crudeza de la vida; con el alma dolida, que se asomaba al umbral de sus ojos de miradas tristes, estoicas y profundas; y con el anticlericalismo enraizado en su existencia, desde la cuna hasta la sepultura, habían constituido y lo seguirían haciendo como una verdadera punta de lanza de la lucha obrera. ¡Cuánto aprendería, junto a ellos, de solidaridad, de compañerismo y de verdadera lucha por cambiar a mejor la sociedad en la que habían sido castigados a vivir! Todo ello a pesar de que, desde al asuntillo de la “mano negra”, había sido perseguida y penalizada la gente de las manos encalladas por el trabajo en el campo.

Al igual que mi abuela, mi madre estuvo sirviendo, desde casi una niña, en casas de señoritos. Lo hizo en el cuerpo de casa y, posteriormente, de cocinera. Mi madre hablaba siempre de que, en las casas en las que había estado, tanto los señores como los señoritos la habían tratado no sólo muy bien y, además, le habían ayudado mucho, sino que incluso existió siempre, entre ella y las diversas familias en las que sirvió, un gran afecto, si bien guardando las distancias sociales existentes.

Tengo que reconocer que, por mero azar, y no por ningún otro tipo de ideología política, la familia de mi madre y la de mi padre no se habían visto implicadas en ningún asunto relacionado con la guerra civil. Quedaba bien lejos en el tiempo el republicanismo de mi bisabuelo paterno, si bien en mis abuelos maternos, sobre todo en mi abuelo, estaba enraizada una tendencia anticlerical, pero no militante, porque demasiada preocupación tuvo siempre para sacar la familia hacia adelante. No practicaban, pero tampoco se señalaban en nada. A ambos los envolvía una especie de manto de respetabilidad, su bondad y su honradez, que los hacía muy queridos y considerados, muy a pesar de que ni a mi abuelo ni a mi abuela les agradaba en lo más mínimo la presencia de un cura ni de una monja. Padecían una verdadera alergia compulsiva a unos hábitos talares.

Esta había sido siempre la tendencia de la familia. Sólo por gestos y algún tenue comentario, pasados los años, deduje que las tendencias anticlericales y antifranquistas de mis abuelos eran tan indudables, como disimuladas. Había que seguir viviendo. Demasiado habían trabajado y sufrido ya. La guerra fratricida, para más inri, les había dejado partida el alma y llena la mente de recuerdos negros en el baúl de sus modestas existencias. No obstante, cuando hoy, en mis evocaciones anidadas en la infancia y en la adolescencia, recuerdo aquellos ojos de mirar intenso, de serenidad y de indudable ternura, tanto de mi

abuelo como de mi abuela, leo en ellos, junto a su agnosticismo, una clara actitud senequista ante la vida. Esta era como era y punto. No tuvieron nunca protagonismo en nada. Contemplaron y sufrieron. Oyeron y padecieron, porque la miseria y los sufrimientos nunca se marcharon desde lo más interior de sus conciencias a la acera de enfrente.

Ambos, con el recuerdo clavado, como una punzante espina, de los miembros de la familia, además de los amigos y conocidos, fallecidos en la guerra de Cuba y de los que volvieron enfermos, tuvieron que vivir, además, la angustia de cuanto aconteció en los escasos días que duró en la ciudad la guerra civil. Aun así, cuántos conocidos, buena gente, fueron represaliados y fusilados por orden de tribunales militares. Durante muchos meses, ellos, como gran parte de las clases populares de la ciudad, se acostaban con la angustia hincada en la garganta, impacientes y atormentados por la certeza de que en aquella madrugada habían fusilado a algunos hombres, muchos de ellos camperos y marineros; conocidos y vecinos. Temblaban y callaban, porque sabían que aquellos tribunales no contemplaban ningún tipo de causa eximente por razones de juventud o de vejez. La rabia de hiena se había establecido en un bando y en el otro.

¡Cuánta cruel represión contra hombres y mujeres, muchos de ellos analfabetos, que, cuando se veían obligados a firmar algún documento, lo habrían de hacer dejando sobre él las huellas dactilares mojadas en una tela de tinta! Pobre gente sin voz e indefensa; la mayoría de las cuales ni tan siquiera era conocida por su nombre y dos apellidos, sino por un simple alias: “El Farista”, “El Año”, “El Cochero”, “El Bocana”, “El Rubiales”, “El Arrumbaó”, “El Curruca”, “El Chato de la Dehesa”, “El Pijindi”, “El Lolo”, “El Arreciado”, “El Chato de la Gabriela”, “La Osa”, “El Hijo del Quincallero”, “El Pancho”, “El Manga”, “El Meango”, “El Chicharito”, “El Parrita”, “El Paquirri”, “El Paqui”, “Joselillo el del Arroyo”... Todos los que no habían caído estaban condenados a borrar “aquello” de las conversaciones, de las referencias y hasta del mismísimo nido de los recuerdos. Algunos, pasados muchos años de aquella cruel tragedia, morirían dejando el único testimonio de tales imágenes en la tristeza amarilla de sus ojos apagados. Yo, tan sólo muchos años después, sabría leer el misterio encerrado en aquellos ojos, de mirada única, de muchas personas que conocí en mi ciudad.

Un día llegó mi madre de la casa de su señora, en donde había servido, de manera estable cuando era soltera, y a la que posterior-

mente acudía cuando la requerían para realizar algún trabajo especial. En esos días, tenía que trabajar como una verdadera mula. Antes de marchar a casa de la señora, tenía que dejar todo arreglado en nuestro partidito. Hacía la comida. Dejaba a cargo de lo que no le hubiese dado tiempo de terminar a mi abuela, a la que le echaba una mano unas veces la Jordana; y, otras, la Chata. Cuando volvía ya cansada del trabajo duro realizado en la casa de los señoritos, aún le esperaba alguna faena en la nuestra. Nunca exteriorizaba el cansancio, pero a mí no me pasaba desapercibido. Me acercaba a ella y le daba un beso. Aquel era mi mejor reconocimiento.

Fue aquel día cuando dijo que su señora le contó que habían llegado dos nuevos párrocos a la ciudad, uno para cada una de las parroquias que había en ella. Le comunicó la señora que le habían informado de que eran dos hombres muy cultos y que habían cumplido ambos los cuarenta años. Decía mi madre que la señora había elogiado mucho las virtudes de don Ángel, el que había llegado para la parroquia de la parte baja de la ciudad. Salía todos los días después de comer a visitar a los pobres de la feligresía, con los que se deshacía en obras de caridad. Era alabado por todos.

Contemplábamos a mi madre. Aquella historia nos extrañaba. Mi padre la miró fijamente. Comenzó a sospechar algo raro. Él mismo dijo luego que se había temido que la señora le hubiese propuesto a mi madre irse a servir a casa del cura. Pero, no. La bomba estalló por otro sitio. Lo que la señora le había propuesto era que yo ejerciese de monaguillo para el párroco. Con ello, además de algún dinerillo, podría aprender muchas cosas buenas. Mi padre se levantó de la silla encolezado. Dio un golpe en la mesa.

-De eso, ¡ni hablar! -gritó mi padre. -¡Que con los curas no quiero nada! Lo que faltaba era un cura en la familia. Mira... que ese se camela a tu hijo para que entre a cura. ¡Que no y que no!

-Pero, hombre, no seas tan bruto... que el niño iría allí a trabajar, como ahora hace en el campo y, además, sólo algunos días. Por otra parte, yo no le he dicho que sí a la señora; tan sólo que lo tenía que consultar contigo.

Mi padre, dando un portazo, salió a la calle. Abrí la puerta. Miré al patio. En todas las puertas había alguna vecina mirando. Lo habían escuchado todo. La Encarna se asomó por una ventana de la galería alta.

–¡Huy!... ¿pasa algo? –preguntó la Encarna, a la que mi madre le decía la cursi melindrosa, porque intentaba hablar muy “fino”, ya que había estado sirviendo durante algunos veranos con unos señoritos forasteros. Afirmaba mi madre, con mucho retintín, que “se le había pegado el deje de los señoritos”. Era lo cierto que aquello a la Encarna le gustaba. Era de arte escucharla cantar en la cocina canciones de la Concha Piquer. Cuando se sentía inspirada y se lanzaba a cantar, con voz de un grillo mareado, canciones como “Ojos Verdes” o “Tatuaje”, las vecinas que estuviesen con ella en la cocina, deseosas de pitorreo, la jaleaban, mientras ella se quitaba el delantal y se lo colocaba sobre los hombros como si fuese un mantón de Manila. Era entonces cuando de ella salían las eses más silbantes que la chimenea del tren, pegase o no pegase. Algunas de las vecinas más picaronas, como la Monja o la Caridaíta, la interrumpían.

–Esas canciones no valen un real... quien sabe cantar es Miguel de Molina.

Aquello era peor que soltarle a la Encarna un toro del chiquero. Dejaba de cantar. Se quitaba el delantal de los hombros. Se lo ataba a la cintura de muy malas maneras. Gritaba como una posesa.

–Mira, a esa loca ni nombrarla en esta casa. ¡Mira que me voy de esta! –gritaba señalándose la boca con un dedo–. Ese es maricón y... además es rojo, más rojo que un clavel –Estas palabras las acompañaba de un contoneo de la cintura y de unos gestos con la mano como para echarse el pelo para detrás, y seguía largando por aquella boquita –¡Será maricón el malagueño ese!, ¡mira que trabajar limpiando una casa de putas! ¡La bien pagá!... ¿Eso es cantar?... Mi Concha, esa sí que vale.

Y se iba de la cocina como si se la llevaran los mismísimos diablos. Claro que las vecinas no habían terminado el repertorio de bromas. Alguna de ellas se asomaba al patio, pasado un rato, y gritaba:

–¡¡Encarnita!! ¡¡Encarna!! ¡¡Encarnita!! ... ¡Que se te quema la “poleá”!

Cuando la escuchaban venir saltándose los escalones de dos en dos y volando para la cocina como una centella, las vecinas, a la misma velocidad, salían corriendo para el corral riendo a mandíbula vatiante, mientras oían las palabrotas de la Encarna:

–¡¡Mancha de putas!! ¡¡Os vais a cachondear de las pelagartas de vuestras mamaítas!! Lo que tenéis que hacer es lavaros aquello con jabón de olor... que hasta aquí llega la peste a bacalao seco...

Nunca se pasaba de ahí. Al rato, se volvía a la normalidad. Por eso, cuando preguntó la Encarna si pasaba algo, la Caridaíta le contestó que le parecía haber oído algo de que al Pablito lo quería meter a cura su madre. La Chata dijo que le parecía muy bien, porque era la única manera que tenían los pobretones, como todos ellos, para tener cultura y dinero. Y para ponerse bien redondos y hermosos como el cura del barrio alto, agregó la Chata. Todas rieron. Salió mi madre al patio y les dijo que no escudriñaran más en las vidas de los demás, que lo único de lo que se había hablado era de que su señora le había propuesto que el Pablito trabajase de monaguillo con el nuevo cura que había llegado a la iglesia. Sólo eso.

Aquella noche apenas pude dormir. Estaba inquieto y nervioso por la reacción de mi padre, el curioso de las vecinas y el enfado de mi madre. Ya acostado, escuché, aunque lo hacían susurrando, para dejarnos dormir, la discusión de mis padres sobre la propuesta de la señora de mi madre. La discusión fue poco a poco amainando. Fueron substituidas aquellas palabras por un rítmico movimiento de mis padres, del que dejaba constancia el tenue ruido del colchón de paja. Lo había oído otras veces. Cuando mis hermanas o yo tosíamos o nos movíamos en la cama, aquel ruido desaparecía para reaparecer poco después. Tardé en saber de qué se trataba. No sé por qué razón, pero algunas veces, cuando lo oía, me ponía a llorar, pero controlando el llanto para que ellos no se diesen cuenta, porque ya me había comenzado a dar vergüenza de que me viesen llorar.

Cuando no podía dormir, salía furtivamente de la habitación y me iba al patio. Me sentaba con frecuencia en el primer escalón de la escalera que comunicaba la parte baja de la casa con la alta. Aquella soledad y aquel silencio me producían relajación y paz. Aún recuerdo, dentro de mí, la impresión que me causaba cuanto había en el patio, especialmente cuando la luna llena lo rodeaba todo de un misterio fantástico. Lo que de día me resultaba vulgar de noche me aparecía transformado. Era una realidad bien distinta. Todo aquello lo guardaba en mi memoria. En ella, además de aparecer enaltecida, generaba en mí una larga galería de fantasías.

Todo me parecía más bonito, casi como los patios de las casas de los señoritos. La imaginación generaba el cambio. El pozo, de pobres hierros desgastados y apenas pintados, relucía como si se tratase de uno del más rico mármol. Las macetas, sembradas en

grandes latas de productos de conservas, que las mujeres conseguían de los almacenes, adquirían un color distinto. Aparecían como cuerpos desnudos muy bronceados y relucientes. Olían a frescor y a día de fiesta. Sacados de algún cuadro de pintor famoso parecían los demás objetos que había en el patio, los cubos, las sillas de anea, algún juguete allí olvidado por algún niño, o algún gato que dormía enroscado en alguna de aquellas sillas. Aprendí a valorar la belleza de las cosas pequeñas y humildes. Todo me parecía una metáfora de la buena gente que vivía en la casa.

Todo aquello se enriquecía en las noches en las que, transportado por la brisa, revoloteaba por el patio olor a campo, a tierra, a animales, a frutas de los huertos inmediatos. A veces, hasta me parecía oír en mi fantasía un tenue murmullo del movimiento de las aguas cristalinas del pozo. Me gustaba permanecer allí. Más de una vez era mi madre la que, dándose cuenta de que no estaba en mi cama, se me acercaba, me cogía de la mano, me daba un beso y, sin decir palabra alguna, me llevaba a la cama y me cubría con mucho cariño. Las vecinas comentaban que aquella era mi manía; que era un niño raro, porque a los demás niños lo que le gustaba era estar en la cama, máxime cuando se tenían que levantar a las claras del día. Raro o no, era lo cierto que todas me mimaban con evidente cariño y se deshacían en elogios sobre mí... que sería un muy buen mocito... que tenía unos ojos tan negros como pícaros... que a las mocitas les haría tilín... que era muy buen estudiante... ¡Qué de tonterías! Máxime cuando yo sabía de sobra que aquellas exageraciones eran fruto del cariño que me profesaban.

Había un niño en la casa, amigo de juegos como todos los de ella, que sabía que yo algunas noches me sentaba solo en aquel escalón. Él vivía en la parte alta. Tenía el pelo rojizo, por lo que los niños, para meterse con él, lo llamaban “Pelo Cochino”. Él se acostumbró a aquello y, aunque al principio se enfadaba, ya le importaba un pito que se lo dijese. Era muy buena gente, aunque su madre siempre le estaba riñendo y gritando, porque ni quería ir a la escuela ni al campo a ayudarle a su padre. Se asomaba por la ventana de la galería alta y, si veía que yo estaba sentado en el escalón, bajaba sin hacer ruido y se sentaba junto a mí. Allí charlábamos y charlábamos hasta que nos cansábamos o nos descubrían. Aquella noche hacía una noche luminosa. El silencio lo invadía todo. El “Pelo Cochino” me susurró al oído:

-Ven para acá. No hagas ruido.

Se levantó. Comenzó a caminar silenciosamente en dirección hacia el corral. Yo permanecí sentado. No sabía qué quería el "Pelo Cochino". Me extrañó aquella propuesta. Volvió hacia mí. La luz de la luna tornasolaba su pelo enrojado. Le dije que allí estábamos bien. Él insistió. Acercándose más, me volvió a susurrar:

-¡Que vengas... que te voy a enseñar un secreto!

Volvió a coger la dirección del corral. Miró hacia atrás, a ver si yo me había levantado. Me levanté y comencé a ir detrás de él. Subimos al patio intermedio que estaba junto a la cocina colectiva. Ascendimos en silencio una escalera. Llegamos al corral. Nos invadió el olor hediondo que provenía del retrete colectivo y de la cochinera. Avanzamos hasta el final del corral. Se encontraba allí, tras una gran habitación abandonada, a la que se le había caído el techo y que se encontraba en ruina, la cuadra. Esta tenía una puerta grande por la que metían y sacaban los animales, así como una ventana sin cristales que daba a la habitación en ruina.

Siempre pensaría, tiempo después, que aquella casa, por la estructura que tenía, debía de haber sido un buen caserón de una familia hacendada. Probablemente, a fines del XIX o principios del XX, cuando los montañeses comienzan a dedicarse a la explotación inmobiliaria, sus propietarios la habrían dividido en muchos partidos para disfrutar de las rentas que cobraban a sus inquilinos. De ahí que las habitaciones en ruina bien pudieran haber sido la vivienda del casero que tales señores tuvieron, quienes realizarían otras labores en tan extensa mansión, que tenía una gran puerta que daba a la calle, otrora de gran importancia social y posteriormente venida a menos, y un gran portalón que daba al campo, en el que abundaban las huertas y viñas.

El "Pelo Cochino" caminaba delante de mí y me iba indicando silencio constantemente, poniéndose el dedo índice sobre los labios. Se reactivó en su demanda cuando nos adentramos en la habitación del techo derrumbado, porque, al andar por ella, teníamos que realizarlo con sumo cuidado para que los restos del techo, transformado en tejas rotas y demás materiales de él desprendidos, no hiciesen ningún tipo de ruido. Llegamos a la ventana sin cristales que daba a la cuadra. La luz de la luna, que entraba por la puerta y por aquella ventana, iluminaba su interior. El "Pelo Cochino" me tapó la boca con

su mano izquierda, mientras que con un dedo de su mano derecha, colocado sobre su boca, me seguía indicando silencio.

Sigilosamente nos asomamos a la ventana con sumo cuidado. Me quedé de piedra. Al principio no precisé qué era aquello. Escuchaba unos gemidos y un revoltijo humano. Miré con la misma curiosidad e intensidad que el “Pelo Cochino”. Casi no respirábamos. Poco a poco las siluetas fueron dando paso en mis retinas a las imágenes que había en la cuadra. Junto a los pesebres de los animales, lo primero que vi fue a un hombre de espaldas con el pantalón caído en el suelo. Se le veía todo el trasero en unos movimientos espasmódicos mientras jadeaba cada vez con mayor intensidad. Estaba abrazado a otra persona.

Miré fijamente. Por los pelos deduje que se trataba de una mujer que, con la cabeza ligeramente hacia detrás, la apoyaba unas veces en el hombro izquierdo de aquel hombre, y otras en el hombro derecho. Estuvimos contemplando un rato. En uno de los movimientos de cabeza de la mujer pude ver de quién se trataba. Era la Chata, la viuda. Sentí rubor. La Chata era para mí como mi tata. Sentí vergüenza de que me pudiera ver observándola. El “Pelo Cochino” se comenzó a bajar el pantalón. Me sentí aturdido. Haciendo el menor ruido posible, pero acelerando progresivamente el paso una vez que salí de la habitación en ruina, me distancié de aquel lugar.

Me metí en la cama sin hacer ruido. Afiné el oído. Nadie se había despertado. Me costó conciliar el sueño. Me venían a la mente imágenes que me generaban pesadillas. Yo tendría unos nueve o diez años, pero nadie me había explicado que aquello era tener relaciones sexuales y que tales acciones eran normales. Más bien había oído en el colegio todo lo contrario. Me parecía asqueroso, porque lo había visto hacer a los animales. Me venía a la mente las imágenes de lo que los chiquillos hacían en la calle cuando veían a dos perros “pegados”. Empezaban a pegarles mientras que el perro tiraba para un sitio y la perra para otro. Resultaba patético. A mí me daba mucha lástima. Me contaron, aunque tuve la suerte de no verlo nunca, que un mozalbote en una ocasión cogió una guadaña y, de un golpe en el punto de unión de los perros, los “separó”. La calle se llenó de sangre. Pienso que los animalitos morirían. ¡Cuánto daño nos hizo a los niños de aquella época el silencio y las mentiras de los mayores! Con tal actitud grabaron en nuestras conciencias unos principios y actitudes

macabras, que a muchos dejarían marcados para siempre, generando miedo, angustia e inseguridad. Cómo comprendí esto cuando, al tener todo el tiempo del mundo para leer, me encontré una frase atribuida al filósofo griego Epicteto:

*No hay que tener miedo de la pobreza,
ni del exilio, ni de la cárcel, ni de la muerte,
pero sí hay que tener miedo del miedo.*

Mi madre se salió con la suya. Se puso tan testaruda que ni mi padre ni mis abuelos consiguieron convencerla. Ella había recibido la sugerencia de su señora de que yo podía ser monaguillo del nuevo cura, y así sería por encima de todo, porque a fidel nadie le ganaba. Decía mi abuela que mi madre siempre veía por los ojos de aquella señora. Una tarde mi madre me arregló como si fuera de primera comunión. Me escamondó en el lebrillo con jabón verde y estropajo. Me puso mis ropas menos estropeadas. Me peinó con mimo. Se arregló ella. Se puso su mejor vestido, pero, como era de verano y de manguitas cortas, se colocó encima un chaleco e hizo lo mismo conmigo, por más que mi abuela le dijese que íbamos a sudar más que un caballo de carrera. Lo que pretendía era que tanto ella como yo le causásemos una buena impresión al nuevo cura.

Por el camino hacia la iglesia, mientras yo hacía intentos de quitarme el chaleco diciendo que me picaba mucho, me fue dando instrucciones de cómo me había de comportar, de cómo le tendría que besar la mano al cura y de cómo le tenía que responder a lo que me preguntase. Además, como yo tenía cierta incontinencia en las mucosidades de la nariz, por lo que me reñía con frecuencia, me la fue limpiando una y otra vez hasta llegar a la iglesia. Ya en la puerta, cogió un pañuelo, me lo puso en la nariz y me dijo que largase todo lo que me pudiera quedar. Tenía poca seguridad en que, al besar la mano del cura, no le dejase en ella algún resto inoportuno, pero previsible, de mi nariz. Me dijo que, como llenase de mocos la mano del cura, me iba a dar un revés allí mismo.

Antes de entrar en el patio que daba a la iglesia, se cerró todos los botones del chaleco y luego me puso a mí toda la ropa bien colocada. Además del sofoco que me producía el chaleco, pues ya hacía calor, me fui quejando a mi madre todo el tiempo de que me dolían los pies. Yo no me ponía nunca zapatos. Aquellos me los había comprado mi

padre para la primera comunión. Me estaban chicos y me apretaban los pies más que un pecado mortal, máxime cuando lo que yo utilizaba siempre era unas alpargatas que, además, en el campo me las quitaba y me quedaba descalzo hasta que volvíamos a casa. ¡Qué tormento de zapatos!

Yo iba en lo mío y mi madre en lo suyo. Delante de la puerta principal de la iglesia se abría un amplio jardín. Un extenso pasillo de lozas de Tarifa recorría por el centro del compás hasta llegar a la puerta misma del templo. Yo había entrado muchas veces por allí cuando el cura-director de mi colegio nos llevaba para la catequesis o para la misa del domingo. En la misma puerta de la iglesia, que era enorme, había tres sillas. En la de la izquierda estaba sentado el cura. En la del centro había una tabla de ajedrez. Y en la de la derecha se encontraba un señor con una chaqueta blanca y unas gafas con unos cristales redondos y muy pequeñitos. Estaban distrayéndose con aquel juego. El reloj de la torre dio las siete. Mi madre, llevándome cogido de la mano, avanzó hacia aquella pareja. Llegamos a ellos.

Estaban tan ensimismados con la partida que levantaron la cabeza levemente y volvieron al juego. Mi madre dio las buenas tardes. El cura la miró. Contestó a su saludo y le dijo que esperara un poco. Nos quedamos mirando cómo el cura y el otro señor movían unas fichas del tablero, después de haber pensado un poco. Yo no había visto nunca aquel juego. Años después me enteraría de que se llamaba ajedrez y que consistía en mover las dieciséis piezas blancas y las otras tantas negras de las que disponía cada jugador. Incluso me aprendería sus nombres: el rey, la reina, los alfiles, los caballos, las torres y los peones. Era una pugna entre los dos jugadores para ver quién conseguía darle el jaque-mate al otro.

Los dos seguían abstraídos sin dirigirse palabra alguna. El cura movía una pieza. El hombre de la chaqueta blanca hacía otro tanto. Observé que algo estaba cambiando en los jardines del compás. Se habían arrancado los naranjos y enredaderas que estaban en la parte izquierda. Observé que, junto a un espacio ya vacío de vegetación, había materiales de construcción: ladrillos, cemento, arena, cal y una especie de tejas que llamaban uralita. Intenté soltarme de la mano de mi madre para ver aquel material más de cerca. Me dio tal tirón que se me quitaron las ganas de curiosear. Centré mi atención en el tablero y en los rostros de aquellos dos personajes.

El cura tenía el pelo blanco y muy corto. Se llevaba con frecuencia la mano derecha a la cabeza y la movía pausadamente desde la frente hasta la coronilla redonda que tenía abierta y afeitada en la cabeza. Vestía una sotana negra, pero no tenía puesto el alzacuello blanco que llevan los curas. De vez en cuando se sacaba del bolsillo un pañuelo blanquísimo y perfectamente plegado y se limpiaba el sudor de la frente. Tenía un porte muy respetable. Observé que, en ocasiones, respiraba con alguna dificultad echando aire de los pulmones y abriendo suavemente los labios. Parecía como que soplabla para apagar una vela. Seguía aquel juego tan lento y monótono. Mi madre parecía que estaba firme como un soldado, con la mirada perdida en el tablero o en la puerta de la iglesia, pero no miraba ni a la izquierda ni a la derecha y, por supuesto, en ningún momento me soltó de su mano.

El hombre de la chaqueta blanca tenía cara de estudioso y los ojos un tanto sobresalientes como los de los camaleones. Se me ocurrió que se le habrían salido un poco de las órbitas de tanto estudiar. La chaqueta blanca no tenía cuello. Resultaba aquel hombre de movimientos más pausados que el del cura. No sé por qué pero pensé en aquel momento que el cura era más listo que el hombre de la chaqueta blanca. Había un silencio profundo y prolongado, roto sólo en algún momento por el timbre de una bicicleta, la carrera de unos niños, o por el hombre del helado que pasó por la calle con su grito de siempre:

—¡Al rico helado... el carrito del helado... al rico helado... lo llevo de chocolate... de vainilla... al rico helado!

Ni que decir tiene que el carrito no pasaba por mi barrio ni por equivocación. ¿Quién le iba a comprar? Estábamos todos más secos que la mojama. Sí recuerdo que hacíamos los chiquillos un paripé de helado con agua fresca del pozo y unos palos negros con sabor a menta que llamábamos parazú, o con el polvo amarillo de unos sobrecitos que se vendía como chuchería. ¡Cuántas pequeñeces nos sacaban en aquellos años del aburrimiento de la vida!

De pronto la voz del cura, dando un golpe en el tablero con una de aquellas figuras, me asustó.

—Jaque-mate, doctor.

El cura reía. El hombre de la chaqueta blanca puso cara de circunstancias.

—Bueno, padre Ángel, ya me tomaré la revancha mañana.

El cura se dirigió a mi madre y le preguntó, mientras me miraba a mí de soslayo, qué era lo que deseaba.

–Padre Ángel, me manda la señora del señorito don Salvador. Yo estoy sirviendo en su casa y me ha dicho que iba a hablar con usted para ver si me podía tener aquí de monaguillo a mi Pablito... Quiero que sea un hombre de bien y seguro que usted le podrá ayudar mucho a serlo.

–Sí, efectivamente doña Concha ha hablado conmigo después de la misa de esta mañana. Me ha dicho que constituyen ustedes una buena familia y que el niño ha dejado de ir hace algún tiempo al colegio del padre Francisco, y que ahora está yendo con su marido a ayudarle en el campo...

Noté cómo, al pronunciar el nombre del padre Francisco, el cura y el hombre de la chaqueta blanca se miraron.

–Me parece bien, que deje de ir al campo... es muy pequeño para ello. Ahora lo que necesita es instrucción y buenos consejos. No volverá al colegio de don Francisco, pero sí irá al de los Hermanitos. Allí aprenderá mucho. Yo me encargaré de que lo admitan e iré siguiendo su trayectoria escolar. Así que, cuando comience el nuevo curso, el niño irá al nuevo colegio y, desde hoy, puede venir por las tardes para el rosario, y los domingos para las dos misas, la de nueve de la mañana y la de doce. Ya me ayudará en lo que yo necesite de él. Me viene bien, porque hasta el momento sólo cuento con otro monaguillo que ha comenzado hace tan sólo dos días.

Mi madre asintió a todo. Me empujó suavemente por la espalda para que me acercara al cura. Este extendió su mano. Yo se la besé. Luego mi madre realizó otro tanto. A continuación, hice además de besar la mano al hombre de la chaqueta blanca. Este sonrió.

–No, hijo, no. La mano sólo se les besa al sacerdote y a las señoras de alcurnia.

Me sentí azorado. No era tan niño como para no darme cuenta de que había hecho el ridículo. Por otra parte, capté que, al decir sacerdote, se refería al cura, aunque yo aquella palabra la había oído pocas veces... pero de lo de alcurnia no tenía ni idea de a qué se podía referir. Si digo la verdad, y no sé por qué extrañas razones, pensé que me había querido decir el hombre de la chaqueta blanca que la mano se les besaba a las mujeres gruesas, pero, bueno, aquello no tenía

ningún sentido. De pronto, me llevé una gran sorpresa. Apareció en el umbral de la puerta de entrada a la iglesia... mi amigo el Lápida. Los dos nos miramos. Sin saber por qué, observé cómo ambos enrojecimos.

-Padre, es la hora del rosario -dijo el Lápida y se volvió para dentro de la iglesia. Mi madre le dio las gracias al padre Ángel. Comenzamos a caminar por el amplio pasillo del compás que iba a la calle. Aún me dio tiempo de escuchar al hombre de la chaqueta blanca.

-Pero, padre Ángel, ¿cómo ha acogido usted como monaguillo al nieto del marmolista? ¿No sabe, usted, que su padre fue uno de los principales escopeteros rojos cuando se produjo el Glorioso Movimiento Nacional y que su madre se volvió loca y se tiró a la mar, ahogándose en ella?

-Doctor Echevarría, esas cosas hay que ir olvidándolas.

Yo pude escuchar nada más. Al llegar a la puerta miré hacia atrás. Vi que ambos, el sacerdote y el médico de la chaqueta blanca, seguían hablando. Las palabras escuchadas se me quedaron impresas en la mente. Fueron como picotazos de avispas. Mi madre se quitó el chaleco. Me lo quitó a mí. Se colocó los dos bien doblados en el brazo. Observó que yo estaba un poco triste. Me animó, creyendo que mi tristeza provenía de tener que hacer de monaguillo en aquella iglesia. Me dijo que no me preocupara, que el padre Ángel tenía fama de ser muy bueno, que me iba a meter en el mejor colegio de la ciudad y que, además, su señora doña Concha se iba a poner muy contenta cuando se enterase de todo.

Yo iba escuchando la voz de mi madre, pero mi mente estaba bien lejos. Tendría que hablar con el Lápida para aclarar lo que había oído decir al hombre de la chaqueta blanca. Aquella noche fue otra más de las que me costaba conciliar el sueño. Me movía constantemente en la cama. Sentía calor. Mi madre se acercaba a mí con la luz de la habitación apagada, ya que la luz de la luna entraba por entre los barrotes del cerro de la habitación que daba a la calle. Me tocaba la frente. Me ponía bien el embozo de las sábanas y volvía sin hacer ruido a su cama. Me quedé dormido escuchando el cricrí monótono del canto de los grillos. Me parecía un sonido acogedor y lleno de misterio. Con el correr de los años, sabría que aquel sonido no era sino una especie de danza precoital que realizaban los machos con sus alas y patas para atraer a las hembras.

Al día siguiente ya fui a la parroquia, pero lo hice para estar allí a la hora del rosario, que se rezaba a las siete y media de la tarde. Me pareció la iglesia mucho más grande, porque había en el templo poca gente, tan sólo unas cuantas mujeres, el sacristán y el Lápida. En la capilla lateral, en la que colgaba la cuerda con la que se tocaba la campana, había acumulada toda una serie de reclinatorios. Los había lujosos y más sencillos. Algunos, incluso, tenían grabado el nombre de su propietaria. Las señoras nos daban una perra chica por llevárselo al sitio de la iglesia que deseaban, aunque había algunas que, por no soltar nada, preferían transportarlo ellas mismas, incluso arrastrándolo por el suelo, ante cuyos ruidos se escuchaban los gritos coléricos del padre Ángel. Este, durante el rezo del rosario, solía estar en el confesionario, que estaba situado en una de las capillas laterales de la derecha de la iglesia, lindando con la bella capilla de Nuestra Señora del Rosario. Esta capilla era la que más miedo me daba cuando pasaba por ella, porque me habían dicho que debajo de ella estaban enterrados los gobernadores que mucho tiempo atrás lo habían sido de la ciudad.

Una señora se estaba confesando. Vestía toda de negro. Sobre la cabeza un amplio velo, también negro, adherido a la cabellera con unos alfileres de mucho postín, y en las manos, que se las cubría con unos guantes calados, llevaba un libro y un rosario muy largo. Yo esperé. Se levantó la señora. Se hacía cruces en la frente mientras se dirigía a su reclinatorio. Escuché el ruido que generaba el rosario al roce con las pulseras que llevaba en las muñecas de las manos. Miré. Ya no había nadie más para confesar. Como me había indicado mi madre, me acerqué y le besé la mano al padre Ángel. Me dijo que me presentase al sacristán y que ya él me iría dando instrucciones. Me dirigí a la sacristía. Del interior de esta salió una voz destemplada. Interpreté que se dirigía a mí. Era la voz del sacristán.

- ¡Jesús! ¡Qué barbaridad! Pero, niño, ¿no sabes que, al pasar por el sagrario, hay que hacer genuflexión?

Miré hacia detrás por si se estuviera refiriendo a otro. No me había equivocado en mi apreciación, efectivamente se dirigía a mí. Hice un ademán ridículo de doblar la rodilla derecha, pero sin llegar al suelo con ella, mientras me persignaba con precipitación.

-Ufffff, vaya monaguillos que me está enviando el padre Ángel. Ven para acá. Mira, la genuflexión se hace así –la realizó él con no poca dificultad–; y no tienes que persignarte. Eso lo has de hacer en la pila de agua bendita, mojando en ella el dedo corazón y haciéndote una cruz en la frente. Mientras lo haces, debes decir: “Por esta agua bendita, el Señor me proteja y me perdone mis pecados veniales, librándome del fuego eterno del infierno”.

Yo intentaba retener cuanto estaba viendo y oyendo. Ya lo aprendería. Mientras el sacristán me daba esta lección, miré de soslayo al Lápida. Este sonreía pícaramente. Llevaba pocos días allí, pero ya se sentía con el derecho de antigüedad sobre mí. En aquel entonces, y todavía hoy, no sabría precisar la edad que tenía aquel hombre. Como el padre Ángel, tenía el pelo de la cabeza blanco y cortado al cepillo. Llevaba en los actos de culto una sotana negra, estrecha, un tanto arrugada y con alguna que otra mancha de cera. Sobre la sotana vestía una especie de camisa blanca con encajes en forma de cruz en la parte delantera y en la trasera. Las mangas eran muy largas, de manera que, cuando las llevaba sueltas, parecían las alas de un pájaro en movimiento. Sí me llamó la atención que aquel hombre hacía un ruido extraño con el aire que salía por la nariz, como si él le ayudase a salir de los pulmones explotando. Pronto me daría cuenta de que aquel ruido era la señal para saber dónde se encontraba, puesto que, al andar, no se oía nada del ruido de los pies, ya que siempre calzaba unas alpargatas negras.

El personal de la iglesia estaba constituido por el padre Ángel, el sacristán, los dos monacillos, que era como nos llamaba el cura, un sochantre, un organista y un hombre que llevaba en los entierros y en las procesiones un artefacto que le decían la manguera. Tenía esta una forma circular y estaba atravesado por un palo largo. La parte inferior servía para que la cogiese con las dos manos el hombre que la portaba. En la parte superior llevaba una cruz. La manguera estaba cubierta por una tela de diversos colores, según las circunstancias; blanca, para la procesión eucarística y las de gloria, así como para los entierros de

párvulos; y negra, para los demás entierros. Diría que, entre otras, todos aquellos hombres tenían unas características comunes: el hambre y la miseria, así como el perfil de personas fracasadas en la vida, que tiraban hacia adelante con la ayuda de los cuartitos de manzanilla que se bebían en cuanto disponían de algunas perrillas por el arancel que les correspondía.

Mi abuela estaba en todo y no le había gustado lo más mínimo que yo estuviese allí, no sólo por ancestrales convicciones anticlericales, sino también porque decía que aquella gente me iba a transmitir una enfermedad. Aquel era el lamentable aspecto de aquellas personas. Incluso oí decir que el único que estaba casado y tenía hijas era el sacristán. Se decía que la mujer había muerto tísica y que toda la familia padecía de aquella dolencia. Mi abuela me recordaba constantemente que no tocase nada de aquellas personas, que me alejase de ellos cuando estuviesen tosiendo y que, por supuesto, que no bebiese en la sacristía ni una gota de agua.

Llegó el momento del rezo del rosario. Acababan de dar las siete y media. El sacristán ordenó al Lápida que fuese a dar el tercer toque; y a mí, que acompañase a mi compañero para ir aprendiendo cómo se hacía. El sacristán salió de la sacristía de manera solemne. Se dirigió a una mesa pequeña en la que había un crucifijo y una vela a cada lado de la imagen. Sacó una caja de cerillos. Tomó uno. Encendió las velas. Junto a la mesa había un sillón redondo. El sacristán, después de hacer un par de veces su típico sonido con la nariz, comenzó el rezo del rosario. Tras haber dado el toque, habíamos vuelto junto al sacristán, sentándonos en dos sillas cerca de él, pero por el camino el Lápida y yo íbamos dándonos golpes como si estuviésemos boxeando. Difícilmente nos podían ver, porque nos trasladábamos por las capillas laterales y porque el número de mujeres que había en el rosario era reducido y todas estaban cargadas de años, sumando a todo ello la poca luz que había en el interior del templo.

Pronto me acostumbraría a aquel ritual monótono. El sacristán seguía el rezo con voz grave y precipitada, rapidez con la que, casi con susurros contestaban las mujeres. En aquellas paredes húmedas e impregnadas de soledad, iban vibrando las palabras del sacristán. ¡Qué contraste entre lo que estaba viendo y lo que pasaba en la calle! Eran dos mundos completamente antitéticos. Mucho reumatismo físico y mental en el templo y mucho ruido en las calles.

Terminó el rezo del rosario. El sacristán volvió a la sacristía. Nos ordenó que llevásemos los reclinatorios a su sitio y que, posteriormente, procediésemos a cerrar las puertas de la iglesia. Algunas señoras esperaban que nosotros llevásemos el reclinatorio a su sitio para dejarle echada la llave, asegurándose con ello que sólo ella lo podría utilizar. Las luces las apagaba siempre el sacristán. Salimos por una galería oscura y tétrica donde se encontraban el archivo y el despacho del padre Ángel. Nosotros esperábamos sentados en un banco que estaba en la antesala que daba a donde vivía el sacristán y sus hijas. Allí aguardábamos todos en silencio. Cuando se marchaba el padre Ángel en dirección a su casa, nos poníamos de pie a su paso. Ya estábamos libres. Por el tiempo del año que era, aún había mucha luz solar, así que nos dispusimos a recoger al Pajarito para ir a jugar y charlar por los caminos y veredas que llevaban a la playa.

Cuando íbamos hacia la casa del Pajarito, el Lápida me preguntó que cómo había sido que mi madre me metiese a monaguillo. Le informé de que así se lo había pedido su señora y ella no quería defraudarla en manera alguna, a pesar de que en mi casa todos se oponían a ello. El padre Ángel le había prometido que me iba a meter en el colegio de los Hermanitos. Me contó el Lápida que su abuelo tampoco había visto con buenos ojos que él hiciese de monaguillo, pero que no le había parecido prudente decirle al cura que no, cuando se lo propuso a través del sacristán, que era amigo de mi abuelo. La razón estaba en que el cura mandaba en el cementerio y su abuelo era el que venía haciendo las lápidas para aquel lugar. Prefirió tragar y decir que sí.

Recogimos al Pajarito. Este le había dicho a su abuelo que nosotros, sus mejores amigos, estábamos de monaguillos, y que él quería estar con nosotros también. El abuelo le dijo rotundamente que no. Para evitar dudas, le había dado un sonoro guantazo. El tema había quedado zanjado.

Salimos hacia la playa por uno de los muchos callejones que, desde la ciudad, llegaban a ella. En la calle que estaba más cerca de la playa nos encontramos con un aguador vendiendo agua. El niño que iba con él era amigo nuestro. ¡Cómo rememoro aquella estampa tan familiar en mis años de infancia! Recuerdo, como si lo estuviese viendo, que el carro se encontraba parado en la puerta de una casa. Estaba constituido por una especie de cuadrado de cuatro maderas en cuyo centro había una especie de bota muy grande, llena de agua. El

cuadrado tenía dos ruedas que eran tiradas por un burro feo y famélico. El padre de nuestro amigo, vestido con pantalón de un blanco diluido y con una camisa también blanca con las mangas arremangadas, iba llenando uno de los cuatro cubos de cinc que, una vez lleno, nuestro amigo conducía de dos en dos al interior de la casa en la que lo vendía. Nos hizo reír; ante la mirada hosca de nuestro amigo, que en la parte posterior de la bota, que era de lata, y en círculo muy mal hecho, estaban pintadas las letras S.P (Servicio Público). ¡Qué cosas!

Llegamos a la playa. Fuimos hasta Bajo de Guía. Relucía en esplendor la luminosidad de la tarde. Nos quedamos mirando a un marinero que, con una boina encasquetada, conducía un carro desde una lancha. El agua cubría las patas del mulo y las ruedas del carro. Parecía que aquel animal, un poco asustado, no iba a llegar a la orilla, pero llegó. Frente a la mar, había varias tascas, donde los marineros tomaban sus cuartos de manzanilla, “zafaban” por la faena del día y jugaban a las cartas, mientras que sus mujeres, mal vestidas y algunas bastante desgreñadas, venían a por ellos, a los que se llevaban a su casa no sin poco esfuerzo. Las mujeres nunca entraban en las tascas.

Desde las puertas, y a grito mondo y lirondo, conseguían que sus maridos, no sin hacerse esperar un tanto, saliesen de allí. Algunas, más complacientes, se tomaban en la puerta de la tasca un vasito, que el marido les había acercado, mientras acabada la partidita de cartas. A algunas de aquellas mujeres se guardaban el vaso entre el delantal y daban un trago cuando tenían certeza de que nadie las veía. ¡Qué ingenuas! Sólo se enteraban dos por lo menos: la que la hubiese visto y todo aquel Pago. A medida que los cuartos de manzanilla iban haciendo efecto, los cantes que salían de aquellas tabernas se iban mezclando unos con otros. La cantidad de manzanilla consumida hacía que algunas letras fuesen del todo ininteligibles.

Ya se había celebrado horas antes la lota del pescado a la orilla misma de la mar, en plena arena. Nos encontramos con varios hombres, e incluso con alguna mujer, que salían en dirección al pueblo con dos grandes canastos de pescado, uno en cada uno de los brazos, para vender la mercancía pregonando por las calles. El Lápida, el más atrevido de nosotros, intentó coger de una de las canastas que llevaba un hombre, algún pescado... la verdad es que lo hacía por travesura, porque, si hubiese aparecido en su casa con aquel trofeo, el abuelo lo habría aviado a guantazos. El hombre caminaba sonriente con sus dos

canastas, haciendo caso omiso de lo que pesarían, que debía de ser bastante por lo cargadas que iban. Para colmo, aquel día no iba descalzo, sino que calzaba unas botas que algún señorito de los que se reían de él haciéndolo cantar, y mira que no lo hacía nada mal, pero tartamudeaba un poco, le habría regalado, porque no le pegaba en absoluto con la ropa que llevaba puesta y para más inri llevaba el pantalón arremangado hasta media pierna.

Sin pensárselo dos veces, el Lápida nos miró. Entendimos en su mirada lo que estaba fraguando, así que nos fuimos distanciando de él y metiéndonos hacia la playa. Desde la orilla presenciábamos la esperpéntica escena. El Lápida se acercó suavemente, mirando para todas partes, menos para la canasta. Cuando la tuvo al alcance de la mano, cogió un pescado y salió corriendo. El hombre de los canastos actuó como movido por un resorte mecánico. Los soltó en el suelo. Salió corriendo tras el Lápida, haciendo unos escorzos con aquellas botas que, además, les debían de quedar grandes. Todos reían. Al Lápida no había quien lo cogiera. Se escurría como una anguila. El hombre de los canastos soltó la palabra mágica.

—¡Lápida, “marnazío”, ya te trincaré... ya iré a ver a tu abuelo! El grito de aquel hombre surtió un efecto súbito. El Lápida tiró el pescado a la arena seca. Corrió velozmente hacia la orilla. El hombre de los canastos recogió el pescado, largando por aquella boquita toda clase de improperios, no dejando exentos de ellos a los pobres padres del Lápida. Nos vio en la distancia. Se acercó a nosotros. Jadeaba como un perrillo tras correr una y otra vez tras las gaviotas que se paraban en la orilla de la mar. Los tres nos echamos los brazos encima riendo a carcajadas. Nos fuimos distanciando de aquel lugar... en evitación de que el hombre de las canastas nos pudiese identificar y relacionar con aquello. En lo que a mí respecta, si se hubieran enterado mis padres, habría tenido función aleccionadora y de las gordas, teoría y práctica incluidas.

Paseamos por la playa. Nos metimos en un fortín, simulando que jugábamos a derribar barcos imaginarios que pretendían asaltar la ciudad. Nos revolcamos por las montañitas de arena que había por algunas zonas de la playa. Lo pasamos fenomenal. Entre nosotros existía una verdadera amistad. Nos entendíamos a la perfección.

Comenzó, casi sin darnos cuenta, a atardecer. ¡Cómo echaría de menos en el resto de mi agitada vida aquellos atardeceres! Nos sentamos en lo alto de un médano. Los tres, en silencio, contemplába-

mos, desde aquella duna, el espectáculo que se repetía cada día. Observábamos cómo el sol se hacía cada vez más pequeño, más redondo, más rojo. Nos parecía que la mar, en la distancia, se lo estaba tragando, para arroparlo en sus entrañas en una cuna de algas y corales. Los reflejos de aquellas últimas luces solares sobre las aguas de la mar se teñían de los más variopintos colores e imágenes fantásticas.

A mí me parecía que el tiempo le había clavado un rejón al sol. De él iba brotando una fuente inagotable de luz roja que, poco a poco, con un ritmo muy lento, se iba mezclando y diluyendo susurrantemente hasta la última gota de las aguas de la mar. ¡Qué misterio! ¡Qué tonalidad de los más variopintos colores! Sobre las aguas se reflejaba la sombra opaca y melancólica de las barcas y de algún barquichuelo de pesca que flotaba, con movimientos rítmicos, sobre la mar. Alguna gaviota hacía sus últimas piraguas del día. Me imaginaba, en ocasiones, que la mar, con la entraba del sol en ella, se ponía a hervir, generando burbujas como manzanas flotantes.

En aquella inmensidad desierta quedarían absortas las pupilas de los ojos de mi infancia, a la que, cuando los pálpitos de mi vida se tornaron tristes y ácidos, pretendería volver para encontrarme con el paraíso agridulce de aquellos años. Sería en aquellos momentos en los que subrayaría aspectos, a los que de niño jamás le había dado importancia alguna y que, posteriormente, tanta esencialidad tendría en mi vida de joven y de adulto, como los rezones que impedían que las barcas se adentrasen en la libertad inmensa de la mar; las cadenas que ataban los barcos, los peces muertos en la orilla de la mar; vida y muerte hermanadas bajo aquel cielo inalcanzable y misterioso. ¡Cuántas voces de una misma brisa! ¡Cuánta sangre, líquida o coagulada por la pena y el hastío, derramada en la historia de la humanidad! ¡Cuánto vacío desde el primer sollozo hasta la última lágrima de hielo!

Oscureció. Nos dispusimos a volver a nuestras casas por el Callejón del Cabo Noval. Era un callejón estrecho y polvoriento, que se extendía desde la playa hasta el pueblo rodeado de eucaliptos y de gran cantidad de navazos. En estos se levantaban chozas y modestas casas de los navaceros. Todo aquel terreno estaba aprovechado para la siembra de productos hortícolas. Antes de adentrarnos por el callejón, nos quitamos las alpargatas, sacudimos la arena que había acumulada en ellas, nos limpiamos los pies en un grifo que había en el pico de un castillito. Decía la gente que aquel castillito era de un militar muy

huraño que poca gente había visto por allí. Incluso se decía que lo había construido hacía tiempo de manera que con su barquito pudiese llegar directamente hasta los sótanos de aquel pintoresco castillo.

Entre los navazos se veía una red de veredas que comunicaba a unos con otros. Algunos se dirigían hasta el mismo pueblo. A la izquierda, en dirección a las primeras casas, se encontraba la Hijueta del Tío Perdigón. Nosotros pasamos por el de la derecha, que se llamaba el Callejón de las Lías, que iba a salir a la Calle de la Mar. Ya cerca del pueblo, pero rodeada de navazos y cerros, estos con muchos matorrales silvestres, había una casa grande, de una sola planta y de buena presencia. El Pajarito nos dijo que a aquella casa le decían “El Maci”, una casa de mujeres malas. Nos explicó, con pelos y señales, qué era lo que allí se ejercía. Pasamos por delante de ella. Nos paramos a curiosear. Una tenue luz rojiza se veía en su interior. De pronto se entreabrió una ventana. Apenas observamos la cara de la Fructu que, al vernos a los tres mirando desde la semioscuridad ya reinante, comenzó a gritar.

– ¡¡Niños, que aquí no se os ha perdido nada. Anda, anda. Aire!!

Los tres salimos corriendo de aquel lugar. Cuando llegué a mi casa mi padre y mis hermanas estaban ya cenando. Mi madre me dijo que había que llegar antes, porque sabía que el rosario terminaba a las ocho. Le conté que había ido a dar un paseo por Bajo de Guía con mis amigos. Para dar más veracidad a mis palabras le referí que, a la vuelta, había visto a la Fructu en la ventana de una casa. Mi madre me expresó que no quería enterarse de que pasase por allí, porque no era sitio para gente decente. Mi padre levantó la cabeza. Observé en sus ojos una mirada triste y profunda. Me miró, no obstante, con ternura. Pensé que sería porque debía estar agotado.

Uno de los tantos días de rezos monótonos y cansinos del rosario, nos encontrábamos, el Lápida y yo, en el banquito de siempre, esperando a que don Ángel terminase su trabajo en el archivo. Era el tiempo que dedicaba a escribir en aquellos libros tan gordos y grandes en los que asentaba los bautizos, las bodas y los fallecimientos. Lo hacía siempre personalmente. Tenía una letra muy clara y fina, aunque, a la verdad, a mí, acostumbrado a los cuadernos y a la enciclopedia de la Escuela de los Hermanitos, me costaba mucho trabajo entender la letrita del padre Ángel. Reinaba tanto silencio como aburrimiento. El sacristán entraba y salía con reiteración a sus modestas habitaciones. De ellas, emergía olor a humedad y a algo así como leche agria. Llegaron varias personas. Me parece recordar que eran unas cuatro o cinco. El sacristán les preguntó qué deseaban, mientras lanzaba al aire sus dos toques de aire de las dos chimeneas, al parecer siempre obstruidas, de sus fosas nasales, y se limpiaba sin reparos la nariz con un pañuelo que, si algún día pudo haber sido de color blanco, desde luego distaba mucho de serlo ya.

–Venimos a tomar de dicho a los niños, –respondió una mujer un tanto sucia y desgredada, vestida de negro y calzando unas alpargatas del mismo color, pero colocadas sueltas como si se trataran de unas chanclas. Le miré las piernas y observé que las tenía hinchadas.

–Señora, aquí el único que toma de dicho es el párroco, –respondió el sacristán precipitadamente como si fuese a faltarle el aliento.

–Pues eso he dicho, so mala “asaura”.

–¡Más respeto, señora... que los pongo de patitas en la mismísima calle! –vociferó el sacristán.

–Uffff, mira este... ni que fuera el Conde Bustillo... tiene más cuento que qué, –refunfuñó aquella mujer.

Escuchamos un golpe en la mesa y un desagradable ruido de las patas del sillón al ser movido precipitadamente. El padre Ángel salió del archivo.

-Pero, ¿se puede saber qué escándalo es este?

-Esta gentuza, que no sabe presentarse en los sitios decentes, -replicó el sacristán.

-Usted se calla, como es su obligación, -gritó don Ángel. Pasen, pasen, ustedes.

Entraron aquellas personas en el archivo. Fuera de este imperaba el silencio, sólo roto por el ruido de las alpargatas del sacristán que, con su refunfuño, entraba y salía de sus habitaciones. Miré al Lápida. Me sentía mal. Aquellos gritos, la casi oscuridad de aquel sitio y el mal olor me removían el estómago. Del archivo se oía tan sólo la voz de don Ángel, no clara, sino como el revoloteo de las avispas o de las abejas. De pronto, un nuevo susto. Don Ángel gritó desafortadamente.

-Bendito sea Dios... ¡ea!... como los animales... aquí te cojo y aquí te pillo... y, además, menores de edad... ¿pero, señora, qué educación le ha dado usted a su hija? Porque la culpa de que esto suceda es de las mujeres, nunca de los hombres. La mujer fue la culpable del pecado de Adán y sigue siéndolo del de otros pobres imbéciles.

-Padre, una servidora demasiado tiene con llevar un cacho de pan a la boca de mis ocho hijos... Estoy hartita de pedir y de lavar ropa "cagá"... ¿sabe, usted? Yo le dije a esta "palanduzca" de mi hija que no se dejara meter... ¿usted me entiende?...

-¡Señora, tenga, usted, más vergüenza!... Está hablando con un sagrado ministro del Señor, -gritó el padre Ángel.

-Perdóneme, padre, ¿qué puede hacer una servidora? ¿La iba a dejar que se me tire a la calle o que se me vaya al Maci? Además, el muchacho es bueno... y la quiere... pero no me ha echado cuenta... yo le dije que la puntita nada más... y luego para fuera... pero, ¡zás!... no me han echado ni mijita de cuenta...

-¡Señora, cáyese, usted, de una vez!... ¡¡Lo hecho, hecho está... !! Tenga usted más cuidadito con las hijas que le quedan.

Sonó la campanita de la mesa del archivo. El sacristán corrió hasta la puerta.

-Mande, padre.

-¡No lo he llamado a usted! Diga a un monacillo que venga.

El sacristán se acercó a nosotros. Me cogió con la mano por el hombro y me dirigió a la puerta del archivo. El padre Ángel me dijo que fuese a su casa, pues vivía frente a la iglesia, y le trajese pronto un vaso de agua. El sacristán, que lo había oído, se acercó antes de irme, y le preguntó al cura si se lo traía de la suya. El cura le gritó que ya había dicho de dónde se la tenía que traer el monacillo. Salí. Fui a su casa. Tiré varias veces de la cadena de la campana de la puerta. Escuché un “ya va”, “ya va”, desde arriba de la escalera que ascendía casi desde la entrada. Bajó una señora toda vestida de negro. Era alta. Muy delgada. Tenía en el pelo amplios mechones blancos. Abrió la puerta. Informada de lo que deseaba su hermano, me entregó una bandeja de plata, o eso me pareció a mí de como brillaba, con una jarra pequeña de agua, un vaso cubierto por un pañito de encajes y una servilletita.

–Ten mucho cuidado. No lo vayas a caer. Di a mi hermano que no se entretenga mucho hablando con el doctor, que se venga pronto porque no le conviene el relente de la noche.

Pedí permiso. Entré en el archivo. Le entregué la bandeja al padre Ángel. Ya no estaban los de los dichos. Quien se encontraba allí era el doctor de aquel nombre vasco, creo que era Echevarría. No me atreví a decir al padre las palabras de su hermana. Temí que la reprimenda me tocara en esta ocasión a mí. Salí sin decir palabra y me senté junto al Lápida, que me dio un codazo mientras sonreía. El sacristán se dio cuenta.

–Aquí ni mu, ¿eh?, –reprendió el sacristán.

Así que a escuchar tocaba, por cuanto que la distancia del banco aquel en el que estábamos sentados, en relación con el archivo, era poca. Además, el padre Ángel jamás cerraba la puerta, hablase con quien hablase o de lo que hablase. Decía el sacristán que, para el padre Ángel, cerrar la puerta era una falta contra el pudor y, además, se evitaba así habladurías en un pueblo que tenía la lengua demasiado larga. La medida posibilitaba que me fuese enterando de mucha información que, con el paso del tiempo, enriquecería mis conocimientos, por cuanto que habían sido de primera mano. Así aconteció aquella tarde noche y otras que vendrían posteriormente.

El padre Ángel le había requerido al doctor Echevarría que le informase de lo que había acontecido durante la guerra civil en la ciudad. Cuando esta se produjo, el padre Ángel se encontraba en otro pueblo, en Alcalá del Río, a donde fue destinado desde Aznalcázar.

Prefería tener esta conversación en el archivo y no cuando jugaban a diario al ajedrez, porque la atención a este juego distraería inadecuadamente a ambos de aquel asunto. Y él quería tener certera información, aun consciente de que el doctor tendría, sin la menor duda, una perspectiva de aquellos hechos desde una sola ladera de la realidad.

Ya el padre Ángel había mantenido conversaciones similares con algunos de los feligreses de la iglesia, casi todos cosecheros, almacenistas y comerciantes de la industria del vino. Las informaciones, con algunos pequeños cambios de matices, habían sido coincidentes. Pero aquellas conversaciones habían tenido carácter formal y lleno de tópicos. Que la situación política y social de la ciudad con el gobierno del Frente Popular era insostenible, que el caos laboral estaba sistemáticamente implantado, que la violencia rebrotaba por cualquier rincón, que había que poner orden y dar algún que otro escarmiento. Unos opinaron que se habían pasado de mano dura contra los derrotados en la ciudad; y otros afirmaban que la “limpia” debió de haber sido más drástica. Algo sí había detectado el padre Ángel. Del asunto, y privadamente, se podía hablar con los mencionados interlocutores, pero con las clases populares, nada de nada. No se fiaban. Se habían quedado sin voz, o les habían privado de ella. Lo cierto era que habían enmudecido. Ni tan siquiera se mencionaba nada que hubiera tenido algún tipo de relación con aquel asunto, denominado por muchos como “aquello”.

–Aquí, padre Ángel, los enfrentamientos bélicos duraron unos escasos días.

–En Alcalá del Río duró algo más –contestó el cura.

–Días antes del glorioso alzamiento, el ambiente en la ciudad parecía normal, con el aburrimento y los problemas de siempre; pero, no éramos pocos los que intuíamos, ya a mediados de junio, que algo estaba fraguando la gente de izquierda. La cosa llegó a tal convencimiento que el cura de La O, gran amigo de mi familia, le envió un informe a su Eminencia el cardenal arzobispo de Sevilla sobre lo que se rumoreaba en la ciudad.

–Si se rumoreaba... lo conocería todo el mundo, porque ya sabemos que el rumor, sea verdadero o falso, la gente lo divulga como se desparrama el aceite cuando se derrama. ¿De qué rumores se trataba?

–Nada bueno para la gente de bien.

–Gente de bien la hubo en los dos bandos –afirmó el padre Ángel.

-¡No diga, usted, eso! Por favor, padre, que hasta a usted lo pueden meter en un lío.

-Doctor, no creo que sea para tanto. Respetarán mi sagrado hábito talar y mi carácter sagrado.

-No esté tan seguro, padre, no esté tan seguro, que aquello ya ha terminado, gracias a Dios, pero nunca se sabe... hay demasiado odio en el ambiente.

-Bueno, no entremos en disquisiciones bizantinas. Vayamos al grano. Dígame cuáles eran tales rumores.

-Mire, los rojos republicanos estaban tramando llegar a lo que ya habían hecho en otras ocasiones.

-Qué.

-Los incendios, siempre los incendios. Creían que quemando se acababa con la gente de bien.

-¿Y qué tramaba la gente de bien?

-¿Qué iban a tramar, don Ángel? Pues encerrarse en sus casas, para vigilarlas y... a decir verdad, librarse de la calle, por lo que les pudiera caer. El poder del Ayuntamiento estaba en manos del Frente Popular. Ya sabe usted cómo se las gastaba.

-¿Y qué incendiaron en esta ocasión?

Yo, sentado en aquel bancucho viejo, negro y carcomido por la polilla, estiraba las orejas para poder escuchar. Aquello me intrigaba. Nunca había oído, ni en mi casa ni en el colegio, hablar de "aquello". En otro banco, igual de vetusto, que me recordaba las cubiertas de las cajas de los muertos, se encontraban sentadas las hijas del sacristán. Las observé mientras escuchaba la conversación que se mantenía en el archivo. Eran dos. Tenían en común la extrema delgadez, la pobreza de sus vestidos, curiosamente negros como la pintura de aquellos bancos, el color amarillento de sus rostros y la tristeza ojeriza de unos ojos negros y profundos como el pozo de brocal de hierro de mi casa.

El sacristán se movía espasmódicamente de sus habitaciones a aquella entradilla y, de esta, retornaba a las mismas. El Lápida se asomaba con frecuencia a la puerta y volvía mirando hacia la entrada al archivo y haciendo un gesto de encogimiento de hombros, con lo que quería expresar que estaba hasta allí de esperar. Una de las hijas del hambre y de la triste figura se levantó. Se adentró en las habitaciones y no volvió a salir.

Fue el momento en el que me fijé en algo que nunca me había llamado la atención. En el centro del banco había un escudo. Me levanté y miré hacia atrás. Era el mismo que había en el mío. Ciertamente que no desentonaba con aquel ambiente tan macabro y desangelado. Me volví a sentar. Miré el escudo del banco donde aún permanecía la otra hija del sacristán. El escudo tenía sólo dos colores: blanco y negro. Parecía una cruz efectuada con cuatro anclas de las que yo veía por Bajo de Guía para aguantar a los barcos. Las cuatro anclas se unían por sus cabezas y la mitad de cada una era blanca y la otra mitad negra. Todo ello estaba rodeado de ocho triángulos, cuatro negros y cuatro blancos. Era curioso, pero, durante todo este proceso, yo seguía escuchando atentamente la conversación del cura y el doctor. Ellos a lo suyo. Yo a lo mío y a lo de ellos.

–Esta vez no se salieron con la suya. El plan quedó sólo en eso, en un proyecto que, gracias a la ayuda de Dios, no se ejecutó.

No escuché la voz del padre Ángel con claridad, pero por la respuesta del médico, deduje lo que aquel le había preguntado.

–Mire, usted. Estaba todo preparado para que unos cuarenta jóvenes de los socialistas, junto con otros elementos que se esperaban de Jerez de la Frontera, en la madrugada del 18 de julio asaltasen y quemasen precisamente esta iglesia en la que estamos.

–¡Santo Dios y su bendita Madre! –escuché exclamar a don Ángel mientras que el sacristán, que también se habría enterado de aquello, tras uno de sus resoplidos, exclamó “Jesús, ¡qué barbaridad!”. Lo repitió tres veces. Se produjo una especie de eco de estas enfáticas palabras, como experimentaría, ya joven, en el Puerto de las Palomas, en una de las etapas más oscuras de mi vida. Las palabras del médico debieron impresionar al padre Ángel, porque aquel siguió con su información.

–No se extrañe, padre. Quizás usted no conozca la ralea de esta gente de aquí. Pocos, pero tagarros. No quedaba ahí la cosa. Para el día siguiente habían preparado la detención de la directiva de la Falange Española, a la que pretendían agredir e insultar a la hora en la que hubiese más gente en la Calle Ancha. Detrás de ello no había sino pretextos, como en el caso de Jerez, para justificar todas aquellas acciones propias de alimañas.

–Bueno, y qué pasó para que no llevasen a efecto tales intervenciones.

-Muy fácil, padre, que para el saqueo e incendio tan sólo aparecieron siete u ocho sujetos. Además, ellos contaban para ejecutar ambas acciones con los munícipes y con la Guardia Civil. Ambos no se prestaron al juego y les dijeron que tururú de la China. Así que, gracias a Dios, aquellos proyectos se quedaron en papel mojado.

De pronto, una de las hermanas del padre Ángel entró de la calle al lugar donde nos encontrábamos. El sacristán nos hizo, levantando la mano, un gesto para que nos pusiésemos los tres de pie. Lo hicimos militarmente. A su paso hacia el archivo, todos a una le dimos las “buenas noches”. Ella no respondió nada. Llevaba cara destemplada y se intuía que tendría que ser una mujer de fuerte carácter como su hermano. Llegó a la puerta del archivo. No pude captar lo que le decía a su hermano, porque el tono de lo que le dijo fue un tono melifluido. Tan sólo comprendí de aquel balbuceo la palabra medicina. Mirando la cara de satisfacción del sacristán, comprendí que la entrada de la hermana del cura conllevaría el final de la conversación de este con el médico.

Así fue. Salió ella precipitadamente, como si le hubiese anunciado alguna desgracia. Tal como a la entrada, tampoco respondió a nuestras “buenas noches”. El sacristán acompañó tales palabras con una reverencial inclinación de cabeza. Tras la hermana del cura, salieron del archivo este y el médico. Caminaban lentamente. Ellos sí respondieron a nuestro saludo. Una vez idos, el sacristán malhumoradamente nos dijo que hasta el día siguiente. Comenzó a apagar las pocas luces que quedaban encendidas en el corredor. Luego dio un portazo, quedándose todo en silencio.

Acompañé al Lápida hasta la puerta donde vivía con su abuelo. Marché para la mía. El reloj de la torre de la iglesia dio diez campanadas. Como si se tratase de un eco, aunque con diferente timbre, oí en la distancia otras tantas campanadas del reloj del ayuntamiento. La oscuridad reinaba por las calles. No sentí miedo. La oscuridad era por aquel entonces mi hábitat natural, como un negro presagio de lo que seguiría siendo para mí durante una buena parte de mi vida. No obstante, la suave brisa que venía de las aguas de la playa y revoloteaba por las calles, como lo hacían los papeles en los días de levante, fue, al sentirla en mi rostro, una dulce sensación. La oscuridad que sí me traía una fatídica sensación era la que reinaba en aquella iglesia cuando la luz solar comenzaba a emigrar del día. Era el momento en el que entre la negrura emergía una corta galería de siluetas de personajes sinietros que portaban en sus rostros una petrificada mirada de desdén.

Mi vida iba transcurriendo entre la escuela, el monaguilleo, la ayuda a mi padre en el campo y los juegos con los amigos. Acababa de cumplir doce años. Otra circunstancia se presentó en mi vida. Lo malo fue que no sólo apareció en la mía, sino también en la de otros amigos y compañeros. Fue una niña de la que muchos llegaríamos a estar enamorados. ¡Cuántas veces la recordé en mi vida! Quedó marcada en mi corazón y en mi mente, en aquel primer enamoramiento, como el prototipo de mujer. Apareció como por encanto y de igual manera desaparecería. Era la niña más guapa que jamás había visto. Tenía una cabellera rubia y lacia que le llegaba a media espalda y que, en ocasiones, asomaba por encima de sus hombros, no sé si para querer abrazarla, o para aproximarse a sus incipientes, pero ya evidentes, pechitos. Sus ojos azules sonreían indolentemente como surgiendo de la placidez de su belleza interior. Su piel era acaramelada y se intuía suave y olorosa. Su silueta, con vestiditos ceñidos a su cuerpo de niña que se asomaba al brocal de la adolescencia, era como una sílfide que iba acariciando con su esencia el lugar por donde pasaba.

Su padre o su madre, pues nunca llegué a saber nada de ellos, debían de ser santeros de una iglesia que se encontraba en la parte superior de la Cuesta de Belén. Delante de aquella iglesia había un patio que se exhibía, lleno de flores sonrientes, a la inmensidad de la mar y al esplendor de los amaneceres y atardeceres junto al bosque de pinos y eucaliptos que asomaban a la otra vera del río-mar. Y delante de aquel patio, una reja artística, pero algo descuidada, cerraba el vano de entrada al mismo. Detrás de la reja aparecía ella, deslumbrante, toda sonrisa insinuante, toda frescor de sal y canela.

La descubrí por azar. La vi por primera vez una mañana que iba un poco tarde para la escuela, porque había tenido que acompañar a mi abuela a la Casa de Empeños. Había subido ya una buena parte de la

Cuesta que llamaban de Belén. Me había distraído mirando el misterio de las piedras de las Covachas, mientras que desde la Plaza salía la algarabía de voces que pregonaban los productos alimenticios que vendían. Su visión me generó una especie de comezón en el estómago, algo así como si en él se estuviese haciendo un puchero y, de pronto, su vaho hubiese comenzado a subir por mi esófago, tan precipitada como espasmódicamente, buscando explotar al aire libre de la mañana.

Comencé a subir, como si fuese a cámara lenta, con la mirada puesta en ella. No, no era una aparición angelical. Era de carne y huesos. Ella me miraba. Sonreía. Temí que se estuviese riendo de mi indisimulada torpeza. Pero allí estaba ella. Y yo cada vez más cerca de la reja. Mis ojos recorrieron azorados todo su cuerpo. Me pareció que ella tan sólo movía los labios como queriendo pronunciar unas palabras que no encontraban su salida más allá de la cúpula bucal. Y yo más cerca. Y ella no se movía. Sonreía. Sólo sonreía. De pronto comencé a tragar saliva. Noté que estaba sonrojando. No me importaba. Yo seguía avanzando. Ella, sonriendo. Cuando me encontraba muy cerca de aquella cancela de hierro frustradora, una voz emergió de uno de los balcones que daban al patio.

—¡Esperanci, sube!

Allí estaba su nombre, Esperanza. No se movió. Yo, tampoco. La voz resonó con más fuerza.

—¡¡Esperancita, que te he dicho que subas!!

Esperanza comenzó a caminar lentamente hacia la puerta que estaba debajo del balcón del que había salido la voz como un caballo que galopaba. Seguía caminando lentamente. Yo la miraba, invadido por la sorpresa. Ella movía, con un giro de cabeza, su cabellera rubia y volvía la mirada hacia mí. Sonreía. Sí, sonreía... hasta que su silueta de jazmín se perdió por la oscuridad de la puerta. Quedé un rato mirando aquellas fauces negras que se habían tragado a aquel ángel sin voz. Cerré los ojos. Veía la oscura puerta apartándola de mí. Los abrí. Miré la fachada de la iglesia. En ella contemplaba aquel hueco negro que la había distanciado de mi mirada.

No comenté nada a mis amigos el Lápida y el Pajarito. Me había entrado en el cuerpo lo que nunca había sentido por ellos: desconfianza y celo. Temía que, al compartir aquel descubrimiento, corriese el peligro de que, de alguna manera, dejase de ser mío, sólo mío. Incluso cometí una de las mayores torpezas de mi vida, distan-

ciarme de ellos; poco a poco, pero ellos notaban cómo yo los eludía. No entendían lo que me estaba pasando. Mil veces me preguntaban si ellos habían hecho o dejado de hacer algo que hubiese motivado mi actitud distante y huidiza. Yo eludía la respuesta verdadera. Tan sólo decía que me encontraba mal. Llegaron a pensar que me estaba poniendo enfermo.

Siempre nos habíamos ido juntos para la escuela, y juntos volvíamos de ella. Ahora, yo buscaba las más variopintas excusas para no subir con ellos a la escuela por donde lo habíamos hecho siempre, por el Carril de San Diego. Más problemas tenía con el Lápida, porque por las tardes estábamos juntos en la iglesia y teníamos que hacer cosas en común. Me miraba con tristeza. Intuía en su mirada que se consideraba culpable de aquel distanciamiento. Incluso llegó a decirme que se iba a ir de la iglesia, que iba a dejar de ser monaguillo. Como pude, le quité las ganas. Era lo único que me faltaba.

Por mi parte, había quedado atado a aquella cuesta, a aquellas rejas y a aquella niña de silueta de viento. Iba una y otra vez. Se repetía, en el mejor de los casos, las mismas circunstancias. Aparecía fugazmente. Me sonreía. Aquella voz hueca de mujer ponía final siempre a nuestra relación de miradas y silencios llamándola, con su grito a destiempo, como si nos estuviera observando.

Un día me atreví a preguntarle si no iba a la escuela. Recuerdo que fue a principios del mes de diciembre. Me dijo que no, porque muy pronto sus padres se marcharían de la ciudad, ya que en ella no se encontraban bien y querían buscarse un mejor futuro aunque fuese lejos de donde habían nacido. Le pregunté si tampoco iba de paseo a la calle. Me contestó que sólo acompañaba a su madre cuando esta tenía que hacer algún recado o alguna compra. De pronto, sonó la fatídica llamada de siempre. Me puse las manos en los oídos. No quería escucharla. Ella sacó la mano por entre las rejas y me acarició el pelo, la cara y deslizó suavemente sus dedos por mis labios. Me quedé petrificado. No supe ni pude reaccionar. Tan sólo le musité que el día dieciocho se celebraba su santo y que le traería un regalo.

Pasaron los días. La vi alguna que otra vez. Pero yo tenía el pensamiento fijo en aquel día dieciocho y en aquella promesa. Llegó el día diecisiete. ¿Qué podía regalarle yo, si no tenía un céntimo? ¿Cómo decírselo a mi madre, si ella tampoco lo tenía? Pensé en mi abuela. Fue ella la que me dio la idea.

-Mira, Pablito, es muy normal que te guste esa niña, pero ella tiene que comprender que somos pobres.

-No, abuela, eso no.

-Pues mira, tengo la solución. Habla con tu amigo, el del Jardín del Pino, y pídele un ramo de flores.

Mi abuela había dado en el clavo. Fui al Pino. Llamé al Bizco. Salió su madre, la Mariquilla. Me dijo que había ido a un mandado, pero que en seguida volvería; que lo esperara. Así fue. Vi venir de allá abajo al Bizco. Le pedí que me diese un ramo de flores. El Bizco se resistía por miedo a su padre. Después de rogarle, asintió, pero con una condición; tenía que decirle para quién era el ramo de flores. Le dije que para la escuela, para ponérsela a la Virgen. No se lo creyó. Insistió en que, si no le decía para quién era, no me lo daría. Me sentí derrotado. Me entregué. Tuve que contarle todo. Accedió el muy tunante a darme el ramo, después de haberse empapado de toda la historia y de haberme prometido que no se lo diría a nadie. Quedamos en que yo, para no levantar sospechas en mi madre, vendría a recogerlo a la mañana siguiente; y en que él, para que su padre no se diese cuenta, me lo daría por el extremo de la parte del jardín que daba a la Calle de Isabel II.

Aquella noche apenas dormí. El corazón me latía con cierta aceleración. Cuando mi madre se acercó a despertarme para ir a la escuela, yo estaba ya despabilado. Me levanté. Me arreglé. Me tomé un tazón de leche con un trozo de pan negro con aceite y azúcar. Cogí las cosas de la escuela. Me acerqué a la cómoda para tomar un pañuelo... y sorpresa de la vida... vi junto a los pañuelos una pastillita de jabón sin usar, de las que mi madre utilizaba para ella y para mis hermanas. Miré a un lado y a otro. No había nadie. Me hice con la pastilla de jabón y me la guardé en el bolsillo del pantalón. Dije adiós y salí de la casa como un endemoniado. Me dirigí aprisa al jardín. En un rincón me esperaba el Bizco. Tenía un ramo de margaritas en las manos. Eran más feas y chuchurridas que la Cuca. Le dije que aquellas margaritas eran una porquería y que se las metiera a su madre por donde le entrasen y salí corriendo.

Me dirigí presuroso hacia la Cuesta de Belén. No pasé por la Calle Alcoba ni Fariñas, no fuese que me encontrara con el Lápida o el Pajarito, o con algún otro chivato que les dijese que yo había pasado hacia la Plaza. Cogí por la Calle Bolsa. Crucé la Plaza del Cabildo. Atravesé la Plaza de San Roque y me adentré por Bretones hacia la

Cuesta de Belén. Cuando giré la cuesta hacia la derecha a la altura de las Covachas, miré ilusionado hacia las rejas del patio de la iglesia. Me quedé de piedra. Delante de las rejas, y mirando hacia el patio, había cinco o seis alumnos de mi escuela. A medida que me iba acercando crecía en mí el ataque de ira. Cuando estaba cerca de la cancela, vi la mirada sonriente de Esperancita. Sonreía... a todos ellos. Aquello no podía ser. Los últimos metros los subí corriendo. Llegué casi asfixiado.

Mi ira llegó a su límite cuando vi que todos llevaban en la mano un regalo envuelto con papel del bueno. Eran niños de la buena sociedad de familias adineradas que los enviaban a la misma escuela a la que iba yo, dado el prestigio del que gozaban los Hermanitos. Me abalancé sobre ellos. Como yo había visto en algunas películas del cine infantil de los domingos a mediodía, me lié a dar golpes y patadas a diestro y siniestro. Ellos recibieron algunos de mis golpes porque se vieron sorprendidos, pero, cuando reaccionaron, me agarraron entre varios, mientras que los demás me daban golpes, guantazos y hasta algún que otro correazo. Noté que me habían hecho la mosqueta.

Dos voces se cruzaron en la Cuesta de Belén. La de Esperancita que gritaba “pero qué hacéis... qué hacéis... dejadlo ya.... dejadlo ya, que lo vais a matar”; y la de unos chavales que corrían cuesta arriba. Llegaron y se liaron a dar golpes a diestra y a siniestra a aquellos niños bien. Estos salieron pronto corriendo en precipitada huída de aquel lugar. Yo seguía tumbado en el suelo. Esperancita, ante los gritos de su madre, una vez más se fue por aquel túnel negro donde tenía su guarida. Aquellos mozalbetes se dirigieron hacia mí. Me ayudaron a levantarme. ¡Qué sorpresa! Eran el Lápida, el Pajarito y el Bizco. Nos abrazamos los cuatro riéndonos sin parar y lanzando gritos al aire. Supe que había sido el Bizco quien le había contado la historia al Lápida y al Pajarito.

Más arriba de las Covachas, pero en la otra acera, había una casa de mujeres malas que los niños de la escuela denominábamos el infierno. La razón de tal denominación estaba en que la casa tenía una escalera descendente larguísima, y cada vez más oscura, de cuyo fondo se desprendía un olor muy desagradable, posiblemente de la humedad y de la falta de aireación. Los niños de la escuela tirábamos piedras de las muchas que había en la cuesta, desprendidas de su pavimento, ante los gritos descuarjaringados que salían de las bocas de aquellas pobres mujeres.

Junto a aquella casa tenía su residencia y taller un cristalero. A su puerta había varias botas de madera. Eran redondas, pero no iguales que las usadas para la crianza y conservación del vino, sino de inferior textura y categoría. De pronto, el Lápida se fue hacia ellas. Cogió una. La volcó. Le dio una patata y la bota salió rodando y rodando hacia debajo de la cuesta hasta ir a estrellarse contra las paredes de la Plaza o Mercado, en el momento en el que subía por aquel lugar una señora mayor, vestida de negro con unas enaguas que le llegaban hasta el mismísimo tobillo y un pañuelo negro en la cabeza. Sus gritos contra nosotros dejaron en pañales a los que proferían las mujeres malas cuando les tirábamos piedras. Ante aquel griterío salimos corriendo.

Al inicio de la carrera noté que la barra de jabón estaba en mi bolsillo. La cogí. Me subí en unos bancos que se encontraban antes de llegar a las rejas del jardín de aquella vieja iglesia donde, al parecer, vivía la Esperancita. Debajo de aquellos balcones-miradores, donde se alcanzaba a ver la mismísima mar, se alzaban las casas de todo aquel barrio. Cogí la pastilla de jabón y la disparé al aire, cayendo sobre un techo de uralita. Ante los gritos de la anciana; ante el estruendo de la bota, no sé si cargada o no de cristales; y ante el ruido que hizo la pastilla de jabón al caer sobre la uralita, salimos corriendo como galgos tras una presa. Lívidos, llegamos a la sacristía de la iglesia de la Patrona de la ciudad. Parecía que el corazón se nos iba a salir por la boca. Cuando dejamos de jadear, nos acercamos a la cortina que cubría el acceso al presbiterio. En aquel momento, un capuchino, fray Serafín, celebraba la misa con total unción devocional.

Mi cuerpo iba cambiando. Mi voz, también. Una barba prematura comenzó a expresar señales en mi rostro de que se iba la infancia. Aquello era objeto de diversión para mis amigos, con un desarrollo corporal más atrasado, quienes decían que, como la vida había aflorado en mí con más rapidez, estaba llamado también a dejarla más pronto que ellos. No pasó desapercibido mi cambio físico para las muchas mujeres de mi casa que, en más de una ocasión, consiguieron ruborizarme con las palabras picaronas que me lanzaban como flechas envalentonadas para despertar aún más en mí lo que mi padre llamaba la “punzá”.

–A este niño se le está adelantando la “punzá” –decía a mi madre, quien se ruborizaba tanto como yo y daba, en donde le cogiese, uno de sus pellizcos tan personales a mi padre.

–A mi Pablito se le está adelantando la “punzá” –le escuchaba decir a sus compañeros de trabajo en el campo, mientras yo no sabía dónde meterme por el rubor que se me metía en el cuerpo.

–Pues ya sabes lo que tienes que hacer; llevarlo a casa de la Frutu para que te lo haga hombre antes de que lo trinque una con picores y te lo desgracie –contestaba alguno de aquellos hombres jóvenes, rústicos, tostados por el sol y con la piel resquebrajada como la de una sardina a la plancha. Así, de la noche a la mañana, me había convertido en tema de sus conversaciones y en objeto de sus chanzas y bromas, especialmente cuando regresábamos, a la caída de la tarde, del Reventón y del Cortijo de la Fuente montados en mulos y burros. Poco a poco me fui acostumbrando a aquello y ellos tornaron a hablar de mujeres, de deseos y de experiencias con ellas, reales o inventadas, pero ya lo hacían sin discreción alguna, como yo venía notando desde hacía algún tiempo, porque, según todos ellos, al niño ya le había dado la “punzá”.

Realmente así estaba sucediendo. La experiencia de aquel lance melodramático-romántico de la Esperancita me había abierto bastante los ojos, pero no para aclararme nada, sino para todo lo contrario, para meterme dentro de un pozo oscuro, del que no podía salir por mí mismo y en el que nada gozaba de estabilidad. Fui pasando de un mundo en orden a la visión de una sociedad en la que reinaba el caos. Aquello me sucedía tan súbita como inesperadamente, sin colaboración alguna por mi parte. Yo tan sólo sentía el vértigo del paso, del desagradable cambio, de transformaciones tan desconocidas como indeseadas. La tierra parecía que se movía debajo de mis pies. La inseguridad y las ganas de llorar sin saber por qué me invadían. No tenía a dónde asirme. La noticia de que la Esperancita y su familia se habían marchado para Alemania, a buscar unos nuevos horizontes de prosperidad, supuso para mí algo así como la última pedrada contra aquellos indefensos animalitos que, con cuánta crueldad, morían apedreados y martirizados por mozalbetes desvergonzados y gamberros en el viejo Huertecillo.

Fui notando que tanto en el Lápida como en el Pajarito se estaba produciendo el mismo fenómeno. Era como una quemazón interior de la que no sabíamos hablar. Tan sólo experimentábamos que nos sentíamos mal de alguna manera. Quienes con anterioridad habíamos sido amigos en todo, compartiendo lo poco que éramos y teníamos, en este tiempo nos peleábamos por la menor estupidez. Iría observando cómo sentíamos necesidad de hacer daño, de destrozar cualquier cosa, de considerarnos protagonistas de lo que fuese, aunque lo que emergiera nos resultase cada vez más desagradable. Los tres enfrentados contra lo que fuese en unas ocasiones; pero, en otras, dos de nosotros contra el tercero para herir al que quedaba en minoría. Comencé a dar malas respuestas, a ser grosero con todo el mundo, díscolo y desabrido. Las mujeres de la casa decían que se me había metido un diablo en el cuerpo. Cuando estaba solo pensaba y pensaba. No sabía qué me estaba pasando. Tan sólo llegaba a la conclusión de mi malestar interior, de mi despego de todo aquello a lo que antes había estado asido. Años terribles fueron aquellos. No obstante, aunque hiriéndonos, el Lápida, el Pajarito y yo seguíamos estando juntos.

Desde que llegó a la ciudad, el padre Ángel mantuvo siempre activada una obsesión: visitar a diario a sus feligreses. Con ella, al principio, tuvo otra, que uno de los monaguillos le acompañase cuando

nos lo permitían las labores en la escuela, pero ya se encargaba él de que los Hermanitos nos diesen permiso para ausentarnos de la escuela antes de tiempo, o para llegar tarde a la misma. Las visitas del cura llamaban la atención, sobre todo a los más pobres y marginados de aquella zona, puesto que nadie recordaba que algún cura hubiese actuado con anterioridad de aquella manera. Las visitas quienes las realizaban eran las Hermanas de la Cruz, las damas catequistas, los caballeros de San Vicente de Paúl, así como los encargados de la beneficencia domiciliaria, pero nunca el cura se había acercado a aquella porción de infierno, excepción hecha de cuando le avisaban a administrar a un moribundo. El padre Ángel sí comenzó a realizar visitas diarias a aquellos lugares.

Yo fui con él muchas veces, hasta que mis posteriores ocupaciones me lo impidieron. No sé si en aquel entonces los curas tenían prohibido hacerse presentes solos en semejantes calles y casas, o si el padre Ángel actuaba de aquella manera por prudencia y en evitación de chismes o de dimes y diretes, pues el tiempo me haría descubrir que, en muchas de aquellas personas, no sólo anidaba la pobreza material y cultural, sino también la pobreza o raquitismo humano. Quien ponía buena cara por delante para ver lo que conseguía, era quien clavaba el puñal en la espalda de la víctima que en cada momento tenía a su alcance. Fuese como fuese, en las primeras visitas, al padre Ángel lo acompaña algún monaguillo. Iba siempre pulcramente vestido. La sotana, abotonada desde el alzacuello hasta los zapatos, lo hacía más espigado. Al cuello llevaba atado el manteo, una capa negra y amplísima que se recogía y la dejaba caer en su brazo derecho. La cabeza se la cubría con una especie de gorro negro que él denominaba la canoa.

En el vecindario de la ciudad, especialmente en la zona de la que el padre Ángel era responsable, no había término medio. O muy ricos, o pobres de solemnidad. Los primeros vivían en suntuosas mansiones, gozaban de alto nivel de vida y disponían de criados y de criadas para su servicio. Sólo observando cómo vestían ya se sabía a qué clase social pertenecían. Los segundos estaban hacinados en miserables casas de vecinos, en chozas, o en chabolas de latas o de cañas y pastos. Supe que aquello no había emergido en su totalidad de la guerra que se originó en España cuando yo sólo tenía seis años, pero sí una buena parte de aquella lamentable situación. Con anterioridad tenía cerrado los ojos de la reflexión, pues lo que veía y sufría me

parecía del todo normal. No obstante, comenzó a llegar el momento en el que, apenas sin darme cuenta, iba demoliéndose mi perspectiva anterior, para ser sustituida por otra bien diferente.

Cuando acompañaba al cura en sus visitas a la feligresía comencé a experimentar la sensación de que por aquellas calles hubiera pasado un ciclón arrollador. Lo que yo iba contemplando no era sino el resto que había quedado de lo que antes del ciclón existía. Si las casas aparecían marcadas por la destrucción y la muerte de muchas personas, me parecía que el mayor daño generado por la guerra era el que anidaba en los corazones y en las conciencias de aquellas personas sin palabras. Hundidas y calladas para siempre.

Aprendí con el padre Ángel no sólo a observar, sino a leer en aquellos rostros la marca de lo mucho que aquella gente había sufrido y seguía sufriendo. Me imaginaba que en sus almas, como en las pobres macetas de lata de mi casa sembradas de geranios, se había plantado la flor de la angustia y del odio. Y aquella flor se había quedado en ellas para siempre, de manera especial en aquellas personas a las que aquellos acontecimientos habían herido más directamente, arrebatándoles a algún ser querido, del que quedaban separadas para siempre por la locura colectiva de aquella guerra degradante y deleznable. Hacía varios años que la guerra civil había terminado en todo el país. Su final fue feliz para unos; doloroso y humillante, para otros. Me parecía que en el centro, como creando un muro insalvable, se había establecido la imagen ciega del odio blandiendo su espada con los ojos clavados en los dolores de los unos y de los otros. Por aquellas calles no cabía ni una pizca más de calamidades, puesto que ya todas ellas estaban asentadas.

¡Cuánta miseria contemplé! ¿Era posible que todo aquel mundillo antes me hubiese parecido tan natural como los chorros de agua que brotaban, cuando la había, de los grifos mohosos de las fuentes públicas?

Recuerdo lo inteligente que fue el padre Ángel. Actuó primero ofreciéndose a la vista de aquellas pobres personas. Iba por las calles, pero no entraba en ninguna casa. Sólo miraba. La gente le correspondía con una frialdad de hielo, si bien mucha de ella se escondía. A las personas que se le quedaban mirando, les esbozaba una ligera sonrisa apenas insinuada. Escuché cómo, en alguna ocasión, algún vecino esponjado en manzanilla o mosto, lanzaba, a su paso, algún improperio

contra los curas. El padre Ángel hacía como que no había oído absolutamente nada.

Al único cura que habían visto con anterioridad, y no con poca frecuencia, era a uno, bien hacendado, que pasaba por aquellas calles, e intentaba entrar en las casas para cobrar las mensualidades de los partiditos que tenía por allí alquilados de casas de su propiedad. Misión heroica. La gente no sólo no le pagaba, porque de dónde lo iban a sacar, sino que además, dado el grado de alegría etílica que cobijaba bajo su deteriorada y corta sotana, le largaba toda clase de palabrotas e infamias vejatorias. Aquel sí que contestaba. Lo soez de lo que oía quedaba multiplicado por lo que salía de su sacerdotal órgano fonador. ¡Qué tiempos, Dios, qué tiempos!

Poco a poco, y tras las reiteradas visitas del padre Ángel, la actitud de la gente fue cambiando. Serían pocas las que huirían para esconderse; y más, las que se le acercaban. Aquella segunda etapa la comenzaron los niños. Se aproximaban al padre. Este les extendía la mano. Los niños la cogían. Muchos se la besaban y algunos dejaban en ellas unos inesperados mocos, que el padre se iba limpiando con un pañuelo blanquísimo y perfectamente plegado. En ocasiones, el cura llevaba hasta dos y tres pañuelos relucientes en los bolsillos de la sotana, para poder atender adecuadamente tanta demanda higiénica. Yo miraba. Me reía. Fue entonces cuando comprendí la obsesión que había tenido mi madre porque no manchase la mano del padre Ángel aquella primera tarde en la que nos acercamos a su iglesia, en cuya puerta él jugaba al ajedrez con el médico.

Los niños habían abierto el camino para la tercera fase, la verdaderamente fecunda. Ya el padre Ángel no se limitaba a pasear por las calles, sino que se paraba en las casas, entraba en ellas, hablaba con las vecinas, se dejaba rodear de los niños, de los que algunos se acercaban tanto al cura que se encontraron con algún grito, pellizco o alpargatazo proveniente de sus refinadas progenitoras. No así con los hombres. O estaban en el campo o en la mar, los escasos que trabajaban; o se encontraban en la esquina tomando el sol en tertulia con los demás hombres de la calle; o dejaban pasar el tiempo con el codo apoyado y encallecido en el mostrador de alguna de las oscuras y sucias tabernas del barrio. No obstante, en algunas casas pude observar a mujeres enlutadas que se escondían o se acercaban al grupo que estaba en torno al padre y, de un estirón, arrancaban material-

mente de él a alguno de los niños que allí estaban, le daban un golpe por donde les cogiese y se los llevaban precipitadamente para su partidito.

En aquella situación fue haciéndose posible la palabra. Al principio era sólo don Ángel quien hablaba. Se interesaba por los asuntos y problemas de las familias. Les hablaba de la catequesis para los niños, de las catequistas, de las misas, de las confesiones, de cristianar a quienes no lo estuvieran, de casar a las parejas que estuviesen viviendo en pecado por no haber pasado por la vicaría... y de muchas cosas más. Poco a poco comenzaron a hablar algunas mujeres. No lo sabían hacer. Tampoco se atrevían. Sus palabras quedaban amordazadas antes de salir de la boca. Sentían miedo. Por más que el padre Ángel lo pretendiese, un muro de oscuro silencio interior y una incapacidad para la comunicación reinaba en aquellas personas, no exentas de una radical desconfianza. Esta desconfianza llegaría a un punto máximo una vez que el padre les explicó que, para conocer a sus feligreses, iba a mandar a visitar las casas a unas damas catequistas y a unos caballeros de las Conferencias de San Vicente de Paúl, para que elaborasen un padrón de todos los vecinos. Observé con nitidez que aquella gente no daría su nombre, ni los de su familia, ni amenazados por los fusiles de la mismísima Guardia Civil. El cura se dio cuenta. Retrocedió en su proyecto. Lo dejaría para mejor ocasión.

Aquel día el padre Ángel había mandado razón a mi casa para que fuese a acompañarle en sus visitas domiciliarias. Él las denominaba, esbozando una leve sonrisa socarrona, “visitas pastorales”. Llegué al archivo. Ya estaba allí. Me miró. Sonrió. Cogió el manteo y se lo colocó sobre los hombros. Luego, la canoa. Se cubrió con ella la cabeza.

–¡Ea!, Pablito, vámonos a la visita pastoral –dijo mientras salíamos y cerraba la puerta del archivo.

Nos encaminamos a la calle.

–Hoy nos vamos a dirigir a otra zona.

En vez de dirigirse hacia la zona de la izquierda de la puerta de salida, lo hizo hacia la de la derecha. El padre Ángel en muy contadas ocasiones hablaba conmigo en aquellos paseos; primero, porque ya sus pulmones se habían convertido en generador de problemas para él; y segundo, porque de qué iba a hablar con un chiquillo de unos doce años casi desconocido y medio inculto. Nos adentramos por una calle que se denominaba Santo Domingo, en la que había unas casas extraordinarias. Una que siempre me llamaba la atención era la que funcionaba como hotel. Sobre todo me gustaba mirar el patio grande rodeado de columnas en donde la gente de posibles leía la prensa sentada en suntuosos sillones de mimbres. Pasamos por la Calle Angosta, pequeñita, de manera que parecía que se podría saltar de los balcones de una acera a los de la otra. Cruzamos la Rinconada de Sarmiento. ¡Qué olor más agradable se desprendía de un obrador o confitería que había en ella! Siempre, cuando acompañaba a mi abuela a la Casa de Empeños, me paraba un ratito a oler y, en ocasiones, a ver el escaparate con bandejas de dulces que parecían decirme “cómeme, cómeme”.

–Cuando yo sea rica, te voy a comprar una confitería entera para ti –decía la buena de mi abuela. ¡Qué olores, Dios, qué olores!

Después de pasar por la Rinconada de Sarmiento, comenzamos a adentrarnos por la que llamaban Calle Ancha. Esta era bien distinta a las del barrio de los marineros y a las de toda aquella zona del Cortinal. Se trataba de una calle recta, de manera que desde el principio podía observarse en la distancia los árboles existentes en la Plazoleta del Pradillo. Tenía la calle unas amplísimas aceras. En ellas, unas farolas de hierro con los laterales acristalados coronándolas. Las farolas se apoyaban sobre una columna de hierro que estaba incrustada en el mismo borde de las aceras. Era la calle comercial por excelencia en la ciudad. Casi todos los establecimientos tenían unos toldos extendidos para proteger los escaparates de los rayos del sol.

Había poca gente. La que se encontraba en aquel momento escogía preferentemente para charlar los espacios en los que reinaba la sombra. La calle estaba pavimentada de adoquines simétricamente alineados, siendo de mayor tamaño y de colocación distinta los que se encontraban en las proximidades del borde de cada una de las dos aceras. Miré detenidamente. Fuera de las aceras, por las que deambulaban sobre todo hombres y algunos niños, tan sólo había un pequeño coche de motor, de color blanco y con matrícula de Sevilla; tres arrieros que conducían a sus burros, sobre cuyos lomos caían cerones de esparto; y un carruaje tirado por dos caballos.

El padre Ángel caminaba lentamente por la acera de la izquierda que era la más sombreada. Los hombres, a su paso, lo recibían con un reverencial saludo haciendo ademán de que se descubrían la cabeza. Él correspondía, de igual manera, a tales saludos. Con nadie se paró. A nadie dirigió la palabra. El padre, al andar, iba contemplando los escaparates. Se comercializaba de todo: droguería, farmacia, cafetería, heladería, librería, material para escritorios, cerrajería, zapatería, armería, tejidos, mobiliario, objetos para regalos, juguetería, vajillas y artículos alimenticios. No obstante, aunque abiertos al público, poca gente se encontraba dentro de ellos, excepción hecha de los propios comerciantes y los mozos de venta.

Giramos a la derecha al llegar a la Plaza del Cabildo, extendida a los pies de las Casas Consistoriales. Se encontraba en ella más gente que en la Calle Ancha; preferentemente hombres, si bien algunas mujeres, vestidas de negro desde la cabeza a los pies, cruzaban la calle en dirección a la Plaza de San Roque. Algunos de los hombres estaban sentados en sillas de anea junto a unas mesas colocadas delante de la

“Nevería Valenciana” y a la sombra de unos árboles. A un lado y otro de la plaza aparecían unos bancos de hierro empotrados en el suelo, cuyos asientos y espaldas estaban fabricados con madera. También eran los hombres los que se encontraban sentados en ellos. Me llamó la atención que en aquella plaza, corazón entonces de lo más noble y suntuoso de la ciudad que acababa de salir de la guerra civil, nada menos que todo un burro estuviese atado a uno de los bancos, haciendo esfuerzos y estertores de ansiedad por alcanzar con su boca las plantas sembradas en los arriates próximos a aquel banco.

El padre Ángel se detuvo ante una casa preciosa. La gente la denominaba la “Casa de Dulce” o la “Casa de Chocolate” por la profusión de adornos y arabescos que tenía en su fachada. Todo era simétrico en aquella fachada. La puerta de entrada se cubría con un arco bellissimo de herradura, que descansaba sobre dos columnas de mármol. Otro tanto aparecía en el amplio balcón que había sobre la puerta de entrada. Junto a ella relucía un bellissimo ciervo bajo de hierro forjado, y otro, aún más amplio, que recaía sobre él. En todo él se veía la mano de los Orleáns Borbón, cuyo primer infante, don Antonio padre, era amante del estilo neomudéjar. Aquella casa me recordaba al Palacio de la Calle de los Caballeros, a un chalet próximo a capuchinos y a alguna que otra construcción que había visto en la ciudad con los mismos elementos. Muchos llamaban a aquel edificio la “Casa de la Infanta”. Se decía por la ciudad que así se le denominaba por una vizcondesa que vivió en ella que había sido amante del infante don Antonio, el segundo de este nombre.

Todavía no había leído y reflexionado todo lo que hoy ya tengo sobre mis espaldas y mis ojos cansados, pero, como el paso lento y la mirada escrutadora del cura me invitaban a la observación pausada, aquella plaza dejó en mí la sensación de que estaba inacabada, de que era un todo no conjuntado, en el que cada quien había construido como le había salido de sus entretelas. Más armónico y fragante me resultaba el Jardín del Pino. Y es que no siempre lo bello está en donde más hay, sino en donde se tiene esencia y aquella plaza me parecía que no la tenía. No era sino una simbiosis mal consentida de construcciones y estilos con una anárquica estructura de fachadas ajadas y tejados desalmados. Era un cuerpo descoyuntado, como descoyuntada estaba la conciencia de la ciudad. Hasta sus nombres habían bailado al ritmo de los diversos cambios políticos. Hacía sólo unos años que había vuelto a

recuperar su vieja denominación de Plaza del Cabildo, después del corto periodo en el que fue rotulada con el nombre de Plaza de la Libertad.

Al llegar al final de la Plaza del Cabildo, dos circunstancias me llamaron la atención, un azulejo colocado en la pared al comienzo de la calle, encima de la puerta de una taberna, y una nutrida cola de mujeres delante de una casa, ubicada a unos metros del azulejo. Yo había pasado muchas veces por aquella calle, pero jamás había prestado atención a aquel azulejo de cerámica trianera. Me parecía verlo por primera vez. A contemplarlo me llevó la actitud del padre Ángel. Se detuvo debajo de él y lo observó con detenimiento. Se fijó en la pintura de la imagen de la Virgen de la Caridad entronizada en su baldaquino. Susurró el texto conmemorativo del evento de colocación de aquel azulejo inscrito a los pies del mismo, como si estuviese leyendo aquellas letras para sus adentros.

El alboroto de las voces de las mujeres que hacían cola delante de aquella casa nos sacó a ambos de nuestra contemplación. El padre Ángel continuó su camino por la calle. A medida que nos acercábamos a aquella cola el silencio se fue enseñoreando de toda la calle. Alguien debió anunciar que venía el cura. Fue lo cierto que, de pronto, una mujer pequeña, de mediana edad y con porte elegante, toda vestida de negro y con un delantal blanco que le llegaba hasta cerca de los tobillos, se acercó al padre Ángel. Le sonrió. Le cogió la mano y se la besó.

-Venga, usted, padre Ángel. Aliviamos, como todos los días, un poco de la mucha hambre que hay en la ciudad. Venga, padre, casi todas estas mujeres corresponden a su feligresía.

Caminó el padre junto a ella. Se adentraron en la casapuerta. Seguí tras ellos, pero me quedé frente a la puerta contemplando lo que allí se estaba produciendo. En la casapuerta, sobre una mesa pequeña, había colocada una olla enorme. Salía de ella una tenue humareda que indicaba que portaba en su interior comida recién hecha o recalentada. Mujeres desaliñadas, malolientes, cubiertas de unos vestidos negros desteñidos y andrajosos, descalzas casi todas, llevaban en la mano una lata a modo de cazuela o plato. Algunas se cubrían la cabeza con un trapo negro en señal de luto, o para cubrir sus desgracias capilares. Se empujaban las unas a las otras, se peleaban, se ofendían con las palabras más soeces, como temerosas de que en aquella olla no hubiese comida para todas. Observé los pies de las que iban descalzas. Eran pies sucios, ennegrecidos, deformados y llenos de

callos y arañazos. Me pareció que aquellas mujeres jamás habían calzado unos zapatos, y que sería titánica tarea la hazaña de podérselos colocar y más titánica aún el que pudiesen caminar con ellos.

En la casapuerta y frente a la olla se encontraba aquella señora de mirada profunda y dulce. Junto a ella se colocó el padre Ángel. A un lado y otro de la olla estaban situadas dos sirvientas. Vestían de negro. Llevaban medias también negras y delantales y guantes de color blanco. Una de ellas, alta y un tanto curvada de espaldas, coronaba la cabeza con un rodete negro cogido con redecilla. La otra, era muy moreda y de fuerte musculatura. Llevaba el pelo corto. Pensé que ella sola podría haber sido capaz de portar la olla. Más me pareció un legionario, avezado en mil ejercicios militares, que una damisela de servicio doméstico. Lo cierto era que un guantazo de ella bien podría descolgar de la boca algún que otro diente o muela.

La señora, que sería la dueña de la casa, pasó el cazo al padre Ángel. Este se desprendió del manto y de la canoa. Comenzó a servir de la olla a las mujeres que se iban acercando de una en una. Pude observar que se trataba de una olla llena de lentejas con patatas. Una sirvienta daba a cada mujer una naranja; la otra, un trozo de pan negro. Algunas salían presurosas de allí como si temiesen que alguien les quitase la preciada lata. Otras metían los dedos en ella y se llevaban a la boca algún trozo de patata o un puñado de lentejas. Ninguna intentaba hacer trampa volviendo otra vez, porque la sirvienta de perfil legionario, las tenía perfectamente controladas a todas. Así que cada una cogía lo que se le daba y comenzaba a marcharse. Fueron servidas todas las que estaban en la cola. Ya no quedaba ninguna. De pronto, la sirvienta de perfil de legionario se asomó a la puerta.

-Aún queda un poco -gritó con voz de carretero harto de aguardiente.

Aquellas cuatro palabras resultaron mágicas. Si algarabía era lo que observamos al contemplar el azulejo, lo de ahora se transformó en una carrera olímpica por ver la que llegaba en primer lugar para llenar aún más la lata, o para recibir otra ración de nuevo, porque se la hubiese zampado ya. Bastó, no obstante, que la sirvienta de perfil de legionario se colocase en el escalón de entrada a la casapuerta, con los brazos cruzados y las piernas marcialmente abiertas, para que la cola se transformase en una silenciosa peregrinación de laboriosas hormigas. Implantado el orden, se repartió lo que quedaba. No hubo

para todas las que habían llegado. Las que no consiguieron nada más marcharon de aquel lugar entre lamentos y ofensas a las “campeonas”. De seguro que aquella batalla olímpica tendría una segunda parte en sus lugares de origen.

El padre Ángel conversó un rato con la señora, mientras las dos sirvientas retiraban la olla con el cazo y la mesa. La de espaldas un tanto curvada le acercó al cura el manteo y la canoa. Este se los colocó. Salió de la casapuerta, después de haber rechazado pasar al patio interior para tomar una limonada y de haber recibido los protocolarios besos en la mano por parte de la señora y de las dos sirvientas.

Aquella calle era muy larga. Tenía tres tramos completamente distintos, arquitectónica y socialmente. Diría que se convertía en una cruda metáfora de la realidad socioeconómica de la ciudad. El tramo en el que nos encontrábamos terminaba en la Calle de la Mar. El segundo llegaba desde allí hasta el barrio en el que yo vivía. Y el tercero, que se denominaba Bolsa al Campo, llegaba hasta el final de la calle, yendo a concluir en el Jardín del Pino.

En el primero fuimos observando mansiones señoriales, de tono romántico, simétricas, con aires de una ciudadanía acomodada. En los otros dos la realidad cambiaba radicalmente. Se amontonaban las casas de vecinos hacinados sin los más elementales servicios higiénicos; para culminar, al final, con un conjunto de chozas y casas de madera y lata. En el primero imperaba la aristocracia y el capital; en el segundo, el hambre y la incultura; y en el tercero, la pura miseria de solemnidad. A nuestro paso, fuimos observando cómo los pobres que habíamos visto en las calles más deprimidas del barrio pululaban lastimeramente en torno a las casas donde tenían su residencia los vecinos más acaudalados. Los más pertinaces, lata en mano, hacían incansable guardia en las puertas de las residencias de las señoras más acaudaladas.

Cuando íbamos ya de vuelta, cerca de una de las casas señoriales, observamos un revuelo promovido por aquellos pobres que se mantenían de guardia constante a la espera de lograr algo. Por la Calle de Santa Ana apareció un señor elegantemente vestido con traje, corbata y sombrero. Se le acercó una mujer.

–Señor, anoche nos acostamos sin comer.

–¿Y por qué se acostaron ustedes? –fue la respuesta mientras se adentraba en su domicilio. El padre Ángel agachó la cabeza.

Los monaguillos esperábamos como agua de mayo los funerales de tronío; fuesen por defunción de algún personaje importante, o por el aniversario de la muerte de alguno de ellos. Y no sólo los monaguillos, sino el sacristán, el campanero, el sochantre del mal olor de boca, el viejo que llevaba la manguera, el organista y hasta el “Tonto de los Estropajos”, que era quien le daba al fuelle del órgano. A este pobre hombre, con cara de bueno, parecía como que el fuelle se hubiese tragado todo el aire de sus pulmones, porque de su boca salía una vocecita que más que a voz sonaba a lamento de niño hambriento.

La razón de nuestra algarabía estribaba en que la solemnidad se pagaba a mayor estipendio y, aunque fuese sólo algo más lo que percibíamos, era lo suficiente para hacerle la debida fiesta. Recuerdo, cuando yo tenía doce años, la pompa con que se celebró el funeral de un cura. Se llamaba de apellido Lagomazzini, pero mi familia y mucha más gente le llamaban “el padre Joselito”, porque tenían algún tipo de relación de parentesco con el mismo. Murió joven, con algo más de cuarenta años. Decían de él que había sido un extraordinario poeta, que no llegó a gozar de más popularidad porque se consideraba que la poesía no era cosa de curas, aunque hubiese llegado a estar de coadjutor en El Puerto de Santa María, en la ciudad de Sevilla y haber sido cura encargado de la mejor parroquia de nuestra ciudad.

Me contaba mi abuela que, cuando el padre Joselito estaba para morir, los gritos que daba se escuchaban por todas las huertas de debajo de la Barranca, las que se extendían hasta El Pino de San Diego. Yo, de más chico, acompañaba a mi abuela o a mi padre a comprar huevos, o patatas, o leche, o higos, a aquella huerta. Yo no quería ir, porque la hermana del cura vestía siempre hasta los pies con un vestido del todo negro, como si fuese la sotana de su hermano.

Me asustaba por su mirada siniestra y su mal humor. Las malas lenguas decían que aquella dama de negro tenía una fortuna en cruces de valor, en cálices, en copones, en ropas litúrgicas y en imágenes y objetos religiosos; todo ello proveniente de un pariente indiano del que lo había heredado. De ser así, lo tendría bien escondido, porque yo nunca vi nada de aquello.

Aquel año de 1942 fue uno de los más tristes de mi vida. Se llevó a dos de mis familiares más queridos, a mi madre y a mi abuelo materno. Lo de mi madre se veía venir. Yo apenas me daba cuenta, pero tantas visitas del médico para verla, tantos días en la cama, cuando mi madre siempre había sido un rabo de lagartija que no paraba de hacer cosas, a mí comenzó a escamarme. A ello se unía que todas las vecinas estaban siempre en la habitación de mi madre, acompañándola y haciéndole cuanto necesitaba. Pero especialmente lo que más me puso en alerta fueron las expresiones de las caras de mis abuelos y de mi padre. ¡Jamás había visto en ellos tanta tristeza en sus rostros, demarcados por el cansancio de tantos días de vela! Cuando el médico comenzó a venir varias veces al día, un campanazo me partió el tímpano por un dolor que un niño de doce años ni puede comprender ni soportar. Un día, escuché el cuchicheo de la Jordana con una prima suya que había venido del campo y se había acercado a saber qué le pasaba a mi madre.

–Rociíto, tú al pico... pero es que le ha entrado una cosa mala – y la Jordana, que nos quería como si fuese otra abuela nuestra, se puso a llorar desconsoladamente abrazada a la Rociíto.

A mis hermanas hacía ya varios días que se las habían llevado a casa de una cuñada de mi padre, que vivía allá abajo. Pasaban los días. Mis abuelos y mi padre estaban cada vez más delgados y tenían muy mal color en sus rostros. Llegó un momento en el que mi madre dejó de hablar. No reconocía a nadie. Mi abuela había ido empeñando todo lo que disponíamos para empeñar. Incluso algunas vecinas también empeñaron ropas y otros objetos para ayudar a mi padre a que pudiese comprar las inyecciones y pagar al médico y a “la practicante”, como todos la llamaban. Ella no había estudiado nada, sino simplemente había aprendido el “oficio” viendo a su madre y poniendo inyecciones a todos los vecinos del barrio que la requerían.

A mí me quiso enviar mi padre durante aquellos días a casa de su hermano. Me puse terco. Dije que no me iría mientras mi madre

estuviese enferma. Me pasaba todo el día sentado en el primer escalón de la escalera por la que se ascendía a la parte alta de la casa. No me dejaban entrar en la habitación, con el pretexto de que mi madre se pondría muy nerviosa al verme. Accedí. Furtivamente me acercaba a mirarla desde la puerta de entrada a la habitación. Mi abuela y las vecinas le colocaban constantemente en la frente paños mojados en agua fresquita del pozo. El médico había afirmado que ello ayudaría a aliviarle el dolor de cabeza. El Lápida y el Pajarito no faltaron ningún día en venir a mi casa para acompañarme un buen rato. Se sentaban conmigo en el escalón y algún día conseguían que nos fuésemos los tres al corral para que yo me despejase un poco.

Fue precisamente desde el corral desde donde oí una tarde un grito desgarrador. Era de mi abuela. Salí corriendo hacia el patio en el que se encontraban nuestras dos habitaciones, a pesar de que ambos intentaron retenerme. Cuando llegué al patio, vi cómo todas las vecinas lloraban y gritaban. Corrí hacia la puerta de la habitación en el momento en el que salía de ella mi abuela. Se abrazó a mí llorando mientras me gritaba con la respiración entrecortada.

–No entres, Pablito, no entres... está muertecita. ¡Qué dolor de mi hija! ¡¡Qué dolor de mi hija!! Tan joven, ¿por qué no me he muerto yo... que soy una vieja? ¡No es justo, no es justo!...

Las vecinas la abrazaron y, a duras penas, la introdujeron en el partidito de la Jordana. Desde allí se escuchaban el griterío y los llantos, cada vez más incrementados por la llegada de vecinas de alrededor y amigas y familiares de mi madre. El Lápida y el Pajarito se abrazaron a mí. El Pajarito me dijo que me fuese con él a su casa, que eso era lo que le había dicho su abuelo. Nos sentamos en el escalón de la escalera, llorando los tres desgarradamente como si a los tres se nos hubiese muerto la misma madre. De pronto, la Jordana y dos vecinas más, la Monja y la Caridaíta, entraron en la habitación. De inmediato salieron de ella mi abuelo y mi padre. Me abracé a los dos. Los tres llorábamos. Mi padre se asustó al darse cuenta de cómo me latía el corazón. Me insistió.

–Mira, hijo, hay que ser fuerte. Así es la vida. Te quiero pedir que te vayas a casa de los tíos con tus hermanas. Aquí ya no haces nada. Te lo pido por favor. Que te acompañen tus amigos. Ya iré a recogeros.

–No, yo quiero estar aquí... quiero estar con mamá... quiero verla... quiero verla...

-Espérate... las mujeres la están preparando... entra cuando terminen, le das un beso y te vas para casa del tío. No les digas nada de esto a tus hermanas.

Mi padre, a duras penas, aguantaba el llanto. Miré a mi abuelo. Parecía que la vida le había arrancado de un feroz mordisco, en aquellos días, unos cuantos años de vida. El dolor se había metido en sus entrañas y le había carcomido las palabras. Nada dijo. Me dirigió la mirada con sus ojos verdes apagados. Me parecía que aquellos ojos miraban, pero no veían. Parecían dos charquitos de agua llenos de verdina, pero apagados por el dolor de ver cómo la naturaleza había infringido sus normas. Son a los hijos a los que les corresponde enterrar a sus padres, pero va contra toda ley que sean los padres los que entierren a sus hijos.

Allí estaba, perdido y ausente, delante de mí, con su trajecillo gris de sufrido hombre de campo mil veces lavado y, otras tantas, remendado y planchado, tanto que casi no se sabía con certeza cuál había sido su color original. Unos canalillos de un sudor frío le caían de su cabeza, casi carente ya de pelos, y recorrían todo su rostro hasta ir a perderse entre sus ropas. Él no se inmutaba. Parecía una estatua fría e inamovible. Salió La Jordana. Cogió a mi abuelo por el brazo y lo acercó al centro del patio donde se encontraba el coro de los hombres que se habían ido agolpando alrededor de mi padre. La Jordana volvió hacia mí. Me abrazó. Lloraba mientras me comía a besos.

-Pablito, entra a ver a mamá. Pero, después te irás a casa de tu tío con tus hermanas, como te ha dicho tu padre. Esto es cosa de hombres y de mujeres.

A la Jordana no pude decirle que no. El Lápida y el Pajarito hicieron ademán para entrar en la habitación detrás de mí. La Jordana, cariñosa pero contundentemente, se lo impidió.

Entré en la habitación. Todo era serenidad y silencio. El olor a jazmines lo invadía todo. Un tenue rayo de luz entraba por entre los visillos del cierro. Sobre la cama estaba el cuerpo de mi madre. Le habían puesto un vestido blanco con unas florecillas de color, al que mi madre le tenía mucho aprecio. Su negra cabellera, ordenada y peinada con mimo, le caía por los hombros como una gélida catarata de noches oscuras. Los ojos los tenía cerrados. Un pañuelo blanco le cubría la boca. Me fijé en sus manos entrelazadas bajo el pecho. Tenía

en ellas un ramo de jazmines que alguna vecina habría cortado del jazmín que había en el segundo patio.

Me acerqué a ella. La Jordana estuvo todo aquel tiempo a mi lado. Me dijo que la besara. La besé en la cara, en la frente y en las manos. Me sorprendí de mi reacción. Intuí que un rayo había caído sobre el hilo conductor de mis sentimientos y los había desactivado. Ni una lágrima, ni un llanto, ni un lamento. Tan sólo fui mirada intensa, acaparadora, como si pretendiese que aquella última visión del cuerpo de mi madre quedase grabada para siempre en mis retinas. La única señal de vida que experimenté en aquella habitación fue la mano de la Jordana que me acariciaba sin parar la cabeza y me apretaba el hombro. La Jordana, como si trasladase a un sonámbulo, me llevó desde donde me parecía que mi madre estaba dormida hacia la puerta de la habitación.

—¡Ea!, Pablito, cariño mío... pórtate como un hombre. Vete a casa de tus tíos hasta que pase esto.

Salí de la habitación. Salí de la casa. Con el tiempo me daría cuenta de que aquel día también había salido de la adolescencia. Detrás de mí caminaban el Pajarito y el Lápida. Un grupo de gente se agolpaba a la puerta. Nadie se me acercó. Observé cómo alguna mujer se persignaba al pasar junto a ella. Lo entendí como una oración por mi madre, o como un pésame sin palabras, o como un homenaje a la que se había ido de la vida. Al llegar al cruce de la Calle San Antonio, el Lápida y el Pajarito, casi sin darme cuenta, me introdujeron por ella. Miré al fondo de la calle que se dirigía hacia allá abajo. Un coche de caballos era conducido por un hombre con traje gris y boina negra en la cabeza. Junto a él, un hombre pequeñillo, con el mismo atuendo, se sentaba en el pescante. Pude intuir que, en aquel coche de caballo, iba un féretro negro. El Lápida y el Pajarito echaron sus brazos sobre mis hombros. Seguimos caminando lentamente en dirección a casa de mis tíos. La calle olía a rastrojos quemados, mientras un velo negro de Viernes Santo iría cubriendo las huellas de mis pasos y la soledad de mi pena.

Muy pronto en la ciudad se extendió la fama de bondad del padre Ángel. Se sabía que, en ocasiones, tenía mal carácter, pero todo se le perdonaba, conocidas sus obras de caridad. No sólo repartía a manos llenas entre los más indigentes, sino que se las había arreglado para crear en la galería del archivo una farmacia benéfica, a la que acudían los pobres que necesitaban algún producto. La farmacia estaba bien surtida. La regía una señorita de la alta sociedad sanluqueña. Era ella la que dedicaba muchas horas a recolectar medicinas, a catalogarlas y a atender a los pacientes. Aquella farmacia fue un pulmón de oxígeno para la asfixiante pobreza de los feligreses. Los monaguillos le ayudábamos a colocar las medicinas en los lugares que ella nos indicaba.

Aquella señorita era soltera. Era muy buena, pero muy seria. A nosotros nos caló de inmediato, porque, aunque no era ni joven ni guapa, sí era muy elegante y tenía unas piernas muy bonitas. Al principio, cuando le ayudábamos, ella se subía en una escalera de mano, nosotros le íbamos acercando los productos que había en una caja en el suelo, y ella los iba colocando en los armarios de madera y puertas de alambre. Pero... debió darse cuenta de que el Lápida y yo le mirábamos las piernas, por lo que, desde entonces, determinó que ella se quedaría en el suelo con la caja de los productos farmacéuticos y uno de nosotros sería el que se subiese en la escalera y los colocase donde ella fuese diciendo. Los dos picarones habíamos sido cazados en nuestra picardía, aun así jamás nos recriminó lo más mínimo.

El padre Ángel, además, hacía ya algún tiempo que había construido un gran salón, con techo de uralita y grandes ventanales, en los jardines del compás de la iglesia. Lo había destinado a fundar un comedor en el que se distribuía una comida diaria a unos cien niños, al medio día, en los momentos de más paro y necesidad. Los niños

llevaban una cuchara atada al cuello con un trozo de guita para que no se les perdiese. El comedor era atendido por las señoritas catequistas, quienes les distribuían a los niños el guiso del día en platos de cinc. Por más que el padre Ángel intentaba imponer orden, su pretensión resultaba difícil de conseguir ante tantos niños hambrientos. Había señoritas que lo querían lograr antes de comenzar a repartir la comida. Tarea inalcanzable.

-Lo importante es que los niños no pasen hambre -repetía una y otra vez el cura sonriendo pícaramente.

Con mi familia dejó constancia de su bondad, aún más a la muerte de mi madre. Visitaba mi casa con asiduidad y siempre me daba algo para cubrir las necesidades de la misma. Me prometió que, cuando terminase los estudios en los Hermanitos, me iba a colocar de escribiente en las oficinas de una bodega.

Desde la muerte de mi madre, el padre Ángel me llamaba más frecuentemente para que le acompañase en sus visitas a la feligresía. Yo me daba cuenta de ello. El Lápida no se enfadaba. Me decía que el cura lo que pretendía era distraerme y darme ánimos para que me convenciese de que la vida seguía y de que me tenía que centrar en mi futuro, en lo mucho que me quedaba por vivir. La verdad es que acompañar al padre Ángel me había abierto los ojos. No sólo vi otra realidad, sino que además la contemplaba desde una perspectiva distinta.

Algo que me llamaba la atención era que, para él, no cabían las distinciones. Lo mismo visitaba a los ricos que a los pobres, las grandes mansiones que las miserables viviendas, las calles perfectamente asfaltadas que aquellas otras convertidas en un verdadero lodazal. Pero, algo resultaba evidente para quien ya le había acompañado muchas veces, su preferencia por los más pobres. Diría más. Se las ingeniaba para sacar a los más ricos lo que luego distribuía entre los pobres, y la tarea no le resultaba fácil, porque si algunos eran siempre generosos, a otros había que darles con un martillo en el codo para que soltasen algún mísero real para las actividades benéficas del padre Ángel.

Un día nos dirigimos, una vez más, hacia el barrio marinero. Cogimos por la Calle de Santo Domingo. Pasamos por delante del Convento de las Hermanas de la Cruz. Un tropel de mujeres se agolpaba a su puerta a la espera de ver lo que conseguía, mientras que unos niños desarrapados y pelados al cero bebían de la escuálida fuente que había en aquella plazuela. Al ver venir al padre, algunas de las mujeres

salieron corriendo, le besaron la mano al padre y comenzaron a contarle mil necesidades y desgracias, mientras se empujaban las unas a las otras. Seguimos hacia adelante. Pasamos por entre las iglesias de San Francisco y San Nicolás. Cambiamos el rumbo hacia la izquierda. La mole de un enorme edificio nos cubría con su sombra. Era el antiguo convento de los franciscanos, que posteriormente había sido ilustre colegio de escolapios y que, en aquellos días de 1942, el cardenal de Sevilla había constituido en Seminario para estudiar para cura.

La calle no estaba asfaltada. El mal olor la invadía por doquier. Por el centro de toda ella, como por la inmensa mayoría de las de aquel barrio, existía un canalillo. No sé si se había realizado a propósito, o si había surgido por azar o uso. Las mujeres tiraban los cubos llenos de suciedades a las calles. Con tales sustancias se incrementaba el contenido de lo que por el canalillo discurría. Desde la balconada de una de las pocas casas de aquella calle que tenía una primera planta se escuchó: *¡¡Agua va!!* Sin más precauciones, el contenido de un desvencijado cubo de lata cayó a la calle ante las carreras improvisadas de unos niños desarrapados.

Antes de llegar a la que denominaban “Esquina del Cristo”, entramos en una casa que se encontraba a nuestra derecha. A su puerta, sin ningún tipo de disimulo ante la presencia del cura, dos mujeres, sentadas en sillas de anea, despiojaban, acompañando la sanitaria acción con pellizcos retorcidos que iban y venían, a unos niños que, sentados delante de ellas en mugrientos banquitos de corcho, se afanaban, ante la presencia del cura, por liberarse de sus madres y de los pellizcos que les propinaban. Las señoras, una vez cazado el piojo con dos dedos, lo depositaban con sumo cuidado en la uña de uno de los dedos pulgares y, con el de la otra mano, lo estrujaban. Tras ello, daban dos golpes con las palmas de las manos, como sacudiéndose los restos del parásito que hubiesen quedado en las uñas. Terminada la cacería de momento, se pusieron de pie y saludaron al cura mientras que los niños le zamparon unos sonoros besos en la mano.

La casapuerta era muy pequeña. No lo había sido en su día, pero se le fue privando de espacio para, en su lugar, construir alguna habitación más para un nuevo “inquilino”. Un lejano recuerdo de lo que había sido un patio de vecinos se abrió ante nuestros ojos. En torno al patio había catorce puertas, asimétricamente situadas, delante de cada una de las cuales había colocada una cortina; todas ellas, mugrientas

y de los más variopintos colores y descolores. Algunas estaban realizadas con material de sacos de los de portar patatas. Eran catorce las familias que allí vivían, cada una en uno de los partiditos.

En cada uno de ellos tan sólo existía una habitación, y en alguno de los más privilegiados, junto a la “sala”, otro pequeño cuartillo. Los que tenían cuartillo, que eran los menos, lo utilizaban para comer y para estar. En estos cuartillos los únicos objetos que existían eran una mesa con un cajón en el que guardaban las cucharas, algunas de madera; unas sillas de aneas y unos banquitos bajos de corcho. En las salas, tanto de los que tenían cuartillo como de los que carecían de él, había una cama de matrimonio y un colchón de paja enrollado y atado en un rincón. En otras, la cama de los esposos y, junto a ella, otra más pequeña. El número de vecinos por partidito era variable, desde doce hasta tres. De este último era el de un matrimonio anciano con un hijo, mocito viejo, que vivía con ellos y dormía en el suelo en el colchón de paja.

Supe que, en las de mayor número de vecinos, la distribución, a la hora de dormir, se realizaba con cierto orden jerárquico. Los cónyuges, en la cama grande; las hijas mayores, en la misma cama y a los pies de sus padres; y los pequeños (niños y niñas), a la derecha de la madre. Los hijos mayores se repartían el espacio del colchón de paja del suelo, o de la otra cama pequeña los que la tenían.

Un callejoncillo oscuro, de unos escasos dos metros, llevaba a un pequeño corral. Una puerta daba acceso a la cocina común, sucia, de paredes oscurecidas. En ella, sobre un espacio alargado de ladrillos había nueve agujeros negros de hierro. Sobre cada uno de ellos, una olla. Era donde condimentaban, cuando se podía, el potaje. Al parecer, varias de las familias no poseían hornillos en aquella comunidad culinaria, debiendo preparar sus cocidos dentro del partidito o en el corral. En cada uno de los partiditos, un cubo servía para recoger los orines y excrementos que madre naturaleza hubiere provisto para cada día en cada uno de los inquilinos. Alguien, cuando el recipiente estaba llegando a sus límites, se encargaba de vaciarlo en la calle. Eso sí, mirando a un lado y otro de la misma, porque decían que los municipales ponían multas.

Impregnado de aquellas imágenes me dirigí a mi casa después de dejar al padre Ángel en la suya. Antes de marcharme, llamó a una de sus hermanas y le dijo que me diese unas naranjas. Las trajo dentro

de una chivata. Yo sentía vergüenza de cogerlas, pero el padre Ángel me insistió en que me las llevase. Así lo hice.

Por el camino de vuelta a mi domicilio no podía comprender cómo entre unas casas que estaban tan cerca las unas de las otras pudiera existir tantas diferencias. En las casas y en las personas. En el paisaje urbano y en el paisanaje. La única diferencia aparente era el oficio o profesión. Quienes vivían en las viviendas que habíamos estado visitando se dedicaban en su mayoría a la pesca y marinería, mientras que quienes estaban asentados en mi calle trabajaban, cuando había faena, en las labores del campo. No obstante, la diferencia y la manera de enfocar la vida eran enormes.

Llegué a mi casa. Entré en nuestra habitación. Mi padre estaba sentado en una silla. Con una navaja en la mano hacía costillas para coger pajaritos. Pero, en ese momento, tenía la mirada perdida en la pared de enfrente. Su expresión era adusta y melancólica. Le di un beso en la frente. Tras preguntarme de dónde había sacado aquellas naranjas, me dijo si me había pasado por la habitación del abuelo. Le contesté que lo iba a hacer en aquel momento.

-Ve, Pablito. El abuelo está muy mal. Se está muriendo lentamente con cuentagotas.

Entré en la habitación del abuelo. Di un beso a la abuela Dolorcita. Ella me dio varios besos ruidosos, como me había hecho desde siempre. Estaba sentada en una silla de anea junto a la cama donde yacía mi abuelo. Se encontraba boca arriba, tapado con una manta. Su frente sudaba y sudaba. Mi abuela le secaba el sudor con un pañuelo. Casi todas las vecinas de la casa, sentadas en sillas junto a las paredes de la habitación, acompañaban a mi abuela. La cara tostada de mi abuelo se había ido transformando de color cetrino. Tuve la sensación de que la nariz le había crecido y se había alargado en punta. Su respiración era muy lenta. A mí me parecía en algún momento que sus pulmones habían dejado de respirar. Me quedé mirándolo fijamente.

Nadie hablaba. El silencio parecía un homenaje al silencio del enfermo, como si las palabras fuesen a herir sus oídos ya agostados. Tan sólo, de vez en cuando, alguna de las mujeres soltaba un suspiro hondo, profundo, negro, como si brotase con dificultad desde lo más profundo de aquellas mujeres de vidas tronchadas, acostumbradas al sufrimiento, a las carencias, al hambre. Era el sino de todas ellas desde la cuna hasta la sepultura. Tan sólo habían disfrutado fugazmente del

esplendor oloroso de sus veinte años cuando el amor y la pasión lo cubrían todo de sensaciones nuevas y gratas. Aquellos suspiros profundos eran presagio de otros que saldrían de algunas de ellas, como un eco dolorido de la pena compartida, porque si algo había en aquella casa era solidaridad en todo.

Y allí estaba yo, solo, con mis cortos años también tronchados, como una rama joven del árbol de la vida cargada de arrugadas frutas desabridas. Me temía lo peor. Salí de la habitación. Al poco rato manó y se extendió por el patio un runrún de llantos apagados, silenciosos, como llantos sin lágrimas, como flores que de pronto se habían quedado sin fragancia, seca la savia de las ganas de vivir.

-Pobrecito, se ha muerto de pena. La pena es el puñal más asesino -me dijo la Caridaíta mientras me abrazaba junto al pozo de profunda agua negra.

De niño me llevaba mi madre con mis hermanas a jugar por el paseo que llamaban “La Calzada”. Cuando mi madre estaba sirviendo, precisamente en un hotelito que se adormecía en su belleza a la orilla de aquel paseo, le correspondía a mi abuela llevarnos a pasear. Con ello, matábamos dos pájaros de un tiro, veíamos a mi madre y jugábamos por La Calzada. Me resultaba fantástico aquel lugar. No sólo por el olor a olas de la mar que corría por él, como niños eternamente jugando al escondite envueltos en algas marinas; ni por la sensación de paz y sosiego de la gente que caminaba por ella; como si el tiempo no existiese, o como si todos los relojes se hubiesen adentrado por el pozo oscuro del tiempo, cesando de ser testigos de este; sino por la frondosidad inmensa de los eucaliptos, los “calistros” como los denominaba la gente de mi pueblo, y el enanismo de unas palmeras que aún no habían llegado a la madurez cansina.

Con la una o con la otra, siempre habríamos de seguir el mismo ritual. Corretear lo que quisiésemos, pero, eso sí, siempre a un tiro de piedra del banco en el que ellas se sentasen. De vez en cuando, o alguna de mis hermanas o yo nos acercamos a aquel lugar de “socorro” para el jadeante por las carreras y juegos, que era el banco, en el que, en una gran cesta de mimbres, la que nos acompañase en aquel día llevaba una botella de agua. Dábamos un trago. Se nos quitaba la botella de la boca, porque tanto la una como la otra decían que con mucha agua nos podía dar una alferecía; y nos la secaba frotándonos los labios con una servilleta de tela hasta enrojecernoslos. Y es que tanto la una como la otra serían pobres, pero a limpias no les ganaba ni la más limpia del lugar.

Cuando el cansancio nos hacía dejar los juegos y carreras, a los que siempre se sumaban otros niños que estuviesen por allí, volvíamos al banco de hierro y madera. Era la hora de la merienda. Un trocito de

pan negro y una barrita de chocolate en los días de más poderío; o un trocito de pan negro con un agujero en el que se había introducido aceite y azúcar y se le había vuelto a taponar con el migajón del que anteriormente se había desprendido. Casi nunca faltaba una naranja de la huerta del padre Joselito. De plátanos ni pensarlo, ya que era bocado exclusivo del señorío de la ciudad. En otras ocasiones tocaba higos chumbos, que mi padre traía, de las chumberas de los caminos, cuando iba a trabajar al campo. Pero los higos no nos gustaban, porque tenían en su interior unas pepitas muy desagradables. Masticándolas parecía que estábamos intentando comer los bolindres con los que los niños jugábamos en el Huertecillo en los días de solecito. Mi abuela nos incitaba a comer los higos chumbos afirmándonos que eran muy buenos para el crecimiento, puesto que tenían hierro.

–Abuela, hierro no sé si tienen; pero piedrecillas, de seguro que sí –le contesté alguna vez.

Merendábamos en un santiamén. Descansábamos un poco en el banco. Llegaba el mejor momento. Era cuando mi abuela nos contaba historietas sobre aquel paseo. Que si todo él había estado cubierto por las aguas; que si en el lugar donde se hallaba el hotelito donde trabajaba mi madre ataban los marineros las barcas y tartanas; que si allí habían desembarcado los reyes, cuando en España los había, y que se llamaban Reyes Católicos; que si allí había un edificio donde los escribientes de los duques cobraban un impuesto a toda criatura que entrase; que si, una vez que el mar y el río se fueron retirando más hacia la otra banda, aquel sitio donde nos encontrábamos se llenó de navazos, de montes de arena, de pitas, de matorrales, y de gente de mal vivir que se escondían de la justicia...

–Abuela, ¿y tú conociste todo eso? –le preguntó un día mi hermana mayor.

–¡Qué va, criaturita! ¿Te crees que vine en el barco de los Reyes Católicos y me dejaron aquí por fea? Eso fue mucho antes de que yo naciera.

Cuando yo tenía ya cumplidos los trece años, aquel paseo iba cambiando de fisonomía. Habían ido desapareciendo desde hacía algún tiempo, creo que fue cuando terminó la guerra civil en la ciudad, los centenarios eucaliptos, porque sus raíces, extendiéndose como serpientes por debajo de la tierra, no sólo se tragaban toda el agua subterránea, sino que iban deteriorando los cimientos de los hotelitos de la

Calzada. Se tuvieron que arrancar aquellos grandes árboles. Fueron sustituidos por moreras. Eran las que nosotros, el Pajarito, el Bizco, el Lápida y yo, estábamos contemplando una tarde que dirigimos nuestros pasos hacia aquel lugar. Nuestro objetivo era otro, pero como era muy temprano todavía, aprovechamos para zamarrear las moreras, o subirnos a ella a coger moras para comérmolas, así como hojas para que comieran los gusanos de seda que teníamos en nuestras casas en una caja de zapatos.

Siempre había algún gracioso que, al vernos en lo alto de la morera, gritaba: –¡¡Guarda, que se llevan las moras!!–. Bajábamos del árbol corriendo como pollos descabezados, sin saber hacia dónde dirigir la carrera, dándose la circunstancia de que a veces corríamos cada uno hacia lugares distintos. Incluso, alguna vez nos observamos corriendo, sin darnos cuenta de lo que hacíamos, hacia el mismísimo guardia, que venía fortalecido y amenazante con una porra de cuero en la mano, cuando lo que queríamos era huir de él. Algo resultaba indiscutible, al chivato se la guardábamos y, en cuanto le trincásemos, la venganza terminaría en riñas y puñetazos.

Aquella tarde no pasó nada de eso. El suelo estaba lleno de moras. Los cuatro las cogíamos y, sin lavarlas, nos las comíamos. Tan sólo le soplábamos, como si con el aire de los pulmones las moras quedasen limpias y desinfectadas. Luego, pasaba lo que pasaba... que, ante algún movimiento peristáltico o apretón de tripas, teníamos que buscar cobijo agachado detrás de los muchos matorrales que había por aquel lugar, porque nos íbamos como mirlos viejos.

Paseamos por La Calzada haciendo tiempo para la pretensión que nos habíamos programado. Nos comportamos con algunos que se hallaban subidos en las moreras de la misma manera que otros habían hecho con nosotros: –¡¡Guarda, que se llevan las moras!! – gritamos los cuatro a una. Cómo corrían. Cómo se apresuraba tras ellos el guarda, con la malsana intención de dejarles con la porra algún morado de recuerdo de aquella aventura; pero, por más que les perseguía el guarda, más corrían los mocetes. Pasamos por delante del Preventorio. Dijimos alguna guarrada de las habituales a las niñas que se encontraban en los jardines delanteros de la casa. Incluso ¡qué brutos éramos! tiramos alguna piedra en dirección hacia ellas, ante el susto y el griterío de algunas. Salimos corriendo. Subimos al Monte Barbita. Era como estar en el desierto. Subíamos

hasta lo alto y nos tirábamos hacia abajo revolcándonos por la arena. El Lápida pasó el “informe”.

–Los niños señoritos están jugando a la paleta –que era como él denominaba al tenis. Buscamos piedras. Con aquel arsenal en los bolsillos del pantalón y de la camisa, así como en las manos, comenzamos a tirarlas en dirección hacia el campo de tenis en el que estaban jugando. ¡La que largaron por las boquitas! ¡Trabajo tendrían sus sirvientas para limpiarles aquel día la lengua de tanto taco lanzado al aire como víboras sangrientas! Corríamos como galgos. Lo último que escuché es que nos llamaron “rojos piojosos” y que nos iban a llevar a las tapias del cementerio.

Cruzamos campo a través hasta llegar a otro camino, paralelo a este, que iba desde la Banda de la Playa hasta el Castillito de Bajo de Guía. Unos llamaban a aquel camino el “Callejón de las Lías” y otros el “Cabo Noval”. La verdad es que durante mucho tiempo estuve equivocado en relación con el origen de tales nombres. Había escuchado decir en muchas ocasiones: “Esa o ese tiene un lío con alguien”, por lo que relacioné aquel callejón con el lugar más adecuado para los “líos” por su oscuridad, por su arenal intransitable, por sus abundantes caminos y veredas, y por sus muchos cerros y matorrales, por una parte; y por otra, lo relacioné con las “mujeres malas” que trabajaban en el Maci. Lo de “Cabo Noval” pensaba que sería por algún héroe de la guerra civil. Me equivoqué. Ni lo uno ni lo otro.

Lo del Callejón de las Lías provenía de que así eran denominadas las aguas de desecho que, saliendo de las bodegas, corrían a sus anchas por aquel callejón antes de que se canalizase y modernizase. Lo de Cabo Noval no era por un héroe de la guerra civil, sino por un héroe de la guerra de Marruecos. Un tal Luis Noval Serrano, cabo de infantería, natural de Oviedo, y muerto heroicamente en dicha guerra que, según me contó mi abuela, se había hecho muy popular al airearse sus gestas. La verdad es que también murieron en ella algunos sanluqueños. Pero, en fin, cosas de la vida.

Llegamos a nuestro objetivo, la espalda del Maci. Cerca de allí había varias cochineras. ¡Cómo apestaban! Buscamos un lugar estratégico. Fue detrás de un cerro de arena. Allí nos tiramos boca abajo los cuatro a la espera de lo que conseguíamos ver. La tarde iba cayendo. Lentamente. Se me figuraba que arrastraba el cansancio de la jornada como los camperos cuando volvían de echar la peoná. El Bizco, el

Lápida y el Pajarito habían oído hablar de la Fructu, pero no tenían el conocimiento que yo tenía de ella, simplemente porque, llevado de mi natural curiosidad ante aquello que me interesaba, había metido el ojo desde niño en su casa, que estaba muy cerca de la mía; había oído hablar de ella a las vecinas en el patio y en el corral; y a los hombres, en el campo; y, sobre todo, mi abuela, viendo que ya me iba saliendo bigotillo, me habló mucho de la Fructu, como intuyendo que a ella correspondía prepararme para la lucha de la vida.

Amenicé la espera contándoles a mis amigos algo de lo que sabía de la Fructu. Era, desde niña, una mujer de bandera. Tenía, a pesar de que iba siempre muy descuidada cuando niña, una cara bellísima, unos ojos negros y profundos que partían el pensamiento, un pelo negro azabache, y unas manos de nácar. A mí siempre lo que más me había atraído de ella era su cintura de avispa, sus amplias caderas, y sus andares. Lo que menos, sus piernas un poquito arqueadas. Les conté a mis amigos su historia. Tal como me la había contado mi abuela.

Siendo muy joven la Fructu, apenas tenía unos dieciséis años, su padre, pues la Fructu era desde muy joven huérfana de madre, la llevó a servir en casa de unos señoritos de muchos posibles. En la casa fue muy bien acogida. Su belleza, sin embargo, le traería la ruina, porque hay dones que Dios da y la naturaleza tergiversa. En aquella casa abundaban los hombres. El padre de familia y cuatro hijos varones. La madre, beata como ella sola, estaba en la luna. Sólo pensaba en misas, rosarios, procesiones, novenas, estampitas y confesiones. Se estaba confesando constantemente, porque tenía una conciencia muy escrupulosa. La Fructu, entre tanta varonía, cayó estupendamente... pero ahí estuvo su problema, porque se juntaba el hambre con las ganas de comer. Las demás sirvientas bien que se lo habían avisado.

–Fructu, tú a lo tuyo... ¡jajo con todo!... que son buitres rompebragas el señor y los señoritos –le decía la Rosario, la sirvienta más vieja que se encargaba de la cocina–, y, sobre todo, ojo con el mayor de los señoritos y con el señor... y no se te ocurra contarle nada a la señora, que es una meapila y una mosquita muerta. De pellizquillos en el trasero no te vas a escapar, como no se ha librado ninguna de las de la casa, pero ciérrate como una monja de clausura cuando pretendan propasarse y lo quieran todo... ¡ah!... y no te creas nada de las promesas que te hagan. Son todos iguales... van a conseguir lo que les carcome las entrañas y luego ¡al cuerno las promesas! ¡Si te jodí, no me acuerdo!

Ten las piernas como la boca, siempre bien cerradita con un candado del diez. ¡Ah! Y cuando te digan que te subas a una escalera de mano, que ellos te aguantan, tú les dices que no puedes, porque te mareas.

Y empezó el deslizadero de la Fructu. Cuando el varonerío olió a carne fresca y rosada, se reactivó. Era mucho ataque para tan poco contraataque, porque la Fructu, en ningún momento, podía olvidar el hambre que tenía que aliviar en su casa con lo que ella sacaba de su trabajo. Y pasó lo que tenía que pasar.

El bizco, el Lápida y el Pajarito seguían la narración con los ojos clavados en mí.

–¿Y todo eso sabías tú? Pues sí que te lo tenías calladito –le dijo el Lápida.

–Y ahora viene lo peor. La Fructu quedó preñada del señor de la casa. Ella lo sabía, porque los señoritos nunca habían podido pasar de algún que otro manoseo, o de algún achuchón en cualquier rincón o galería, del que la Fructu se libraba con palabras mágicas, desoyendo cuantas promesas le hacían: –Me deje, señorito, que se lo digo a su señor padre.

Cuando la preñez comenzaba a hacerse visible, cosa que no pasó desapercibida para el señor de la casa, la Fructu desapareció un buen día. El señor la buscaba como loco. Apremiaba y urgía a las demás sirvientas a que le dijiesen dónde se encontraba la Fructu. Mandaba a trabajadores de su bodega a casa de la Fructu a preguntar por ella. Todo resultó ineficaz. Nadie sabía nada de su paradero. El señor de la casa calculó el tiempo del parto. Cuando consideró que este ya se tendría que haber producido, fue a las tres parroquias de la ciudad para comprobar si se había bautizado en aquellos días algún niño de padre desconocido. En ninguna de ellas había constancia de que así hubiese sido. Se dirigió al enterrador. Dándole unas pesetas, este le juró que en el cementerio no se había enterrado, ni de derecho ni de hecho, el cadáver de ningún niño recién nacido. Se dirigió incluso a las tres matronas que había en la ciudad. Nadie sabía nada. A la Fructu se la había tragado la tierra.

Pablito recordaba con qué misterio y cuántas veces se lo había contado a él su abuela. Dio a la narración el mismo tono ante la mirada de sorpresa de sus amigos.

La Fructu había estado escondida en una casucha de campo en donde vivían los padres de una compañera del servicio, allá por donde

los Altos de las Cuevas. Allí no la podían encontrar, porque aquellos viejos nunca salían de aquel lugar, hasta tal extremo de que para mucha gente ya habían fallecido. La Fructu parió un niño, pero este nació muerto. Su compañera y ella lo envolvieron en unas toallas. Llegó la noche. El padre de su compañera hizo un agujero con un azadón junto a un árbol. Allí enterraron al niño. Nadie se enteró de nada.

Resultaba evidente que había algo más, pero Pablito terminó con la narración, porque ya estaba oscureciendo... y allí habían ido a lo que habían ido. Les prometió que ya terminaría de contarles toda la historia de la Fructu.

De aquella narración, que más bien parecía tener tonalidades fantasmagóricas, los cuatro pasamos a la realidad de aquel momento. Olía a brisa de la mar. Todo era silencio. Tan sólo se oía el revoloteo de los pájaros que parecían lanzar su último adiós al día, antes de adentrarse en el interior de las copas de los árboles y entregarse en los brazos de un sueño reconfortante. De las ventanas del Maci emergían tenues lucecillas. En ocasiones, se rompía el apacible silencio por las risas y carcajadas de los hombres que en su interior esperaban turno.

Nos atrevimos a acercarnos silenciosamente algo más a la casa. La ventana del salón estaba abierta de par en par. Ya los grillos habían entonado su lujurioso canto. Los hombres reían y se gastaban bromas groseras mientras bebían unas copas de vino. Eran hombres rudos, jóvenes, de piel arrugada por el exceso de frío o calor, de ropaje humilde. Todos, curtidos por el sol en las faenas del campo o de la mar. Entre ellos se encontraban también algunos que vestían el uniforme de la Marina, todo de blanco y con una especie de peto, pero sobre la espalda, si bien la atadura caía sobre el pecho.

Fuera no había nadie. Nos atrevimos a mirar con sigilo por alguna de las ventanas de la parte de atrás, entreabierta por el calor. Una mujer estaba tendida boca arriba en la única cama que había en la habitación. Era una cama de sábanas blanquísimas. Se desprendía de ellas un olor especial, mitad del sudor y mitad del sahumero de alhucema. A pesar de que en la habitación se veía vagamente, fue suficiente para que pudiésemos contemplar cómo la mujer tenía las piernas abiertas y dobladas por la rodilla. Encima de ella cabalgaba un marino del todo desnudo, que había dejado en desorden el uniforme blanco encima de una silla. Los dos jadeaban. Se veía correr el sudor desprendido de ambos cuerpos. Miramos fijamente. Yo sentía los

latidos de mi corazón. Parecía que se me iba a salir por la boca. El Pajarito, el Lápida y el Bizco no se creían lo que estaban viendo. Tal vez lo que más me impresionó fue aquella respiración anhelante, simétricamente sincronizada.

Escuchamos de pronto el ruido de una puerta que se abría, la única puerta que había por la parte de atrás de la casa. Nos quedamos inmóviles.

–¡Socorro, socorro!... –gritó un hombre con voz afeminada, bajito y tan moreno que parecía de otras tierras, mientras tiraba al campo el contenido de una palangana de agua– ¡Señora, señora!... venga usted, que unos hombres nos están espionando!... Ay, por Dios... esos son de la brigadilla... ¡Señora, señora!

–Pero, ¿qué te pasa, Cotufa? –le dijo la Fructu mientras salía de la casa, al tiempo que los cuatro salimos corriendo como dicen que corrían antiguamente los gitanos cuando se encontraban por los caminos con la Guardia Civil.

–¡Anda, loca... si son sólo unos chiquillos curioseando! ¡Anda, anda, no des más sustos, que no están las cosas para ellos!

Seguimos corriendo hasta adentrarnos por la Calle de la Mar. Del reloj de la iglesia sonaron diez campanadas.

Las historias que habíamos oído de la guerra civil nos llamaron la atención, ya que, de alguna manera, nos habían impactado en el momento en el que nos las contaron, pero, como nada de aquello lo habíamos vivido en nuestras propias carnes, porque cuando comenzó teníamos unos seis años, tan sólo en algunas ocasiones volvíamos a hablar de ello. El Bizco rechazaba que hablásemos de aquel asunto, porque decía que su madre se lo tenía prohibido. De eso se negaba siempre a que hablásemos, pero no de lo de la Fructu. A la primera oportunidad, y esta no tardó en llegar, el Lápida, el Pajarito, y el Bizco, que se había aficionado más a venir con nosotros, si bien por poco tiempo, porque, como decía mi abuela, era como su padre, muy voltario, me pidieron que continuara la historia de la Fructu. Así lo hice. Bien que me explayé. Recuerdo que, más o menos, les fui contanto lo que sigue.

Desde niña, la Fructu se había criado como una perrita callejera. No había disfrutado del calor de una madre, porque la suya murió muy pronto. Su padre encontró cobijo a su pena en los rincones de las tabernas y en el alcohol. Ya desde pequeñita decía todo el mundo lo guapa que iba a ser. En el su barrio había mucha afición al cante y al baile, si bien la colonia de gitanos estaba asentada, desde muchos años atrás, en otras partes de la ciudad.

Cuando escribo lo que intento recordar de lo que, en aquellos días de nuestra adolescencia, le contaba a mis tres amigos sobre la Fructu, me viene a la memoria lo mucho que me aficioné al cante flamenco, precisamente cuando las circunstancias de mi vida me impedirían disfrutar en directo de aquellos cantarores que actuaban en café teatro, en compañías de espectáculos, e incluso en las tabernas. ¡Cómo le gustaron siempre el cante y el baile a mi padre y a la pobrecita de mi madre!

Posteriormente, cualquier libro que cayese en mis manos sobre el asunto lo leía de punta a punta. Me identificaba cada vez más con aquel arte, porque deduje cómo el cante flamenco siempre sirvió para expresar los sentimientos desgarrados de una raza marginada, la de los gitanos. Por este carácter de marginación fue por lo que un pueblo destrozado, apesadumbrado y lleno de miserias, como fue el de mi infancia, encontró en él la manera de expresar el mismo sentimiento común de marginalidad y disidencia. Lo que iba conociendo por la escritura coincidía con los recuerdos de mi infancia. El flamenco llenaba algo las muchas horas de aburrimiento por aquellas calles y casas en las que anidaba, años tras años, el hambre y el abandono. De ahí que fuesen muchos los aficionados al flamenco, no sólo a escucharlo y verlo, sino a practicarlo. Por todo ello, en muchas tascas se colocaba un cartel que decía: “Se prohíbe el cante”. El cartel servía de poco cuando la manzanilla caldeaba las entrañas; y la boca, el mundo de los sentimientos. Si había que callar ante la presencia de algún guardia municipal, cosa más que improbable, porque por aquellas calles aparecían bien poco, quedaba la calle y... ¿quién le puede colocar puertas al campo?

No se me han olvidado nunca aquellas imágenes de la infancia. En cuanto sonaba alguna soleá, o una siguirilla, o una toná, o un fandango, o una petenera, o una sevillana, allá que aparecía la Fructu y se ponía a bailar como un trompo. Lo hacía siempre descalza. Yo llegué a pensar si aquel cuerpo tan bonito no tendría las piernas arqueadas de tanto baile. Los borrachos eran groseros con ella. Ahí mantuvo firme su recia personalidad. Otra cosa era cuando le tiraban los tejos mocitos con algunas perrillas en el bolsito, o alguno que a ella le hiciese tilín.

Esto llegó a ser tan generalizado que un avisgado mozalbeta del Barrio montó su particular “negocio” para niños y adolescentes. En una de las calles tenía su abuela una accesoría en la que guardaba la paja para venderla. Pues bien, se buscó una maquinilla de proyectar peliculillas, que funcionaba moviendo una manivela con la mano. Les cobraba a los niños una perra gorda por entrar a ver aquellas películas, en las que se proyectaba unas imágenes que adquirirían movimiento en la pared. ¡La que se montaba allí! Los niños revolcándonos por la paja. Las niñas gritando. Más de una vez entró de pronto alguna madre, en medio de la proyección, y sacó a babuchazos de aquella verdadera “antesala del infierno” a su criaturita.

Cuando, por estas razones, la presencia femenina fue desapareciendo, el precoz “comerciante” recurrió a una estrategia. Ponía en la puerta su cebo publicitario, inserto con tiza en una pizarra de la que los niños utilizaban en las “migas”. Figuraba en la pizarra el título de las imágenes a proyectar y esta frase mágica: “Vendrá la Fructu”. Claro está que la Fructu iba, pero lo hacía percibiendo del mozalbete “comerciante” una determinada cantidad de perritas por su presencia con derecho, por parte de los asistentes, durante la proyección a una mano larga, un roce, un achuchón y algún que otro revolcón por parte de los mayorcitos y de los más atrevidos. Así comenzó la Fructu a experimentar cómo tenía en su propio cuerpo un instrumento para sacar algún dinero.

Claro está que su comportamiento le trajo indeseables consecuencias cuando fue dejando de ser niña. Los hombres la asediaban. Los mozalbetes, atacados por las primeras punzadas, la perseguían a muerte. Las amigas la abandonaron. Las mujeres la ofendían y se la tomaban a chanza. Su fama de niña-mujer alocada y que tenía propensión a hacer favores se fue extendiendo tan veloz como irremediablemente. La Fructu, aun sin tener clara conciencia de ello, se fue cavando su propia fosa, de la que no podría salir nunca, porque siempre le acompañaría la soledad, el cartel de mujer objeto, que tan sólo sería valorada mientras la caprichosa juventud asomase por alguna de las ventanas de su cuerpo.

No obstante, enamoró a muchos. Algunos le ofrecieron matrimonio, pero a la Fructu le faltaba sentido común y fuerza de voluntad para comenzar una vida nueva, aunque fuese, como le propuso alguno, lejos de la ciudad. La fortuna había echado sus cartas y a la Fructu le había tocado aquellas. Por todo ello, y para quitarla de la calle, fue por lo que su padre habló con aquel señorito y la puso a servir en su casa.

Tras esta digresión sentimental de aquellos recuerdos de la infancia, vuelvo a lo que conté sobre la Fructu al Lápida, al Pajarito y al Bizco, como venía haciendo líneas atrás. Parecía que, con la experiencia en la casa del señorito, la Fructu iría a cambiar de vida. No fue así. Con su belleza y su sonrisa picarona volvería a adentrarse, pasado algún tiempo, en aquel mundo, tan sólo abandonado durante el corto espacio de tiempo en que había estado sirviendo. Tras la muerte de su hijo, la Fructu, que parecía desaparecida para siempre, y de la que se dijo que había abandonado la ciudad, se había quedado a vivir con los padres de su compañera de trabajo. Nadie supo de ello. Allí al menos

estaría lejos de los chismorreos y del desprecio sufrido, ya que, para la sociedad, ni aquellos viejos ni la Fructu interesaban para nada. El señor, padre del niño de la Fructu, pasado algún tiempo y con la llegada de nuevas mozas a servir en la casa, se olvidó de ella.

Pero había que sacar para subsistir. Desde entonces, tanto ella como su amiga que, fallecidos sus padres, había dejado de servir, comenzaron a estar siempre presentes en las juergas que los señoritos se montaban en la parte más privada de la bodega, que denominaban la “sacristía”. Fue plato de muchas bocas.

Un día, después de bastantes horas de jolgorio y jarana en una bodega, en las que la Fructu había bebido y bailado, junto a otras mujeres buscadas para amenizar aquellos encuentros, se le presentó inesperadamente lo que iba a suponer un cambio radical en su vida.

Caían los primeros rayos de sol sobre los adoquines de la estrecha calle en la que estaba ubicada la bodega. La Fructu y su amiga esperaban, cerca de una puerta privada de la bodega, a que llegase un coche de caballos, que les ponía uno de los señoritos bodegueros para traerlas y llevarlas. Por delante de la puerta pasaban señoras vestidas de negro, con la cabeza cubierta con un velo del mismo color. Iban a escuchar alguna de las primeras misas que se oficiaban en las iglesias del Barrio Alto.

También iban desfilando a toda prisa, los repartidores de pan, montados en bicicletas con los serones llenos de aquel producto. Algún jornalero, de gesto cansado, se dirigía a echar la peoná en la viña. Se habían ido las sombras de la noche, cargadas de imágenes oníricas y de abrazos sin fuerza, dejándolas aparcadas a la orilla de la dura realidad de sus vidas. Allí estaban las dos, colocadas como trastos de usar y tirar, como testigos de los desgarros que la vida trae consigo.

La Fructu cerraba los ojos y se proyectaban en la pantalla de su mente rostros y rostros distorsionados, miradas lujuriosas, bocas babeantes, manos de dedos interminables. El silencio que serpenteaba por aquella calle casi solitaria hacía más potente los restos del ruido de la noche pasada en la sacristía. No había lugar en la Fructu para la melancolía, porque esta viene cuando alguna vez se gozó de algún sentimiento veraz y gratuito. No era su caso. Ni a la melancolía tenían derecho mujeres como la Fructu. Sólo aquello, la mezcla de la fragancia que se desprendía de las botas en su crianza de la manzanilla y de los orines fosilizados por calle tan solitaria.

Evidentemente no fue esta la narración oral que hice a mis tres amigos. Sólo es una recreación escrita, aderezada por los concimientos y las lecturas de tantos años de soledad amarga. Aun así, cuando en aquellos años les estuve contando al Lápida, al Pajarito y al Bizco cómo fue evolucionando la historia personal de la Fructu, recuerdo que este último me interrumpió y dijo:

–¡Mecachis, como se enrolla el Pablito! Hasta dice palabras raras. Para mí que se le están pegando las cosas del cura.

Todos reímos. Me sentía importante. La verdad es que, con los años de estancia en la escuela de los Hermanitos había aprendido bastante. Incluso sabía diferenciar un lenguaje adecuado del que no se ajustaba a las normas de la gente con cultura. Seguí contándoles lo que yo había sabido de la Fructu, oído sobre todo de los hombres que trabajaban con mi padre en el campo cuando yo le acompañaba para ayudarle. Porque de aquellos hombres bien poco escuché de la guerra ni de los problemas sociales en aquellos años; pero mucho de mujeres. Tal vez porque considerasen aún que lo primero sería peligroso para mí, pero no lo segundo.

La Fructu sintió de pronto una mano en el hombro. Abrió los ojos. Miró. Era uno de los señoritos que había asistido a la juerga. Se decía que tenía el seso absorbido por la Fructu.

–Fructuosa, quiero hablar contigo.

–¿Cree usted que es el momento? Estamos muy cansadas –el señorito intentó llevársela hacia adentro de la bodega.

–No... si puede usted hablar delante de la Mariquilla. Es como mi hermana... además, ella es una tumba. Esta no es como otras; a ella no se le escapa nada de la boquita.

–Mira, Fructuosa, yo te quiero quitar de todo esto. Tú te merece una vida mejor. No quiero que andes como la falsa moneda, de mano en mano. Quiero que tengas una vida tranquila.

–¿Y?

–Pues, que seas sólo para mí.

–Eso lo dicen todos... cuando tienen dos copas de vino y cuando se ponen encendidos... pero... luego, nada de nada. No cumplen lo que han prometido.

–Que no, chiquilla, que no. Que yo no soy así. Estoy loco por ti. Y no estoy dispuesto a perderte ni a que tú te pierdas, porque más

pronto o más tarde, si sigues por este camino, te van a perder... ¡que te lo digo yo!... que te van a arrastrar a la ruina, que te van a hacer una desgraciada para siempre.

-¿Más desgraciada?... ¿usted se cree que a nosotras nos gusta esta vida?... pero... es lo que hay...

-Pues esta vida se va a acabar. Vamos, si tú quieres.

-Claro que quiero, señorito, pero... es que no puede ser.

-Pues va a ser. Mira te hago una propuesta formal. Entre tú y yo. Tengo una casita en el Callejón de las Lías. Es pequeña, pero muy confortable. Se llama "Villa Carlota". Está en un sitio muy discreto. La mando arreglar y le digo a mi señora que la he vendido, porque no nos servía para nada y además se estaba estropeando por el abandono y la humedad. Y allí que te vas tú a vivir.

-Eso... y cuando usted se aburra de mí... a la calle. ¡Ni hablar!

-Fructuosa, que no es eso. Que voy en serio. La casa la voy a escriturar a tu nombre. Que va a ser tuya y para siempre.

-No me lo creo, señorito. Perdóneme, usted, pero, si le dijese otra cosa, lo estaría engañando, y yo a usted no lo engaño.

-Anda, chiquilla, fíate de mí, que va ser así. Va a ser tu casa. Que una escritura es algo muy serio, que se formaliza ante un notario y que queda recogida en el registrador de la propiedad.

-Sí, sí... yo no sé leer. Se conchaban todos esos señores contra mí y me largan gato por liebre.

-Mira, chiquilla, que eso no es posible. Una escritura de propiedad es una escritura de propiedad. Y eso va a misa.

-Pero, señorito, ¿quién se va a creer que la Fructu tiene dinerito ahorrado para comprar una casa?

-Lo tengo todo pensado, chiquilla. La casa no te la vendo a ti. Se la vendo a un empleado de la bodega, pero en el mismo acto se hará otra escritura por la que la casa pasa a ser de tu propiedad. La escritura de mi empleado es la que yo enseñaré a mi mujer, y la de este cediéndote la casa, es la que pasará a tus manos.

-Mire usted que esa escritura se la enseñaré al padre Ángel antes de decir que sí.

-Se la podrás enseñar a quien tú quieras. Verás cómo la casa será tuya. Todo estará en regla.

–Bueno, pero al padre Ángel se la enseñaré como si me estuviese confesando, porque los curas no pueden decir nada de lo que escuchan en la confesión.

–Me parece muy bien. Yo le diré que lo he hecho como una obra de caridad para quitarte de la calle. Y todos contentos.

–Ay, Fructu, ¡por Dios!... no seas tan pesada... ¿no ves que el señorito viene por derecho –intervino la Mariquilla, en parte porque estaba ya reventada, y en parte porque veía que su amiga podía hacer un buen negocio. Además, si la engañaba, pues... una vez más... si ese era su sino.

–¡Ah! Chiquilla –agregó el señorito–, pero... tienes que cumplir una condición. Yo correré con todos los gastos, pero allí no entra ningún hombre.

–De acuerdo, señorito... me fiaré de usted, pero la Mariquilla se viene a vivir con una servidora... es tan buena y somos tan buenas amigas.

–Me parece bien. Así no estarás sola. Yo, con toda la discreción del mundo, iré a visitarte cuando pueda. ¿De acuerdo?

–Sí, señorito... me voy a fiar de usted.

Fueron las últimas palabras de la Fructu en el preciso momento en el que el coche de caballos paraba en la puerta de la bodega para llevarlas a su casa. Todos salieron ganando. El señorito tuvo comida y cama cuando quiso. La Fructu y la Mariquilla se encontraron viviendo como dos señoras.

–¿Y quién era el señorito? –preguntó el Lápida.

–Mira Lápida, te digo lo que me dice siempre mi abuela: “Se dice el milagro, pero no el santo”.

Los cuatro nos reímos, pero la verdad era que yo nunca me enteré. Rumores había a montones, pero aquel señorito y las dos mantenidas fueron tan discretos que, a ciencia cierta, no se podía probar quién era el caritativo y enamorado señorito.

El que fuese –seguí con mi narración a mis tres amigos– ya debe de estar enterrado, porque, desde hace algún tiempo, aquella Villa Carlota se había transformado en El Maci que conocemos. Mi abuela también me contó que el nombre de Maci se lo puso un cliente francés. Este le dijo a la Fructu que en París había un cabaré que tenía aquel nombre. A la Fructu, convertida ya en la joven jefa de aquella casa, y a

las demás chicas que allí trabajaban les pareció un nombre más fino, y ¡zas! Maci se comenzó a llamar y así quedó.

–Pablito, te digo una cosa –dijo el Pajarito– en cuanto podamos y nos dejen entrar, yo me apunto a hacer una visita al Maci, pero no a verlo desde el cerro, sino desde dentro.

–Pagando, claro –dijo el Lápida.

Todos reímos. ¿Llegaría pronto para los cuatro aquel momento?

Nos levantamos del banco de hierro y madera de La Calzada. Como siempre, los chiquillos merodeaban alrededor de las moreras en busca de moras y de hojas; estas últimas para alimentar a los gusanos de seda. Los miramos con cierto desdén. Aquello era cosa de niños. Nosotros ya teníamos otras preocupaciones propias de hombres. Cruzamos la Plazoleta de los Cisnes. Entramos por la calle Ancha. Unos niños con latas en las manos iban recogiendo colillas, mientras que algún hombre, que hacía la misma operación, les gritaba desaforadamente amenazándoles con pegarles. Pasamos por la calle Angosta. Cada uno de nosotros comenzó a dirigirse hacia su casa. En nuestras mentes pugnaban los deseos de vivencias nuevas y el imán de unas oscuras tinieblas. Al Lápida le esperaba la soledad de su abuelo; al Pajarito, el misterio de su madre, siempre metida en la cama; y a mí, contemplar la tristeza hundida en el corazón de mi padre, mal apagada por un vaso de vino junto a la mariposa de corcho que iluminaba la sala.

Habíamos terminado el periodo oficial de estudios en la escuela, pero los Hermanitos nos propusieron que siguiésemos un tiempo más en la clase de los mayores a la espera de que nos encontrasen un trabajo. La verdad era que, con aquella estrategia, los Hermanos protegían de la calle a sus alumnos, una vez que habían terminado los estudios oficiales. Era una escasísima minoría la que continuaba cursando estudios superiores en otros centros. Eso estaba reservado para la gente de posibles. De esta manera seguimos juntos el Pajarito, el Lápida y yo.

Cada vez íbamos conociendo más profundamente la realidad de nuestra ciudad. Y cada vez nos gustaba menos lo que conocíamos. Aunque habíamos vivido y vivíamos en situación de pobreza, nunca nos había faltado el plato de “poleá”, ni el pan con aceite y azúcar, ni las naranjas, ni el potaje de turno. Ello, no obstante, no era óbice para que viésemos, sobre todo cuando acompañábamos al padre Ángel en sus visitas domiciliarias, a tanto hombre parado y tanta carencia de cultura y alimentos. Mi abuela, cuando hablábamos de la situación, siempre decía lo mismo, aunque bajando el volumen de su voz, hasta casi transformarla en un susurro: “Con Negrín, billetes de mil; con Franco, ni cerillas en los estancos”.

Los tres nos habíamos criado en la calle. Nuestras casas no reunían condiciones para permanecer en ella durante mucho tiempo. En la calle habíamos jugado a los trompos, a los bolindres, al dar con los tapones de las botellas, al esconder, a las luchas de los niños de una calle con los de otra, y al fútbol en la explanada del Pino o en el Huertecillo. Todo ello lo veíamos ya muy lejano cuando, en nuestra cronología vital, estábamos a punto de abandonar nuestros catorce años y adentrarnos en los quince. Habíamos vivido aún muy poco, pero a nosotros, sin embargo, con nuestras perspectivas, lo recién pasado nos parecía ya lejanísimo. La verdad era que no fue así.

Aunque seguimos yendo por la escuela, el día que abandonamos las clases oficialmente, para comenzar poco después a trabajar en lo que los Hermanos nos buscaran, sentíamos los tres en nuestro interior una cierta quemazón, mitad de nostalgia y mitad de tristeza e inseguridad, al salir de aquel cascarón del huevo protector que nos había cobijado durante varios años. Desde aquel día, de alguna manera, los tres nos habíamos vetado la participación en los viejos juegos infantiles. Ya éramos hombres. Habíamos cambiado la voz, quien más y quien menos, pero habíamos cambiado, como se había ido transformando nuestro cuerpo, hasta el extremo de pensar que este resultaba demasiado grande y destartalado para el espíritu que llevábamos dentro.

Recuerdo que las aficiones anteriores las fuimos sustituyendo por otras nuevas. Descubrimos el placer de pasear, no el trote anterior espasmódico y alocado. Íbamos a casi los mismos sitios, pero lo hacíamos de una manera contemplativa, como buscando en ellos aquello que anteriormente había estado oculto para nosotros. Hablábamos mucho en nuestros paseos, pero el contenido de estas conversaciones ya no era el contarnos anécdotas, sucesos y chismes. Hablábamos de nosotros mismos, de nuestras familias, de los problemas que observábamos en nuestro alrededor, de las niñas, del sexo, del Maci... y de cuántos asuntos más, pero siempre hablábamos.

Nos aficionamos a conocer las calles de nuestra ciudad. Ahora disponíamos de más tiempo, a la espera de comenzar a trabajar en algo, aunque el Pajarito y yo seguimos ayudando al padre Ángel en la iglesia hasta que aprendiesen el oficio unos nuevos monaguillos. Comprobamos, con sorpresa, cómo, siendo una misma ciudad, había tanta diferencia entre el Barrio Alto y el Bajo. Tal diferencia existía de tiempo atrás, pero parecía que la guerra pasada había dejado marcada huellas más distanciadoras.

En ambos barrios había núcleos de casas de relevancia en donde residían gentes hacendadas y allegadas al nuevo régimen político, pero, a sus alrededores emergían viviendas pobres con personajes martirizados en el interior y carentes en lo exterior. Intuíamos que unos recuerdos siniestros culebreaban, y lo seguirían haciendo durante mucho tiempo, especialmente por algunas calles del Barrio Alto: la sangrienta Calle de los Ganados, la bélica San Antón, la Calle Puerto con sus enfrentamientos con los Regulares y, sobre todo, el

sombrío Castillo y, a sus pies, el Hospital, en donde había muerto la primera víctima de la guerra del bando franquista.

Donde disfrutábamos realmente era en las zonas de amplia vegetación que rodeaba la ciudad con huertas, navazos y pagos. Paseábamos, a veces incluso sobre bicicletas prestadas, por el Palmar de San Sebastián, la Gallarda, el Pozo Nuevo, Santa Brígida, los Altos de las Cuevas, los Pinares, las tierras del Pago de la Buena Guía, las playas, San Jerónimo, Bonanza, La Algaida, la Balsa, La Jara, el Mazacote.

Un día, sentados en un cerro de arena rojiza en el Pago del Palmar de San Sebastián, nos comíamos unas naranjas que habíamos cogido de la Huerta del Palomar. Sin haberlo pretendido, llegó la hora de contarnos algunos de los secretos sobre nuestras familias que siempre habíamos tenido ocultos.

Comencé contando al Pajarito y al Lápida las razones del cierto distanciamiento que había existido entre mis abuelos maternos y mi padre. Mi abuelo había heredado de su familia un pensamiento republicano y anticlerical. Lo tenía vitalmente enraizado en su alma. No obstante, nunca militó en ninguna institución política ni sindical. Lo suyo era de convencimiento y de actitud de vida. La guerra cogió ya a mi abuelo cargado de años, por lo que no tuvo que exteriorizar nada ni meterse en luchas ideológicas y bélicas, pero la gente próxima, ya que mi abuelo era de palabras cortas y precisas, y de mirada honda y escrutadora, sabía muy bien el sentir de mi abuelo. Se libró de la cárcel y del fusilamiento, porque jamás se había significado en nada, y porque su bondad natural y estoica le impidió granjearse ningún tipo de enemigos. Aun así, bien que corrió peligro, hasta el extremo de que mi abuela y mis tías lo tuvieron escondido en un pajar de Maína en los días de los enfrentamientos en la ciudad cuando Franco protagonizó el levantamiento.

Mi padre, por otra parte, tampoco era inicialmente hombre de ninguna ideología. Lo suyo era trabajar, trabajar y trabajar, desde la infancia, para acudir al sustento de los suyos. Fuera de esto, no le quedaba tiempo sino para la serenidad, o incluso la indiferencia. Su espíritu siempre alegre y sus palabras, en todo momento ocurrentes, le granjearon muchos amigos y general aceptación. Pero pasó lo inevitable. Al quedar la ciudad desde el principio de la guerra en manos de los falangistas y las fuerzas de la derecha, mi padre fue llamado a filas por el ejército de Franco. Se esmeró en su nueva tarea, como lo había

hecho en las anteriores. Aquello les dolió mucho a mis abuelos, pero ¿pudo mi padre adoptar una postura distinta?

Fuese como fuese, y además tras haber sido gravemente herido en una pierna en el frente, su aceptación por parte de los vencedores fue total. Evidentemente, mis abuelos tardarían en comprender aquella situación. Siempre corría en ellos un vientecillo de una limada distancia, a pesar de la buena voluntad de mis abuelos y de mi padre. Era una tibia desazón que tuvieron que tolerar mientras vivieron. Aquellos sentimientos, incontrolables y obstinados, eran almacenados por los unos y por el otro en las penumbras de los recuerdos. La vida y los problemas harían que tales sentimientos se abandonasen, quedando reducidos a un polvo diminuto que se desprende de los zapatos por el camino de la vida.

Cuando concluí aquella narración, me sentí aliviado. Me había quitado un peso de encima. Les debía aquellas palabras a quienes eran mis amigos desde los primeros años de mi vida. Me miraban profundamente. Les observé complacidos. Tuve la sensación de que algunas inquietudes cayeron aquella tarde de lo profundo de nuestras conciencias. La tarde era preciosa. El sudor de nuestros rostros y de nuestros cuerpos agradecía la acariciante brisa que, de manera arrítmica, nos llegaba y nos envolvía. Nada se oía. Allí reinaba un silencio profundo, tan sólo acompañado del trinar de los pájaros, o del ladrido de algún perro inquieto y lejano. Olía la tierra con un olor indefinible, pero perceptible. Olían las huertas y huertos del Paseo de las Acacias, que enviaban, por todo aquel pago, una fragancia que el hombre ha sido siempre incapaz de crear y de describir. Las cosas profundas son indescriptibles. Sólo se pueden vivir. Sólo hay que dejarse envolver por ellas.

Mis palabras generaron una llamada a la confidencia. El Pajarito nos dijo que él también quería contarnos algo de lo que nunca había hablado.

–Ya sabéis que mi familia es muy rara –comenzó.

–Mi abuelo sólo vive para trabajar en el bar; mi madre, siempre en la cama; mi hermana, con sus extravagancias y salidas de tono... No sólo tenemos problema en la parte baja de la casa, en las tres vecinas, sino que también nosotros tenemos un problema similar. Mi familia sufrió mucho en la guerra. Tanto mi abuelo como mis padres; y, con ellos, toda la familia.

El Pajarito se emocionaba. El Lápida y yo lo mirábamos con sentimiento y ternura. No le interrumpimos. Esperamos. Compartimos su emoción.

–Mi abuelo fue de siempre de mentalidad anarquista, como lo fue también mi padre. Ellos tenían sus creencias, pero nunca hicieron mal a nadie. Tenían sus convicciones. Querían la libertad y el progreso para todo el mundo. Siempre estuvieron en contra de asesinar a cualquier persona y de quemar iglesias y conventos. Mi padre y mi abuelo se oponían a ello; sólo querían lo mejor para el trabajador. Lo defendían. A manifestaciones para pedir trabajo sí que iban, pero sólo eso, sólo eso. ¿Y no puede haber libertad para eso? ¿Es malo pedir trabajo?

–Estalló la maldita guerra. Mi abuelo siguió con su trabajo. Llegó el levantamiento a esta ciudad. Cuando los falangistas se hicieron con el dominio de ella y empezaron los registros y encarcelamientos, se vio que la cosa iba en serio. Unos amigos de mi abuelo se lo llevaron para el Coto. Allí lo esconderían hasta que pasase todo. Por eso se libró del fusilamiento. Aquellos amigos se quisieron llevar también a mi padre para el Coto, pero mi padre dijo que no abandonaba la ciudad... que no le podía pasar nada... porque él nada había hecho... y se quedó en su casa.

–Mi padre vivió en el Callejón de Guía. Trabajaba de jornalero en el campo. Después de la “peonía”, echaba otro rato de trabajo en una viña que tenía mi familia en el Pago de Martín Miguel. Mi padre no hizo nada malo... le gustaba asistir a una tertulia que tenían los amigos en un horno que estaba cerca del Pino... allí hablaban de todo. Eran anarquistas... pero ¿por qué cada uno no pude ser de lo que quiera?

–Una noche... yo era muy chico... sólo tenía unos seis años, pero lo recuerdo como si lo estuviera viendo ahora mismito... el perro, el “Huracán” que le decíamos, comenzó a ladrar... y venga a ladrar... y a ladrar... y venga a ladrar... Nos despertamos... mi hermana empezó a llorar... Mi madre nos cogió y nos metió en su cama. Mi hermana y yo, asustados, no parábamos de llorar. Comenzaron a llamar a la puerta de la casita en donde vivíamos. Mi padre fue a abrir. Mi madre salió corriendo hacia él y, mientras lo abrazaba por la espalda, le gritaba que no abriera la puerta... “pero, mujer, no tenemos nada que temer... nosotros no hemos hecho nada malo”. Mi padre abrió la puerta. Yo me asomé desde el dormitorio de mis padres. En la puerta de la casita había un coche con las luces encendidas y el motor en marcha. Se habían

bajado tres hombres vestidos de oscuro, con camisa azul y corbata... uno llevaba una pistola en la mano... “¿Mariano?”, preguntó. Mi padre dijo que sí, que era él. Le ordenaron que fuese con ellos. Mi madre empezó a gritar abrazada a mi padre. “Señora, no se preocupe... que no le va a pasar nada” –dijo el hombre de azul que llevaba la pistola. “Mi marido no ha hecho nada... mi marido no ha hecho nada”... –gritaba mi madre como una loca. “Señora, si no ha hecho nada, mañana estará de nuevo aquí” –le dijo otro de aquellos hombres.

–Mi madre corrió detrás de mi padre hasta el coche, pero, una vez que pusieron a mi padre detrás con un hombre a su derecha y otro a su izquierda, el coche salió volando. Era el diecinueve de julio. No se me olvida... ni se olvidará jamás.

–Al día siguiente, mi madre fue a la comandancia militar... le dijeron que mi padre estaba preso en el Castillo... ¡¡preso!! Pero, ¿qué coño había hecho mi padre? Nada malo. Sin embargo, allí estaba preso. A mi madre no la dejaron entrar a verlo... se llevaba todo el día por los alrededores del Castillo a ver si se enteraba de algo... pero, nada...Ella se la apañaba para que a mi padre le llegase alguna cosa de comer que ella le preparaba... se lo daba a la Carmeluchi, la mujer del guarda del Castillo... y esta se lo entregaba a mi padre...

–Así estuvo mi madre muchos días... El siete de noviembre se acercó al Castillo... le llevaba a mi padre una tortilla de dos huevos... Cerca del Hospital la estaba esperando la Carmeluchi... Mi madre se asustó al verla... La Carmeluchi se le abrazó llorando... Mi madre comenzó a gritar como una loca... La Carmeluchi le dijo que aquella madrugada se habían llevado a mi padre en el camión... iba con otros cuatro presos... a todos los habían fusilado en Cuesta Blanca... después los habían enterrado en una fosa común en la tierra del cementerio.

–Mi madre corrió como una loca para el cementerio... quiso entrar... no la dejaron...se sentó a la puerta, como una perra... no tuvieron compasión de ella –el Pajarito lloraba desconsoladamente. El Lápida y yo nos acercamos a él. Nos abrazamos. Y lloraba... y lloraba... hasta que se quedó sin lágrimas.

–Mi abuelo, que hacía algunos días que había regresado de su encierro en el Coto, alquiló una casa en la Calle de Fariñas. No quería que su hija recordase todo aquello en la casita del Callejón de Guía...

–Ahora podéis entender el misterio de mi familia –dijo el

Pajarito- Mi abuelo sigue trabajando para darnos de comer... mi hermana no quiere saber nada de la calle, ni de amigas, ni de novio, ni de nada de nada... y mi madre, la pobre, se puso mala de los nervios... nunca más salió a la calle... casi siempre está metida en la cama... ¿Cómo se puede tener ganas de vivir de esta manera? Pero, bueno, nos tocó...

Aquella tarde entendimos el drama que el Pajarito llevaba dentro. Comprendimos sus cambios de estado de ánimo, sus pasos de la euforia al desaliento, su carácter en ocasiones hosco, sus despedidas inesperadas. Supimos por qué su abuelo no había permitido, de ninguna de las maneras, que el Pajarito, a pesar de lo amigos que éramos, fuese como nosotros monaguillo de la iglesia. Ahora, sí. Ahora, todo estaba muy claro. No me podía imaginar que tantos fantasmas negros y deleznable cupiesen dentro de la existencia de seres humanos. Pensé qué fondo de tormentos no anidaría en las entrañas de tantos seres, de uno y otro bando, tronchados, como cristales sin luces, por una guerra tan absurda como inhumana; hermanos matando y torturando a hermanos. Tuve miedo a la vida. Quise que los tres hubiésemos retrocedido a la infancia de los juegos interminables y de la venda que los adultos nos habían puesto en los ojos, tal vez con el deseo de evitar que el sufrimiento nos mordiera el alma.

Los tres nos mirábamos. Nos abrazamos. Nos cogimos fuertemente las manos. Nos juramos que nuestras vidas siempre estarían entrelazadas. Comenzaríamos a entender, desde aquel día, que el destino nos había signado para que entre nosotros no hubiese ni un yo ni un tú, sino un nosotros.

El Lápida nos miró. Sonrió. Comenzó a hablar.

-Ya veo que hoy es día de confiancias. Se nota que somos ya adultos. Está claro. Lo que mantuvimos oculto durante unos años hoy nos lo contamos. Eso es bueno. La verdad es que, aunque nunca me habéis insistido sobre ello, la historia de mis padres es conocida.

Asentimos con la cabeza.

-Bueno, pero no del todo.

Le miramos con gesto de sorpresa. Sabíamos lo que decía la gente y lo que el Lápida, en otras ocasiones, había insinuado.

-Lo que os voy a contar tiene que ser el secreto que selle nuestra amistad. Mi padre era marinero. Vivía con mi madre en el Cortinar. También él, a su manera, defendió a los marineros. Era una

época muy mala para ellos. Siempre me ha dicho mi abuelo que los marineros eran verdaderos esclavos. ¡En qué condiciones trabajaban!

–Mi padre se hizo socialista republicano. Cuando estalló la guerra, fue uno de los trabajadores que se armaron con las escopetas que habían robado del comercio de Carrascosa. Querían defender a la República de los militares que se habían rebelado con Franco en África. Mi padre, con otros trabajadores, iba por la ciudad montado en un camión, con la escopeta en la mano, para que la gente siguiera a la República y no se pasase al bando rebelde. Cuando los falangistas se hicieron con el control de la ciudad, también encarcelaron a mi padre en el Castillo. Yo no presencié cuándo lo encarcelaron, porque, en cuanto se armó la que se armó, me llevó mi madre a casa de mi abuelo, el padre de mi padre, que vivía por las tierras de Maína. En el castillo estuvo con el padre del Pajarito. Lo pudieron haber fusilado con él y con los otros que iban en el camión la noche que se los llevaron.

–Pero, cuando el camión llegó cerca de El Puerto, en donde lo iban a fusilar, mi padre, con otro compañero, logró saltar del camión y ambos se fugaron. Se debieron de haber separado, porque al compañero de fuga de mi padre lo cogieron y lo fusilaron junto al “Charruao”. Mi padre se escapó, se escapó...

–Me contó mi abuelo que aquí se dijo de todo... que si lo dejaron ir haciendo los civiles el paripé, porque decían que mi padre era un chivato de ellos... ¡Mentira! ¡Mi padre no fue chivato de nadie!... que si se había ido huyendo a Barbate... que si se había marchado para el Moro... ¡¡Todo mentira!! Yo mismo viví en esta mentira muchos años.

El Pajarito y yo lo mirábamos con cara de tremenda sorpresa. Aún resuena en mis oídos la palabra “mentira”, que el Lápida había pronunciado con tanta rabia.

–Mi padre se escapó. Se arrastró como una bicha por tierras y viñas. Logró volver a casa de mi abuelo, el que hace las lápidas. Sabían que volverían a buscarlo. Así que montaron el plan. Mi abuelo buscó un escondite para mi padre. Decía que allí no lo encontraría nunca nadie. Y entonces fue cuando mi madre ideó, para poder estar escondida con mi padre, la historia de su muerte. Mi abuelo comenzó a difundir por la ciudad la historia de que mi madre había perdido la razón. Todo el mundo se lo creyó. Mi madre gritaba en casa de mi abuelo como una verdadera loca desesperada, tanto que se la quisieron llevar al manicomio. Yo seguía viviendo con mis abuelos maternos en

Maína. Fue cuando mi madre desapareció. Mi abuelo se buscó unos testigos que dijeron que habían visto a mi madre corriendo como una loca por el Callejón de Guía llamando a gritos a mi padre... que había llegado a la playa... que se había metió en la mar... hacia adentro... hacia adentro... hasta que desapareció.

–Uno de los testigos, Pajarito, fue tu madre. Ella afirmó que corrió detrás de la mía, pero que no había forma de cogerla... y que vio cómo se la tragaba la mar... unos marineros, amigos de mi padre, la buscaron con sus barcas... nada... no la encontraron... ¿cómo la iban a encontrar si mi madre estaba escondida con mi padre en el lugar que buscó mi abuelo? La dieron por desaparecida...

El Lápida se llevó las manos a la cabeza. Las subía y bajaba rozándose los pelos. Pude intuir la atroz amargura que siempre había llevado el Lápida agarrada a toda su vida. ¡Cuántos espantos acumulados en lo más profundo de sus entrañas! Y su abuelo... ¿cómo había podido aguantar aquel verdadero terremoto mental? Ahora sí, ahora sí lo comprendía. Aquel hombre había vivido como una sombra cincelando lápidas para nichos de muertos, para alimentar así la vida de su nieto y proteger, como un lobo hambriento, el escondite de su hija y de su yerno.

–Lápida –preguntó el Pajarito–, ¿y tú ves a tus padres? ¿Has estado con ellos?

–No, yo no los he visto nunca desde entonces. Mi abuelo me dice que es lo mejor... que ya llegará el día... que todavía es peligroso mover nada. Yo me pongo muchas veces triste... pero mi abuelo me anima, me dice que mis padres se encuentran bien y que están informados de todo lo que yo hago...

Caía la tarde. Aquel fue el día más importante de nuestras vidas. Estas dieron un gran viraje. Los tres lo vimos claro. La vida se nos presentaba como una fruta misteriosa que los tres habríamos de compartir siempre. Además, sentimos en nuestra alma un duro mordisco. Nos pareció oír unas campanas que, con tono consensuado, nos llamaban a una tarea en común. No podíamos ser infieles a tantas personas desgarradas. Aquello sí que era realmente el problema. Ante él, todo lo demás resultaba un rosario de menudencias.

Cuando escribo estos recuerdos, en mi soledad impuesta, mi única compañera es la lectura. ¿Quién me iba a decir a mí que yo, el Pablito, iba a leer *El Quijote*? Pues sí, y no sólo lo he leído una vez. Su

lectura hace que emerja de mi interior una paz que me inunda, me trae recuerdos, me ayuda a mantenerlos vivos, como vivos están siempre en mí el Lápida y el Pajarito. Una frase del Quijote me hizo revivir muchos de estos recuerdos: “La historia es émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir”.

Caía la tarde. Nos miramos los tres. Reímos a carcajadas. Pegamos un grito al aire: ¡¡¡Hurra!!! Probablemente lo habríamos escuchado en alguna de las películas del oeste que veíamos en el cine infantil del Teatro Principal. Por inercia, nos montamos en las bicicletas. Íbamos los tres uno detrás del otro. Pasamos por delante de la Huerta del Palomar. Luego vimos la estación del tren de Jerez. Olíamos a carboncillo. Al llegar a las columnas, el Pajarito, que iba el primero, giró a la izquierda. Se adentró por la Avenida de la Estación. A un lado y otro había huertos. Llegamos a la calle que llamaban Sevilla. Olía a vino y a bodega. Llegamos al Castillo. El Pajarito se paró. Los otros dos hicimos lo mismo. Allí estaba aquella histórica mole de piedras llena de matorrales. Miramos por el Carril. Desde él se contemplaba gran parte del Barrio Bajo. Asomaba por encima de todo, como una peineta, la espadaña de la iglesia y, como una corona de piedras, la cúpula de nuestros juegos. El Lápida salió corriendo. Se plantó delante de la puerta del Castillo. Corrimos con él. Se bajó el pantalón hasta las rodillas. Hicimos los tres lo mismo. Largamos sobre el Castillo una meada larga, interminable, como si se tratase de una competencia por ver quien llegaba más lejos. Nos miramos los tres. Como movidos por el mismo resorte, nos volvimos a mirar. Nos miramos el brazo derecho. Sincronizadamente, los tres dimos al unísono un corte de manga, mientras gritábamos ¡¡¡Hurra!!!

La estancia, como monaguillos, en la parroquia iba llegando a su final. Ya había otros dos pequeñajos a los que se les estaba adiestrando para aquel oficio, como en su día se nos instruyó a nosotros. Aun así, el Lápida y yo seguíamos yendo a ayudar en lo que podíamos; primero, por agradecimiento, porque el padre Ángel nos había ayudado mucho a los dos y lo seguía haciendo; y segundo, porque allí nos sentíamos bien. Ya nos habíamos acostumbrado a las malas pulgas del sacristán, a las oscuridades de la galería y de la sacristía, a las esperas diarias sentados en aquel banco negro y deforme hasta que el padre Ángel se marchaba por la noche de la parroquia, a sus filípicas cuando venían unos novios a tomarse de dichos y la novia aparecía visiblemente embarazada, a los malos olores que emergían del retrete repugnante que había en el corralillo de detrás de la sacristía, a la cola de mendigos pidiendo en la puerta de la iglesia con una latita de leche condensada vacía en la mano, a los gritos de algunas señoronas gordas como hipopótamos, a los ataques de histeria del tonto que daba al fuelle del órgano cuando en la escalera oscura de acceso a él o en el coro se encontraba con una paloma, a las carreras esperpénticas del sacristán cuando lo llamaba el cura, a los gestos enfermizamente sobrios y llenos de amargura de las hijas del sacristán. Sí, aquello había constituido una buena parte de nuestro mundo en aquellos oscuros años de la posguerra. Todas aquellas vivencias, en vez de horrorizarme, me producían un sentimiento estoico de que así era la vida... y punto.

Además, aquellos lienzos vitales, a fuer de repetidos, generó en mí, y creo que también en el Lápida, un vivaz espíritu de observación. Lo miraba todo. Lo escuchaba todo. Lo retenía todo en mi interior, como si considerase que, almacenando aquellos fragmentos vividos, un día me podrían servir para algo. Hoy, desde mi ladera de solitario, veo que todo aquello fue soportable porque era lo que había, y porque,

además, todo lo mirábamos desde el prisma de la vitalidad que nos daban los cortos años. El valor de las cosas no está en sí mismas, sino en la actitud que se adopte ante ellas.

Mucho aprendimos sentados en aquellos bancos. ¡Cuánta gente recibía el padre Ángel en su archivo por las tardes! ¡Y cuánto desarrollé la capacidad auditiva en unas condiciones que más bien lo dificultaba, porque el sacristán acechaba en todo momento! No nos puso más de una vez de patitas en la calle porque habría sido como enfrentarse con el padre Ángel... y a eso no se arriesgaba el bueno del sacristán por la cuenta que le traía. Sin nosotros en los bancos, sus virginales doncellas estaban libres de nuestras miradas pícaras. Sin nosotros en los bancos, él era el único receptor furtivo de los asuntos, dimes y diretes, e informaciones varias que los visitantes dejaban sobre la mesa del archivo del padre Ángel. Para mí no era por el puro chismorreo o curiosidad infantil, sino porque poco a poco había ido emergiendo de mi interior, con lo que iba viendo, escuchando y relacionando, un irreprimible sentimiento de rebeldía. Otro tanto le pasaba al Lápida, así como al Pajarito, al que teníamos informado de todo.

Cuando más interés poníamos en la escucha era precisamente cuando nos dábamos cuenta de que el padre Ángel invitaba al visitante de turno a disminuir el volumen de voz, en evitación de que pudiera ser escuchado.

–No se preocupe usted, padre, si lo que hay afuera no son más que unos chiquillos y el sacristán, y este ya debe de tener un par de cuartos de manzanilla entre pecho y espalda –escuchamos alguna vez decir a alguno.

Pronto nos dimos cuenta de que el padre Ángel algunos días, cuando terminaba aquellas conversaciones, se quedaba un buen rato solo en el archivo. Como casi siempre era a mí a quien llamaba para servirle de intermediario con alguna de sus hermanas, yendo a comunicarle algo de su parte, o a pedirle alguna cosa para él, hice el descubrimiento, corroborado tras una y otra entrada en el archivo a llamada del cura, de que efectivamente el padre Ángel tenía un cuaderno en el que iba haciendo anotaciones de las informaciones que recibía de los visitantes. Deduje que las hacía después de que los visitantes se fuesen, para no levantar en ellos ninguna suspicacia ni desconfianza, porque la gente de posibles hablaba y hablaba con el cura, pero bien se cuidaba de no dejar rastro formal de cuanto había dicho. Pienso que, si

hubiesen contemplado al padre Ángel con cuaderno y pluma de escribir en la mano durante la conversación, se hubiesen cuidado muy mucho de abrir la boca. Que la gente es así.

Y así éramos nosotros. A los dos nos mordía la curiosidad como muerden las tripas del estómago cuando quieren comida. Además, como yo había observado varias veces el cajón en el que el padre Ángel guardaba el cuaderno en el archivo, cuando no se lo llevaba para su casa, pues algunas veces sí que lo hacía, la tentación y la curiosidad me picoteaban la conciencia. Estaba como loco por ver las anotaciones de aquel cuaderno, leerlo, o incluso copiarlo. Suponía que el padre Ángel no se daría cuenta y, de darse, podría culpar de la desaparición del cuaderno al afán desmedido y patológico de sus hermanas por la limpieza. Este afán había motivado ya, en alguna ocasión, la desaparición de algún papel del padre Ángel. Aquellas desapariciones generaban sus gritos desaforados y sus accesos de tos, porque, cuando se enfadaba, tardaba bastante en adentrarse en un clima de calma.

Lo pensé una y otra vez. Me decidí. Yo tenía que leer aquel cuaderno. Aquella aventura me resultaba una cuestión de honor. Era una prueba para comprobar de qué era capaz. Así se lo dije al Lápida y al Pajarito. No salían de su asombro. Me dijeron de todo: que si estaba como una regadera, que si me iba a meter en un lío, que si el padre Ángel no se merecía una faena así, que si me iban a coger e iba a ir a la cárcel o a un correccional, que si el disgusto que iba a dar a mi padre y a mi abuela iba a ser de época, que si la gente iba a propagar que me habían echado de la iglesia por ladrón... y no sé cuántas cosas más. Siempre terminaban afirmando que con ellos no contara para nada relacionado con el cuadercito de marras.

Resultaba evidente. Ellos no querían colaborar. Tenían miedo. Yo seguía empeñado en aquella idea. Conclusión a la que llegué: lo tendría que hacer yo solo. Había sólo dos posibilidades: o quitar la llave de la puerta del archivo al sacristán en horas en que no estuviese en él el padre Ángel, o aprovechar que este fuese a confesar a alguien en el confesonario de la iglesia dejándose el archivo abierto.

La primera estrategia me parecía inviable. El sacristán no soltaba jamás las llaves de las dependencias de la iglesia. Creo que hasta debía de dormir con ellas, porque las llaves olían al sacristán. Y si se las dejase en su casa cuando se marchaba diligente a la taberna a tomarse unos cuartillos de manzanilla, cualquiera entraba en ella con

la presencia de sus mustias hijas siempre mirando fijamente como un búho insomne. No, esto era del todo imposible. Lo deseché.

La segunda era más viable, pero muy peligrosa y difícilmente podría ser exitosa. Efectivamente, en alguna ocasión, a horas que no eran de actividades públicas en la iglesia, algún señor le había pedido confesión al padre Ángel. Este le había invitado a que pasase al confesonario. Era cuando el padre Ángel dejaba con frecuencia el archivo entreabierto. Pero esto tan sólo sucedió cuando el padre Ángel estaba recién llegado a la iglesia. Ya no actuaba así. Tenía siempre en un perchero del archivo un roquete de encajes y una estola morada. Si alguien le pedía confesión, se colocaba ambas prendas, el penitente se ponía de rodillas junto al sillón de cuero del archivo, y el padre Ángel lo confesaba. Así que difícilmente esto se iba a producir.

Llegué a valorar una tercera opción. Al momento me pareció descabellada, fuera de toda lógica y razón. Pensé abrir la puerta del archivo a lo bruto, de un empujón, cuando se estuviese celebrando algún acto en la iglesia, puesto que sabía que la cerradura de la puerta del archivo era muy endeble. Cogería el cuaderno y escaparía disparado. Evidentemente era una locura, una intervención condenada al fracaso, porque en el pasillo en el que estaba situado el archivo, oscuro como la boca de un túnel, tan sólo había dos puertas; una que daba directamente a la iglesia; y otra que se abría hacia la vivienda del sacristán, que de seguro que estaría custodiada, como siempre, por el elemento femenino de ella, sus hijas. Que no, que aquella era una pretensión demasiado audaz y arriesgada. Consideré que tendría que darles la razón al Pajarito y al Lápida, o contar con que el Lápida colaborase conmigo. Si este accedía a ello, yo ya tenía trazado un plan en mi mente. Sería un procedimiento viable y bien sencillo. Estaba seguro de ello. Pero, habría que convencerlo.

Aproveché un día en que el Pajarito tenía que ayudar a su abuelo en el bar. Y no es que yo no me fiase de él, ni mucho menos. Era para mí como una de mis propias manos. No obstante, temía que siguiese quitándole al Lápida la idea de colaborar con aquella aventura, ya que el Pajarito la había calificado de locura. Fui al encuentro del Lápida. Lo hallé ayudándole a su abuelo. Este cincelaba una lápida, mientras que él iba recogiendo el polvo y las astillitas que saltaban de la lápida y formaban como nubes blancas por toda la habitación. Aquel taller era largo y destartado como uno de los callejones solitarios de

los que tanto abundaban por la ciudad. Al pie de la calle tenía el abuelo el mostrador de sus operaciones funerarias. Más al fondo, una cama, un colchón de paja envuelto, una mesa de madera, y dos sillas de anea. En las paredes colgaban carteles de toros, a los que el viejo era muy aficionado. Leí algunos nombres de matadores: Manolo Vázquez, Chamaco, Manolete, Pepe Luis Vázquez, Fermín Vega, Juan Belmonte, Carlos Arruza, Ignacio Sánchez Mejías... Entre los carteles taurinos, un calendario. En él, un número, 1944.

Le dije al Lápida que ya volvería más tarde.

-No, no te vayas, Pablito, ya termina -dijo el abuelo. Le vendrá bien un paseo contigo por ahí. Espera un poco, pero no entres que te vas a llenar de polvo.

Esperé en la puerta. Me distraje viendo pasar a la gente por la calle. Me llamó la atención un hombre montado sobre un caballo negro como las paredes de una carbonería. El caballo, como si se tratase de un adorno, tenía una mancha blanca en la parte superior de la cabeza. Miré aquella mancha fijamente. Luego cerré los ojos. Los abrí de pronto y vi la silueta de la cabeza del caballo en la pared de enfrente como si estuviese pintada allí. Había aprendido aquella distracción en la escuela. El caballo llevaba todos sus aparejos. El hombre que lo montaba vestía botas de cuero, pantalón gris, camisa blanca sin cuello con el botón de arriba cerrado, y una amplia boina sobre la cabeza.

Pasó solemnemente por delante de mí. Observé cómo en la otra acera también contemplaban al caballo y a su jinete. Había en la acera un hombre todo vestido de blanco, con una chaqueta negra y un sombrero también de color blanco. Junto a él estaban dos chiquillos con gorras en la cabeza y una niña pequeña. Este grupo se encontraba delante de la casa de enfrente. Casa elegante, con una puerta principal de entrada rodeada de una rica piedra. Junto a la puerta, dos cierros embellecidos con unos hierros cincelados. Sobre ambos cierros había otros en la parte superior. En el centro, y sobre la puerta de entrada, un balcón elegante adornado con madera y hierro. ¡Cuántas veces había pasado por allí! Pero nunca me había parado a contemplar con detenimiento aquella casa.

-¡Ea! ya terminé -sentí la mano del Lápida sobre mi hombro. Traía en la otra mano dos trozos de pan negro y dos tabletas de chocolate. Me dio un trozo de pan y una tableta.

-Toma, me lo ha dado mi abuelo para ti.

Cogí el pan y la tableta de chocolate. Comenzamos a andar mientras nos comíamos la merienda. Fui conduciendo al Lápida hacia el Callejón de Falón. Por allí había siempre muy poca gente y podríamos hablar tranquilamente. Mi intención era llegar hasta la playa, por aquello de que, si me ponía dificultades al proyecto, dispondría de todo el camino de vuelta para convencerlo. Desde la Banda de la Playa una mujer vociferaba llamando, con toda clase de insultos y de ecos interminables, a su hijo, que estaría jugando por los cerros. Un niño bajó corriendo de uno de ellos. Tenía todo el cuerpo lleno de una arena rubia, como rubios eran sus cabellos. En su cara, en sus brazos y en sus piernas relucía toda una galería de churretes de todas las formas y figuras. La camisa la llevaba fuera del pantalón y abierta, de manera que, con la velocidad de su carrera, más bien parecía una capa. Pasó junto a nosotros. Observó cómo el Lápida y yo sonreíamos por lo jocoso de la escena, y porque recordábamos aquella época en la que a nosotros, de manera semejante, nos llamaban cuando teníamos su edad.

–Me cago en todos tus... –nos gritó el niño al pasar junto a nosotros.

–Mira que te cojo y... –le dijo el Lápida bromeando y haciendo ademán de que comenzaba a correr detrás de él. Con el gesto del Lápida y con el miedo a lo que le esperaba recibir de aquella oronda madre, el niño incrementó la velocidad de su carrera. ¡Cómo corría el jodido! Reímos. Proseguimos nuestro camino.

–Mira, Lápida, he estado pensando en lo del cuaderno...

–Y dale... ¿otra vez con esa historia? Déjalo ya, Pablito... que no están las cosas para aventuras.

–Mira, Lápida, es que tengo mucho interés. Yo te informaré a ti y al Pajarito de lo que hay escrito en el cuaderno. Vamos... que os lo leeré. Te lo prometo. Que eres mi amigo... Yo solo no lo puedo hacer sin ti. Además, si se enterara alguien... te juro que diré que lo he hecho yo solo. Te lo juro, hombre. ¿Yo te he fallado alguna vez? Hazlo por mí... ¡anda!... Hoy por mí y mañana por ti.

Le eché el brazo por encima del hombro. ¡Cómo nos conocíamos! De inmediato me di cuenta de que el Lápida estaba en el bote.

–Bueno... te sales con la tuya... ya verás el lío en el que nos vas a meter...

Extendí la mano y estreché la del Lápida.

-Choca, así se portan los amigos de verdad.

-¡Anda, anda... no seas más tunante! No. Si siempre te sales con la tuya. Tú venías para político.

-Cheeeeeee... a esos ni me los mientes. Por culpa de ellos estamos como estamos.

Reímos los dos.

Detalladamente le fui contando al Lápida el plan que seguiríamos. Él asentía. Lo convencí de que no era tan difícil. Me objetó que realmente sustraer el cuaderno no iba a ser complicado, pero sí el devolverlo sin que nadie se diese cuenta. Le dije que de eso ya me encargaba yo. Al final, quedamos de acuerdo. Habría que esperar el momento adecuado.

¡Cómo iba corriendo el tiempo! De niño casi no me daba cuenta, pero ahora los días volaban mientras esperábamos que nos llamasen para comenzar a trabajar en algún sitio. Los Hermanitos se afanaban en ello; el padre Ángel, también. Hasta que esto llegase, el Lápida y el Pajarito ayudaban en el trabajo a sus abuelos; yo iba con mi padre al campo cuando me lo requería. Así pasaba el tiempo. En los ratos libres nos encontrábamos y nos íbamos a pasear por las calles, y a meter el ojo a las mozas. Algunas veces llegábamos al “Círculo de Artesanos”, al que todos denominaban el “Casino Artesano” para diferenciarlo del “Casino de los Señoritos”. En el primero trabajaba de botones un amigo nuestro. Más de una gamberrada que hicimos en aquel local. Allí, además, ensayaba una Orquesta que acababan de fundar dos señores que eran grandes músicos, don Luis y don Manuel. La madre de este último tenía un establecimiento de venta de ropas, al que alguna vez acompañé a mi pobre madre y a mi abuela, sobre todo para comprar ropa para las niñas. A la dueña le decían Rosarito. Era una mujer muy agradable y simpática. Hacía mucho con mi madre.

También seguíamos ayudando en la iglesia al padre Ángel. El Lápida y yo, así como el sacristán, el campanero, el organista y el sochantre estábamos siempre lampando por que se celebrase algún funeral de 1ª o 2ª clase con transporte, porque de ello nos venía alguna pesetilla extraordinaria, que no venía nada mal. Todos, cuando nos enterábamos de que había muerto alguna persona de apellido ilustre, casi siempre alguno de los montañeses o descendientes de ellos, recibíamos la noticia como si nos hubiesen dado un premio.

Un día nos fuimos andando hasta Bonanza, que era una especie de barrio de la ciudad. El padre Ángel nos dijo que en el edificio grande de la Aduana, del que se habían ido unas monjas que habían tenido allí su monasterio, el arzobispo de Sevilla mandó construir un seminario

de verano para los muchachos que se preparaban para ser curas. El día que vinieron, allá que nos fuimos a curiosear. ¡Cuántos curitas! La gente les llamaba “bichitoluz”, porque llevaban una sotana negra, como la que nosotros nos poníamos en la iglesia, y una beca roja, como una bufanda, que se colocaban cruzada en el pecho y colgándoles por detrás. ¡La de chiquillos y mozalbetes que fuimos a verlos bajar de los barcos que los traían de Sevilla por el río! Eran más de doscientos.

Algunas veces, sobre todo cuando llegaban las fiestas de la Patrona de la ciudad, subíamos al Barrio Alto e íbamos al Santuario. A por cazón y a ver al duque. Siempre caía algo. Que si hacer de monaguillo en la novena, que si llevar una cruz o un cirial en la procesión, que si colocar sillas, que si ayudar a poner nardos, que si colaborar en la comida que daban a los pobres en el patio del Santuario... y, con una cosa o con otra, siempre cogíamos algunas perrillas que nos venían de arte.

Recuerdo que, cuando íbamos el Lápida y yo de monaguillos en la procesión, nos fijábamos en una casa que le decían la “Casa de los Heras”. Era una casa preciosa, con un patio enorme y muy artístico, pero a nosotros se nos iban los ojos hacia el balcón en el que resaltaban unos herrajes de arte y unas colgaduras que tenían que costar un pastón. Pero nosotros, a lo nuestro, a pistolear, porque aquel balcón estaba lleno de guapas chavalas, si bien distantes y vigiladas por las carabinas de una buena colección de señoras mayores y menopáusicas. Como para acercarse a las niñas, pero bueno... el mirar no nos costaba dinero.

Además, aquello era pura fantasía; ya se encargaban los niñatos señoritos de “proteger”, con las metrallas de sus miradas de zorros hambrientos de carne joven, a aquel ramillete de niñas guapas. Se colocaban frente a la casa, miraban aquel escaparate juvenil, y sonrisitas iban y venían desde el balcón hacia la calle, y desde esta hacia aquel. Si sorprendían que los chavales de la otra clase social miráramos a las señoritas del balcón, hacían como los perros cuando temen que alguien les va a quitar el trozo de carne, apretaban los dientes y lanzaban rayos destructores con la mirada. Era pura verdad que nosotros y ellos tan sólo teníamos una cosa en común, la mirada lasciva y calenturienta hacia el balcón de las flores. ¡Cómo nos herían aquellos displicentes aires de gente adinerada que se daban aquellos mocosos! ¡Qué pena que ellos nunca habían sido aficionados a las peleas entre calles!

Terminaba la procesión. El Lápida y yo cobrábamos lo que nos daban. De ello, nos gastábamos una pesetilla y comprábamos un papelón de pescaíto frito en Casa Rivero y nos lo comíamos por la Calle Santa Ana. Por la noche, siempre estaba oscura. No había ni una sola bombilla. El Lápida y yo todavía teníamos en los ojos un cierto brillo por las miradas frustradas de lo imposible. Casi siempre aparecían, o nosotros las buscábamos, unas niñas, amigas nuestras, que vivían por aquella zona. Las invitábamos al pescaíto frito. Lo comían con ansias. Nosotros le dábamos el papelón de pescado. En cualquier rincón saciábamos con nuestras amigas la sed del balcón y de la procesión. Concluido, las niñas, como desconcertadas, salían coquetamente corriendo y riendo. El Lápida y yo levantábamos la cabeza y las veíamos distanciarse de nosotros. En nuestras miradas germinaba un hondo gesto de orgullo y de desprecio a los señoritos de posibles.

Llegó el día esperado. Fuimos temblorosos a la iglesia. Entramos por la puerta de la casa del sacristán. Ni él ni las hijas-centinelas estaban al acecho. Nos adentramos sigilosamente por la oscura galería del archivo y de la estantería de la farmacia parroquial. No se oía nada. La puerta del archivo estaba cerrada. Resultaba evidente que el padre Ángel no se encontraba allí. Llegamos al gran portón que daba acceso a la iglesia. Para abrirlo teníamos que recorrer el cerrojo que entraba en un agujero del marco. Lo hizo el Lápida con suavidad. Estaba duro. Lo corrió un poquito. No hizo ruido. Respiramos hondo. Nos miramos. Intentó abrirlo un poco más. Por la expresión del Lápida, pude deducir que el cerrojo estaba duro y que costaba trabajo abrirlo. Lo intentó. Esta vez, del intento de mover el cerrojo, emergió un inesperado, pero temido, sonido. Nos quedamos paralizados. Dejamos de respirar, como si la respiración pudiese ser oída. De pronto, lo temido.

–Ehhhhhh, ¿quién anda por ahí?

Era la voz tenebrosa del sacristán.

–Somos nosotros –dije, mientras asomábamos la cabeza desde el gran muro de piedra en donde estaba aquel maldito portón.

–Pero, ¿a dónde vais, criaturas? Si faltan tres horas para el rosario...

–Es que íbamos a jugar a la azotea de la cúpula –se le ocurrió decir al Lápida.

–A jugar... a jugar... a jugar os voy a dar yo. Anda, aire, coged la calle... vosotros ya no tenéis edad de juego... a la puñetera calle. Venga...

Días después recibimos un mensaje. El Hermano director nos comunicaba que fuésemos el Lápida y yo a la escuela a hablar con él. Me imaginé desde el principio de qué se trataría. Fui a recoger al Lápida. En aquella ocasión entré en el cuarto-taller en el que vivía. Su abuelo estaba trabajando. Cincelaba una lápida. Sentí pena por el Lápida y su abuelo. ¡Cuánta mugre había en aquel cuarto y cuánto polvo acumulado! ¡Cuánta oscuridad, sólo aliviada por la luz que entraba por la puerta! No es que el Lápida y su abuelo fuesen unos dejados. No. Es que con aquella industria, vecindada donde tenían dormitorio, aseo y trabajo, era imposible que aquella accesoria tuviese las más elementales condiciones de sanidad y exorno decoroso. Ninguno de los dos sentía pudor alguno por aquella situación. Estaban habituados a ella.

–Me ha dicho mi nieto que os ha llamado el director de la escuela. Ya le he dejado claro que, si se trata de una oferta de trabajo, que se lo agradezca, pero que le diga que él no puede aceptarla, porque con el trabajo que tiene aquí ya es suficiente. Yo le necesito aquí conmigo –dijo el abuelo del Lápida dirigiéndose a mí.

Salimos el Lápida y yo de la accesoria. Sonreímos. Comenzamos a subir el Carril. De pronto, observamos cómo descendía por él la señorita que se encargaba de la farmacia parroquial. Venía de la iglesia del hospital, porque en ella había una imagen de la Virgen de la que ella era encendida devota. Se iba acercando a nosotros, mientras nos saludaba con una abierta sonrisa. La verdad es que la señorita era elegante al andar. De no ser por la cara, a pesar de sus no pocos años, sería una mujer guapa, pero su cara, aunque elegante por la sangre de su cuna y por la esmerada educación recibida, era el garbanzo negro de aquella ilustre olla que era su cuerpo.

Se paró al llegar a nosotros. Nos dijo que habían enviado unas cajas de productos farmacéuticos para la farmacia de los pobres y que los iba a catalogar y colocar en sus correspondientes sitios. Así que, si podíamos, ella nos esperaría, después del almuerzo, en la iglesia. Le dijimos que allí estaríamos. La señorita nos trataba siempre muy cordialmente, pero nunca nos dio nada, nada más que palabras muy amables. La gente decía que era agarrada como un montañés. Esto nunca lo pude saber, pero sí que vivía de las escuálidas rentas

heredadas, así como de la venta periódica de los ricos enseres que tenía en su casa de ilustres antepasados. Yo vi el cielo abierto. Aquella podría ser nuestra oportunidad. Ya teníamos el pretexto adecuado para entrar en la galería del archivo.

Seguimos nuestro camino. Veíamos cómo la gente subía y bajaba el Carril ensimismada en un mutismo sombrío. Desde algunas casapuertas, las mujeres vaciaban en la calle cubos de agua sucia sin el menor reparo. Algunos gritos soeces retumbaron al viento, provenientes de mujeres que les gritaban a sus maridos o a sus hijos. Nada nos llamaba la atención. Era el humus en el que nos habíamos criado y que tantas veces habíamos observado. Nosotros seguíamos caminando mientras bromeábamos sobre los más variados asuntos.

—¡Anda, calamidad. Vete a la Puerta de Jerez a ver si alguien te contrata! No caerá esa breva, so desgraciado. Eres más flojo que un “muelleguita”... —le gritaba una mujer a un hombre que acababa de salir de una de las casas de Santa Brígida. El hombre caminaba pausadamente cuesta abajo, sin echar la menor cuenta a los gritos de aquella mujer, como si no fuese con él. Llevaba un cigarro que parecía tenerlo pegado en los labios, pues no lo tocaba en ningún momento.

Llegamos a la escuela. Tocamos la campana. Un portero cojo nos abrió. Todo era silencio. Quienes habían sido, poco tiempo atrás, nuestros compañeros estaban en sus clases. El único movimiento que había en el patio era el de algunos de los más pequeños, que salían de las clases para hacer pipí o beber un trago de agua de los grifos que había en un rincón.

El portero nos dijo que pasásemos al despacho del director. Este estaba sentado detrás de una mesa llena de papeles. Aquel despacho nos traía malos recuerdos, porque era al que nos mandaban los maestros y los Hermanitos, cuando cometíamos alguna travesura, para recibir la correspondiente reprimenda. El director nos recibió con una amplia sonrisa. Nos dijo que abriésemos la boca. Ya conocíamos la costumbre. La abrimos. Nos metió en ella a cada uno un par de bolitas de caramelos de menta.

Tras ello entró en el asunto. Nos dijo que nos había encontrado trabajo a los dos. El Lápida le comunicó que se lo agradecía un montón, pero que tenía que ayudar a su abuelo en el trabajo con las lápidas.

—Ya... ¿Y tú, Pablito?

—Yo sí puedo. Muchas gracias de parte de mi padre.

-¿Cómo sigue?

-Muy triste, pero trabajando a pesar de las dificultades de la pierna.

-Bueno, bueno... ya sé que tú le ayudas en el campo. ¿Podrás cumplir, como es obligación de un antiguo alumno de este Centro, con las obligaciones del trabajo que te hemos conseguido?

-Por supuesto que sí, Hermano director. Tenga la seguridad de que así será.

-Muy bien, así me gusta. Mira que los trabajos están difíciles y no se pueden desaprovechar. Además, dentro de poco os echaréis novia y querréis casaros. Por ello es necesario tener un trabajo fijo. Para eso os preparamos.

-Gracias, Hermano director -contesté.

-Bien, bien, aquí está nuestro Pablito hecho ya un hombre.

Los rodeos que estaba dando el Hermano director me hicieron sospechar que el trabajo que me había conseguido no debía ser muy bueno, o no se fiaba del todo de que yo fuese capaz de cumplir adecuadamente.

-Mira, Pablito, el próximo lunes te presentas en el escritorio de las bodegas de don Manuel. Ya sabes que está en la calle de la Bolsa. Allí te dirán lo que tienes que hacer.

El hermano director se puso de pie. Extendió la mano al Lápida. Este se la besó. Luego me la extendió a mí. Hice lo mismo.

-Pablito, que tengáis los dos suerte en la vida. Ya sabéis cuán difícil está. Pablito encomiéndate a la Santísima Virgen Inmaculada y actúa con sentido e inteligencia.

Salimos del despacho y de la escuela. ¡Yo trabajando en un escritorio! ¡Jesús... cuando se enterase mi abuela y las demás mujeres de la casa!... Bueno, había que echarles bemoles y meterse en el vacío de una experiencia completamente nueva. Para eso estábamos.

Llegó la hora de después del almuerzo. Fieles a lo que nos había dicho la señorita, allá que nos dirigimos el Lápida y yo a la iglesia. Entramos por la única puerta que estaba abierta, la de la casa del sacristán. Intentábamos no hacer ruido alguno. No obstante, el sacristán nos oyó.

-¿Otra vez aquí? Pero ¡qué manía tenéis de venir cuando nadie os llama... que el rosario es a las siete!

-Es que... la señorita de la farmacia nos ha pedido que viniéramos ahora para ayudarle a colocar unas cajas de medicinas.

-Bueno... pues sentaros en ese banco y no moveros de ahí hasta que ella venga.

Se metió en sus habitaciones malhumorado. Una de sus hijas se asomó desde ellas con su cara de eterna melancolía y sus ojeras inamovibles. Al rato llegó la señorita. Nos pusimos de pie. Nos sonrió.

-Venga, hombrecitos, vamos a trabajar un poco. Hay que preparar las cajas para cuando vengan los pobres a por medicinas.

Entramos en la galería. Estaba oscura. Encendió la única luz que había en ella. Era una bombilla lastimera que generaba una luz famélica y casi imperceptible. Estaba situada al final de un cable que descendía del techo. Miré el suelo de la galería. Allí no había ninguna caja. De pronto, la señorita abrió su bolso, un bolso grande y negro como una madrugada sin luna. Buscó y rebuscó en él. Al fin la encontró. Allí estaba la llave del archivo del padre Ángel. Lo abrió. Entramos los tres. Nos señaló las cajas. Había por lo menos seis o siete.

-Bueno. Me vais acercando las cajas. Yo las abriré. Me dais el fármaco y uno de vosotros lo colocará en el sitio que yo le diga.

-Señorita, si le parece. Yo abro cada caja aquí en el archivo. Ya abierta, se la llevo a usted. El Lápida las irá colocando donde usted diga... es que a mí me da cierto vértigo subirme en una escalera de manos, porque una vez me caí de una en mi casa.

-Chico, ¡qué quejica eres! Bueno, me parece muy bien. Pero ya te he dicho otras veces que no me gusta que llames a tu amigo por un mote. No se llama Lápida. Él tiene su nombre, chico.

La señorita usaba muchas veces aquella palabra "chico". La recalaba. Parecía recrearse en su pronunciación. A mí siempre me pareció que con ello pretendía darse un toque de distinción social, distinción que la pobre de aquella buena señorita se esforzaba por mantener a todo trance, a pesar de que los capitales de antaño venían paulatinamente a menos. El suyo era un capital en otro tiempo muy floreciente, cuando vivieron los hombres de la familia, pero ya se hallaba en franca decadencia, al contar sólo con salidas, mas nunca con entradas.

Era tal y como yo lo había tramado. La señorita había pedido al sacristán unas tijeras para abrir las cajas. Me eché a temblar. Con lo

entrometido que era, el sacristán era capaz de quedarse allí y acabar con mi plan. Vino con las tijeras. Le dijo a la señorita que él podía abrir las cajas.

-No, en absoluto. No se moleste usted. Que lo hagan los chicos. No me deje usted en mal lugar. Los he sacado de sus casas para que me ayudaran y ahora no los voy a dejar sin tarea que realizar. Se lo agradezco en el alma. Ya tiene usted demasiado trabajo. Es lo que yo le digo siempre al padre: "Hay que ver cuánto trabaja el sacristán y lo bien que lo hace todo".

De no ser yo plenamente conocedor de que la señorita nada sabía de mi plan, habría llegado a pensar que era nuestra colaboradora. Abrí la primera caja. En su interior apareció una buena cantidad de fármacos. La acerqué. La puse junto a la escalera de manos que el Lápida había traído de la sacristía. La señorita ojeó las cajitas. Le dijo al Lápida dónde tenía que colocar la escalera. Escuché cómo leía el nombre del producto y le decía al Lápida, ya subido en la escalera, dónde lo tenía que colocar. Abrí la segunda. La puse junto a la anterior. Eran todas del mismo tamaño. Quise calcular aproximadamente el tiempo que tardaba la señorita en mandar colocar todas las cajitas quedándome un rato con ellos en la puerta del archivo. Lo calculé. No obstante, como las cajas estaban al fondo del archivo y la puerta de este estaba abierta, deduje que fácilmente la señorita podía ver mi desplazamiento hasta la mesa del padre Ángel, con lo que mi plan iría al traste.

-Señorita, ¿le importa a usted que vaya poniendo cada caja en un pico de la mesa del padre, para así abrirla con mayor facilidad? En el suelo me resulta incómodo.

Miré de reojo al Lápida. Pude observar que unos hilos de sudor corrían por su frente. Deduje que estaba temeroso.

-Muy bien, Pablito, me parece muy bien. Pero, cuando las hayas abierto todas, coge un paño que hay en el cuartito de dentro y se lo pasa a la mesa... que el padre no se la encuentre con el polvillo que se pudiera desprender de las cajas.

-Así lo haré, señorita. Gracias.

Los obstáculos quedaron salvados. Había que esperar el momento oportuno. Yo sabía perfectamente cuál era el cajón en el que el padre Ángel metía aquel cuadernito. Lo había visto guardar en muchas ocasiones. Claro que tan sólo quedaba una cosa, que el padre

Ángel no se le hubiese llevado aquel día para su casa. Abrí otra caja. Miré de reojo hacia la puerta. La señorita estaba enfrascada en su tarea. Con mucho cuidado comencé a dar la vuelta alrededor de la mesa. Llegué al cajón. Con suavidad toqué el tirador.

–¡Señorita!... –escuché la voz del sacristán. Sentí como si un vapor de agua hirviendo me subiese del estómago hasta la boca. Volví rápidamente junto a la caja. Cogí las tijeras y simulé que abría la caja que ya con anterioridad había abierto.

–Señorita, si quiere usted un vaso de agua, o necesita cualquier otra cosa, me lo dice.

–Muchas gracias. Es usted muy amable. No necesito nada. Muchas gracias.

Intuí que el sacristán se había vuelto a sus habitaciones. Seguí escuchando las instrucciones que la señorita daba al Lápida. Solté las tijeras. Quería asegurarme de que el sacristán se había ido y de que no estaba allí mirando las operaciones que hacía el Lápida. Cogí la caja y la puse junto a las otras dos en el momento en el que la señorita terminaba con los productos de la primera. Me llevé para el archivo la caja vacía. Cogí otra y la puse sobre la mesa. Ahora tenía que ser, porque ya sólo quedaban otras tres cajas. Cogí las tijeras. Abrí la caja. Solté las tijeras suavemente sobre la mesa. Retorné a dar la vuelta a la mesa. Llegué al cajón. Cogí el tirador. Comencé a abrir el cajón suavemente. Apenas entreabierto, vi que... allí estaba el cuaderno.

Miré a la puerta. Me abrí los botones de la camisa. Cogí el cuaderno. Volví a mirar a la puerta. Rápidamente me metí el cuaderno en el pecho debajo de la camiseta interior y de la camisa. Encogí la barriga y metí medio cuaderno por debajo de la correa del pantalón. Cerré el cajón con la misma suavidad con la que lo había abierto. Ya estaba hecho. Me temblaba todo el cuerpo. Me cerré los botones de la camisa. Respiré hondo. Volví a donde estaba la caja. Cogí las tijeras. Me asomé a la puerta, no sé si para calmar los nervios, o para mandar un mensaje tácito al Lápida de que el proyecto había finalizado correctamente. La señorita seguía pasando cajitas de medicina al Lápida. Este la seguía colocando en donde la señorita le indicaba.

–Señorita, ¿acercó otra caja? –dije atolondradamente mientras recogía una nueva caja vacía. Ella me miró y me dijo maternalmente que todo iba perfectamente.

-Pablito, ten paciencia. Los fármacos tienen que estar en el sitio que les corresponde, porque, si no, después cuesta mucho trabajo encontrarlos.

-No, señorita, si no tenemos ninguna prisa. Aquí estaremos todo el tiempo que sea necesario, pero no quiero que por mi culpa se retrase su trabajo.

Abrí el resto de las cajas. Las fui acercando. Entré en el cuartito que me había dicho la señorita. Nunca había yo entrado en él. Olía a humedad. Había un urinario pequeño incrustado en la pared, un lavabo de manos, una toalla y, encima de una mesita pequeña, varios trapos para limpiar el polvo. Cogí uno y limpié la mesa del padre Ángel. La verdad es que no se había llenado de polvo, pero quise hacerlo tal como me había dicho la señorita.

-¡Ea!, ya están todas las pastillas, cápsulas, inyecciones, potingues y jarabes en sus correspondientes sitios. Sois unos chicos extraordinarios. Muchas gracias. ¡Que Dios os lo pague! Ya le diré al padre Ángel lo bien que os habéis portado.

El Lápida cerró las puertas de alambres de los muebles en los que se habían depositado las medicinas. Colocó la escalera de manos en la sacristía. Volvió. Salimos de la iglesia. Respiré hondo. Le eché el brazo al Lápida por encima de los hombros. Me miró. Cogí su mano. La acerqué a mi pecho, en donde pudo sentir la presencia del cuaderno. Esbozó una sonrisa nerviosa.

-¡Qué cabronazo eres, Pablito. Vaya miedo que he pasado. Esta me la pagas!

Tenía prisa y urgencia por leer el cuaderno y transcribirlo para que los datos en él contenidos no se me olvidasen. Aquello me apremiaba. Estaba seguro de que en él se contendrían muchas noticias de las que quería estar informado. Había sido mucho el tiempo en el que había ido viendo, desde el banco negro de la cruz blanca, cuánta gente se entrevistaba con el padre Ángel, y cómo este se quedaba luego, durante un buen rato, en el archivo tomando notas de cuanto había oído. Ni que decir tiene que la casi totalidad de los entrevistados eran hombres, porque estaba mal visto que el cura hablase en privado con mujeres fuera del momento del confesonario.

Incluso alguna vez escuché al padre Ángel afirmar que tenía noticias de que hacía ya bastantes años que se había empezado a comercializar en Alemania los primeros magnetófonos. Suspiraba por hacerse con uno, como de hecho se hizo. Recuerdo cómo grababa los sermones, en cuanto pudo adquirir uno de los primeros, regalo de un amigo bodeguero, y los ponía en la iglesia para que los asistentes los escuchasen durante la celebración de la misa, ya que esta se decía en latín. A las beatas más recalcitrantes la medida les dio pie a chismorrear cuanto pudieron de las supuestas extravagancias del cura, sorprendidas al ver que este estaba diciendo la misa en latín y de espaldas al pueblo, mientras que, por los altavoces de la iglesia, se escuchaba su voz explicando el evangelio. Ellas a lo suyo; a rezar el rosario durante la misa y a leer libros píos.

Me busqué un cuaderno. Ya desde la primera noche que el del padre Ángel llegó a mi casa, comencé a copiarlo, si bien siempre terminaba leyendo lo que venía detrás cuando me cansaba un poco de tanta pluma y tintero. Yo escribía en la habitación pequeña de nuestro partidito bajo la luz de un reverbero. Muchas veces mi padre me decía que me acostase ya. Le contestaba que estaba realizando un quehacer

que me habían mandado en el escritorio en el que trabajaba. Cuando terminaba, me encargaba de dejarlo bien guardado para que nadie encontrara lo que estaba copiando. Trabajé mucho y con precipitación, pero tuve el premio de tener una copia de las anotaciones del padre Ángel.

Sucedió que el padre Ángel durante unos días, al parecer, no había pretendido echar mano del cuaderno. Un día, después de la visita de un bodeguero amigo suyo, quiso seguir con sus anotaciones. Fue cuando echó de menos el cuaderno. Hacía varios días que yo, terminado de copiar, lo llevaba debajo de la camiseta y de la camisa a la espera de que se me presentase la oportunidad de volverlo a colocar en su sitio.

El padre Ángel, con cierto enfado, llamó desde su archivo al sacristán. Escuchamos cómo le preguntaba si alguien había entrado en el archivo, o si había visto el cuaderno por algún sitio. La verdad era que, en ocasiones, el padre Ángel se olvidaba el breviario o algún libro en cualquiera de las partes frecuentadas de la iglesia. El sacristán afirmó que él no se había encontrado nada, y que le preguntaría a la limpiadora por si esta lo había visto. El padre Ángel se calmó. Pensaba que tal vez lo pudiese tener en su casa, a la que se lo llevaba en algunas ocasiones.

Cuando menos lo esperaba, se me presentó la oportunidad. Por supuesto que, durante unos días, el cuaderno, siempre que iba a la iglesia, lo llevaba oculto en el pecho. Pasé una tarde por la puerta de la iglesia. En el compás de entrada estaba el padre Ángel sentado a la fresquita. Lo vi. Entré a saludarlo. Me preguntó cómo me iba en el trabajo. Le dije que me esforzaba por hacer bien lo que me mandaban. Me sonrió. Fue el momento en el que el doctor Echevarría entró hacia donde estaba el padre Ángel. Me pidió este que trajese la mesita y una silla. Se sentó el doctor. El cura me dio la llave del archivo, y me dijo que trajese el tablero y las fichas del ajedrez. Vi el cielo abierto. Allí estaba la oportunidad.

Tembloroso, cogí la llave, como si portase un valioso tesoro. Temía que me viese el sacristán y, celoso por las atribuciones que me daba el padre Ángel, se entrometiese y desbaratase aquella oportunidad única que el azar me había preparado. Crucé la iglesia como la sombra de un fantasma. Escuché los arrullos de las palomas anidadas en los ventanales del coro alto. Antes de entrar en la galería del archivo,

miré con sumo cuidado por ver si merodeaba por allí el sacristán. No estaba. Me acerqué a la puerta del archivo. Metí la llave en la cerradura. El corazón me palpitaba acelerado. No hice el menor ruido. La puerta estaba abierta. Entré. Me aproximé a la mesa del archivo. Abrí el cajón.

Miré hacia la puerta que yo había dejado casi cerrada. Reinaba el silencio. De un súbito movimiento saqué del pecho el cuaderno y lo coloqué en el cajón. Lo cerré con sumo cuidado. Volví a mirar hacia la puerta. Nada. Todo estaba consumado. Ya relajado, me acerqué a la estantería con puertas de alambre, en la que estaban los libros sacramentales. La abrí. Cogí el tablero y la caja de las piezas. Sentí en mi interior, ante tanto miedo contenido, el deseo de hacer ruido para que lo oyese el sacristán. Salí del archivo. Cerré la puerta de un golpe. Fue el momento en el que contemplé cómo el sacristán apareció precipitadamente en la galería.

–Pablo, ¿qué haces tú ahí?

–El padre Ángel me ha dado la llave para que le llevase el ajedrez. Va a jugar con el doctor Echevarría.

–Para eso estoy yo aquí. ¿Es que me ha enterrado antes de que me haya muerto?

Lo dejé refunfuñando. Crucé la iglesia desde presbiterio hasta la puerta de entrada. Le entregué el ajedrez al padre. Lo saludé, así como al médico, y me marché.

Guardé aquella copia como quien guardaba un verdadero tesoro. Para mí lo era. En la ciudad del silencio aterrado yo había encontrado una voz y, con la voz, una información que, si bien muchos sabían, difícilmente se hablaba de ella, ni tan siquiera en la más estricta intimidad familiar. Por fin tuve algún conocimiento del significado del “aquello” a lo que, con tanta frecuencia, se refería mi abuela.

Cuando me puse a redactar todos estos apuntes, incorporé a ellos el contenido del cuaderno del padre Ángel, así como la aventura de cómo lo había ido copiando durante varias noches, hasta copiarlo por completo. Copio lo que decía literalmente desde la portadilla:

Privado.

In nomine Domini. Amen.

Yo había vivido la guerra civil. La había padecido en los pueblos en los que me habían destinado a ejercer mi ministerio sacerdotal, con anterioridad a mi destino a esta ciudad. No obstante, tan sólo llegado a ella, me surgió una sospecha. En esta ciudad las consecuencias de la guerra habían sido más crueles que en otros lugares. Vi la mirada de terror contenido en muchos rostros de mis feligreses. También contemplé el pavoneo y la vanagloria hinchada en los de otros. Tenía que conocer la realidad. No podía dar palos de ciego. De suyo, en la tarea pastoral considero que esta actitud es uno de los mayores pecados de lesa humanidad. Pretendí informarme de la objetividad de lo acontecido. No me fue nada fácil. Aún ahora, cuando redacto estas anotaciones, estoy inmerso en la duda de si está en ellas todo lo que fue. Estoy plenamente convencido de que no lo está.

Hablé con muchos caballeros. Eran los que venían por la iglesia. Los demás huían de mí cuando me aproximaba a ellos en mis visitas por las miserables casas de vecinos. Sólo me quedaban las mujeres y los niños. Estos qué iban a decir, acostumbrados, como estaban, a vivir en el lodazal de miseria e incultura al que estaban condenados. Las mujeres, de suyo, las pobrecitas, tan sólo tenían palabras para mentir, en pro de ver lo que conseguían en alivio de sus carencias radicales, voces para pedir, y manos extendidas para suplicar.

Sólo me quedaban los caballeros. Eran hombres elegantes, hacendados. La mayoría de ellos, bodegueros o comerciantes, formalmente practicantes, pero incentivados por sus esposas a que tuviesen amigables relaciones con el párroco, porque eran momentos en los que estas relaciones estaban muy bien vistas por la gente adinerada de la ciudad y por los políticos surgidos de la guerra civil. Algo me llamó mucho la atención en mi contacto y conocimiento de la realidad económico-social de la ciudad. Casi toda la industria bodeguera, así como las propiedades urbanas y rústicas, era de la exclusiva propiedad de un sector de la ciudad, los montañeses. Eran hombres y mujeres que, desde mucho tiempo atrás, habían venido del norte de España y se habían asentado en la ciudad.

Unos habían llegado con fortuna. La multiplicaron en poco tiempo. Otros, sólo con las manos, pero también habían prosperado más de lo que tal vez esperaban. Estos montañeses eran muy trabajadores, muy religiosos en el cumplimiento de sus deberes con la Santa Madre Iglesia, muy austeros, y algunos de ellos, a través de sus esposas, muy dados a la beneficencia. Desde que llegaron a la ciudad se habían entregado a la industria bodeguera, al comercio de productos alimenticios, a la adquisición de bienes urbanos, y a la Banca. Desde esta ladera del poder pronto se harían con otra, la del gobierno municipal. Para que los capitales y propiedades no se mermasen, era muy frecuente el matrimonio entre miembros de la misma familia, tíos-sobrino, primos-primas... Muchos son los casos de dispensas apostólicas contenidos en los libros sacramentales. De ello se derivaba la preocupante abundancia de una prole marcada por algún tipo de deficiencia, especialmente mental.

He de reconocer que las principales noticias de lo acontecido en la ciudad me llegaron de este sector, dado que era el más próximo a mis posibilidades. Con el correr del tiempo, pude tener acceso a otras opiniones y perspectivas de otro cariz. Tomé anotaciones. Luego las fui plasmando en este cuadernillo para mi exclusivo uso personal. Lejos de mí la pretensión de calificar a unos de buenos y a otros de malos. En todas las tierras brotan el trigo y la cizaña. Yo sólo recogí lo que oí, porque ni estuve en aquellos desoladores días en la ciudad, ni soy dado a los análisis precipitados, superficiales y parciales. Toda montaña se puede ver desde perspectivas muy diversas. Lo que veo lo sufro a diario con tantas víctimas inocentes de aquella desgracia inhumana.

En España la guerra civil duró casi tres durísimos años. En esta ciudad, tan sólo tres penosísimos días, pero ¡ay lo que vino después! ¡Dios

libre a su pueblo de tanto odio y de tantas maldades, y evite que los hombres repitan la historia! Todos coinciden en que esto fue posible por el mucho odio que había almacenado en algunos vecinos de esta ciudad, azuzados, a más inrri, por autoridades foráneas. El cainismo imperaba. Los lobos esperaban, ansiosos de sangre, su momento. El hambre, el analfabetismo y la incultura, también. Las monjas temían que, como había pasado en otras ciudades del entorno, sus conventos fuesen incendiados. Así lo hizo constar un compañero de la ciudad al cardenal arzobispo de la archidiócesis.

La guerra duró aquí tan poco tiempo porque el movimiento encabezado por Franco triunfó prontamente en la ciudad, tras unos momentos de titubeo de los partidarios del general en ella. Los vencedores impusieron una dura represión, emergida de quienes habían potenciado, con sus odios y con la siembra de actitudes de intolerancia, en un bando y en el otro, los enfrentamientos entre los hijos de una misma tierra. Mucho odio existía larvado en los trabajadores del campo y de la marinería, así como en sus patronos, tras muchos años de conflicto social por el paro constante, los salarios insuficientes, las miserables condiciones de vida, y muchos problemas más. Nunca fue posible un acuerdo entre los dos sectores enfrentados. Precisamente uno de los puntos del orden del día de la sesión del Ayuntamiento del 17 de julio de 1936 fue el análisis de cómo atajar el problema del paro obrero forzoso.

No obstante, la ciudad, en su oficialidad, seguía la burocracia común del principio del veraneo. Tuve oportunidad de leer un periódico de aquella fecha. Me lo trajo un feligrés que trabajaba en el Ayuntamiento. El periódico se llamaba Sanlúcar de Barrameda. Me enteré pronto de que popularmente era conocido por “El Sanluquilla”. Nada, absolutamente nada, parecía presagiar la sospecha de que fuese a estallar lo que ya estaba fraguado. Aquel periódico se refería a los viajeros que habían llegado a la ciudad a pasar la temporada estival; a esquelas mortuorias; a una competición ciclista en Jerez de la Frontera en la que iba a participar un hijo de esta ciudad; a las películas que se proyectarían en la Sala de Cine; e incluso se recogía una queja al alcalde “por el insoportable hedor que despedía la cloaca que desembocaba en la playa”. Nada. La ciudad aparecía aletargada. Los señoritos, a preparar sus fiestas. Los pobres, a sus problemas de siempre. Supe que en los cultos marianos, propios de las fechas del verano, los templos estuvieron todos a rebosar.

Ya, en el 18 de julio, los rumores de un levantamiento militar contra la República se fueron propagando por la ciudad. Llegó la confirmación. Tales rumores dejaron de serlo. Las tropas de la capital gaditana se habían sublevado. Las Fuerzas de los regulares, procedentes de África, estaban desembarcando en la península. Desconcierto. Inquietud. Las autoridades municipales no adoptaron medidas de ningún tipo, tan sólo se mantuvieron alerta en el ayuntamiento el alcalde, su secretario y algún concejal de los más afines.

La situación no pudo permanecer así por mucho tiempo. Era de temer que pronto se reactivasen los partidarios del gobierno establecido y los que estaban a favor del movimiento militar. Así fue. Las autoridades locales ordenaron el cierre de casinos, de cafeterías y de bares, lugares más frecuentados por la gente de derecha. Se produjeron cacheos. Varios militares fueron detenidos en sus domicilios. Los viticultores, alentados por los sindicatos, fueron los primeros que acordaron alzarse en armas contra el fascismo y ayudar a las autoridades a mantener la legalidad vigente.

Muchos ciudadanos, entre sorprendidos y temerosos, comenzaron a contemplar las acciones que se iban produciendo en la ciudad. Un grupo de vecinos se apoderó de las armas existentes en dos establecimientos comerciales. Se obligó al Monte de Piedad a la devolución a sus propietarios de los lós de ropas que tenían empeñados. Se requisaron camiones y, en ellos, vecinos escopeteros recorrieron las calles de la ciudad. Se cortaron las líneas férreas, la carretera de Jerez de la Frontera, y las líneas telegráficas.

Entre aquellos con los que dialogué había división de opiniones. Algunos me dijeron que todo fue trazado convenientemente. Otros, lo contrario. Me afirmaron que fue un movimiento popular, desaprobado incluso por dirigentes locales del Frente Popular. Lo cierto fue que los escopeteros, si bien no asesinaron a nadie, sí que asustaron a muchos, máxime cuando comenzaron a efectuar registros domiciliarios y a ejecutar algunas detenciones. Parece que los más virulentos proyectaron incendiar alguna iglesia.

Las fuerzas de la derecha así como la Guardia Civil, en un primer momento, no reaccionaron. No organizadas las primeras, optaron por ver venir los acontecimientos. Las segundas permanecieron expectantes en su cuartel. Sin embargo, pronto cambió la inicial actitud de los unos y de los otros. La Guardia Civil supo que las autoridades locales habían

maquinado una emboscada para que cayesen acribillados algunos números de dicho cuerpo. La noticia los alertó. Los lanzó a la intervención. Un rumor subió del Barrio Bajo al Alto. Llevaban a la cárcel a dos de los detenidos, un abogado y su cuñado. Llegaron al porche de la iglesia mayor. Fue el momento en el que la Guardia Civil intervino. Se produjeron los primeros disparos y los primeros heridos de la guerra en la ciudad. La postura de la Guardia Civil quedó patente. Estaba con el movimiento militar de Franco. En apoyo de la Guardia Civil, las fuerzas de la derecha comenzaron a sumarse a ella en el cuartel de la misma.

Así las cosas, pronto llegó apoyo, de fuera de la ciudad, para los partidarios del movimiento. De la ciudad vecina arribaron fuerzas de Caballería. Tomaron el ayuntamiento. Destituyeron a sus componentes. Nombraron comandante militar a un coronel residente en la ciudad. Soplaban aires favorables a los opositores a la república. Las fuerzas de derecha, poco a poco, se fueron reactivando y haciéndose con la situación. Se liberaron a los presos políticos encarcelados. Sólo quedaron en la ciudad, como defensores de la república, los carabineros del puerto, pero hasta estos se pasaron a las filas de quienes iban haciéndose con la situación en la ciudad, la derecha política y social. Salvo esporádicas intervenciones bélicas, que sólo duraron unos días, el golpe militar había triunfado en la ciudad. La Guardia Civil se había unido a este desde el principio. Los dudosos carabineros terminaron integrándose en él. Las tropas de los adictos al movimiento dominaron las calles. Por el contrario, las milicias del Frente Popular se vieron dispersas, desconcertadas y desorganizadas.

Todo controlado, días después comenzó el proceso de las detenciones y de las depuraciones. Fue en este momento, aunque quienes me informaron no lo expresaron así, sino que más bien fue una deducción mía, en el que llegaron los verdaderos problemas. Los vencedores se pasaron de rosca. Los mandos de los carabineros, un teniente y un sargento, sorpresas de la vida, enviaron a la Comandancia Militar las primeras diligencias. Comenzaron las detenciones. Por más que mis informantes se esforzaron en probarme la bondad de las mismas, estas tenían un evidente tufillo de irregularidades. Se procedió al nombramiento de un alcalde que al tiempo era comandante militar de la plaza.

Los partidarios de la república, no obstante, siguieron protagonizando, durante tres días, los últimos estertores bélicos contra la nueva situación implantada en la ciudad. No se resignaron a ella. Fueron días

tristes, de violencia, de tiroteos continuos, y de mucho miedo. Se militarizó a personal civil. Se establecieron puestos de control en los puntos más estratégicos. Un cabo de los carabineros se sublevó. Arengó a los trabajadores a que tomasen las armas. Las repartió entre algunos. Los obreros armados se levantaron. Dirigieron una ofensiva contra el ayuntamiento, contra el hospital, contra el cuartel de la Guardia Civil, y contra las centrales de telégrafo y teléfono. Todo esto sucedida mientras la ciudad estaba inmersa en constantes tiroteos.

El cabo, ante la impotencia de sus pretensiones, huyó de la ciudad con algunos de sus partidarios. Posteriormente, se entregó en el cuartel de la Guardia Civil de un pueblo de la provincia de Sevilla, cerca de donde yo había ejercido mi ministerio sacerdotal antes de llegar a esta ciudad. Alegó que su rebeldía fue consecuencia de que había sido engañado por algunos compañeros. La llegada, desde la ciudad vecina, de una sección de Regulares y su intervención sin contemplaciones acabaron con los focos de resistencia de los obreros que seguían defendiendo el estado republicano. Los últimos comenzaron a esconderse o a huir de la ciudad. Se supo posteriormente que los huidos se habían refugiado en las tierras de Maína, en las del Hato de la Carne, en las de la Mina, en las del Navacillo, y en el Coto. Aquí la guerra había terminado. Un rejón de odio y dolor se clavó en la ciudad, las detenciones y posteriores fusilamientos.

La información sobre esto último me resultó sumamente dificultosa. Incluso hasta los más significativos de los vencedores se resistieron a hablar. Ocultaron lo sucedido. Magnificaron la maldad de los apresados, y aún más de los fusilados. Pretendí quiméricamente llegar a las fuentes, a los expedientes sumarísimos. Indagué dónde podrían estar. Uniendo datos, sospeché que los custodiaba un abogado que había intervenido en los mismos. Se me negó. Lo intenté con una familia, tan religiosa como falangista –no sabría decir qué sentimiento estaba por encima del otro–. Imposible. Nadie los tenía. Incluso me llegó de la alcaldía el “consejo” de que no anduviese removiendo el pasado, porque el pasado estaba muerto. ¡Y tan muerto que estaba! –pensaba yo para mis adentros–.

De lo que no tuve duda, desde el principio, fue del carácter arbitrario de las detenciones. Comenzaron por los principales líderes políticos que había en la ciudad cuando estalló el movimiento. Siguieron con los activistas escopeteros. Continuaron con una buena cantidad de

ciudadanos que habían sido acusados por algún vecino anónimo. Puedo afirmar que, en muchos casos, los móviles de las denuncias fueron el afán de venganza o el mismo odio. De los detenidos, unos fueron llevados presos a la cárcel de Jerez; y otros, a la improvisada en el castillo de esta ciudad.

Los fusilamientos comenzaron. La autoridad los determinó y ejecutó con nocturnidad. Ordenó, al mismo tiempo, que en la ciudad todo diese la sensación de que la normalidad había retornado a ella. Abundaron en la prensa local las listas de las suscripciones económicas patrióticas, las adhesiones al movimiento, y los poemas triunfalistas que cantaban los diversos hitos de la victoria. Hasta el comandante militar de la ciudad hizo un llamamiento a los obreros. Les pedía que desoyesen las pocas coacciones que les pudieran hacer los cabecillas engañosos y explotadores de los mismos. Les animaba a que se convenciesen de que las puertas de la Comandancia estaban abiertas a los hombres honrados, por muy humildes que fuesen. El objetivo pretendido fue trasladar al estado de ánimo de la población el convencimiento de que en la ciudad reinaba la normalidad. Todo se controló desde el palacio de los Orleáns, en donde se había instalado el Cuartel General; así como desde el Palacio de las Medinasidonia, sede de las fuerzas fascistas y de las milicias ciudadanas.

A pesar de la normalidad, seguían los registros domiciliarios, las búsquedas de sospechosos, con batidas en los campos, y las detenciones, especialmente de quienes se encontraban ilícitamente en posesión de escopetas o de cualquiera otra clase de armas. Se informó desde la Comandancia Militar de que, si se encontraba a algún individuo con arma sin la correspondiente autorización, sería fusilado previo consejo sumárisimo. En los campos relucían banderas blancas con la pretensión de disipar sospechas. Las autoridades superiores consideraron que se actuaba con cierta blandura, de manera que el gobernador civil de Cádiz ordenó el 8 de agosto de 1936, en visita efectuada a la ciudad, que se actuase con mayor energía. Era lo que faltaba. El ritmo de los fusilamientos creció. La lista negra se incrementó, decreciendo con los fusilamientos en las negras madrugadas engendradas por el odio y la intolerancia.

Un bodeguero, buen amigo, me contó, con todo el sigilo, que la visita del gobernador había sido breve y muy dura. Que había afirmado que era necesario proceder con la mayor energía. Que los presos quedarían a su disposición. Que, tras aquellas palabras, la consternación que se produjo fue terrible. Que había contemplado la salida del gober-

nador, seguido de un cortejo de tristes y demudados acompañantes; cortejo de funeral. Que todos aparecían con caras amarillas, en una compañía lenta y silenciosa de viático. Que en cualquier rincón del palacio de los Orleáns había un corrincho. Que, en voz baja, velada por la emoción, emitían su juicio. Que, aunque produjera tristeza confesarlo, en la mayoría, por no decir en la totalidad, imperaba un criterio de extremo rigor, y se condenaba la lenidad del comandante militar que se había hecho cargo del mando de la ciudad. Y que después supo, entre aquellos rumores que llegaban a media voz, que a la noche habría una reunión de militares. En ella se acordaría lo más conveniente para la causa. Así fue. Cuatro nuevo fusilados en aquella misma noche. Luego, más y más... Fue nombrado un nuevo gobernador militar. ¡Vaya entrada que tuvo! Cacareó que serían tratados con la misma dureza tanto los presos como quienes se atreviesen a interceder por ellos.

En la casa nadie iba a identificar el trabajo que yo estaba realizando. Nadie sabía nada de aquel cuaderno; sólo, el Lápida. No obstante, solamente me ponía a escribir de noche. Mi padre me dejaba tranquilo, dado que le había dicho que se trataba de copias para el escritorio. Poco a poco lo que el padre Ángel había escrito iba quedando transcrito en mi cuaderno. Durante el día trabajaba en el escritorio, haciendo lo que me mandaba el jefe. Este era hombre aquietado, de mediana estatura, vestido con discreción y colores siempre oscuros, metido en carnes, con la cabeza con abundante cabello blanquecino y con una voz atiplada. En ocasiones, especialmente cuando abundaba el trabajo, o cuando el señorito había estado en el escritorio y le apremiaba, la hosquedad le invadía, se ponía arisco, y nos exigía que trabajásemos a mayor ritmo. Yo, al principio, me ponía nervioso cuando lo observaba así. Luego, viendo la actitud de los demás escribientes, me lo tomaba con más calma, pues sabía que la tormenta era de corta duración. El clima del escritorio permanecía, mientras durase aquel ambiente, insondado. Nadie musitaba palabra. Cuando el rostro del jefe volvía a la normalidad, las voces y los comentarios se retomaban.

Jamás se hacía referencia a nada que tuviese que ver con lo acontecido en la ciudad años antes. El jefe sí hablaba con cierta frecuencia, especialmente cuando llegaba el momento del descanso para el cigarrito, de asuntos de religión, de novenas, de triduos, de un coro musical que se había formado y al que él pertenecía, de procesiones, de cofradías, y de los curas que había en la ciudad, con los que, al parecer, él tenía muy buenas relaciones.

Cuando algunos oficinistas más jóvenes me fueron tomando confianza, me comentaron, tras mi juramento formal de que no diría absolutamente nada aunque me rajasen de arriba abajo, que el jefe del escritorio había tenido la lengua un tanto larga, al informar negativa-

mente de algunos individuos, en las depuraciones que sucedieron a los días de guerra en la ciudad. Yo, al seguir copiando con denuedo el cuaderno del padre Ángel, estaba a la espera de encontrar alguna referencia a mi jefe, pero, en cuanto había copiado hasta aquel momento, el padre Ángel no había hecho ninguna referencia a nombre alguno. Creo que lo hizo tal vez por respeto, o por astucia, o por precaución, por si el cuaderno cayese en unas manos que no fuesen las suyas.

Terminé la faena de aquel día. Al principio, realizaba poco trabajo de mesa. Me mandaba el jefe a la calle a entregar cartas, o a repartir facturas, o a llevar algún producto a casa de los señoritos, o a realizar cualquier otro tipo de recado. Poco a poco, también se me fue encomendando trabajo de mesa, como dejar constancia de algún apunte en los libros de contabilidad, escribir cartas, redactar las nóminas de los trabajadores de las bodegas... No era un trabajo duro, pero requería atención, porque el jefe se ponía como un energúmeno cuando había que andar borrando algo en los libros de asiento, o cuando se hacía algún borrón. La verdad es que yo tenía facilidad para eludir ambos errores, porque en la Escuela de los Hermanitos nos prepararon extraordinariamente para escribir y para las cuentas. La letra de los antiguos alumnos era tan perfecta que más bien parecía de imprenta, razón por la que eran muy valorados y queridos por los escritorios.

Salí aquel día a la calle tras el trabajo de la mañana. Había poca gente. Era la hora del almuerzo. Frente al escritorio existía un caserón con un gran jardín, pero los muros eran tan altos que desde la calle tan sólo se podía ver la parte superior de los árboles y de las palmeras, pero el perfume de las flores y de las plantas aromáticas trasminaban toda la calle, como decía mi abuela, quien, para subrayar el fuerte aroma de una planta o de una flor, afirmaba: “Esta flor trasmina”. Las apetitosas frutas de los árboles frutales más bien se intuían que se observaban. En aquel jardín también existían aves de corral. Desde el escritorio escuchábamos sus cacareos.

La luminosidad del día había llegado a su esplendor. Reverdecía el azul del espacio. El sol caldeaba la calle por arriba y por abajo. Los pitijopos revoloteaban parándose en los hierros de los cierros, mientras algunos chiquillos jugaban a atraparlos. Por el fondo de la calle venía andando pausadamente un hombre. Era muy grueso. Vestía completamente de blanco, sombrero y zapatos incluidos. Sudaba. Parecía como que el sol tuviese preferencia por enviar sus rayos del

mediodía con más fuerza sobre aquel cuerpo orondo. Unos arroyuelos de sudor caían de su frente. De vez en cuando sacaba un pañuelo blanco de su chaquetilla veraniega y se limpiaba solemnemente el sudor la frente.

Observé de pronto que, en el escalón de salida a la calle de una casapuerta, una mujer metidita en carne, morena, de ojos muy grandes y muy negros, y de pelo ondulado, tenía un pollo en las manos. Este intentaba escaparse de ellas. Se movía con resistencia. La fuerza de las manos de la mujer era, sin embargo, más vigorosa para impedir que el pollo se le escapase de ellas. El hombro orondo avanzaba lentamente. Llegó a la altura de la mujer. La miró. Sonrió como sólo saben hacerlo aquellos a los que la naturaleza donó algunos kilitos de más.

–Señorito, este pollo entró corriendo en mi casa. Debe ser de los que tiene usted en su corral. Se habrá escapado.

–Ciertamente –dijo, mientras que la mujer se dirigía a él ofreciéndole el pollo en señal de devolución– era de mi corral. Ahora, por travieso, ya no pertenece a él. Quédeselo y haga con él un buen puchero para los niños. A mí me quedan más.

–Muchas gracias, señorito don José. Dios se lo pague.

El hombre continuó caminando, con la misma parsimonia, hacia su casa. La mujer se introdujo en la suya invadida por el contento. Aquella simpática anécdota, más para ser gozada en su visión, que para ser contada, me dejó en mi interior un sentimiento de paz y alegría. Anécdota simple, pero para mí, que estaba enfrascado en la copia de cuanto había acontecido recientemente en la ciudad, supuso un rayo de humanidad frente a tanta locura como se desprendía de aquellas páginas del cuaderno del padre Ángel.

Como hacía todos los días, antes de marchar para almorzar en mi casa, pasé por la casa del Lápida. Este, al verme, salió a la calle empolvado como una acedía preparada para ser frita. Le conté aquella anécdota recién contemplada. Rió y alabó la honradez de la señora y la generosidad del señorito. A vuela pluma le conté algo de lo que había copiado la noche anterior. Noté en su cara que estaba cansado, tal vez hambriento y, desde luego, deseoso de meterse en un buen lebrillo, pleno de agua, y darse un buen baño. No quise cansarlo más. Quedamos en vernos por la tarde, no sin que antes me dijese, casi como en un susurro, que tenía novedades que contarme. Lo miré fijamente. La pregunta era inevitable.

-¿No tendrá nada que ver con el cuaderno?

-No hombre, no. Tranquilo. Es algo mío y bueno. Ya hablamos. Vendrá también el Pajarito, si termina pronto en el bar en el que trabaja su abuelo.

-Vale, Lápida. Hasta la tarde.

Seguí para mi casa. Mi padre seguía en el campo echando la peonada. Mi abuela me tenía ya preparada la comida.

-Anda, Pablito, antes de almorzar, te lavas las manos... que en esos escritorios hay muchos bichos en los papeles y se te pegan en las manos. Ahí tienes jabón del bueno.

Llegó la tarde. Intrigado, lo estaba deseando. Salí para casa del Lápida. En la puerta estaba ya el Pajarito. Me miró sonriendo con cara de pillo. Aquel día sus ojos me parecieron más negros que nunca, pero también más tristes. La verdad era que el trabajo en el bar no le gustaba. Pretendía, en cuanto se le presentase la más leve posibilidad, marcharse a trabajar fuera, aunque a su familia, no le agradase, como no le agradaba. Cuando él hablaba de eso, yo sentía mucha pena. Siempre juntos, no me hacía a la idea de no verlo a diario. La verdad era que la vida, hasta aquellos oscuros años de fines de la década de los cuarenta, nos había traído poco de agradable y mucho de sufrimientos, y cuando más aumentábamos años, peor. Lo que nos salvaba era que las inclemencias de nuestras vidas, aún hoy no sé si por desconocimiento, o por lo atrevidos que nos hacían nuestros escasos años de jóvenes, nos las pasábamos por donde podíamos y las dejábamos tiradas en el camino. Si cada día tenía notas negras, nosotros pronto las sustituíamos por otras más gratificantes.

Era al Pajarito a quien más trabajo le costaba adoptar esta actitud. Por su carácter más débil, o por su espíritu más pusilánime, la vida le resultaba más cruda. Fuese como fuese, el Lápida y yo nos habíamos encariñado con la vida por aquellos años, a pesar de todos los pesares; el Pajarito, no; más bien estaba imbuido de una especie de sentimentalismo enfermizo por el que todo le afectaba en demasía. ¡Cómo me golpean en la mente y en la imaginación tantos recuerdos de aquella época! Los recuerdos se entremezclan, de manera que aparecen como coetáneos los que pertenecen a épocas distintas.

Llegó el Lápida. Lo apremié para que fuese al grano.

-Venga, Lapi, ¿qué pasa?

-Tranquilo, Pablito, tranquilo. Todo llega, pero en su momento.

El Pajarito sonreía. No tuve la menor duda de que ya sabía lo que el Lápida me iba a contar. Nos adentramos en nuestra afición preferida, charlar callejeando por la ciudad. Esperé. No le insistí más. Ya se abriría. No tenía ni idea de qué trataría lo que me iba a decir, porque el zorro del Pajarito ya estaba enterado. No lo dudé ni un instante. Lo que pasaba era que el Lápida, como siempre, quería que cuanto nos sucediese fuese compartido por los tres, pero aquel tunante se había enterado antes que yo.

Llegamos hasta el paseo, cercano a La Balsa, que le decían la Calzada de la Infanta. Era continuación de la Calle del Chorrillo. El paseo estaba constituido por un verdadero arenal, pero todo él estaba flanqueado de árboles, especialmente de unos frondosos eucaliptos que unían sus ramajes con los de la otra acera de la calzada, de manera que parecía un verdadero túnel vegetal umbrío y solitario. No había casas ni a un lado ni al otro de aquella calzada; sólo, navazos, protegidos por unos altos bardos y matorrales costeros. Siempre escuché decir que aquel nombre se lo habían puesto porque por allí se trasladaban las Infantas a la playa para tomar los baños de sol y mar, dado que al final de esta calzada tenían instalada los Infantes su caseta para los baños.

Seguíamos caminando. Más rápido, en ocasiones; más aminorado, en otras... pero el Lápida no soltaba prenda alguna. ¡A esperar tocaba! De la orilla llegaba una agradable brisa, como regalo tras el calor emanado durante el día. Escuchamos próximo el estrépito de las ruedas del tren de la costa sobre los raíles. Intuimos las filas de los vagones, mientras el olor a humo se colaba por nuestra nariz. Charlábamos... charlábamos...

Llegamos, cerca de Las Piletas, al Paseo de los Hotelitos. El Lápida sonrió. Miraba a una parte y a otra como buscando algo. Se detenía. Reemprendía el paseo.

-Lapi, ¿quieres decirme adónde vamos?

-Pablito, ¿te vas a hacer el nuevo? pues a lo de siempre; a pasear y a charlar. ¡Qué cosas tienes!

-Pero ¿no me dijiste que me tenías que contar algo?

-Y lo voy a hacer, pero ten paciencia, hombre, ten paciencia.

El Lápida, aunque a cierta distancia, se paró delante de uno de los hotelitos alineados frente a la orilla de la mar. Lindaba con la

Calzada del Ejército. Era un caserón enorme, un edificio raro, rodeado todo él de unos muros de mampostería. Me llamaba la atención lo pendientes que tenía los tejados, la abundancia de madera mezclada con la mampostería, los jardines de su alrededor, y la belleza del conjunto. Mira que había pasado veces por allí, pero nunca me había fijado con detenimiento en él.

-Aquí es.

-Aquí es qué, Lápida -le repliqué.

-Aquí es donde vive mi novia.

-¡Anda! ¡Déjate de coña! -le contesté mientras el Pajarito se reía, y el Lápida miraba el caserón como embobado.

-¡No miréis!... que nos puede ver.

-¿Qué nos puede ver quién, Lápida?

-Pues ¿quién va a ser?... mi novia.

-Anda y báñate -le dije sin saber por qué fueron aquellas las palabras que me vinieron a la boca.

-Que sí, que ahí vive su novia -dijo el Pajarito.

-El que faltaba -refunfuñé. Pero ¿tú tienes novia? ¿Y desde cuándo? Además ¿cómo puñetas va a vivir ahí tu novia, si ahí quienes viven son señores de mucho dinero?

El Lápida se adentró hacia las dunas de la playa. Desde ellas se seguía viendo el caserón. Un olor a algas llenaba aquel lugar. Las olas de la mar se sentían y se olían. Comenzaba a verse algún farolillo encendido en la distancia, a pesar de que el día no había dado sus últimos bostezos. ¡Qué contraste entre aquella hora y las del final de la mañana y del mediodía cuando los vecinos y foráneos tomaban los baños de sol y de olas! Alguna luz se encendió en aquel hermoso hotelito.

El Lápida comenzó a hablar.

-Pablito, al Pajarito ya le he contado todo. Mira, es verdad. Ahí vive mi novia. Nos conocemos desde hace muy pocos días. No te dije nada hasta ahora porque yo creía que era una fantasía, como lo de la niña de la Cuesta cuando nosotros éramos unos chiquillos. ¿Te acuerdas de los palos que te dieron aquellos niñatos señoritos? Ya la he visto varias veces. Aunque su madre no quiere, hemos pelado la pava y todo.

-¿Pero dónde la conociste so cabronazo? -le dije sorprendido y con cara de tonto.

–Fue una casualidad. Yo estaba en el taller trabajando con mi abuelo. Llegó a la puerta una señora elegantemente vestida. Llevaba un traje blanco de encajes hasta los pies y un sombrero en la cabeza para que le diese sombra en la cara. Tenía puestos hasta unos guantes blancos calados. Venía con ella una muchacha de nuestra edad. Muy guapa. Morena, los ojos negros como el carbón, al igual que los cabellos. Era su sirvienta. La miré de reojo. Observé que ella también me miraba. Me puse completamente rojo. Ella se dio cuenta. Mientras la señora hablaba con mi abuelo, nos miramos. Ella sonrió tímidamente, pero no me cabía la menor duda. Había sonreído varias veces. La señora terminó la conversación con mi abuelo. Se marcharon, no sin antes decir adiós muy educadamente.

–Pero ¿qué quería aquella señora con tu abuelo? –le pregunté con afán de inquirirlo todo.

–La verdad es que, cuando la señora estaba hablando con mi abuelo, yo no me enteré de nada. Escuchaba su voz y la de la señora lejos... lejos. Luego le pregunté a mi abuelo. Me dijo que la señora deseaba construir en su residencia de verano una especie de capilla. Quería que en ella hubiese unas hornacinas y un altar de mármol. Me comunicó que había quedado en ir a su casa, allá por La Calzada, para tomar las medidas de lo que la señora deseaba. Yo le dije que quería ir con él para ayudarle y para ver por dentro aquella casa tan extraordinaria. Asintió mi abuelo.

Al día siguiente fui con él. ¡Qué patio de entrada! ¡Qué escalera de madera! ¡Qué vidriera de colores con un escudo! La señora nos acompañó a la planta primera. Había en ella muchas puertas. Entramos en una habitación grande. La señora dijo que era allí en donde quería colocar un oratorio. Le explicó a mi abuelo lo que quería. Mi abuelo tomaba notas y hablaba con ella. Yo lo miraba todo. Creía que, en algún momento, volvería a ver a la muchacha que la había acompañado a mi taller. ¡Qué iluso! Mi abuelo y la señora seguían hablando de aquel proyecto.

–Bueno, ¿se hace usted cargo de todo lo que deseo? –preguntó la señora a mi abuelo. Le contestó que sí, que mandase cuanto deseara, que él estaba para realizar los deseos de la señora. Esta cogió con la mano derecha una campanita, como las de la iglesia, y la hizo sonar. Apareció una señora gruesa, con un vestido negro hasta los pies, un delantal blanco y una especie de gorrito blanco en la cabeza.

-Mande, señora -dijo al entrar.

-Reyes, dile a la niña que traiga una bandeja con una jarra de limonada fresca y dos vasos para los señores.

-Enseguida, señora.

-Salió apresurada. Unos minutos después entraba en aquella habitación una muchacha con la bandeja en la mano. ¡Era la que había acompañado a la señora a mi casa! Me puse nervioso. Agaché la cabeza. La miré de reojo. Todavía me pareció más guapa.

-¡Tú estás chalado, Lápida! -le corté en su perorata-. Pero ¿no te das cuenta de que esa muchacha es mucha agua para tu barco? Ella está hoy aquí, pero, cuando termine el veraneo, se irá a su tierra como todo el forasterío... y, si te vi, no me acuerdo. Tú nunca has sido romántico. ¿Qué ha significado siempre para ti una mujer? Anda, dímelo... pues eso... unas tetas duras muy bien puestas. ¡Anda ya... vete a las Piletas a refrescarte!

-“Quillo”, que no. Que estoy enamorado de ella. Vine con mi abuelo unas cuantas veces a esa casa para ayudarle a colocar los mármoles. Ella se presentaba a traernos agua o limonada. Le hablé. Comenzamos a vernos por las noches en una cancela que hay detrás del jardín de la casa. Charlábamos. Le dije que si quería ser mi novia. Me contestó que sí. Yo, al principio, lo que quería era lo que vosotros sabéis, pero luego me di cuenta. Me había enamorado. Y se lo dije. Un día vino y me lo soltó. Le había dicho lo nuestro a su madre y esta, después de hablar con la señora, le había dado permiso para vernos en aquella cancela, porque la madre nos vigilaría desde el balcón de arriba.

-Pero, escucha -intervino el Pajarito- que el tío ya la ha besado y todo.

-¿Sabéis qué? -les dije-, estáis hechos un par de zorros. ¡Vaya amigos! ¿Y cómo se llama tu novia, si se puede saber? Porque, a lo mejor, hasta para eso tienes que pedirle permiso a la gorda y a su señora.

-Anda, Pablito, no seas más elemento... mi novia se llama Mari Reyes. Mari Reyes... Es tan guapa y tan buena... además no tiene padre... lo mataron en la guerra, y la señora recogió a la madre y a la hija, y entraron a su servicio. Mari Reyes, Mari Reyes se llama mi novia...

-¡Que ya me he enterado, cabeza de adoquín! A ver lo que te dura.

La verdad es que tenía en mi interior una mezcla de sentimientos; por una parte, me alegraba por el Lápida, se lo merecía; por otra,

sin embargo, sentía como una especie de tristeza mezclada con envidia. ¿Por qué le había tocado a él ser el primero que se echase novia? ¿Sería un obstáculo para nuestra amistad? ¿Viviría el Lápida ya sólo para ella y nos iría abandonando poco a poco?

Hoy, mirando hacia atrás, reconozco cuántas tonterías se me metieron en la cabeza a raíz de aquel día. Luego, vería que así era la vida. El río corre y corre y, en cada momento, trae experiencias nuevas. Hay que vivirlas en toda circunstancia con intensidad. Continuarían nuestras idas y venidas por la ciudad. Veríamos juntos muchos atardeceres acompañados de ráfagas mortecinas de luces que brillarían tenuemente, mientras el tiempo iría pasando con mirada polvorienta. Seguiríamos aferrados a la lucha con la vida. Era nuestro destino. Lo habíamos mamado. No sabíamos hacer otra cosa. Era demasiado fuerte el lazo con el que el destino nos había atado.

—¡Ay el Lápida!... mira que Mari Reyes... ¡vaya por Dios!

Hacía calor aquella noche. Cogí el cuaderno del padre Ángel y el mío. Estaba dispuesto a copiar un buen tramo. Me sacudí los sentimientos contradictorios que habían emergido en mí tras la noticia de aquel extraño noviazgo del Lápida. Ya le comunicaría con mayor detenimiento, si se presentaba la ocasión, mis impresiones. ¡Qué más daba! Al Lápida, siempre metido en aquel rincón empolvado del taller de su abuelo, le vendría muy bien tener una nueva ilusión. Ya había llegado el momento. La punzá, como decía el amigo de mi padre, apremiaba. Más pronto o más tarde el Pajarito y yo nos meteríamos en el mismo vericuetto.

En el patio de la casa se había comenzado a notar el frescor que suele traer consigo la noche. En la habitación en la que me senté en mi casa no se notaba el calor pasado durante el día. Era una habitación poco aireada, pero bien fresca. El cansancio del día y el calor sufrido me incitaban al sueño, pero no. Tendría que seguir copiando. Desde la puerta entreabierta, veía cómo las ráfagas blanquecinas de luna caían sobre el patio inundándolo de luces lánguidas y sugerentes. ¡Qué entrañable me resultan hoy aquellos recuerdos de lo pequeño sublime! Todo era silencio, tan sólo quebrado por el llanto de algún niño. Delante de mí, los dos cuadernos. Seguí copiando.

Las malas intenciones de aquel gobernador fructificaron macabramente. Resultaba evidente que en la ciudad venían sonando tambores de odio. De suyo, morir en el frente, a pesar de todos los pesares, parecía tener cierta lógica, por más que muchos hombres, de un bando y de otro, fueron obligados a enfrentarse entre sí, fuese la que fuese su ideología. Fusilar a más de un centenar de hombres me resultaba demasiado cruel, aunque mis sospechas de que habían sido bastantes más se acrecentaban por días, en una ciudad en la que los partidarios del golpe se habían hecho con la situación. La mayoría de personas con las que dialogué y

de las que recibí información no pensaban, sin embargo, de la misma manera. Destilaban satisfacción por las detenciones, por los encarcelamientos, por las depuraciones, y por los fusilamientos.

La acción, al parecer, más perseguida y castigada fue haber sido “escopetero” en los escasos días en que duró la confrontación en la localidad. Me sigue llamando la atención un dato. Yo ya sabía, con anterioridad al venir a esta ciudad, que era numerosísima la pertenencia de los trabajadores a la CNT y a otros grupos obreristas. De suyo, no me cuadraba que mis entrevistados coincidiesen en un dato: los que se habían paseado por la ciudad portando escopetas no superaban los ciento cincuenta. ¿Dónde habían permanecido los demás? ¿Por qué no habían intervenido directamente?

Deduzco de todo ello que, de suyo, tanta crueldad y dureza fue impuesta por aquel gobernador que nada sabía de la realidad social de la ciudad, ni de sus gentes, ni de los comportamientos de las mismas. ¡Qué trabajo cuesta creer, en muchas ocasiones, en la naturaleza humana! Supe que aquel señor, tan partidario de la dureza contra tantas criaturas, había sido en el periodo republicano gobernador civil de Córdoba y de Sevilla. El clima de enfrentamiento no brotó súbitamente. Ya con anterioridad se apreciaba la malévola necesidad de ir contra alguien o contra algo. La sensatez y el diálogo fueron desterrados de esta nación desgarrada y después desangrada. Demasiada sangre derramada. Demasiadas viudas. Demasiados huérfanos. Se impuso la noche oscura del dolor. En otros lugares lo hicieron otros. En esta ciudad tocó a los que tocó.

El sistema fue siempre el mismo. Los detenidos fueron enviados a la cárcel de Jerez de la Frontera, o a la de El Puerto de Santa María, o a la improvisada del castillo de esta ciudad. A la madrugada, un camión se detenía a las puertas del castillo. Al portero se le entregaba un papel. Iba escrita en él la lista de los designados para aquella noche. Los presos lo veían venir. Unos, más histéricos; otros, aparentemente más tranquilos. Sabían lo que aquella lista significaba. La situación duró unos cuantos meses. Debieron ser aterradores. ¡A cuántas conciencias las dejaron destrozadas aquellas madrugadas! Quedaron sin capacidad alguna de recuperación. Un minuto para fusilar. Una vida entera para llevar aquella cruz.

Por otro lado, las nuevas autoridades, salidas del golpe, se esforzaron, durante todo este tiempo, no sólo por que la ciudad recuperase

la normalidad, sino por agasajar, con creces, a los militares alemanes e italianos estantes en la ciudad, o de paso por ella. Los mejores hoteles e instalaciones fueron puestos a disposición de los mismos. La Falange incrementó considerablemente el número de sus afiliados. No obstante, la existencia de "normalidad" externa no evitó que siguiesen con las pesquisas, con los registros y con los encarcelamientos. En los cuatro días de enfrentamiento tras el golpe militar habían sido detenidos fundamentalmente los denominados escopeteros y los militantes socialistas o anarcosindicalistas. Luego se ampliaron las causas para realizar más detenciones: por filiación política pasada, por encono personal, o por falta de simpatía con quienes daban las órdenes de prisiones. Supe que, ante estado de cosas, muchos ciudadanos vivían inmersos, en estos días, en la angustia. Por una u otra circunstancia, de suyo, podían ser considerados potenciales sospechosos. Tras ello, venía el encarcelamiento.

Supuso un alivio el fin del periodo de los fusilamientos. Este se abrió cuando la ciudad pudo contemplar que los presos eran empleados en tareas laborales en las zonas de la playa. Algunos de ellos fueron trasladados al penal de El Puerto de Santa María. Las mujeres no habían tenido la relevancia que los hombres en aquellos hechos. Sin embargo, aquellas que, de una u otra manera, se habían significado en el sector izquierdista, también fueron apresadas. Se les cortó de raíz el cabello. Se les hizo ingerir, en algunos casos, agua con un producto preparado para producir diarreas súbitas. Se las paseó de tal guisa por la ciudad.

–¡Pablo! deja ya eso y vete a la cama, que mañana tienes que trabajar.

–Ya estoy terminando, papá, enseguida me acuesto.

Seguí en mi tarea. Poco después escuché que mi padre seguía roncando.

Había buscado información de los hechos. Sin embargo, me interesaban, aún más, quienes habían sido, y seguían siendo, víctimas atormentadas de los mismos. Sus sufrimientos eran los míos. Se trataba de mis feligreses. Estos ocultaban, como buenamente podían, la tragedia y el dolor inmenso que se habían enseñoreado de sus humildes vidas. Silenciaban, asimismo, el desprecio, la humillación y la prepotencia de los llamados vencedores. La guerra seguía en el frente. Alguna que otra vez llegaba a la ciudad el cadáver de algún fallecido en acción de guerra. Celebrábamos oficios funerales con toda la solemnidad. Era lo correcto y

cristiano. No me tocó, sin embargo, oficiar, ni en un solo caso, el de alguna víctima que hubiese caído en el bando de los partidarios de la república. Siempre era de los caídos en el bando de los sublevados. Por aquellos celebré algún sufragio, pero en privado y sin asistencia de sus familiares, pues de muchos de ellos ni conocimiento se tuvo.

¡Cuánta sinrazón! ¡Qué argumentos más estúpidos llevaron a muchos al fusilamiento en las negras madrugadas del odio, sin haberse analizado concienzudamente los hechos, sin haberse seguido un proceso con las más elementales formalidades jurídicas! ¡Qué inhumanos comportamientos! ¡Cómo es capaz la naturaleza humana de tanto odio, de tanta mentira, de tanta sandez! Algunos consideraban, en un bando y en el otro, que actuaban por ideologías. ¡Qué memez! Las ideologías tienen mucho de fanatismo y son cambiables como la dirección e intensidad de los vientos, pero... privar a alguien de lo que constituye su único patrimonio, la vida que ha recibido de Dios, es la más increíble bestialidad del hombre, capaz de convertirse en un verdadero lobo sanguinario, sediento de sangre fraterna. ¡Dios perdone y limpie tanta brutalidad!

Todos estos sentimientos y razonamientos me han ido golpeando en el cerebro y en el corazón mientras iba logrando que se me confidenciaran datos, nombres, fechas, circunstancias, causas. Tenía que disimular, di-si-mu-lar, y tragar. Tragar tanto veneno que me encharca mis pulmones enfermos de dolor, de ansiedad y de angustia. No encontraba acomodo, ante tanta crueldad, para la más elemental humanidad. Tan sólo podía poner ternura, comprensión y ayuda en aquellas miserables víctimas que Dios había puesto bajo mi responsabilidad. ¡Qué equivocada estaba la gente de mi entorno conmigo! Mi mal carácter no es consecuencia sino de tener que convivir con tantos buitres, sin poder gritarles a la cara que son unos cobardes asesinos. ¿Podría haber hecho otra cosa cuando hablaba con ellos? ¡Que Dios misericordioso me perdone!

–¡Pablo, que no te aviso más! ¡¡A la cama!... o te lo digo con la correa.

Yo sabía que las palabras de mi padre iban en serio. También él había vivido y contemplado tanto que se había encerrado en lo sombrío de su carácter, pero, cuando perdía los estribos, las palabras duras y violentas, aunque casi nunca los hechos, le brotaban a borbotones de los oscuros rincones donde se pudren los recuerdos. Me fui a la cama. En mi duermevela se repetían, como los negros sonos de los

toques de difuntos, las palabras escritas por el padre Ángel en su cuaderno. Qué laberinto de experiencias y de contradicciones enfrentadas. Qué colores tan antitéticos ocupaban los lienzos de mi mente. Saber era sufrir; sufrir, llenarse de odio y de afán de revancha; y esto último, forjarse para la disidencia y el enfrentamiento clandestino contra aquel sistema que parecía diabólicamente trazado por un demonio loco y borracho.

Escuché el ruido que generaba el colchón de paja en el que se acostaba mi padre. Supe que era llegado el momento. Me levanté haciendo ruido con la silla, para que mi padre dedujese que efectivamente me iba a la cama. Volví a escuchar el ruido del movimiento de las pajas del colchón. Guardé los cuadernos. Me adentré en mi cama. Dejé que las palabras se retorciesen con las imágenes negras en un jugueteo impúdico por los arrabales de la madrugada.

Me apremiaba. Me apremiaba terminar la copia. Me propuse conseguirlo, a más tardar, en los días sucesivos. Comenzaría antes, en cuanto mis hermanas se metiesen en la cama. De mi padre no me preocupaba, porque él estaba del todo convencido de que lo que yo estaba realizando eran trabajos del escritorio. Así que, en cuanto pude, manos a la obra.

La intolerancia, por parte de un sector muy minoritario de la ciudad, se había reactivado impunemente. Aquel sector fusiló a cuatro funcionarios del Estado, a diez del Municipio en la gestión municipal de la etapa anterior, a siete hombres de la mar, a treinta y un faeneros del campo, a siete militantes de diversos partidos políticos, a ocho sindicalistas, a un hostelero, a dos maestros nacionales, y a gente de profesiones tan distintas como un farmacéutico y director del Instituto de Enseñanza Secundaria, un farista, un tabernero, un chofer, un carretero, un peluquero, un cantaor, un carpintero, un electricista, un aguador, un torerillo denominado "El Pancho", un hilador, un pistolero, un telefonista de obras del puerto, un panadero, un operador del cine y uno sin profesión conocida.

Unos, por su ideología; cuando el pensamiento es paloma que ha de volar libre. Otros, por haberse significado en los actos de los cuatro días nefastos. Otros simplemente por el azar, por las denuncias presentadas contra ellos, por venganzas trazadas por gente de mala sangre, o por el que dicen que dicen que dicen. Unas víctimas eran personas conocidas y significadas. Habrían podido tener o no actuaciones desdi-

chadas o sospechosas, pero, incluso para ellas, tendrían que haber estado constituidos unos tribunales justos y competentes. Otras, víctimas anónimas, sólo conocidas por los sectores populares por sus alias. Fueron muchas las víctimas, y eso que algunos estuvieron escondidos, y otros huyeron a otras zonas menos peligrosas. ¡Qué barbaridad!

Pude enterarme de que un maestro y los miembros de su familia, que se sabían buscados, se ocultaron en un aljibe seco de una de las casas de mi feligresía, la denominada Bolsa Nueva. Como él, aunque en sitios bien distintos, hicieron otros perseguidos en aquellos días. Releí los libros de defunciones a la busca de datos. No los hallé. Simplemente no se dejaba constancia de sus desapariciones. De ellas sólo fueron testigos las húmedas fosas comunes del cementerio y de otros lugares. Más fácil resultó constatar los muertos en el frente del bando nacional. Fueron como un centenar; algunos, de distinguidas y acomodadas familias de la localidad.

Lo que precede fue lo que más dolor generó en mi conciencia de padre y pastor de esta feligresía. No fue, sin embargo, lo único. Desde que los rebeldes contra el régimen republicano se hicieron con el gobierno de la ciudad, desplegaron, además, una extensa actividad en las depuraciones del personal municipal. Esto desde fines de agosto del 36 cuando se había hecho con el gobierno del Municipio una Comisión Gestora. Esta había recibido del gobernador civil la orden de que ejecutase una escrupulosa depuración del personal de todas las clases y categorías dependientes de la misma, para que fulminantemente, y sin vacilaciones de ningún género, quedasen separados de sus cargos todos aquellos que hubiesen tenido relación con el llamado Frente Popular.

Como primera medida se separaron de sus cargos a más de setenta empleados municipales. No había concluido la depuración. A los depurados se les habían aplicado medidas diversas. Unos, destinados al penal de El Puerto de Santa María o al de Cádiz. Otros, fusilados. Otros, puestos en libertad. Las medidas fueron adoptadas en cumplimiento de una circular del gobernador civil de la provincia, por orden del comandante militar, por determinación del alcalde, o por acuerdo de la Comisión Gestora. Las razones alegadas para el cese en sus cargos fueron diversas: negligencia y falta de valor en el cumplimiento de sus deberes, posible complicidad con los revoltosos, relación con el Frente Popular, versión de especies calumniosas contra el alcalde, infidelidad en la custodia de los detenidos, y desafectos al régimen.

Tenía que indagar también cuál había sido el comportamiento de mis compañeros clérigos de la ciudad, durante los días de la guerra y lo acontecido tras aquellos. Es de justicia reconocer que los eclesiásticos venían de un estado de angustia y miedo, generados tanto por las medidas y acontecimientos habidos en una parte del gobierno de la república, como por el estado del anticlericalismo popular y de las izquierdas, que provenía de mucho tiempo atrás. Los eclesiásticos se sentían, a qué negarlo, acosados. Las medidas contra conventos, que se estaban produciendo en ciudades próximas, alertó a clérigos y religiosos. Las religiosas de los conventos de clausura de la ciudad comenzaron a hospedarse en las casas de vecinos de su confianza. Unas, sólo de noche. Otras, también durante el día, a pesar de que el arzobispo hispalense desaprobaba tal comportamiento.

Clérigos y religiosos, por sí mismos o porque como tal fueron considerados aunque no se hubiesen manifestado públicamente al respecto, se alistaron de facto junto a la causa de los alzados contra la república. Deduzco que esto no fue programado por el colectivo eclesiástico. Considero que tampoco fueron planificados los ataques a lo religioso, pues tales ataques en la ciudad provinieron de individuos que, en muchas de sus intervenciones, actuaron por libre en defensa del Estado republicano. Además, los sublevados tenían clara conciencia de la inveterada tradición católica de toda la nación, y de los atropellos y persecuciones que la Iglesia había sufrido durante los momentos más críticos de la república.

En su consecuencia, tender la trampa a los eclesiásticos fue tan fácil como que estos cayesen mayoritariamente en ella. Así la guerra, que al principio se presentó como un mero pronunciamiento, quedó ideológicamente metamorfoseada en una cruzada contra comunistas, separatistas y enemigos de la fe. La Iglesia picó en el cebo. Para más inri, progresivamente se iría propagando, en aquella guerra miserable de hermanos contra hermanos, las noticias de los siete mil miembros fusilados del clero, de las congregaciones religiosas y de los militantes católicos. Se unía el hambre con las ganas de comer.

Supe que en esta ciudad los clérigos no tuvieron intervención alguna. Parecía que se habían encerrado a cal y canto en sus casas durante los cuatro días bélicos. La excepción fue la de los capuchinos que, según me informó un bodeguero de la ciudad, eran los que visitaban y atendían espiritualmente a los presos del castillo-cárcel. Conocí también

las anécdotas protagonizadas en aquellos días por tres de los sacerdotes de la ciudad, anécdotas de distinto cariz.

Una la protagonizó un sacerdote, natural de Burgos, que vino a esta ciudad y aquí se quedó. Salía del santuario de la Patrona. Fue abordado por un grupo de escopeteros. El sacerdote no se amilanó. Les preguntó que si, en alguna ocasión, les había hecho daño alguno. Un mozalbete gritó que había que matar al cura. Este tuvo suerte. De la casapuerta de una de las casas vecinas salió una mujer que desafió a aquella turba gritándole que a aquel cura no había quien le tocara. Le invitó a que la acompañase. Lo llevó hasta donde él vivía en la Huerta Grande. A la mujer creo que le decían La Mariqueja. Tan intrépida señora sufrió después el fusilamiento de su marido por las escopetas de los rebeldes alzados contra la república.

Otro caso fue el de un sacerdote que, además de su ministerio, se había dedicado siempre a dirigir escuelas privadas. Tenía fama de haber sido hombre aguerrido, intrépido, de fuerte carácter. Se significó a favor de los trabajadores cuando defendió la candidatura de estos, frente a la de hacendados de la ciudad, para constituir la Junta de Gobierno de una Hermandad. Esto y el hecho de tener, según se comentaba, ideas y comportamientos un tanto librepensadores, le generaron problemas. Era muy amigo de un farmacéutico de ideas izquierdistas. Con él tenía en la rebotica frecuentes conversaciones. Detenido el farmacéutico, también lo fue este sacerdote. Un coche lo recogió de su casa y lo llevó a la comisaría militar. Allí fue interrogado. Se le dijo, tras prestar declaración, que se podía marchar para su casa. Aquel trueno replicó que de eso nada de nada, puesto que a él lo habían recogido en su casa en coche, y en coche lo habían de trasladar a ella. Así hubo que hacerlo.

El tercer caso fue de otro sacerdote que vivía en la jurisdicción de mi feligresía. Este tampoco estaba exento de un carácter indomable. De tal carácter hizo gala en los enfrentamientos habidos con algún que otro compañero de clerecía. Tenía amistad y veneración por los frailes menores capuchinos. Se enteró de que se estaba proyectando, como en otro tiempo, incendiar las instalaciones del convento. Salió de su casa. Sin el menor reparo y vestido con su sotana y su manteo se dirigió al convento. En la cuesta se encontró con escopeteros y mozalbetes reactivados que subían hacia la explanada profiriendo toda clase de gritos. El sacerdote aceleró el paso. Se plantó en la cancela de entrada al convento. Se dirigió a quienes allí se habían congregado animados por el mencio-

nado intento. Se enfrentó con ellos y, sin pudor alguno, les gritó que vestía una sotana, pero que debajo de la sotana tenía unos pantalones y, debajo de estos, unos atributos muy bien puestos. Así que quien intentase lo más mínimo contra los capuchinos se habría de enfrentar con él. Aquella gente comenzó a marcharse.

Fuera de estas anécdotas, los demás permanecieron en sus casas. Consumada en la ciudad la victoria de los falangistas y afines a ello, los clérigos comenzaron a aparecer en las celebraciones por los triunfos del ejército de Franco anunciados a golpe de toques de las campanas de las iglesias, en los funerales por las víctimas del ejército nacional caídas en el frente, en las misas de campaña, en las procesiones de rogativa, en los cantos de Te Deum, y en cuantos otros actos fuesen requeridos por las nuevas autoridades locales.

La capital de la archidiócesis, Sevilla, marcaba el camino a seguir. Si en ella la unión de la Iglesia con el Movimiento fue indiscutible, lo mismo aconteció en esta ciudad. Se había caído en la trampa. ¿Se podría producir, en algún momento, la ruptura de aquel maridaje, a pesar de que, desde los primeros instantes, emergieron voces opositoras a dicha unión? Una Iglesia local, antes amedrentada y amenazada, comenzaba a sentirse a gusto en unas nuevas posiciones radiantes y acogedoras, a pesar de los exabruptos y salidas de tono del nuevo cardenal de la archidiócesis, que se negaba a cuantas propuestas viniesen de los falangistas de esta ciudad.

Noté de inmediato el cambio de estilo en la escritura del padre Ángel. Leí las primeras líneas. Resultaba evidente que el padre había transcrito literalmente la información recibida de una mujer. Me sorprendí, porque, excepción hecha de la señorita farmacéutica, él nunca recibía a solas en el archivo a ninguna mujer. Recordé, por otra parte, que el bodeguero adinerado, que vivía cerca de la Iglesia y que gustaba de charlar incansablemente con el cura, había traído al archivo, en alguna ocasión, un aparato grande con una especie de ruedas con cintas que giraban y grababan las palabras. Luego las reproducía. Se trataba del ya mencionado magnetófono que le había traído el bodeguero desde Alemania y se lo había regalado al cura. El padre Ángel quedó entusiasmado con aquel aparato. Deduje que habría grabado la conversación con aquella mujer y, posteriormente, la había transcrito en su cuaderno.

Debió haber grabado la conversación con aquella mujer en el despacho de su casa, porque allí, como estaban sus hermanas, sí recibía a las mujeres que solían ir a la iglesia habitualmente. Seguí transcribiendo al llegar aquella otra noche. La pluma, mojada, vez tras vez, en el tintero, iba dejando trazos negros de la tinta sobre el cuaderno. Me recreaba en aquellos signos. Me parecían soldaditos de plomo asidos los unos a los otros en acciones de guerra. Tras los signos, un contenido aún más negro y más penoso se me iba clavando, y aún más en esta ocasión, sobre la blandura del alma y la rebeldía de la conciencia. Noté cómo aquel contenido comenzaba a funcionar en mí como una especie de andador para el inseguro laberinto de mi existencia.

Yo le voy a decir lo que yo realmente he vivido. Mire, el año 36 estoy... por eso le he dicho que mi padre... donde estaba era en "Las Palomas", allá por la Trascuesta... allí estaba "Las Palomas", que era un

almacén... bueno... mi padre entonces, en aquel pasadizo se ponían puestos de lo que usted quisiera. Mi padre tenía allí un puesto. Él le llamaba quincalla, pero era de tirabordás, de encajes, de pañuelos, de botones y de todas esas cosas. Y estaba aquella mañana del año 36 yo con mi padre allí, y veo pasar... vamos, vimos pasar corriendo, el día 18 de julio, vimos pasar corriendo a un carabinero cargado de fusiles y de esto, cómo se llama, de cosas para tirar... lleno, lleno, lleno... ¡Corriendo!

Y, al rato de salir corriendo, decía mi padre ¡uy-uy-uy-uy-uy! ¡Esto lo que significa! Al rato de pasar aquel hombre, ¡pero iba volando! Él solo. Al llegar a la Plaza Arriba, los tiros... uhhhhhhh, una de tiros horribrosos. Y es que, por lo visto, yo no puedo asegurar dónde estaba el señor...

El nombre del señor tenía sobre él un borrón de tinta; intenté ver el nombre. Imposible. Lo puse al trasluz del quinqué. Nada pude leer. Al parecer, el padre Ángel, una vez escrito, había tachado con tanta fuerza algunos nombres que el papel del cuaderno casi estaba roto. Ojeé las hojas posteriores. En algunas de ellas seguían apareciendo tachones sobre algunos nombres; sobre otros, no. Pensé que el padre Ángel o le había prometido a aquella mujer que no dejaría constancia de algunos nombres, o había actuado así por propia iniciativa.

...no se lo puedo asegurar, no sé si estaría en El Pósito... aquel señor no era bien visto por los pobres... y aquí había mucha pobreza en aquel momento. ¡Aquí había muchísima pobreza! Entonces, el señor (borrón), estaba por lo visto allí arriba; también, Salvador (este nombre no aparecía tachado)... yo no sé quién estaría más. Yo sé lo del señor Salvador, porque fue el que le salvó la vida. Y la gente, cuando llegó el carabinero este, que seguía dando tiros y diciendo ¡Viva la República!... y todas esas cosas, pues, por lo visto, la gente se abalanzó para el señor (tachón) para matarlo... y el señor Salvador le salvó la vida. Y el señor (tachón) se vino para su casa. Eso no se le tuvo nadie en cuenta a Salvador.

A Salvador lo vi yo venir aquí la Guardia Civil a la tienda poco después... ¡eso es una impresión malísima! ¡Que no se vea, usted, en eso, porque no se te olvida nunca! Yo como vivía en la calle Bretones y todo pasaba por allí... en un camión llevaban a ese hombre hasta con el mandil de la tienda. Los guardias civiles dándole culatazos y diciéndole ¡Arriba España!... y él diciendo ¡Viva España! Y el hijo de Salvador detrás del camión llorando y gritando... ¡papá! ¡papá! ¡papá! Eso no se me ha olvidado a mí en la vida. Este, un caso.

Otro caso. El hijo de mi vecino, bueno... realmente era su sobrino, porque mi vecino era de la otra acera, de la cáscara amarga, y lo tenía como si fuese su propio hijo; este era un muchacho lindísimo... pero, padre, es que esto ha sido una barbarie. Mire, para qué le voy a contar. Todavía hay algunos que tienen muchos papeles de aquellos tiempos, de la Falange y eso... y no han querido darlos nunca. Y hoy sé, porque me lo han dicho, quién los tiene, pero como ese es un viaje de borra de los buenos, pues ese se ha hecho dueño de esos papeles y no los suelta, porque ahí hay para dar y regalar... sólo Dios lo sabe.

El señor (tachado) era el jefe de la Falange y estaba casado con una que era de una huerta. Ese era el presidente de la Vieja Guardia. Estaba otro que era el bicho más malo que hay en el mundo ¡¡no denunció ese a gente!! Usted no se puede hacer una idea. ¡Qué bicho más malo! Había otra que tenía un comercio frente a un sport de escopetas, que yo conocí mucho a ese señor, ahí había un sport de escopetas para cazadores... aquella señora estaba enfrente... pero no voy por derecho, porque aquella noche, cuando pasó eso del carabinero, que se fue para arriba y todas esas cosas, ya por ahí había habido un estallido del Movimiento... y entonces... aquí estaba Bienvenido Chamorro, Pablo Repetto (curiosamente estos nombres no aparecían borrados; desconozco la razón) y unos cuantos más que yo ahora no le puedo decir los nombres.

Esa gente se llevaron veinticuatro horas metidos en el ayuntamiento sin mover un dedo para nada. Y mire que podían haberse cargado a todo el que les hubiera dado la gana ¿eh? Porque lo tuvieron en su mano. Y al día siguiente, por la mañana, los carabineros de Bonanza, esa gente eran todos republicanos, todos, porque los carabineros eran republicanos; los que eran conservadores eran los de la Guardia Civil. Bueno, pues vinieron los carabineros, los llamaron, los llamaron y, cuando entraron por la calle Ancha, el ayuntamiento lo habían cogido (tachado) y compañeros mártires, el este ¿cómo se llama? el (tachado), el padre, este el de (tachado), unos pocos de aquí de la ciudad habían cogido el ayuntamiento.

Los carabineros entraron por la calle Ancha desfilando. Desde Bonanza venían andando... con el puño en alto... ¡Viva la República! ¡Viva la República! Con la bandera de la República. Venían rodeados y coreados por un montón de niños y de muchachotes. Y cuando llegaron a la puerta del ayuntamiento salió alguien, no sé quién, y ya se acabó todo... y ya se

incorporaron a la gente que estaban a favor de Franco, a favor del Movimiento. Y ahí se acabó todo. Y Ahí se acabó todo... por desgracia.

Vuelvo a la señora que dejé detrás, la del comercio. Se murió sola, y mira que era amiga de mis padres. ¡¡Fue mala con coraje!! Denunció a todo el que entró en el sport... unos pocos de vainas se metieron en el sport, cogieron escopetas y se pasearon en un camión por el pueblo con las escopetas... no hicieron nada de nada. Yo le digo, a veces, a mi hermana: ¿Tú en qué pueblo has vivido? Tú parece que has vivido en un pueblo distinto que yo. Parece que todo eso se le ha olvidado. Ella no ve las cosas como yo.

Bueno, eso por una parte; por otra parte, yo lo he vivido todo con pena y con rabia y, con todo, yo no sé cómo a mí no me mataron. Yo tenía un profesor que se llamaba don José Benitez (no estaba tachado), que le llamaban el padre de los pobres. Era el intérprete de Bonanza. Tenía también a don Cándido Luelmo (no estaba tachado el nombre), que eso era la persona más buena que usted vea que hay en el mundo. El Instituto estaba frente a la calle de la Carnicería. Allí don Polo (curioso nombre; no estaba tachado; debía ser un diminutivo cariñoso de Policarpo) era profesor de Dibujo. Había un elenco de licenciados del Instituto que para qué le voy a decir, una gente maravillosa toda. Los alumnos nos íbamos a la azotea de un compañero que era una lumbrera y muy buen trabajador y tenía un chalecito en La Calzada y desde allí veíamos el cine.

Un alumno le dijo un día a don Cándido desde el patio... no sé cómo no le metimos mano todos... "Don Cándido, parece mentira que, siendo usted del partido de mi padre... y agarre usted y le dé sobresaliente al Carmelo Lora (no estaba el nombre tachado) y a mí me haya usted suspendido". Contestación de don Cándido Luelmo: "Mire, usted – a todo el mundo nos hablaba de usted– ese señor, para mí, en su forma de pensar está equivocado, pero ese señor es un gran estudiante y yo, porque no comulgue con sus ideas, no puedo suspenderlo. Que le he dado matrícula de honor, porque se la merece. Que usted tiene un suspenso, porque usted se lo merece". Ya ve usted si era justo.

Y don José Benítez... mire, yo le cuento estas cosas, porque a don Cándido Luelmo... el quince de agosto creo que fue cuando lo fusilaron, lo quitaron de en medio, y ese hombre no hacía nada malo en la ciudad... se limitaba a dar clases y ser republicano. Era lo que hacía. ¡Y la idea es libre! Aunque a mí no me guste sus ideas, yo puedo ser de otra idea que usted. Yo respeto las ideas de los demás, porque, ni yo queriendo, puedo imponer a los demás mis ideas, ni usted queriendo... pues lo fusilaron. A

don José Benítez lo respetaron, pero estaba vigilado. Y a don Serafín (no estaba tachado), el de Bonanza, que era el farero, ese hombre, aquella noche, aquella noche tan mala del 18 de julio, tuvo el faro encendido, que tenía orden de que lo apagara para que no pudieran entrar por aquí para nada... a este lo fusilaron con don Cándido Luelmo.

Pero, ahora le voy a decir los falangistas de esta ciudad: Paco (apellido tachado) un sinvergüenza; los (apellido tachado), que eran unos mantas; los dos hermanos, uno de ellos se tiró por una azotea y se mató cuando se tiró. Era un borracho horroroso, ni ese valía para nada de nada. Lo metieron en la Casa de la Bodega de Domecq, pero usted sabe, por hacer un favor a la familia. Eso no valía nada. Un borracho muy grande que vivía en la calle, esto cómo se llama... otro que fue a la División Azul y lo mataron. Usted conocerá al (nombre tachado), eso no valía para nada. Eso era una mierda seca y el hermano más mierda seca todavía. Bueno, pues esa gente eran los que estaban en Correos y si usted escribía una carta, pasaba por la censura de ellos. Yo lo sabía porque yo era muy amiga del (nombre tachado), del hermano más chico. Y un día escribí una carta a una amiga. Y yo le dije: Fulano, tráeme la carta que le estoy diciendo unas cosas que no se las debo de decir. Y me la trajo. Tonterías de jovencillas... pero, vamos, los falangistas de esta ciudad eran los más impresentables, los más indeseables...

Y ya después, había... ya después había gente acusando a gente. Le voy a decir una cosa que usted no se la va a creer. Usted conoce a (nombre tachado) y (nombre tachado), esa gente, ¿verdad? y su otro hermano. Este se fue a Madrid. Decía que era republicano. Que no era nada... porque estaba loco... pero el padre de esa gente estaba en un escritorio, el de (nombre tachado), pues a este señor todos los días le presentaban una lista y al que le ponía la cruz roja ese era para fusilarlo. Es que era... muy religioso, padre, usted perdone... muy religioso... muy religioso... ¡si aquí no valía más que eso! Mire, la señora chivata de que le hablé antes y mucha gente de aquí... con unas cruces al cuello... aquí colgadas con un cordón... haciendo alarde de la religión. Yo, padre, perdóneme pero nunca he creído en esas actitudes, por eso a mí mi confesor me decía: "Bueno, usted en qué cree". Y yo le contestaba: "En Dios y en tres o cuatro cosas más. Lo demás es nada". Esto fue una merienda de negros. ¿Cómo puede ser así, como pretenden, el cristianismo de tanta gente? Eso no fue la intención de Cristo, sino de... San Pablo. Pero ha habido cada cosa de campeonato...

Bueno... pero, a lo nuestro, dejaron esta ciudad vacía de muchachos del campo, dejaron la ciudad vacía... Mire, cuando yo era joven, a mí siempre me ha gustado mucho el Barrio Alto... y yo iba a la Puerta de Jerez... vamos que yo he sido siempre muy andarina... iba con amigas... íbamos al Barrio Alto a la procesión de San Antonio... ¡¡un chufleo!!... decían eso de que te salía novio... ¡qué novio ni qué novio!... yo iba porque me gustaba eso. Íbamos muchos días. Aquel Barrio era una alegría. Aquella Plaza de Jerez. Aquello era una alegría de gente, aquellos muchachos que no se metían con nadie... y otra cosa... a las mujeres las cogieron y les daban un purgante y las paseaban por toda la ciudad con un moño puesto colorado en el pelo raspado... han sido cosas muy malas.

Yo no puedo, mire, yo sinceramente no puedo con todo esto... y todas las amigas que tuve fueron de la derecha... pero yo no puedo ser de eso. Yo digo, padre, se lo digo como lo pienso... yo digo que yo, gracias a Dios, y mira que casarme con un sindicalista... yo con mi marido tengo unas peleas de muerte a cuenta del sindicato vertical, pero mi marido no es una persona preparada. Mi marido hizo unas oposiciones. Se metió ahí, pero mi marido no estaba preparado para nada. Y yo le decía: "Eso son mamarrachos". Bueno, me contaba cosas de los convenios. Yo le decía: "Eso es un mamarracho", pero después, al cabo del tiempo, veo que voy a tener que dar la razón a mi marido, porque por lo menos había actos de conciliación, que era la empresa con los obreros y, si el obrero no quería marcharse, no se marchaba, tenía que admitirlo la empresa. Eso con el franquismo, pero después de la guerra. Después de la guerra, ha habido muchas represalias, que yo las sabía porque mi marido estaba en un sitio en donde yo me enteraba... pero ha habido muchas represalias. ¿Cree, usted, que no estamos vigilados todos constantemente?

Mire, padre, el ayuntamiento que había de la República era una gente que a las Hermanas de la Cruz le daban de todo... bueno, pues (estaba borrado el apellido), ese hombre era militar. Ese hombre no tenía bautizados a sus hijos. ¿Usted no sabe que le dieron una paliza que no se murió de milagro y estaba en el hospital? Y llamaron a las Hermanas de la Cruz para que hablaran con él y lo convencieran. Bautizó a sus hijos... y luego lo fusilaron. Los curas en la guerra se pusieron aparte. Yo vi en las iglesias los nombres de los muertos en la guerra... ¿usted ha visto alguna vez los nombres de un pobre, de un republicano, en la puerta de la iglesia...?

No hay derecho a que los cadáveres de los fusilados quedasen enterrados a los lados de la carretera. Mire, al padre de don Cándido

Luelmo, a los dos años así de ser fusilado, vino a esta ciudad... y, como yo soy de siempre muy charlatana y me relaciono con mucha gente, el que estaba de secretario de esto, cómo se llama, del Instituto, que era Alejandro Zambrano (no estaba tachado) me dijo: "Ha venido el padre de don Cándido... ¿tú quieres acompañarlo a casa de don José Benítez?". Si mi padre se hubiera enterado, me hubiera dicho que no. Pero yo no tenía nada que ver, porque ese señor... me daba pena de verlo, un señor ya viejecito...

Don Cándido era muy feíllo, muy bajito y muy insignificante... el padre era igual. Aquel padre lloraba como... ¡una Magdalena! Y lo llevé yo a casa de don José Benítez. Dijo don José Benítez: "Mujer, no se te vaya a ocurrir decir a nadie que has venido tú a traer al padre de don Cándido". Yo le contesté: "¿Y por qué, don José?". Él replicó: "No hija, porque tú eres muy joven y te puede costar un disgusto". Mire, padre, ese hombre habló con todo el mundo habido y por haber. No consintieron darle los restos de su hijo. Estaban tirados por ahí... Y don José Benítez se tuvo que ir de esta ciudad, y aquí le decían el padre de los pobres, de buena gente que era.

Le digo, padre, de la gente que conocí en aquella época... nosotros nos divertíamos del Pablo Repetto... Pablo Repetto era graciosísimo. En aquel tiempo, que eso no se llevaba, él llevaba una melena por aquí... muy feísimo que era, con la nariz de loro... y nosotros, una diversión. El Parada (no estaba tachado el apellido), el Parada también estaba en aquel tiempo. El Parada después se hizo muy amigo... Parada Orcha... ¿No ha oído usted hablar de él? Es lógico, porque se fue a Madrid. El Parada Orcha vivía enfrente de las Hermanas de la Cruz y se hizo muy amigo del poeta bodeguero. Y era muy amigo de nosotras, de unas cuantas que nos reuníamos... y se puso a escribir "La barca"... ¿cómo era? "La barca"... bueno, un libro con aquel poeta. Lo que escribía Parada era precioso. Él me lo traía para que yo lo leyera. El Parada me decía: "Niña, ¿a ti qué te parece que yo escriba con ese hombre? La verdad es que el Parada escribió un capítulo precioso. Mire, escribió unos versos del País Vasco, que eso era una preciosidad. Yo no sé adónde iría eso a parar, porque se fue a Madrid. Ya se casó en Madrid. Cuando venía, venía a verme. No tuvo hijos. Pero, en fin, había una serie de gentes que nos haríamos de reír.

Otra cosa. Le pusieron el boicot a Alicia (no estaba tachado el nombre). Le quitaron todos los periódicos... ¡por el padre! Elicio... ese

hombre era viudo, con Alicia y con Adrián... y puso en la ciudad esta librería... tenía también un hermano en Jerez que tenía una librería. Alicia era la mayor y estuvo toda la vida en la librería. Era una mujer buena. Ella alquilaba, usted sabe... esas novelas por entrega... se las alquilaba la gente que no sabía leer ni escribir ni nada, la gente aprendieron a leer y escribir... la gente del campo... y venían y le alquilaban las novelas. Vendía todos los periódicos. Yo me acuerdo de "El Liberal", que era el periódico más libre que había antes de la guerra. Ya después, al "Liberal" lo reemplazó "Pueblo", que era el periódico del Movimiento. Pero a todos nosotros nos obligaron a que nos afiliáramos en el SEU. Y la gente no quería. Y a nosotros nos obligaban a ir a las manifestaciones. Si tú no ibas, ya estabas señalada. Yo he ido por la calle Ganado y no ha habido en ella un alma, y han tocado a oración y me he parado a poner la mano en alto del miedo. Yo lo tenía. Pues imagínese las demás personas.

Vamos, esto es aparte... es aparte, porque a mi amiga Pilar su padre lo mataron los rojos... Pilar, sí padre, usted la conoce. El padre de mi amiga Pilar era un terrateniente... que no era de aquí... no... era de Jaén... de un pueblecito de Jaén, un pueblo de unos cinco mil habitantes. Yo me estoy suponiendo, oyendo, que el padre sería uno de pelo en pecho, vinieron los trabajadores... aquello fueron unas venganzas personales... y malas también.

Aquí hubo uno que era el que daba los tiros de gracia con otro, (nombres tachados). Hay que tener valor. Este segundo era un verdadero tío con malas ideas, porque su madre... ¡qué gente más mala! Había alguno que no lo consideraba yo malo. Como uno que tenía un hermano cura y el padre era carabinero de mar y entonces, como le quitaron a Alicia, le pusieron el boicot, y ahí, el que entraba ahí se señalaba como una persona de izquierda, y le pusieron una librería al hermano del cura por todo lo alto. Había otros de la Vieja Guardia... esa gente no era gente buena.

Mire, padre, ¿qué quiere que le diga a usted? Yo soy así. Yo siempre me he decantado por la gente de abajo. Mire usted, yo he tenido amistad con todos los curas y con todos los capuchinos... yo he tenido amistad... pero nada de pamplinas. Un día, hace poco, el hijo de uno de aquellos de la Vieja Guardia me paró y me dijo que yo era una farsanta. Sí. Yo lo escuché muy bien. Le dije: "Ah ¿sí? a ver por qué. Me estás ofendiendo, pues dime por qué soy yo una farsanta". Me replicó: "Porque estás diciendo ¡muchas mentiras! Toda esa gente que tú defiendes son unos

rojos, que lo que han hecho es daño a la sociedad, todo eso". Había allí dos o tres conmigo, que eran amigos míos, se metieron. Me preguntaron qué pasaba. Yo les dije: "No, a mí no me están ofendiendo. A mí lo que me da es lástima de que una persona que se la da de intelectual, y de que sabe tanto y de que escribe tanto, tenga tan pocas luces y que todavía no haya aprendido lo que ha pasado en esta ciudad. Digo, de eso es de lo que me da lástima". Y se acabó.

Otro que siempre fue de izquierda, izquieda, izquierda, era (nombre tachado), el padre de la Joaquina (no estaba tachado el nombre). Lo que pasa es que ahora todo el mundo cambiamos, menos yo. Mi madre decía que yo nací de izquierda, que me iba a estar muriendo y seguiría de izquierda hasta la pared de enfrente. Y soy de izquierda por mis razones. Porque yo pienso que de la derecha al pueblo nunca le va a venir nada bueno. Nunca. Porque esa gente van a defender siempre sus intereses, no los de los pobres. Y yo he visto aquí a gente del campo que fueron una gran persona, lo más bueno que yo he visto en mi vida. Algunos vivían en el campo... y que no pase nadie por allí que no tenga que comer, porque sus casas están abiertas para todo el mundo. Algunos de ellos se hicieron con una cultura, era una cultura muy sui generis, porque es una cosa que ellos se han hecho... saben muchísimas cosas, pero, vamos, no es una ordenación de la cultura, pero, vamos, a estas personas yo siempre les he tenido muchísimo cariño... muchísimo cariño...

Mire, padre, vamos a dejarnos ahora de derechas y de izquierdas, de falangistas o republicanos... la gente lo que tiene que ser es ¡buena! ¡Buena gente! Un día un cura de aquí me dijo: "Usted es socialista ¿no?". Ese era un elemento bueno, ahora muy amigo mío. Dice: "Usted es socialista ¿no?". Le dije: "Padre, si se llama socialista a las personas que defienden la verdad y la justicia, pues aquí tiene usted a una socialista".

Otra cosa que le digo. Yo estuve en el Colegio de la Compañía de María. Lo he querido siempre con toda mi alma; con muchos problemas que había en el colegio, con mucho desprecio a la gente que no teníamos dinero y todas esas cosas. Pero, con todo y con eso, yo he querido siempre mucho a la Compañía, porque tuve una gran maestra... una gran maestra tuve... Había dos licenciadas... dos maestras nada más... una era la madre María Ignacia, y otra era la madre Presentación Fernández (no estaban tachados los nombres). Esa mujer se mataba por la gente de la clase media enseñando, luchando para que la gente aprendiera, para que estudiaran. Las notas que me daban después no me han servido

para nada, porque eso no sirve para nada. Pero, vamos, por lo menos esa mujer se encargó de prepararme en condiciones ¿eh?... y yo le tengo a la Compañía mucho cariño. Y mira que yo no pude estudiar más de un bachiller... ¿cómo iba a estudiar una mujer, hija además de un comerciantillo? Mi padre no tenía dinero para mandarme a Sevilla... porque, entonces el bachiller que yo estudié era muy completo... me tenía que haber ido a Sevilla por lo menos un año a una buena academia para poder haber entrado en la Universidad, pero yo, con eso, he estado muy frustrada... y me he llevado muchos disgustos, porque yo era una persona que siempre me ha gustado aprender, que me ha gustado saber...

Mire, la gente de dinero de la ciudad en la guerra lo hacían todo oscuramente... oscuramente... ¡qué bajeza, padre, qué bajeza! A los hombres los habían matado... El campo se quedó yermo, padre. La gente no tenían qué comer, con el boicot que le hicieron al mar... como todos los campos se habían quedado destruidos, no se había sembrado nada, no había nada, pues no había nada que comer. La gente iban por las calles hinchada toda y muchos se morían en la calle El que no tuviera un poco de dinero para poder traerse... mi padre me traía a mí... yo nunca he podido tomar el aceite de soja... no podía... y entonces mi padre me trajo... me acuerdo que me trajo una lata de cinco litros de aceite para que nada más que me la hicieran a mí... porque yo siempre he estado delicada del estómago, porque yo no podía con esos aceites... pero, en fin, eso era horroroso... nos quedamos... mire, no había ropa... yo le digo a usted que las muchachas que fueran guapas en aquel tiempo eran guapas porque es que eran guapas. Mi madre, cuando yo me puse las medias, tuvo que teñir unas medias para podérmelas poner ¿eh?... no había nada que ponerse ni de ropas... cuando me casé, por amistad de mi marido y de mi padre con gente del comercio, me dieron sábanas... no había hilo para poder bordar, no había ropa para hacerte. Mi padre con un sombrero me hizo a mí unos zapatos. No había nada... muy bonitos que eran los zapatos... el sombrero era verde... y el zapato precioso... mi padre tenía unas manos... era un hombre muy habilidoso...

Había terminado de copiar todo el cuaderno del padre Ángel. Después, pasados unos años y comprometido con la lucha contra el régimen, en los ratos en que me venía abajo, lo leí y releí. Su contenido generaba horror en mi sensibilidad, en ocasiones; rebeldía, en otras; lágrimas, grima y desazón, siempre. ¡Qué estúpida naturaleza humana!

¡Qué ceguera para lo pasajero! ¡Qué avidez por el poder y el tener!
¡Cuántos odios! ¡Cuántas montañas distanciando a hermanos de
hermanos! ¡Cuántos políticos y mala gente depravando, adulterando y
corrompiendo a la sociedad con sus odios y ambiciones! Aquellas
imágenes impresas en mi mente de joven me dejarían marcado para
siempre. Muchas veces me rebelaba contra mí mismo. Por qué tanta
angustia en mi corazón; por qué la proyección de aquellas mortíferas
imágenes en mis pesadillas nocturnas; por qué aquel constante
martilleo en el cerebro al salir del sueño, cuando yo no había sido pro-
tagonista de aquel cúmulo de macabras historias. Justificaba mi estado
considerando que, como un pequeño trozo podrido de manzana
termina trasladándose a la manzana toda, también la maldad de
aquellos años había mordido a todas las conciencias de la sociedad de-
jándolas podridas de angustias, de miserias y de odios. ¡Qué inacabable
drama interior!

Para mí fue dolorosa toda aquella información. Admiré aún más al padre Ángel. Vi que, a diferencia de otros clérigos y seculares, este hombre bueno y venerable se afanaba por encontrar la verdad, de manera que del cuaderno se desprendía no sólo que había oído a muchos, sino que había contrastado opiniones diversas sobre los mismos hechos. Era lógico. No podía haber una opinión única sobre unos hechos en los que se había producido el enfrentamiento de unos contra otros. Con anterioridad, en los colegios en los que estuve sólo pude conocer un pensamiento único, el implantado por los vencedores de aquella tragedia. Los derrotados quedaron sin voz, sin palabras, sin defensores, sin símbolos, sin banderas y, ni tan siquiera, sin una memoria que se afanase por testimoniar que alguna vez habían existido. Con aquella lectura, mi mente había quedado iluminada por un halo doloroso de verdad.

Sin apenas darme cuenta, fui observando cómo mi conciencia se iba poniendo al lado de quienes más habían sufrido, de quienes habían sido arrebatados de sus vidas, de las viudas enlutadas, de los huérfanos famélicos y despreciados, de las madres de ojos secos por el llanto, de las mocitas de negro obligadas al servicio doméstico para poder comer. Sí, comenzaba a entender aquel juego de poner cada cosa en su sitio. Entendí el significado de la palabra “aquello”, que tanto decía mi abuela, con voz susurrante y con ojos enfebrecidos que miraban a una parte y a otra esperando el salto de alguna bestia; entendí el vivir sólo para las lápidas del cementerio del abuelo del Lápida; entendí el odio almacenado contra todo del abuelo del Pajarito y el ocultamiento en la cama, de por vida, de su madre; entendí las rarezas de su hermana; entendí la locura de la vieja que vivía en el bajo de la casa del Pajarito; entendí la prepotencia de los señores y damas que frecuentaban la Iglesia; entendí el mal humor del padre Ángel; entendí las borracheras que se trincaba la gente del ayuntamiento; entendí el vino de las

tabernas con altramuces de tapa, y el nauseabundo olor a orines de las tascas; entendí la mala uva de mi profesor-cura; entendí el silencio oscuro y ocultado hasta en el mismísimo pensamiento de la ciudad; entendí una frase que antes no comprendía: “Tú no sabes con quién estás hablando”; entendí las frecuentes peleas, incluso hasta llegar a las manos, de algunos curas en sus visitas diarias a una de las bodegas de los señoritos de la ciudad; entendí los grandes funerales por algunos difuntos; entendí los gritos neuróticos del padre Ángel contra hombres que no se hincaban de rodillas cuando pasaba el Santísimo en la procesión pascual de los enfermos; entendí las ausencias de tantos muertos en los libros de las partidas de difuntos; entendí por qué tantas mujeres se prostituían en la ciudad; entendí por qué mi abuela, como tantas otras mujeres, se ocultaba en una casapuerta cuando veía venir de lejos un cortejo fúnebre. Sí, entendí mucho de la vida de mi ciudad, emergiendo, del pozo lóbrego de mi interioridad, una huída alocada de las anteriores fantásticas divagaciones de cuanto observaba y vivía. Todo aquel itinerario lo compartíamos el Pajarito, el Lápida y yo, y algún que otro compañero o amiguete que se nos iba pegando.

Una mañana estaba sentado en mi lugar de trabajo en el escritorio. Todo era silencio. El jefe iba y venía dando órdenes e instrucciones a unos y a otros. Era un día normal. Sobre cada una de las mesas de trabajo caía desde el techo un cable eléctrico que culminaba en la punta con una bombilla de luz cansina, temblorosa y mortecina. Algunos de los escribientes llevaban unas gafas de ver con dos aros de cristal redondos rodeados de un armazón negro. Había uno que, cuando hablaba con el jefe del escritorio y con algún otro compañero, se llevaba las gafas a la mismísima punta de la nariz y miraba por encima de ellas. Todos estábamos en una sala grande; sólo el jefe tenía un despacho pequeño de su exclusivo uso. A él íbamos cuando nos reclamaba, siempre para darnos alguna orden o para llamarnos al orden con alguna bronca. También lo hacíamos cuando le llevábamos facturas para que él les diese el visto bueno, las firmase y les pusiese el sello de la bodega.

Desde que leí el cuaderno del padre Ángel, una idea manaba de mi pensamiento. Tuve siete ojos, como me recomendaba mi abuela, para observar cuanto allí había o se decía. El despacho del jefe parecía el dormitorio de alguna de las abuelitas, enfermas o impedidas, a las que fui, en ocasiones, con el padre Ángel para llevarle la comunión.

Había en el despacho imágenes y estampas de santos por todas partes. En el centro de la pared, sobre una repisa de madera, una imagen del corazón de Jesús; a su derecha, un cuadro de Franco, vestido de militar; a la izquierda de la imagen, un cuadro de José Antonio Primo de Rivera con la camisa y los emblemas de la Falange. En la pared de la derecha, otra repisa con una imagen de la Virgen de Fátima; en la pared de la izquierda, una imagen de Santiago con una espada en la mano. En las paredes y en las estanterías había además muchas estampas de diversos Cristos y Vírgenes de la semana santa de la ciudad. Sobre la mesa del escritorio, una imagen de San Antonio. Yo no sabía de quién era aquella imagen hasta que un día me lo explicó uno de los compañeros del escritorio. Me dijo que el jefe era muy devoto de aquel santo.

Algo me llamó siempre la atención. Debajo de la imagen del Corazón de Jesús había una especie de pizarra, parecida a las que yo había utilizado en la escuela, pero mayor y más elegante. Tenía la parte de arriba pintada con los colores de la bandera española; la de abajo, lo estaba de azul oscuro. A un lado de la pizarra había pegado un escudo de la Falange. En el centro de la pizarra, con letra siempre fija, aparecía “AÑO TRIUNFAL”; delante de estas palabras aparecía estos signos: “VIII”. Así quedaba: “VIII AÑO TRIUNFAL”. El número romano aumentaba en uno cada año, haciendo el jefe del escritorio el solemne ritual correspondiente, reuniéndonos a todos para presenciar el cambio de número.

Todo aquello hacía que una idea siguiese manando de mis observaciones. A mí me parecía que aquel señor, el jefe del escritorio, era al que se había referido la señora que había informado al padre Ángel, y cuyo nombre aparecía tachado en su cuaderno. ¿Sería este el de las cruces rojas de la narración de la anónima señora? A mí me daba como que sí. Decidí seguir observando y ver si, tirándole de la lengua, podía conseguir de mi abuela alguna información. Evité hacerlo por derechura. Sabía que, de tal manera, difícil resultaría que me informase de nada. Intenté llegar a ella por vericuetos que no alertasen su delicada susceptibilidad con cuanto se refería a los acontecimientos pasados. Un día fue ella la que me ofreció, sin yo pretenderlo, la ocasión de referirme de alguna manera al tema.

–Pablito, ¿sigues estando contento en tu trabajo?

–Sí, abuela, cada día me gusta más. Echo un poco de menos la calle, porque ahora salgo poco a hacer los encargos del escritorio. Tú sabes que la calle me gustó de siempre.

-Claro que lo sé. Como a tu padre y a la familia de tu padre. Tu padre, si no fuera por lo de la pierna, de segurito que estaría todo el tiempo libre en la calle, pero, cuando camina un rato, la pierna herida le duele. Pero, bueno, ¡tú bien que te paseas con tus amigos por la calle en los ratos libres! ¿Hay alguna muchachita a la vista?

-Algo hay, abuela Dolorcita, algo hay.

-Espero no ser la última en saberlo.

-Que no, abuela, que no, ¿cómo vas a ser tú la última? ¡Vas a ser la primera! Pero, claro, cuando haya algo formal. Anda, ven, que te voy a dar un besazo de los buenos. El trabajo me va muy bien. Me tratan bien y lo que hago me gusta. Ya me he acostumbrado a los matrotretos de la oficina.

-¿A los qué?...

-Abuela, así le llamamos a los libros grandes en los que asentamos los pedidos de vinos, las cartas recibidas y enviadas, las facturas cobradas y por cobrar... en fin, todo el papeleo de la oficina.

-¡Uf! ¡Cuánto sabe mi pichita!

-Abuela, lo que he observado es lo religioso que es mi jefe. ¿Si vieras su despacho? Está lleno de imágenes de santos y de cosas de la Falange.

-La madre que lo...

Mi abuela no acabó la frase. Contuvo su inicial reacción. No me pasó desapercibido. Sonrió, dueña ya de sí misma.

-Pero, abuela Dolorcita, ¿qué ibas a decir?

-No, nada, sólo que su padre era pariente lejano de tu abuelo... Su madre era entenada de una prima mía.

-Pero, abuela Dolorcita, me pareció que este hombre no te cae bien.

-Pablito, hijo, cosas del pasado. Cada uno tiene en este pueblo su historia. La de este no fue buena. Y se acabó. No me tires más de la lengua. Aquello acabó... para mí está encerrado en lo más hondo de mi alma. Los viejos sólo tenemos pasado. Los jóvenes, futuro. Tú, a lo tuyo. No metas las narices donde no debes. A tu trabajo... que la vida pone a cada mierda en su retrete.

Las palabras de mi abuela habían sido contundentes. Sin precisar, a mí me había precisado bastante. Estaba seguro. Mi jefe era el que, según la información que la señora anónima pasó al padre

Ángel, ponía cruces rojas a las pobres criaturas encarceladas en el castillo-cárcel y que habrían de ser fusiladas. Guardé, desde aquel día, una actitud bien distante de él. No es que, con anterioridad, hubiese estado nunca cerca, pero ahora mi postura era más visceral, no sólo físicamente, que de eso ya se encargaba él de hacerlo con todos los empleados, sino sobre todo interiormente.

Aquel descubrimiento generó en mi interior un incontrolable sentimiento de animadversión, antipatía y rechazo a su persona. Sin tan siquiera tener conciencia de ello, comencé a experimentar el mismo sentimiento negativo hacia su espíritu “religioso”, hacia sus imágenes, sus estampas, sus misas, sus comuniones, sus procesiones, su pertenencia a cofradías. Hacia todo aquello, esa era la verdad, que, desde niño, había sido mi hábitat natural junto al padre Ángel. El panorama cotidiano cambió, más en mi interior que en mi exterior. La luz que bañaba desde la mañana nuestras mesas de trabajo me resultaba ácida, gris, desagradable en suma. Estaba perdiendo, a pasos agigantados, la paz de la que con anterioridad había gozado allí.

Comencé a verlo como un enemigo, como un verdugo y, lo que más me asqueaba, como un farsante. Aquel hombre me parecía que no había sabido distinguir el trigo de la cizaña. Todo el trigo creía que estaba en los suyos; y toda la cizaña, no sólo en los que no pensaban como él, sino en aquellos de los que se suponía que no pensaban como él, o incluso en aquellos otros que ni tan siquiera pensaban. Y había que cortar, eliminar, destruir, hacer desaparecer todo lo que no fuese de lo suyo. Muchos de aquí tuvieron que pagar impunemente los crímenes perpetrados por otros muchos de otros lugares. Y aquel señor orondo y de constantes prácticas religiosas se había subido al tribunal de la vida, marcando con cruces –¡qué aberración!– quiénes serían fusilados y quiénes no.

Los sentimientos que la pobre de mi abuela decía tener ya extintos en su interior en mí parecían emerger febricentes y ardorosos. Estos sentimientos me hacían bogar por mares peligrosos, pero aquella bogada, al menos, me hacía sentirme solidario con tantas víctimas de una ladera y de la otra de aquel magnicidio inhumano acontecido sólo unos años antes. Tuve que luchar mucho contra mis sentimientos, porque comencé a sentir odio, y eso era lo último que quería para mi vida. No quería responder con la misma moneda, actitud por la que desde mi más tierna edad sentí repugnancia. El odio es lo más vil de la

existencia, la destruye. El odio nunca construye, sino que derriba. Yo no quería ningún derribo de vidas humanas, sino un radical cambio de la sociedad. Ya desde hacía tiempo lo tenía claro. No sabía lo que viviría ni cómo, pero mi granito de arena a la vida de ninguna manera podía ser construir montañas de separación, sino puentes de igualdad y de encuentros.

Un día por la mañana, apenas llevábamos un par de horas en el trabajo, alcé la vista de los papeles que tenía sobre la mesa. Una silueta familiar pasó por delante de uno de los cierros del escritorio. No me cabía la menor duda. No era ningún otro cura de la ciudad, aunque uno de ellos, de cuerpo parecido, vivía muy cerca de aquel escritorio, por lo que, con frecuencia, pasaba por delante del cierro. No, en esta ocasión, no era aquel. De inmediato salí de dudas. Su cuerpo, de andares lentos, de cabeza siempre erguida y de respiración arrítmica, se paró delante de la ventanilla que, abierta en la casapuerta de aquel bajo en el que estaban las dependencias del escritorio, servía para atender a la clientela. Se quitó la canoa, descubriéndose la cabeza.

Rápidamente fue atendido por el compañero que se ocupaba de los asuntos de la ventanilla. Sí. Era él. Era el padre Ángel. Pude oír cómo preguntaba si se encontraba en el escritorio el jefe y si podía recibirlo. El compañero se acercó al despacho del jefe. El padre Ángel buscó mi rostro entre los escribientes. Nuestras miradas se cruzaron. Me sonrió paternalmente. Yo le correspondí, si bien un remolino tormentoso se me había generado en el estómago. Vi cómo, de inmediato, el jefe salió al encuentro del padre Ángel. Le besó la mano. Le cogió la canoa y, entre reverencias y aspavientos, lo acompañó hacia su despacho. Noté que a los muchos halagos, con los que el jefe había recibido al padre Ángel, este respondía con una frialdad que no era habitual en él. Me afirmé en el convencimiento de que mi jefe era el hombre de las cruces rojas, así como en la certeza de que el padre Ángel lo sabía. ¿Pero, a qué había ido el padre Ángel aquella mañana allí, cuando jamás lo había visto cruzar aquella puerta?

Un enjambre de suposiciones revoloteaba por mi mente. Las fui analizando y rechazando. De pronto, una idea me golpeó el pensamiento. Se me erizó el alma. Quise rechazar aquella idea. Me parecía del todo improcedente. No obstante, la idea rechazaba, unos tras otros, los argumentos que yo esgrimía para convencerme de su falta total de verosimilitud. ¡Qué ominosa tiranía ejercen las ideas obsesivas y fijas

cuando se adueñan de nuestras mentes temerosas! Toman tanta fuerza que de la probabilidad se pasa al desconcierto; del desconcierto, a la oscuridad; de la oscuridad, al miedo; del miedo, al convencimiento firme de la tiranía de la idea; y de este, al terror. Llega un momento en el que uno se derrumba, se entrega y deja de derronchar, de combatir contra aquella idea fija. Era lo que me estaba pasando a mí en aquel corto tiempo en el que el padre Ángel estuvo en el despacho del jefe. La idea que me había ido invadiendo era que el padre Ángel había descubierto que era yo el que le había sustraído el cuaderno de sus apuntes y lo había tenido conmigo durante unos días. Pero, de ser así, ¿a qué había venido al escritorio precisamente ahora? ¿A informar a aquel hombre de lo que yo había hecho, para que me pusiese de patitas en la calle? ¿Ese iba a ser el comportamiento de aquel hombre bueno que tanto me había ayudado?

La idea, que se enraizó en mí como un convencimiento pleno, me atormentó llenándome de angustias. Sentí náuseas y movimientos peristálticos en mis intestinos. Aparecía aparentemente tranquilo como si nada pasase por mi mente. La procesión iba por dentro. De reojo no dejaba de mirar la puerta del despacho del jefe. De pronto, se abrió. Salieron ambos. Todos los empleados nos pusimos de pie, como habíamos hecho a la entrada del padre Ángel. Escuché la voz del jefe.

–Padre Ángel, no hay problema alguno. Lo que usted mande. Gracias por su agradable visita. Pablo, haga usted el favor de venir.

Me acerqué. Besé la mano del padre Ángel. No sabía qué estaba pasando. Esperé temblando. Rompió el silencio el jefe del escritorio.

–Pablo, el padre Ángel me ha pedido que le acompañe usted en una misión que él ha de realizar y para la que necesita de su servicio. Cumpla como usted sabe hacerlo.

–Padre Ángel, pase usted por esta su casa cuando lo desee. Con sumo gusto le recibiremos con los brazos abiertos.

El padre Ángel saludó cordialmente a los empleados. Extendió la mano al jefe del escritorio. Este volvió a besársela, mientras el padre Ángel hacía ademán modesto de retirarla, aspecto este que el padre repetía con frecuencia cuando quienes le besaban la mano eran adultos. Salimos a la calle. En ella el padre me explicó el servicio que requería de mí. Respiré profundamente. No era nada relacionado con la idea que me había estado martilleando el cerebro durante un buen rato.

Nos dirigimos a la iglesia. Entramos por donde se hallaba la casa del sacristán. Este salió precipitado a saludar al padre Ángel. Le preguntó si necesitaba algo. Ante su negativa, el sacristán vio destemplado, y con sus ojillos enfermizos y amarillentos por un cierto ataque de envidia, cómo entrábamos en la iglesia. Miré hacia él. Su mirada, perdida y distante de expresar sentimiento alguno, se clavó en mí, no obstante, con expresión contenida, pero no disimulada, de unos celos y una cólera hacía mi persona. El padre Ángel se dirigió a la sacristía. Abrió un armario. Sacó de él una cajita. La identifiqué de inmediato. Era una cajita de plata que contenía en su interior la llave del sagrario, de la que pendía una cadenita también de plata. Cogió el portaviático. Este era como un escapulario de plata con una cadena para colgarse al cuello. En la parte inferior tenía una especie de sagrario en miniatura. En él se colocaba una cajita pequeña y dorada en la que se portaba la sagrada forma.

Me entregó otra cajita pequeña de madera, en cuyo interior había una ampolleta con el óleo para la extremaunción a los enfermos. Fuimos a la capilla del sagrario. Abrió la puertecilla de hierro que estaba en el centro de las rejas del comulgatorio. Entramos. Abrió con reverencia el sagrario, tras haber hecho una lenta genuflexión. Sacó un copón. Tomó de él una forma consagrada. La introdujo en el portaviático que llevaba al cuello. Se abrió unos botones de la sotana introduciéndose en su interior el portaviático. Me mandó que fuese a la sacristía a dejar en su sitio la llave del sagrario y a coger su canoa, que se la había dejado anteriormente en la sacristía encima de la cajonera de los ornamentos litúrgicos. Salimos de la iglesia. Al fondo de la galería del archivo nos estaba esperando el sacristán. Cuando nos vio venir, se puso de rodillas y, al paso de la sagrada forma, hizo una profunda inclinación de cabeza. Me miró con desdén. Yo venía obser-

vando desde hacía algún tiempo que al sacristán en nada le agradaba que el padre Ángel tuviese algunas deferencias con el Lápida y sobre todo conmigo. De mí decía:

–Este chiquillo está loco, loco de encerrar. El cura cree que va a lograr llevarlo al seminario. ¡Pablito, de cura!... aviado va. Y si es el Lápida... sí, sí, sí... como no es ateo y rojo su abuelo... Este cura tiene perdidos los papeles.

Salimos a la calle. Fui a darle la canoa al padre Ángel para que se cubriese la cabeza. La rechazó. Fue todo el tiempo con la cabeza descubierta. Yo sabía que no la llevaba cuando íbamos a llevar la comunión a un enfermo, pero es que, en otras ocasiones, él iba revestido con las ropas litúrgicas y el paño de hombros. Además que le acompañaban dos faroles y uno de los monaguillos tocando una campana, para que la gente que se encontraba en las calles por donde pasaba el Santísimo se pusiera de rodillas por respeto. Esta vez, no. El padre Ángel iba de incógnito. Sólo lo acompañaba yo.

Caminaba por la calle recogido en sí mismo. Él, que siempre saludaba a todo el mundo, en esta ocasión no miraba a nadie, ni respondía a los saludos que algún despistado le dirigiese. La gente de iglesia, de inmediato, se daba cuenta de que el padre Ángel llevaba el viático y se arrodillaba a su paso. No me dirigió palabra alguna por el camino. Ya me había dicho a dónde íbamos y cuál habría de ser mi actitud en aquel lugar. También me había informado de que las leyes de la Iglesia establecían que, en tales ocasiones, se actuase de esta manera, pues el sacerdote jamás podía ir sólo a socorrer espiritualmente a aquellas mujeres, cuando se encontraban en trance de muerte.

Recorrimos la Calle de la Mar. Olía en ella a fragancia de la flor de la manzanilla. Esta se mezclaba con una suave brisa que llegaba de la mar. Era una mezcla tan singular como indefinible. Se olía, y basta. Se te metía en los adentros, y basta. Aún hoy, cierro los ojos, me adentro en mi interior, y revivo aquella fragancia inolvidable. Creo que tal fragancia, de alguna manera, configuró y configura la idiosincrasia de la gente de la tierra, para lo bueno y para lo malo, que donde hay naturaleza siempre hay de todo.

Llegamos al campo de Pichón. El olor de las cochineras que en él había se hizo notar. Dejamos a nuestra derecha un tejár, de donde parecía emerger constantemente una mezcla de calor y polvo que invadía aquel lugar. Nos adentramos por el callejón de las Lías. A su

izquierda, aparecía una casa de cierta elegancia, si se la comparaba con las casuchas y chozas del entorno. El padre Ángel, con respiración un tanto sofocada, dirigió sus pasos hacia ella.

–¡Ya llegamos! –exclamó con voz cansada.

–Todo sea por alabanza de Dios y socorro espiritual de esta criatura descarriada –prosiguió.

Me imaginé que, tal vez por timidez, o por escrúpulo, o por tener que cumplir con sus deberes, el padre Ángel, aunque firme en su actuación, se sentía incómodo. Para él, casas como aquellas eran cosa del diablo, que pretendía ganar adictos por las debilidades de la carne. En tal creencia había sido educado. Tal creencia se vio reactivada desde la llegada a la archidiócesis del cardenal Segura, un hombre realmente neurotizado con los asuntos de la moral sexual y la degradación de las costumbres, si bien, en esta degradación, para él un noventa y nueve por ciento correspondía a los asuntos del sexo.

Comenzamos a subir unos escalones que llevaban a la puerta de la casa. No habíamos llegado a ella, cuando esta se abrió de repente. ¡Allí estaba ella! ¡La Fructu! Apareció toda vestida de negro. Incluso se cubrió la cabeza con un velo de los que utilizaban las señoras de posibles cuando iban al rosario o a la misa. A pesar de aquel disfraz, porque la Fructu, cuando salía a la calle, siempre vestía con mucha discreción, pero nunca de negro, estaba guapísima y muy elegante. Tras una pequeña entrada, se abría un salón amplio. Una mesa en el centro, cubierta con una mantilla como adorno. En un lado aparecía un altar, de seguro creado para la ocasión. Se trataba de una mesa más pequeña, cubierta con un mantel blanco de encajes. En el centro, una imagen del Sagrado Corazón de Jesús. Delante de la imagen, un pequeño crucificado sobre un pedestal que simulaba una montaña; y a los pies del crucificado, una calavera. El altar, en el que había varios jarrones elegantes con claveles, margaritas y rosas de pitiminí, aparecía todo él cubierto de pétalos de jazmines. Alrededor del altar, varias macetas de aspidistras. Delante del altar, una lujosa alfombra roja y ¡hasta un reclinatorio! Todo relucía de limpio como una patena.

Pensé para mis adentros que de dónde habría sacado la Fructu todo aquello, porque no albergaba la menor duda de que todos aquellos objetos no eran habituales en aquella casa. Una voz me sacó de mis observaciones y divagaciones.

–¡Huy!, mira quién ha venido con el padre... si es el nieto de la Comina... está hecho un hombre... ¡Qué guapo!... tiene los mismísimos ojos de su madre... ¡Ay, qué penita de mujer con lo guapísima que era! ¡Qué ojos más grandes!... ¡Qué negros!

Yo no sabía dónde meterme. ¡Qué vergüenza! A las voces de aquella señora, que estaba sentada en una silla al fondo del salón, y que yo no la había visto hasta aquel momento, algunas cabezas comenzaron a asomarse discretamente por las puertas entreabiertas de las habitaciones que rodeaban el salón. La Fructu, reaccionó inmediatamente.

–Fu, ¿quieres callarte? No es momento para tus inoportunas ocurrencias. Más respeto al padre y a lo que lo viene aquí.

La Fu, frunció el ceño como niño a quien no le han reído una gracia. Se levantó. Se adentró en una de las habitaciones y cerró la puerta de muy mal modo.

–Padre, usted perdone. Mire que una intenta conducir a estas desgraciaditas por el buen camino... y nada... Dios me lo tenga en cuenta. ¡Ay! padre... que Rosarillo la Sorda, está muy malita. Para mí como que se nos muere... ¡ay! Dios mío... que para mí ha sido como una madre... ¡y qué buena!

–¿La ha visitado el doctor?

–Que va, padre, que va... bueno, para decir la verdad... un cliente de la casa... usted perdone, padre, un buen hombre que ayuda a estas pobres desgraciadas... viene alguna vez a comprobar si hay alguna enferma... o una servidora le avisa con La Cotufa. Vino hace unos días... Me ha dicho que la Rosarillo está acabada... ¡qué penita, padre, qué penita! ¿Qué vamos a hacer sin ella?

–¡Pues tener una habitación más y un tiesto menos! –gritó una de las mujeres.

–Fu, te he dicho que te calles... ya te cogeré... so desvergonzada... que no respetas nada... más vergüenza y más respeto con el padre... Las niñas de esta casa son muy educadas. Así que a callarte.

La Fu comenzó a llorar como una Magdalena. Yo lo miraba todo. Me sentía escrutado por aquellas mujeres que se asomaban, tan furtiva como velozmente, desde sus habitaciones semicerradas. Me miraban y sonreían. Todo aquello me pareció un esperpento.

–Padre, pase usted al oratorio... dijo la Fructu señalando el altarcito.

¿De dónde habría aprendido la Fructu aquella palabra? Me imaginé que se le habría quedado pegada en algún rincón de su vocabulario desde que estuvo sirviendo con aquellos señoritos que tanto la acosaban. Desde luego era evidente que para la Fructu un oratorio era cualquier cosa que oliese a iglesias y santos.

–No, hija, no hace falta. No se preocupe. ¿Dónde está la moribunda? –preguntó el padre Ángel, mientras que me indicó que siguiese detrás de él.

Llegamos a la puerta de la última habitación de la derecha. La Fructu la abrió. Allí estaba la anciana enferma. Junto a ella se encontraba una de las mujeres de la casa. Era joven. Tenía una cabellera rubia que le caía sobre los hombros. Levantó la cabeza. Se puso de pie. Pude contemplar sus brillantes ojos azules. En la cama se encontraba la enferma. Era una mujer de edad avanzada. Parecía adormilada. Tenía el pelo escaso y completamente blanco, incluido el de las cejas. Los ojos, perdidos mirando a ninguna parte. Los labios, metidos hacia el interior de la boca. De vez en cuando pronunciaba alguna palabra de contenido indefinible. Se acercó a ella el padre Ángel. Se dirigió a la Fructu y a la muchacha rubia y les dijo que se retiraran de la habitación. Salieron. Pasaron junto a mí. La muchacha rubia me rozó con su cuerpo. Sonrió. Tuve la sensación de que aquella sonrisa respondía a un deseo de agradarme. Al menos, así me lo tomé yo. Ambas se apartaron discretamente de la puerta de la habitación. El padre Ángel observó que yo iba a hacer lo mismo. Me retuvo diciéndome que permaneciese frente a la puerta abierta y que ya me avisaría cuando me necesitase.

Yo no sabía adónde mirar, si bien de reojo dirigí alguna mirada furtiva a la muchacha rubia. Comprobé que ella hacía lo mismo. Me centré en cuanto acontecía dentro de la habitación. Aquella anciana enferma estaba completamente llena de arrugas, de manera que, al mover los labios, parecía que hiciese una mueca extraña, dolorosa, indescifrable. El padre Ángel le cogió una de sus manos. Observé. La tenía llena de manchas de sangre. ¡Dios mío, qué valor tenía el cura! La moribunda, con el pecho agitado por la respiración forzada, movía los labios. El padre tomó una gasa de las que había en la mesilla de noche. La mojó en una jarra de agua que allí había y acercó la gasa humedecida a la boca de la anciana. Esta se reactivó. Movía los labios frenéticamente. Al parecer, aquella humedad le aliviaba ese fuego inapagable

que sufren los enfermos terminales, condenados a no beber nada, bien porque no pueden, o bien porque se lo han prohibido. La enferma dejó entrever la lengua, una lengua babosa y blanca. El padre volvió a humedecer la gasa y, apretándola con los dedos, dejó caer unas gotas sobre la lengua de la moribunda. Esta abrió los ojos. Los fijó en él. Al parecer, se asustó. Gritó.

–¡Fructuuuuuuuu! ¿Quién es esta? ¡Socorro... que me quieren raptar! ¡Socorro!... que no estoy muerta y esta va de luto por mí. ¡Fructuuuuuuuu!

La enferma, de un tirón, separó su mano de las del padre Ángel. Parecía tener la fuerza de un toro. Me llamó la atención la forma de hablar de aquella mujer. Indudablemente no tenía la forma de hablar de la gente de la ciudad. Hablaba, como en la ciudad se decía, “fino”. Debía de ser forastera. La Fructu entró precipitadamente en la habitación.

–Pero, Rosarillo, que es el padre de la iglesia... ha pasado por aquí y quería verte. Padre, perdónela, tiene la cabeza perdida...

–Tú sí que tienes el coño perdido... y la vergüenza también, como todas esas gatas calientes... que has metido en esta casa, que antes era honrada y decente... ¡Qué asco de mujeres... locas por el pantalón de un hombre!

–Rosarillo, cálmate. ¿Qué va a decir el padre de nosotras?

–Pues la verdad... que aquí lo que hay es una mancha de putas... deseando que yo me vaya al otro mundo... Yo nunca he sido puta... nunca... ni cuando los hombres me acosaban... sólo tuve un amor... y ese se lo tragó la guerra de Cuba... Yo no he sido nunca puta... cómo lo voy a ser ahora... cuando de abajo tan sólo me quedan las aletas...

Aquella mujer cayó nuevamente en el letargo que tenía antes de que el padre Ángel le cogiese una mano.

–¡Huy! Padre... ¡qué vergüenza! No se crea usted... la Rosarillo nunca ha sido malhablada. La locura, padre, la locura de la agonía... ¡Ay, qué dolor, padre, qué penita más grande!... ¡Mi Rosarillo se me muere!...

El padre Ángel la invitó a salir de la habitación. Pasó al salón. De las habitaciones llegaba un suave susurro entremezclado de risas contenidas y de algún que otro llanto lastimero. El padre Ángel volvió a coger la mano de la moribunda. Esta no reaccionó. El cura soltó aquella mano. Cayó sobre la cama como una fruta pasada cae del árbol.

No reaccionó de ninguna manera. Volvió a repetir la acción. Nada. Conociéndolo, como yo lo conocía, sé que para él aquello fue un contra-tiempo, porque su conciencia habría quedado mucho más tranquila, si hubiese logrado que aquella moribunda hubiese realizado una confesión consciente. Pero había lo que había.

Salió a la puerta. Me pidió la cajita del santo óleo. Sacó de ella una estolita morada muy pequeña y se la colocó sobre el cuello cayéndole ambas partes sobre el pecho. Se acercó a la cama. Miró a la enferma. Le levantó los párpados. Esta, aunque con el último palpito vital en el cuerpo, no reaccionó. No lo dudó más el padre Ángel, ni esperó por más tiempo. Formuló unas oraciones en latín. Luego, haciendo una cruz con su mano alzada sobre la enferma, dijo las palabras que yo había oído, desde niño, tantas veces: *“Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti”*.

El padre Ángel me miró. Yo, desde la puerta, contesté: *“Amen”*. Aquellas palabras solemnes, pronunciadas en latín, transformó el ambiente. Se acabaron las sonrisillas picaronas. De las habitaciones comenzaron a salir las mujeres. Todas aparecieron vestidas de negro y con velos del mismo color en la cabeza. Se pusieron alrededor de la Fructu, llorando como verdaderas plañideras. ¡Santo Dios, qué griterío! El padre Ángel me invitó a entrar en la habitación. Vi a la enferma más de cerca. Me dijo el cura que abriese nuevamente la cajita del santo óleo, el “santolio” como era llamado por la gente. Cogió un librito pequeño que había en aquella cajita.

Rezó unas oraciones en latín. Lo hizo tan bajito que, incluso para mí que estaba de rodillas junto a él, resultaron imperceptibles. Terminadas las oraciones, extendió hacia mí el dedo gordo de su mano derecha. Yo ya sabía el ritual. Saqué de la ampolleta una varilla que tenía dentro. Salió goteando del óleo. Se lo unté en su dedo. El padre Ángel se acercó a la enferma moribunda. Comenzó a hacerle cruces, con el dedo donde tenía el óleo, en la frente, en el pecho, en las manos y en los pies. Mientras tanto iba recitando en cada una de las imposiciones: *“Per istam sanctam unctionem et suam piisimam misericordiam adiuvet te Dominus gratia Spiritus Sancti, ut a peccatis liberatum te salvet atque propitius allevet”*.

El padre Ángel fue pronunciando solemnemente estas palabras. Oídas por las mujeres que estaban de rodillas en el salón, estas comenzaron a gritar y a llorar como un verdadero coro lastimero

del teatro griego. Ya no miraban de soslayo. Lo hacían directamente, tan directamente que se fueron trasladando, arrastrándose de rodillas, hasta la mismísima puerta de la habitación en la que se hallaba la moribunda y el cura. Aquellas mujeres, como tantas otras personas, consideraban que aquellas palabras, que por desconocidas les sonaban a mágicas, que había pronunciado el padre eran algo así como la puntilla que ponía fin a la vida de los toros en los espectáculos de las corridas en las plazas de toros.

Miraban con ojos de curiosidad, intrigadas por ver si la Rosarillo había sido enviada ya por el padre Ángel a la otra orilla de la vida. No sé qué sintieron de verdad en sus mentes, pero pudieron comprobar que el pecho de la Rosarillo subía y bajaba al ritmo de la respiración. No cabía la menor duda. La Rosarillo seguía viva, aunque todas estaban convencidas de que por poco tiempo. Así lo certificaba su larga enfermedad, lo dificultoso de su respiración, las inesperadas paradas de la misma, sus constantes pérdidas de sangre, sus ojos hinchados por el impacto de la alta fiebre. Recogí la ampollita. La metí, junto con la estola, en la caja del óleo. El padre Ángel salió de la habitación.

La Fructu le dio las gracias por haber venido a visitar a la Rosarillo “La Sorda”. Hizo además de darle al padre una botella de vino moscatel. Este la rechazó afirmándole que lo que había hecho era cumplir con su obligación, y que, además, él no bebía ninguna clase de vinos. Aquellas mujeres enlutadas, ya puestas de pie, saludaron respetuosamente, una y otra vez, al padre Ángel. Salimos del Maci.

Pudimos contemplar cómo unas sombras sinuosas se iban retirando precipitadamente de los alrededores de aquella casa. Yo sabía de sobras cuánto había mortificado al padre Ángel contener las palabras que, en otras circunstancias, habrían emergido de su conciencia radical con la moral sexual. Su humanidad desbordante había hecho huir de su conciencia la vaga imagen de la reprimenda moral. Tampoco en el retorno a la iglesia pronunció palabra alguna. En sus ojos, no obstante, pude leer, sin la menor duda, sentimientos de pena, tristeza y desconsuelo, no exentos del chorro de ternura que siempre brotaba de ellos.

Cuanto vi en aquella casa lo conté al Lápida y al Pajarito. Ellos me preguntaron curiosidades sobre el prostíbulo, y yo les fui contestando. Pronto nos dimos cuenta. Había emergido de nosotros el deseo de visitarlo como clientes. La verdad es que a mí me daba cierto reparo, bien porque se pudiese enterar el padre Ángel, o bien porque la Fructu le comentase algo a mi abuela. Nos convencimos de que ninguno de los supuestos era previsible que se diese. Decidimos lanzarnos e ir a probar aquello que tantas veces habíamos observado, cuando éramos pequeños, desde los cerros de las proximidades del Maci. Alguna vez tenía que ser la primera. Además, sabíamos que los clientes de la casa callaban por la cuenta que les traía.

El Lápida dijo que él de ninguna de las maneras iba a ir, porque tenía novia. Temía que esta pudiera enterarse, o que él le pudiese contagiar una enfermedad que le pegase alguna de aquellas mujeres malas. El Pajarito y yo nos reímos. Le dijimos que estaban vigiladas, y que, además, los médicos les hacían un seguimiento frecuente a sus estados de salud para que no contagiasen enfermedad alguna, pues, cuando detectaban algo patológico en alguna, le ordenaban que no ejerciese la prostitución hasta que no estuviese completamente curada. Aun así, el Lápida dijo que nanay de la China, que él no iba, que allá nosotros con lo que hiciésemos.

Preparamos la estrategia el Pajarito y yo. Después de haber ido allí con el padre Ángel, no podía aparecer por el Maci por las buenas. Además, lo tenía claro. Yo con quien quería estar era con la rubia del pelo largo y los ojos azules. El Pajarito, con la información que yo le había facilitado, también quería con ella. Ya veríamos qué pasaba, pero le dejé claro que yo tenía hecha mi opción, o la rubia o ninguna.

Hablé con un amigo de mi padre, después de que este me jurara y requetejurara que no se iría de la lengua con él. Le amenazé.

Le dije que, como se enterara, yo se lo contaría a su novia. El amigo de mi padre, que trabajaba en la misma viña y era mucho más joven que él, se echó a reír. Me dijo que cómo se veía que yo no tenía ni idea de lo que era una casa de putas.

–Mira, Pablito, no seas gilipollas. Allí cada uno va a lo suyo. Hace lo que se le apetece. Paga... y hasta otro día. Las putas son necesarias. Lo sabe todo el mundo. Si no fuera por ellas, habría muchas barriguitas... y no está la cosa para un embarazo. ¿Qué hacemos con una boquita más que alimentar? ¿Tú te crees que mi novia no sabe que, cuando no hay más remedio, me desahogo cómo puedo? ¡Pues ya creo que sí! Además, la Fructu sabe organizarlo todo muy bien. No te preocupes. Yo hablaré con ella. Pero... no se te olvide llevarte el dinerito... eso es muy importante. Sin perritas, no hay “foquifoqui”. Ya lo sabes.

–Bueno, pero tú le dices a la Fructu que el Pajarito y yo entraremos por la puerta de atrás, por lo menos hasta que nos acostumbremos. Luego, ya veremos.

Llegó el día convenido. Los dos temblábamos como si fuéramos al cuartelillo de la brigadilla. Nos encontramos en la puerta de la iglesia. Subimos hacia los arenales de la playa por la Calle de la Mar. Nos adentramos por las zonas de cerros y matorrales, como quien, con cierta astucia, se prepara para acometer a su presa en una cacería. Miramos la misteriosa casa a cierta distancia. Nos fuimos acercando. La tarde iba cayendo con lentitud.

Llegamos a la proximidad de la casa. En la explanada trasera de la misma había unos cordeles tirados, desde las ventanas de atrás, y unos palos clavados en la tierra. Era el tendedero. En él se terminaba de secar la ropa lavada en el día. Las sábanas, las toallas y las fundas de las almohadas se balanceaban suavemente como las velas de un barco. En lugar más discreto se encontraban las bragas, los sostenes y las bajeras. Me vino a la memoria aquellos días en los que los niños más atrevidos llegábamos hasta aquel tendedero y nos poníamos a jugar entre las sábanas o, con un mayor grado de maldad, tirábamos cagajones de burros sobre la ropa limpia ante los gritos histéricos de la Cotufa que, palo en mano, corría amenazante tras nosotros.

En esta ocasión, se abrió la puerta trasera. Salió la Cotufa cantando, con un oído realmente desafortunado, una de las coplas de moda, con su particular versión, su abuso de eses, sus confusiones de las letras, sus contoneos, y sus manos al aire moviendo espasmódica-

mente un supuesto abanico: “Qué tiene la sarsamora que a todas horas llora que llora por los cajones...”. Nos ocultamos discretamente aguantando la risa. La Cotufa llevaba dos canastas de mimbre. Una, grande; y otra, pequeña. En la grande iba poniendo la ropa seca. La recogía del tendedero, la doblaba, y la introducía en la canasta colocada sobre una mesa; en la chica, iba recogiendo los alfileres de madera que habían sujetado la ropa para que no se la llevase el viento. Todo ello sin dejar de cantar su copla: “desía la gente que si era de yelo, que si de los hombres se estaba pitorreando... hasta que una noche, muertita de selos, a la sarsamora trincaron retosando...”. Una de las veces que alzó la cabeza nos vió. Sonrió con una mirada entre pícara y lujuriosa, mientras nos indicaba con las manos que nos acercásemos. Lo hicimos. Llegamos hasta donde se encontraba.

–¡Qué alegría veros por aquí! ¡Cómo se nota que ya estáis para ir al servicio militar!– dijo mientras tocaba el brazo del Pajarito, a lo que este respondió con un gesto de desapego, como gato ante un extraño.

–Anda, guapo, no seas tan arisco, que una no se come a nadie. Más quisiera una servidora. Suerte que tienen otras que valen menos que una. No sé qué véis en esas que no tenga una. ¿Sabe lo que te digo? –afirmó casi susurrando en mi oído. –Si, en cuantito salgas, te falta algo... aquí está la Cotufa para completar la faena. Venga, machotes, venir para acá.

La Cotufa se dirigió a la puerta abierta de detrás de la casa. Entró. Nosotros nos quedamos esperando sin pasar. Llegó la Fructu. Nos saludó. Nos dio un cachetillo en la cara al Pajarito y a mí.

–Todo está preparado. Ya veréis qué bien. ¡¡Chicas!! –gritó, mirando al salón. Aparecieron dos. Una era la rubia de los ojos azules. Vi cómo el Pajarito la contemplaba, pero ella no me quitaba la mirada de encima. Junto a ellas, aparecía otra. La Fructu nos las presentó.

–Esta es Lulú. Una preciosidad, como podéis observar. Y esta es Mariquilla, amiga mía desde hace muchos años. Está en la casa conmigo desde que me vine a vivir a ella. Es un verdadero terremoto en asuntos de cama. Os dejo... que tendréis vuestros asuntos... y una servidora, los míos.

Lulú se acercó a mí y, sin dejar de sonreír, se agarró de mi brazo. Mariquilla hizo otro tanto con el Pajarillo. Vi cómo Lulú se encaminó a la habitación en la que, tiempo atrás, había muerto la

Rosarillo. Me detuve. Le dije que allí no. Lulú miró a la Mariquilla. Le hizo un gesto indicándole aquella otra habitación. Fue la Mariquilla la que se metió en ella con el Pajarito, mientras que Lulú me introdujo en la habitación de enfrente.

A pesar de la rapidez de todo esto, observé cómo en el salón había varios hombres sentados esperando. Unos, solos; otros, charlando entre ellos; y otros, hablando con alguna de las mujeres. La Fructu iba y venía saludando a unos y a otros y dirigiendo palabras corteses a las chicas. Pude observar más mujeres de las que había cuando acompañé al padre Ángel. Posteriormente la Lulú me hablaría de ellas.

La habitación era amplia, pero muy sencilla. En el centro había una cama de matrimonio con un colchón de lana. La cama estaba revestida de unas sábanas blanquísimas y olorosas. No había almohada, sino dos cojines o almohadones, primorosamente bordados con hilos de distintos colores. A un lado, una cómoda. En su parte superior, dos jarrones llenos de flores. Al otro lado, un perchero. Junto a él, dos sillas, encima de cada una de ellas una palangana; junto a estas, un palanganero coronado por un espejo grande. En el palanganero había dos toallas, una a cada lado del mismo y, en unas conchas blancas, dos jabones. También, junto al palanganero, había dos jarras grandes llenas de agua.

Estaba Lulú enseñándome todos aquellos elementos de la habitación cuando llamaron a la puerta. Lulú dijo que pasasen. Era la Cotufa. Traía en las manos unas toallas y dos botellitas con un líquido rosáceo. La Cotufa observó cómo miraba yo las botellitas.

–No es un venenito, guapo. Es un refresco. Regalo de la señora Fructu. Anda, hija, qué suerte tienen algunas... vaya con la rubia y eso que está teñía de bote –dijo mientras se iba refunfuñando.

Me enseñó Lulú un brasero que estaba colocado en uno de los rincones de la habitación, diciéndome que se encendía en las noches de invierno, porque el sitio donde estaba la casa, rodeado de cerros por todas partes y con la cercanía de la mar, solía ser muy húmedo y frío. En la sala reinaba el silencio, sólo interrumpido por las palabras a media voz de los que esperaban, por las coplas de la Cotufa en su faenar por la casa, y por algún que otro ruido significativo que salía de las habitaciones cerradas.

Desde que entré en aquella habitación me relajé. Los nervios previos desaparecieron por completo. La proximidad de Lulú me tran-

quilizó. Llegué a sentir que aquella mujer, de no ser por la ropa provocativa que lucía, no sería considerada como lo que evidenciaba, sino como una chica de las que yo conocía en el pueblo y que se dedicaba a otros menesteres. Yo tenía otra idea de lo que era una puta y, desde luego, las que yo había visto nada tenían que ver con Lulú. Por otra parte, pronto me di cuenta de que detrás de todo aquello estaba la mano de la Fructu. Les habría dicho a las dos chicas que el Pajarito y yo éramos unos primerizos; y que tenían que lograr que nos fuésemos de la casa con tan buena impresión que volviésemos, con frecuencia, hasta engrosar, de hecho, la lista de los adictos a la misma. Fuese como fuese, Lulú parecía no tener prisa y disponer de toda la noche para mí. Evidentemente que no fue así.

El ardor de la juventud, el deseo, el cuerpo rosáceo de Lulú, sus crecientes insinuaciones, y el instinto me fueron trasladando poco a poco a una situación distinta, magistralmente llevado de la ternura lujurante de Lulú. Pronto nuestros cuerpos se juntaron, pero ella retardaba, con ternuras, mimos y susurros de palabras, mi ímpetu desbocado. Sabía ejercer a la perfección su tarea.

–No vayas tan deprisa. Tenemos tiempo para nosotros... tranquilo... serénate... respira hondo... espera... espera –eran estas, y otras similares, las palabras que salían susurrantes de su boca olorosa y ardiente, como un clavel reventón largamente expuesto al sol de verano. Me acariciaba. Recorría todo mi cuerpo con sus manos y sus besos. Yo me dejaba guiar, pero el deseo se iba enroscando en mi pecho haciendo mi respiración más dicifultosa, acelerada y arrítmica.

Ella marcó el tiempo. Yo controlé la pasión para disfrutar de cuanto me ofrecía. Cuando consideré llegado el momento, su susurro se transformó en jadeo; su suavidad, en estertores de placer. Aun así, seguía controlando. De vez en cuando, con astucia de mujer experta, paraba mis acometidas, trasladándome de una situación a otra. Quería frenar el tiempo y que el paso veloz de este no culminase, antes de lo debido, aquellos momentos de pasión. Volví a lanzarme una vez más. Aquella vez no bajó el ritmo. Lo aceleró. Lulú había sido la mujer que de verdad me había introducido en el mundo del sexo.

Estaba satisfecho. No obstante, en mi interior experimenté un cierto sentimiento de decepción. Tal vez no es esta la palabra adecuada. No era decepción, porque la decepción se produce cuando se espera más de lo que te dan. No fue el caso. Lo que viví fue mejor de lo que

había imaginado. No obstante, me invadió un sentimiento de una pena honda, expresada en un deseo de marcharme presto de allí. Tenía la sensación de haber entrado en una propiedad que no me pertenecía. Permanecí desnudo en la cama junto al cuerpo desnudo de Lulú. Ella comenzó a acariciar nuevamente mi cara y mi cuerpo. Me besó reiteradas veces. Yo la miraba con una profundidad con la que, en otras ocasiones, no había mirado a ninguna mujer. Las miradas anteriores estaban mitificadas por el deseo; estas, por el sentimiento de la posesión lograda. No eran las mismas miradas, porque tampoco yo era el mismo. No sabía si volvería alguna vez a aquel lugar. Miré a Lulú de pies a cabeza. Tenía la sensación de que quería aprendérmela de memoria para recordar en todo momento su cuerpo, su olor, sus ojos azules, y su cabellera rubia enroscada en mis dedos temblorosos.

No lo esperaba. Estoy seguro de que no entraba dentro del ritual de iniciación de los primerizos, pero, sorprendentemente, Lulú comenzó a hablarme de aquel burdel. No lo hizo en el tono alegre y desenfadado de la Fructu, ni en el jocoso de la Cotufa. Observé, por primera vez, en sus ojos, tan alegres, unas nubecillas oscuras de honda tristeza. Comenzó afirmándome que aquella no era la casa de la alegría, sino la de las penas contenidas y la de los muchos llantos a solas. Aquella era la casa de la degradación. En ella vivían establemente unas cinco mujeres, siempre de servicio en cualquier momento; pero eran otras muchas, casadas, viudas o solteras, y de las más diversas edades, las que venían a la casa a “echar el rato” y llevarse el jornal para cubrir sus apremiantes necesidades económicas. Esto sucedía, particularmente, cuando llegaba al puerto algún barco cargado de marinos, y había que aliviarlos a todos. Me contó que, en alguna ocasión, un hijo se había encontrado allí, sin tener ni idea de ello, a su propia madre; o un marido a su esposa; o un cliente a la esposa de su hermano. En fin, las más variopintas circunstancias que el hambre, la necesidad y el vicio generaban.

Me siguió comunicando que se veía sometida a practicar sexo con quien le tocaba practicarlo, quisiese o no, le gustase o no, lo desease o no. Casi nunca, me afirmó mirándome a los ojos, el sexo era para ella placentero, como lo había sido aquel día conmigo. Más bien era una degradación humana sometida a los más bajos instintos, obligada a realizar las más repugnantes acciones, sometida a soportar los más fétidos olores. Por allí pasaban marinos pendencieros, borrachos incontrolables,

viciosos de alta y baja cuna, reprimidos que las obligaban a realizar lo que sus esposas o novias les impedían hacer, tiranos misóginos, y lo más bajo y ruín de la sociedad. Era raro encontrar, aunque también pasaban por aquella casa, jóvenes rústicos del campo o de la mar que llegaban tan sólo guiados por la pasión y las carencias sexuales. Eran los mejores. Solían tratarlas con respeto, e incluso algunos se encariñaban con una de ellas y sólo querían estar con la misma, hasta el punto de que se habían dado casos de hombres que habían redimido a alguna puta, la habían retirado del Maci y se habían casado con ella.

Me contó que las que vivían en la casa tenían cada una su historia, pero todas un denominador común, estaban allí porque no tenían a dónde ir. Eran mujeres tiradas a la calle que en aquel lugar habían encontrado cobijo en una mujer buena, la Fructu, que, habiendo pasado por lo mismo que ellas y habiendo tenido suerte en la vida, las había acogido para practicar lo único que sabían y podían. Para la Fructu era su negocio en tiempo de tanta escasez; para ellas, su manera de subsistencia.

Ahora era yo el que acariciaba y besaba el cuerpo de Lulú. Esta se enterneció. Me afirmó que no estaba acostumbrada a que la acariciasen. Sólo había disfrutado de las caricias en el pasado. Observé cómo de los ojos de Lulú cayeron unas lágrimas blancas, prolongadas, como se prolongan en un estanque las estrellas de la noche. Besé aquellas lágrimas. Las hice más. Las quise transformar en sonrisas cicatrizadoras. No sabría calcular hoy cuánto tiempo estuvimos así. Volvió a su pasado. Me contó que se había visto obligada a adentrarse en aquella vida por verdadera necesidad. Me dijo que siempre había vivido en el campo con sus padres, que había tenido un novio trabajador y extraordinario, que con él había aprendido el amor y la ternura.

Las cosas, sin embargo, le vinieron mal. Fue llamado al frente. Aquello marcó su existencia. Al principio, las cartas eran frecuentes y su único consuelo. Poco a poco estas se fueron distanciando. Cuando finalizaba el mes de febrero de 1939 le llegó la noticia fatal: su novio había muerto en acción de guerra en el frente de la provincia de Córdoba. Había muerto sin saber que dejaba una hija en el mundo, porque Lulú nunca se lo quiso decir por no agregar más cargas de problemas a los que ya tenía el padre de su hija. Desde que se había tenido conocimiento del embarazo de Lulú, ni su familia ni la de su novio quisieron saber nada de ella. La pusieron de patitas en la calle.

Tuvo que tirarse a la vida para ver cómo conseguía que tanto su hija como ella pudieran subsistir. La Fructu le ayudó mucho. A Lulú no le quedó más remedio que adentrarse en la vida en la que, en aquel momento, se encontraba, al tiempo que su hija, al cumplir los seis años, fue recogida, por influencia de un señor amigo de la Fructu, en un colegio preventorio que se ocupaba de niñas en aquella situación.

Lulú había abierto su corazón. El tiempo, escuchándola, había pasado sin darme cuenta. La verdad es que me había impactado su historia. Llamaron a la puerta. Lulú dijo que enseguida salíamos. Nos vestimos. Lulú abrió la puerta. Nos encontramos en ella a la Fructu acompañada del Pajarito. Me metí la mano en el bolsillo del pantalón. Saqué el dinero que llevaba. La Fructu cogió mi mano y la llevó nuevamente a mi bolsillo.

-No, mi niño, ni tú ni tu amigo pagáis nada hoy en esta casa. Otro día... será otra cosa. Espero que vengáis mucho por aquí.

Hicimos además de encaminarnos hacia la puerta por la que habíamos entrado. La Fructu nos señaló la puerta principal, por la que yo había entrado, por primera vez, en aquella casa cuando acompañé al padre Ángel a socorrer a la vieja moribunda. No miré a ninguno de los que se encontraban en el salón. Llegamos a la puerta. La Fructu la abrió. Salimos mientras ella nos decía adiós saludándonos con su mano derecha.

No era muy tarde, pero sí de noche. Nos miramos el Pajarito y yo. En vez de volver por la Calle de la Mar, seguimos por el Callejón de las Lías hasta el cruce con el Callejón de San Nicolás. En la confluencia de ambos callejones, había una pequeña casita que servía de cobijo en las noches a los carabineros que allí hacían guardia, para controlar a quienes iban o venían de la Barriada de Bajo de Guía. Mi abuela me había contado que allí, días antes de que comenzase la guerra, habían matado a un guardia para quitarle la pistola reglamentaria. Nunca se supo quién había sido, si bien los rumores de la autoría corrieron por la ciudad durante algún tiempo.

Cuando comenzamos a caminar por aquel callejón, nuestra primera reacción fue la de empezar los dos a reír sin ton ni son, mientras nos dábamos golpes mutuamente el uno al otro en los hombros como si estuviésemos boxeando. No sé, pero cuando recuerdo aquella escena, sonrío. Creo que fue como una especie de necesidad de expulsar, de dentro de nosotros, los nervios, los temores,

las experiencias nuevas vividas, con plena intensidad, en aquella noche. Luego, relajados, nos fuimos contando, con toda clase de detalles, lo que el uno y el otro habíamos vivido. Aún no sé por qué, pero terminamos pactando que no volveríamos más al Maci, sino que nos buscaríamos, de una vez, novia formal como había hecho el Lápida.

Lo segundo fue realidad. Pronto estábamos los tres paseando por La Calzada, por la Calle Ancha y por los cerros de la playa con nuestras respectivas novias. No tardamos en formalizarnos. El Pajarito lo hizo con una chica morena, de ojos negros y profundos, que parecía gitana. Se llamaba Begoña. A ella aquel nombre no le gustaba, por lo que se hacía llamar Chiqui. La Chiqui del almacén le decía todo el mundo. Vivía en El Barrio y era hija de un hombre del norte que tenía un almacén de ultramarinos. Yo me formalicé con una niña que hacía algún tiempo que conocía, pero nunca me había atrevido a decirle nada. Tampoco se lo había dicho ni al Lápida ni al Pajarito, pero los dos, que de tonto no tenían un pelo, me venían calando desde hacía algún tiempo.

Mi novia tenía por nombre Ana, más bajita de cuerpo que las de mis amigos, pero era guapísima. Era rubia, de melena larga, hasta media espalda; los ojos, azules; en la cara, suave como la piel de un melocotón, tenía dos hoyitos en las proximidades de la boca que parecían reactivarse cuando sonreía, cosa que hacía constantemente. Tenía unas piernas y unas manos de una belleza extraordinaria. No digo todo esto por pasión de enamorado, sino que todo el mundo lo decía. Su familia vivía en la calle que llamaban de La Plata, en la parte superior de una casa muy oscura y que tenía una escalera muy empinada para acceder a la vivienda de mi Ana y su familia. Su padre era ditéro. Cuando llegó el momento de que la conociesen en mi casa, simpatizó con mis hermanas, al tiempo que con mi padre, pero, sobre todo, con mi abuela. A toda mi gente le cayó extraordinariamente bien. Mi abuela comenzó a llamarla “el ángel rubio de mi Pablito”. ¡Ay, mi abuela Dolorcita, qué ocurrencias! Pero a Ana le encantaba estar con mi abuela. Esta le hablaba y le hablaba. Pronto Anita se empapó de la historia de mi familia, de mis andanzas infantiles, y de la vida y milagros de cuantas personas salían en la conversación. A las vecinas solía decirles con frecuencia mi abuela:

—¡Ay, qué suerte he tenido con la novia de mi Pablito... qué guapa... qué elegante... y qué fino habla... es un sol!

Pero, como la condición humana es como es, a pesar de que el Pajarito y yo nos habíamos prometido que no volveríamos más al Maci, pues sí que recaímos... y volvimos alguna que otra vez más. Con discreción, pero volvimos. Incluso, en alguna ocasión, hasta el mismo Lápida, que se había jurado desde el principio que no iría, viéndonos a nosotros, se animó y nos acompañó algunas veces. Los tres nos juramos que jamás le diríamos nada a nuestras novias y que, si estas se enteraban de algo, nos compincharíamos para negarlo rotundamente y buscarnos una coartada que nos cubriera. La verdad es que, ni fueron tantas las veces que fuimos, ni nunca tuvimos el menor problema. Esta costumbre de ir al Maci fue cayendo por sí sola. Primero, porque comenzamos a ver en aquella casa una realidad bien distinta de la que habíamos creído en la primera vez. Lulú –tal vez aleccionada por la Fructu– había cambiado radicalmente, iba a cumplir lo que le correspondía y se dejaba de intimidades conmigo, hasta el extremo de que no sentí reparo alguno en dejársela al Pajarito. Segundo, porque ya tan sólo íbamos a lo que íbamos y aquello ya no nos llenaba en absoluto. Tercero, y lo más importante, y lo he de afirmar así de claro, porque los tres teníamos ya en nuestras novias todo lo que necesitábamos y, además, completamente enamorados. Tengo que reconocer, sin embargo, cuando vuelvo a mis recuerdos de antaño, que aquellas vivencias quedaron tan dentro de la cueva de mi alma que jamás permití que salieran de ella.

Los dos cierros acristalados del escritorio en el que yo trabajaba eran verdaderos miradores, cuando estaba el jefe y cuando no. Cuando estaba, la contemplación de cuanto pasaba por la calle se hacía con disimulada discreción, acompañada de la correspondiente mirada anunciadora a los demás compañeros según lo que por la calle pasase. La reacción de todos dependía del personaje que por allí transitase en cada momento. Era como el recreo improvisado de cuando estábamos en la escuela. Del vicio de mirar no se libraba nadie de los que allí trabajábamos. Ni que decir tiene que todos éramos hombres. Allí el único vestido femenino que se veía era el de la señora que limpiaba el escritorio, con la que solíamos cruzarnos cuando terminábamos el trabajo, hora a la que ella comenzaba el suyo; o el negro riguroso de doña Paca, la propietaria de la casa, cuando esta retornaba de alguna de las varias misas a las que asistía a diario. Vivía esta señora, soltera y sola en la vida, en la planta noble de la casa.

Cuando el jefe no estaba, por haber salido a algún menester o a algún cumplimiento social de duelos o entierros, a los que nunca faltaba, por sí y por representación, eso era otra cosa. Se seguía actuando con discreción, porque, a qué negarlo, ninguno de los que allí estábamos nos fiábamos ni un pelo de los demás, porque en aquellos años los chivatos abundaban como chinches en casa del pobre, y encontraban, en tan fecunda actividad, un camino expedito para llegar al sancta sanctorum de la confianza del venerado jefe. Así que, para que todos estuviésemos implicados en la felonía observadora y relajante de cuanto pasaba por la calle, por turnos nos acercábamos a los dos cierros y, con el pretexto de que entrase más luz del día y así la empresa gastase menos luz artificial, corríamos las cortinas de tela de lino blanco, que en ocasiones hacían dudar de su color inicial por el tono grisáceo que adoptaban según el tiempo. Con ello el chivaterío

quedaba relegado al miedo de que alguno pudiese decir al chivato de turno la frase mágica: “Y tú más”, porque todos habíamos corrido las cortinas alguna que otra vez. Así todos calladitos y tan contentos.

Tengo que reconocer, no sin cierta vergüenza, pero, con todo lo que viví después, aquello fue peccata minuta, que, recién llegado al escritorio, hice el tonto, pues aquella misión esclarecedora me la asignaron los veteranos a mí, afirmándome que solía ser tradición, seguida en el escritorio, que fuese el de menor edad el que realizase aquella labor hasta que llegase otro con menos años, siendo a este al que le correspondería a partir de entonces. Claro está que, viniendo yo de donde venía, del barrio de la picardía así como del monaguilleo, muy pronto me di cuenta del camelo y, a la primera vez que, ausente el jefe, me indicaron que cumpliera mi misión, levanté al aire mi mano derecha, cerré todos los dedos, dejando airoso, erguido y amenazante sólo el dedo medio, e hice unos movimientos circulares con el brazo, mientras lo iba elevando hacia las proximidades de la bombilla que caía sobre mi mesa de trabajo. La estrategia resultó exitosa. Casi todos se echaron a reír. Les gustaría o no, pero al asunto del novatillo quedó zanjado desde aquel momento.

Los cierros del escritorio fueron para mí, en aquella época, un escaparate por el que desfilaron personajes de las diversas capas sociales existentes en la ciudad: la de la gente hacendada, la de reducida hacienda –pero de medio pelo–, la de los agobios para salir adelante, la de la lucha por la existencia, y la de los pobres de solemnidad, además de un retablo de los personajes populares más pintorescos de la época. Con el tiempo, descubrí que una cosa era lo que se veía, lo superficial, lo periférico; y otra, bien distinta, era la verdadera realidad que había tras aquellos personajes. En aquel ya lejano tiempo, mi actitud fue la de buscar en todo el aspecto jocoso o humorístico de cuanto veía, tal como hacían casi todos mis compañeros de trabajo. Pasados los años, mucho de lo que por allí vi se transformó para mí en una especie de bisturí interminable que me rajaba los estertores del pensamiento y me hería las palomas indolentes del sentimiento, hasta conseguir que mi vida fuese una realidad más volcada hacia adentro que hacia afuera. De todas las maneras, aquella galería de personajes sigue muy dentro de mí y revolotea, como fantasmas de humo, por mi soledad y mis espasmódicos sueños de hoy.

Había una mujer que siempre me llamó la atención desde el primer día que la vi. Fue desde los cierros del escritorio. Con anterior-

ridad no la había visto nunca. La pobrecilla pasaba por delante de los cierros como un personaje salido de algún cuento de terror. Era altísima, con un cuerpo muy descompensado. Me recordaba a alguna de las mujeres de piel negra vistas en las estampillas que yo coleccionaba sobre las razas del mundo, cuando era niño. Aquellas estampillas las pegaba sobre las páginas del álbum con harina hecha una masa con agua, de manera que, a medida que las iba pegando, el álbum iba aumentando de grosor.

Además de la altura, lo que me llamaba la atención en aquella mujer era que iba siempre sola y cargada con dos grandes canastos de caña; uno, en un brazo; y el otro, en el otro brazo. Al andar, iba torciendo el cuerpo sincronizadamente, desde cintura para arriba, hacia la derecha; y luego, hacia la izquierda. Siempre vestía un atuendo negro despintado, tal vez por el sol o por el uso, que le llegaba a los mismísimos pies, cubiertos de alpargatas también negras. Sobre la cabeza, un pañuelo negro atado debajo de la prominente barbilla. Sólo se le veía una boca enorme y unos ojos negros, hundidos y desencajados. Aquella mujer parecía una siniestra torre ambulante. Su cuerpo me recordaba el movimiento de derecha a izquierda de la péndola de un reloj de pared. Ninguno de mis compañeros me comentó nada sobre ella. Siempre la habían visto pasar, con su caminar lento y cansino, por delante de los cierros. La estuve viendo durante algún tiempo. Quedé sin saber si aquellos canastos iban llenos de algo o, tal vez, vacíos. Un día cualquiera la dejé de ver. Nunca más pasó por allí. Tampoco jamás la contemplé por alguna otra calle de la ciudad.

Poco después de comenzar nosotros nuestro horario laboral, comenzaban a pasar, por delante de los cristales, otras mujeres, también de negro. Mis compañeros ya ni las miraban. No comentaban nada sobre ellas. Estas venían solas, o acompañadas algunas por una sirvienta. Aquellas señoras, que retornaban de oír la única misa que se celebraba, por aquel entonces, diariamente en algunas iglesias de la ciudad, la de la mañana y bien tempranito, iban todas ataviadas de manera similar, aunque, incluso en sus vestiduras, como en los servicios parroquiales de bautismos, casamientos o entierros, las había de diversas clases.

Unas, de superlujo; y otras, aunque intentando emular a las de primera clase, se quedaban a medio camino, por cuanto que sus posibilidades económicas eran sencillamente las que había, y nada más.

Vestían de riguroso negro. Se cubrían la cabeza con un velo también negro que, en algunas, a fuer de rizar el rizo, casi eran verdaderas y lujosas mantillas de las de las visitas a los monumentos en el Jueves Santo. Las más fijaban el velo a la cabeza con unos alfileres, en algunos casos de oro o plata, adornados con alguna que otra piedra preciosa. Desconozco si eran auténticas o no, pero, por las cunas de las que provenían muchas de ellas y por la pingüe industria bodeguera de sus esposos, siempre pensé que eran de mérito y alto precio.

Las manos se las cubrían con guantes, también negros, y caladitos cuando llegaban las calendas estivales. En la mano derecha, colocada sobre la pechera, un libro de rezos. En la muñeca de la misma mano, un rosario de oro, de plata, o simplemente de cualquier otro material. Ignoro si hacían uso devoto del rosario, o si tan sólo era un elemento de exorno y ostentación. Lo que sí conseguían era que, con el ruido que hacía el rosario al chocar las cuentas del mismo unas con otras, así como con las abundantes pulseras que llevaban en la misma mano, la gente mirase al verlas transitar y entrar en los templos. Desapercibidas desde luego que no pasaban.

Recuerdo que tres de ellas me llamaban especialmente la atención. Una que, a pesar de la proximidad que había entre su domicilio y la iglesia a la que iba, se dirigía a ella en un coche de caballos que la dejaba en la mismísima puerta del templo. El ruido de los cascos de los caballos era lo único que se oía por la calle en aquella hora. Mi abuela decía que aquella señora era la más rica del pueblo. Resultaba muy difícil verla, pues el cochero la defendía de quienes pretendiesen inútilmente acercarse a ella en demanda de alguna limosna. Yo sí la había visto muchas veces en la iglesia, cuando fui monaguillo, y, para mí, aquella señora tenía cara de sufrida y de buena.

Otra que recuerdo era una enigmática señora que vivía cerca del escritorio. Bastante metidita en carnes, cubría todo su cuerpo, de cabeza a zapatos, de unos velos negros que transformaban su caminar en algo misterioso y fantasmal. Era ya de avanzada edad y decían que soltera. También se murmuraba de ella que era poseedora de un amplio patrimonio, afirmación que, al parecer, quedó negada a su fallecimiento, dejando a sus herederos con la miel en los labios y los ansiosos bolsillos frustrados y desilusionados. No sé por qué, pero aquella ilustre señora me recordaba los entierros que tanto hacían correr a mi abuela, cuando veía venir uno de lejos, para esconderse en

alguna casapuerta. No era casualidad que un compañero del escritorio la anunciase, cuando la veía venir, diciendo: "Ahí viene la funeraria". Todos reíamos.

La tercera que llamaba mi atención era una mujer muy adinerada. Esta lo era de verdad. Me generaba curiosidad y admiración con su actitud diferente, con la que rompía aquel cuadro oscurantista y triste del diario desfile de mujeres piadosas y adineradas. Era mujer casada con bodeguero montañés de extenso patrimonio. No tuvieron hijos. Esta señora, como las demás, iba a misa a diario, pero su atuendo y su actitud eran muy distintos. Nunca iba vestida de negro, ni se cubría la cabeza con un llamativo velo del mismo color, sino que este lo llevaba dobladito y en la mano izquierda. Tampoco llevaba libro de rezos ni rosario. Lo que más captó mi atención fue que, a diferencia de las otras, se paraba por la calle a hablar con quien se encontrase, dialogaba con las criadas que, a aquella hora, barrían y regaban el trozo de calle que correspondía a la casa en la que servían. Escuchaba a los pobres que la esperaban, por cuanto que sabían de su diferente talante personal. En muchas ocasiones, contemplé que esta señora utilizaba la mano derecha para dejar caer alguna monedilla en las de algunos pobres de solemnidad que la acosaban pidiéndole.

Bien temprano, coincidiendo con la vuelta de aquellas señoras a sus mansiones, comenzaba el trasiego habitual por la calle, observado desde nuestros cómodos lugares de trabajo. Unos compañeros lo contemplaban a ratos; otros desistían de hacerlo, pero para todos era pretexto para descansar un poco. Día tras día veíamos transitar por la calle una verdadera riada de mujeres pedigüeñas que se asentaba a las puertas de las casas de la gente adinerada, esperando algún socorro en forma de comida o de limosna, para engañar un día más al hambre. Algunas venían tras las señoras desde las mismas puertas de la iglesia, en las que habían comenzado sus peticiones por la mera subsistencia, tanto a la entrada como a la salida de las ilustres señoras de la iglesia.

El aspecto de aquellas pedigüeñas ya lo había observado yo, con anterioridad, acompañando al padre Ángel a alguna de sus actividades. No obstante, no me había fijado en ellas con tanto detenimiento como lo hacía ahora. Esta observación reactivaba en mí un sentimiento de pena y de rebeldía. ¿Cómo era posible que pudiesen vivir en un mismo lugar, y al mismo tiempo, el lujo y la miseria, la limpieza y la

mugre, el orden y el caos, los perfumes y la fauna de piojos, los palacetes y las hacinadas viviendas asquerosas, los zapatos elegantes y los pies descalzos, los títulos de don y de doña y el anonimato del mero número o alias, los entierros de 1^a clase y los de caridad o los de *pro Deo*? ¡Qué caos de sociedad! ¡Qué bestialización de la raza humana! En ocasiones debí ensimismarse en exceso en estas reflexiones, porque algún compañero me alertaba de broma: “¡Que viene el jefe!”. Yo salía rápidamente de mis pensamientos ante las risas de todos.

Aquellas pedigüeñas no solían ir solas. Iban acompañadas de niños mugrientos, descalzos, a medio vestir, con pantalones mil veces remendados, invadidos de piojos y parásitos, mocosos, sucios, legañosos, colilleros. Estaban abocados, por todo ello, a constituir la vanguardia, a pesar de sus cortas edades, de aquellos a los que la muerte llamaba cada día para cruzar la banda del río de la vida, y arribar así a la otra banda de la muerte.

¡Cuántos centenares de cajitas blancas, llevadas bajo el brazo de unos padres a los que ya no les quedaban lágrimas, vi enterrar en mi etapa de monaguillo! Un día me dijo el padre Ángel que una de las cosas que más le había sorprendido, al llegar destinado a la ciudad, era comprobar cómo, de cada diez entierros, una media de siete era de recién nacidos y de niños de corta edad.

Además de los niños, en aquel tropel de la miseria, aparecían algunos hombres a los que la caprichosa fortuna había privado de una mente lúcida como la de los demás. Eran aquellos que el pueblo denominaba “los tontos”. Los había de todos los pelajes. Alegres, maniáticos, laboriosos, sucios, limpios, huraños solitarios y callejeros empedernidos. Todos, no obstante, estaban marcados por un denominador común, la miseria, la necesidad acuciante, el callejeo, y el servir de hazmerreir de todos por sus figuras y comportamientos ridículos y extravagantes. Si no estaba el jefe en el escritorio, siempre había algún gracioso que se acercaba a uno de los cierros a mofarse de ellos. La mayoría ni se inmutaba ante la burla, pero había otros que gritaban como animales golpeados.

Recuerdo, en estos momentos de soledad y ausencias, otros personajes de los que pululaban por aquella calle. El repartidor de pan que, con una espuerta de pan oloroso, recién salido del horno, iba dejando las piezas a las criadas que salían a la casapuerta a recogerlo en una talega al oír la familiar llamada: “Er panaero”. El lechero, que

también se trasladaba de casa en casa, vendiendo su producto. Solía llevar dos jarras de leche, una en cada mano, y una jarrita pequeña que le servía para medir la cantidad que le solicitaban. El aguador. Había varios y portaban el agua en cántaros cargados en las angarillas de redes de esparto, llamados serones, que se colocaban a lomos de un burro de carga u otro similar. El vendedor de pescado, con su pantalón arremangado hasta las rodillas, sus pies descalzos, sus canastos de peces, su papel de estraza para envolver el pescado, cuyo peso se calculaba al azar. Los niños vendiendo de casa en casa melones o sandías, traídas por su padre del campo. Las jovencitas, cargadas de cubos y otros enseres que, por no tener medios para comprar el agua que se vendía a domicilio, hacían cola en alguna de las escasas fuentes públicas. Retornaban cargadas como mulas, pero contentas porque habían conseguido el líquido deseado. La calle se llenaba de aquellos sonidos entrecruzados de las ofertas de venta: “Er aguaó”, “Er lechero”, “Er panaero”, “Er pescaero”.

Aunque no con la misma asiduidad, me vienen a la memoria otros personajes que aparecían a veces por aquella calle, como el barrendero, el guardia municipal, la “Chalecona”, o los denominados “privaeros”. Era una galería de gente pintoresca, pero hoy la calificaría de personajes dramáticos. Así era mi pueblo.

El barrendero era un hombre de mediana edad, enjuto, mal vestido, cubierto con una gorra de color indefinible, y con un cigarrillo siempre en la boca. Un hijo suyo trabajaba en el escritorio. Se avergonzaba de su padre. Los demás nunca le hicimos el menor comentario. Observé cómo, en ocasiones, se surtía de las colillas que le vendían, por unos centimillos, los niños colilleros. Él se metía aquellas colillas en el bolsillo de su chaqueta de faena, una chaqueta de un gris gastado, sin cuello, de la que tan sólo cerraba el botón más alto, como para abrigarse el pecho.

Llevaba una espuerta, un recogedor mugriento, y una escoba enorme con una especie de tallos de juncos atados en la punta de la misma. Con indolencia barría la basura y el polvo de la calle, especialmente los cagajones de los animales que arrastraban de los carros y coches de tracción animal; iba haciendo unos montoncillos con aquellos elementos de trecho en trecho; y luego los recogía con el recogedor, ayudándose de la escoba, y los vertía en la espuerta. El contenido de esta lo echaba en un carro tirado por un mulo, que era

conducido por otro compañero de aquel laboreo. Con frecuencia, el barrendero, para el que la prisa aún no se había inventado, soltaba la escoba, como un rey podría hacer con su cetro, signo de su poder; se metía con parsimonia la mano en el bolsillo y sacaba de él un librito de papel de fumar. Con maestría, vertía en el papel el contenido de las colillas y elaboraba un cigarro, grueso y deforme, que se fumaba sin prisa alguna, no sin antes haber cumplido con el ritual de preguntar a su compañero:

–¿Tú echa?

Que el compañero le decía que sí, pues con gentileza le cedía el cigarrillo ya liado y comenzaba a liar otro para sí. Que le decía que no, pues sacaba del bolsillo un mechero, de unos años de servicio en el cuerpo, frotaba con la mano la piedra hasta que el largo cordón del mechero encendiese, lo aproximaba al cigarrillo, aspiraba y ¡zas! el cigarrillo quedaba encendido. A disfrutarlo, durante un tiempo, hasta que se le quedase apagado en los labios. Aquella faena no la realizaba a escondidas, como quien estaba robando algún tiempo de su trabajo, sino a plena luz y cuantas veces quisiese. El tiempo no corría por aquellos años, tan sólo pasaba con la lentitud con la que un caracol se desplaza de un sitio a otro. ¿Para qué correr si no había ningún sitio al que ir? ¿Para qué terminar una faena, si la de la mañana siguiente sería monótonamente la misma?

Mismo talante tenía el guardia municipal. De marcialidad, ninguna. Este también había aprobado con brillantez la asignatura de la calma y la parsimonia. Su autoridad, sobre todo para los niños, venía avalada por su cuerpo enorme y orondo, por sus gruesas manos, por su mirada de perdonavidas, por su uniforme de un azul transformado por los soles del verano y, sobre todo, por la dura y gruesa porra que colgaba del lado derecho de su cuerpo. Fuese como fuese, él se hacía llamar o bien “representante de la autoridad”, o bien “guardia de tráfico”, realidades ambas que evidenciaban lo innecesario de la función de aquel guardia municipal.

No obstante, pues no sólo vale ser, sino que vale aún más parecer, aquel guardia tenía en el bolsillo de su chaquetilla de servicio una libretita y un lápiz que, con sólo el ademán de llevarse la mano a aquel fatídico lugar, atajaba cualquier intento de imprevisible desacato a la autoridad. Como dicen que la cabra tira al monte, aquel guardia tiraba a situarse en su lugar preferido, en aquel por el que pasaba la

gente más ilustrada de la ciudad. Se colocaba, él decía que para regular el tráfico, en el centro de la confluencia de las calles que se encontraban debajo de la casa que llamaban “del Reloj”. Claro está que sólo cuando en ella reinaba la sombra, pues, cuando lo hacía el sol, buscaba, con su habitual parsimonia, el lugar que la sombra le hiciese más apetecible. También este solía acercarse a los cierros del escritorio, si comprobaba que no estaba el jefe. Cuando esto sucedía, nos narraba, dándose importancia, las novedades del día en su importante tarea.

Otro personaje pintoresco, de entre aquellos, era uno al que el vecindario denominaba “La Chalecona”. Del origen del nombre no tengo ni idea, porque la chispa del pueblo hace ley consuetudinaria de la ocurrencia de uno, de una anécdota, de un chiste, de un parecido, o de cualquier otra circunstancia jocosa. A la “Chalecona” lo había parido su madre como la había parido. Pero claro, en aquellos años haber salido del útero materno mirando para la otra banda del Coto de Doñana era un problema. Claro que era un problema, pero sólo para la oficialidad de las autoridades y para el genterío mojigato, que lo hubo siempre. Para la gente de a pie, la cosa era bien distinta. La “Chalecona” era maricón... y punto. La gente no se mofaba de él, tan sólo se reía de sus cosas, y estas no eran pocas. Cuando se asomaba al cierro y comprobaba que no había moros en la costa, abría su boquita y largaba de lo lindo. Nos reíamos. Él lo sabía. Algún día, al llegar de la calle, lo vio al jefe en el cierro, y la “Chalecona” salía corriendo como perro apaleado.

A qué negarlo, a la “Chalecona” le gustaba llamar la atención, y argumentos tenía para ello. Era pequeñito, delgado, de tez muy morena, de pelo muy cuidado, de movimientos rápidos y ondulantes, parlanchino, ocurrente, buen vecino, de ojos profundos y agitados, pasicorto, y no sé cuántas cosas más. Se dedicaba y, al parecer, con notable éxito, al trapicheo comercial, eso que los bien hablantes denominaron sraperlo y el pueblo “el estrapelo”. La “Chalecona” viajaba a aquellos lugares en los que podía adquirir productos a bajo precio, eludir la vigilancia aduanera, y revenderlos entre su amplia clientela a un precio que fuese ganancioso para ambos, la clientela y él. Traía de todo. Su casa era un bazar en el que se podía encontrar cuanto se desease, todo escondido, claro, que para eso la “Chalecona” se arreglaba solo. Que alguien deseaba algún producto que, en aquel momento, la “Chalecona” no tenía en su “almacén”, pues nada, ya se encargaría de traerlo en el momento oportuno.

Su dedicación profesional le rendía muchas ganancias, gracias también a los dones que la naturaleza había puesto en él, por eso a la “Chalecona” le gustaba ostentar. Todo el mundo sabía a qué se dedicaba, pero mañas tenía para librarse de los intentos de inspección por parte de las autoridades competentes. Salía a la calle y se le veía venir. Vestía siempre ropa llamativa y ajustada. Se daba un ligero toque de maquillaje y se adornaba el pecho, las manos y los dedos de alhajas, vistosas, aunque previsiblemente de bisutería, pero no todo lo era, pues hasta se pudo permitir el lujo de colocarse, en aquellos tiempos, algún que otro diente de oro.

El remate del glamour de la “Chalecona” vino con la adquisición de una bicicleta. ¡Cuántos rumores, bromas e ironías generó aquella bicicleta! No por otra cosa sino por los complementos de la misma, porque la bicicleta era instrumento de primera necesidad para los trabajadores del campo en aquellos años. Y no sólo por los complementos, sino por el arte y tronío de quien la montaba. La bicicleta la mandó pintar la “Chalecona” de varios colores alegres, pero con preferencia abundante del rosa. Elevó el sillín hasta el máximo que permitían sus no muy largos pies. Llenó la bicicleta de espejos retrovisores de las más diversas gamas, a su derecha y a su izquierda. Con todas estas características resultaba lógico que nosotros y la gente que transitaba por la calle esperásemos el paso en bicicleta de la “Chalecona” para reírnos un rato, escuchar sus constantes y ocurrentes comentarios y, de esta manera, ponerle algo de azúcar a una vida tan cargada de hiel como era la de aquellos años.

Tenía palabras para todos desde su trono de espejos, que avanzaba por las calles como si se tratase de un artilugio venido de otro mundo, pero, de manera especial, para los “privaeros”. Estos, cuando lo venían venir, le lanzaban toda clase de piropos y ocurrencias, a los que iba respondiendo con ingenio y jocosidad. Estos diálogos entre la “Chalecona” y los “privaeros” siempre estaban cargados de picardía y morbosidad, y acompañados de guiños y gestos más o menos obscenos, con lo que quienes observaban la escena no sólo disfrutaban, sino que lo esperaban y provocaban.

Los “privaeros” no es que fuesen inquilinos habituales de la calle, pero sí que, con frecuencia, eran llamados a prestar sus servicios cuando se atascaban, en alguna casa, las tuberías de desagüe de las masas y líquidos fecales. Esto acontecía con relativa frecuencia, evi-

dentamente en las casas más antiguas y peor conservadas, a las que todavía no habían llegado las modernidades sanitarias que, con el paso del tiempo, irían llegando. De todas las maneras, en el escritorio percibíamos la presencia de los “privaeros” en la calle por el mal olor que se extendía por ella.

El trabajo de los “privaeros”, esperado como agua de mayo ante un atasco, tenía varias fases. La primera era descargar del camión el aparataje que portaban: alambres, guantes, estropajos elaborados de esparto machacado, y unos tubos finos, como de un metro de largo, que tenían roscas en sus puntas con las que poder enlazarlos unos a otros. La segunda consistía en la apertura de los diversos registros que, de una vez para otra, se dejaban marcados en algunas losas del suelo, así como abrir un gran hueco en la calle para comprobar posteriormente si la obstrucción se había terminado, fluyendo los materiales de desecho al tubo-madre que pasaba por la calle. Venía tras ella, la tercera. Abiertos todos los registros, los “privaeros” se hacían cargo de la situación obstructiva que padecía aquella casa enferma de años.

En una cuarta etapa, y ya puestos, para qué utilizar los guantes sin con las manos libres se trabajaba mejor, empezaban a extraer de cada uno de los registros abiertos cuanto se encontrasen: papeles, heces, trapos, raíces, pegotones de barro y de los productos empleados para el lavado de la ropa. Con todo este material de desecho, formaban unos cerritos compactos junto a la boca misma de los registros. Si había niños pequeños observando aquella labor sanitaria, llegaba para ellos el momento del juego. Corrían y se comenzaban a pisar aquellos montículos, desparramándolos y poniéndose los pies plenos de churretes negros, mientras las madres les gritaban como locas, los cojían de un brazo, y les daban de pellizcos y bofetones. Santa cosa. Llanto, pero clara alerta de que a los oscuros bardos no se podían acercar.

Superado este obstáculo y, tras los correspondientes retoques, el capataz de los “privaeros”, que era el que llevaba más tiempo en el oficio, cogía uno de los tubos, lo introducía en el lugar de origen de las tuberías, y comenzaba a meterlo y sacarlo para producir el ansiado desatasco. Al primer tubo se le enroscaba otro; y a este, otro; y a este, otro; así hasta llegar al enganche de las tuberías domésticas con el tubo-madre que pasaba por el centro o por un lateral de la calle. Aso-mándose a aquellas pequeñas cuevas que eran los registros, se iba contemplando cómo poco a poco la tubería iba quedando descolapsada y

limpia, hasta que el agua de los cubos corrían libremente por su interior hasta llegar a la tubería general del común. Cuando esto había acontecido, la labor fundamental de los “privaeros” había sido exitosa.

Quedaba recoger. Se desenroscaban los tubos. Se los limpiaba un poco con los estropajos, y se iban colocando en el camión. Tras ello, con el cemento que se había preparado, se cerraban los registros, colocando las losas en sus correspondientes sitios. Luego, y aquí sí era frecuente que se colocasen los guantes enormes que llevaban –la verdad es que siempre me preguntaba que ya para qué–, recogían con las manos “lo más gordo”, lo metían en espuestas, y estas eran transportadas al camión. El laboreo fino quedaba reservado a las amas de casa. Recoger los “rebuscos” que quedasen, limpiar todo el trayecto que se había abierto, colocar, en sus correspondientes sitios, los muebles que se habían trasladado, y hacer otro tanto con las macetas. El ceremonial terminaba con la moraleja edificante de las madres a los niños:

–Os tengo dicho que no tiréis nada al retrete.

Pero, sin la menor duda, para todo el personal del escritorio, la reinona de aquella galería de personajes que desfilaba por la calle era la Fructu. Pasaba a diario por delante de nosotros, a hora temprana y en dirección al mercado, donde efectuaba las compras necesarias para el suministro de las chicas del Maci. Siempre iba acompañada de algún personal de la casa, habitualmente de la Cotufa. Fuese este, o fuese alguna chica de las de la casa, siempre la compañía llevaba un gran canasto de mimbre en cada uno de los brazos.

A la Fructu se la veía venir. Cuanto de picardía y espíritu dicharachero tenía en sus dominios burdelescos, se metaforseaban en la calle en seriedad, prestancia, elegancia y buen ver. Por supuesto que en la calle no conocía a ninguno de los clientes. Ni los miraba. Podíamos estar todos tranquilos. Vestía casi con la discreta modestia de las señoras de la misa-diaria: traje oscuro que le cubría a la perfección el cuerpo, guantes también oscuros, elegante peinado, y andar discreto. La discreción era la cualidad de la que más uso hacía la Fructu en su estancia en la calle. A nadie miraba con fijación, a nadie saludaba si no era con una leve inclinación de la cabeza, y a nadie respondía cuando tenía constancia del desprecio y rechazo que generaba, sobre todo entre las mujeres de posibles que se cruzaban en su camino.

Desconozco si aquel desprecio provenía de lo que la Fructu era; o de lo que había sido anteriormente hasta la saciedad; o de los

muchos secretos que conocía de los varones de la ciudad y, consecuentemente, de los de sus correspondientes esposas; o, si por el contrario, el desprecio era una respuesta envidiosa a los glamurosos perfumes que la Fructu desprendía de su cuerpo y de su ropa; o al constante tintineo de las muchas joyas que lucía en su cuello y en sus manos, tintineo que era como un anuncio de su llegada y de su paso por las calles hasta la arribada al mercado, así como de su retorno con los canastos repletos de alimentos.

La Fructu, a qué dudarla, era odiada por muchas, envidiada por casi todas, pero respetada por el vecindario, y deseada aún por buena cantidad del mocerío de la ciudad, y más aún por quienes ya no estaban en edad de merecer. Tal sentimiento emergía bien por sí misma, o bien por las puertas de las que, de una manera u otra, sólo la Fructu tenía las llaves. Gente había que, o por quedar bien ante la sociedad bien pensante, o por seguir la corriente de lo que se consideraba correcto, o por prevenir de los peligros morales que la Fructu pudiese significar para la sociedad, obligaban a los niños a refugiarse en el interior de las casas cuando se veía venir a la Fructu. Más de un buen pellizco retorcido, en cualquier parte del cuerpo, se llevó algún niño por mostrar reticencia, a la hora de la propuesta materna de la huída de la calle hacia la protección de los muros de la casa familiar, en evitación de que la Fructu les pudiese contagiar de algo. De todo ello la Fructu tenía pleno conocimiento. En vez de acobardarse o retraerse, se impregnaba de los ímpetus de su primera juventud y se ponía a la sociedad por montera.

No obstante, que así es la condición humana, el odio y el rencor que, por razones evidentes, no se podían tirar a la cara de la Fructu, se proyectaban con cuanto con ella estuviese relacionado. Y aquí entraba el papel de la Cotufa, bien en contra, como resultaría evidente, de la propia voluntad de tan indefenso personaje.

Desconozco quién le puso el alias de la Cotufa, pero la verdad es que el mote le venía como anillo al dedo, como suele acontecer con todo lo que el pueblo anónimo rebautiza un día cualquiera. La Cotufa no era precisamente un don de la madre naturaleza, ni esta había tardado más de unos leves segundos en repartirle los dones que habría de llevar de por vida. Aquel pintoresco personaje de estatura pequeñísima, de cuerpo esquelético, de ojos hundidos, de andares vacilantes y torpes, de hablar oscuro e ininteligible, de piel negruzca y acarto-

nada, había tenido unos orígenes desgraciados, como desgraciado había sido el itinerario de su vida hasta aquel momento. La Cotufa era de padres desconocidos.

De niño, había estado en una casa-cuna. Después, en un reformatorio, en el que era el verdadero hazmerreír de los demás niños. Del reformatorio se fugó. Nadie supo cómo. Lo cierto es que de allí pasó a ejercer de niño colillero, de niño de la calle, recibiendo palos y desprecios de quienes le veían. Incluso, en alguna ocasión, ante las denuncias presentadas contra aquel ya muchachote por algunas personas, había sido retenido en el cuartelillo, molido a palos y vejado, según se decía en el pueblo, porque una cualidad que tenía la Cotufa era que jamás hablaba de su vida, ni de su pasado, ni de sus andanzas.

Su vida cambió radicalmente cuando conoció a la Fructu, otro perro callejero en sus orígenes. La Fructu comenzó a domarlo y a protegerlo. Le enseñó, en lo que pudo, a asearse, a cocinar, a lavar, a coser, a planchar, a hablar... de manera que todos llegaron a saber que la Cotufa, con el correr del tiempo, se había transformado en una pieza importante del engranaje del Maci por los favores, el interés, y la magia de la Fructu.

El anecdotario de la vida y milagros de la Cotufa llegó a ser uno de los más ricos y difundidos por la ciudad. Aquel anecdotario nació anónimo y como tal quedó, pues la Cotufa tenía bien aprendido de la Fructu que en aquel oficio la mejor de las cualidades era el callar. La Fructu le repetía muy frecuentemente cuando oía alguna historieta que circulaba por la ciudad, con la Cotufa como protagonista de la misma, historietas, algunas de ellas irreproducibles por deleznales y repulsivas, estas palabras:

-Mira, medio coño, tú a ver, oír y callar... a los demás que le vayan dando por allí...

Fuese como fuese, la Cotufa era sobre el que caían los efectos de los odios y rencores existentes sobre la Fructu. Callaba y aguantaba, disfrutando de los cortos y fugaces espacios de placer que la vida le deparaba, si bien en circunstancias realmente sórdidas. Se conformaba sólo con aquello. No quería más. No se libraba, sin embargo, de la mofa de todos cuando, en escasísimas ocasiones, porque la Fructu velaba por evitarlo, era visto solo por alguna calle, a la que se había desplazado a por algún encargo; ni de los cagajones que los mozalbetes le

tiraban, desde los cerros, cuando la Cotufa estaba tendiendo la ropa en la parte trasera del Maci; ni de las prohibiciones de la autoridad de que se le viese por las calles del pueblo; ni de los asaltos incontrolados de los borrachos e indeseables a quienes se les prohibía la entrada en el Maci; ni de las peticiones al Cabildo, por parte de algún ciudadano, para que se le desterrase de la ciudad por su homosexualidad; ni de la popular frase, repetida de boca en boca, que quedaría para los anales de la intolerancia:

–¡La Cotufa es más malita que un dolor miserere!

Era previsible. Fui el primero de los tres. Mi novia, Anita, quedó embarazada. Cuando lo supimos, lo pasamos mal los dos. Temíamos la reacción de los nuestros. Yo, a decir verdad, no sentía en absoluto vergüenza o temor al qué dirán. De mis sentimientos pronto participó mi Anita, pues era mucho lo que me quería. Los demás nos decían que éramos casi unos niños para ser padres. Yo tenía apenas diecinueve años y ella tan sólo diecisiete, pero qué importa la edad cuando el amor se había enraizado tanto en nosotros y, además, teníamos toda una vida por delante para vivirla juntos.

A quien peor le sentó la noticia fue a mi suegro. Siendo ditero y teniendo que ir a diario, de casa en casa, a cobrar las ditas a su extensa clientela, temía las preguntas socarronas y los comentarios hirientes, aunque supuestamente ingenuos, de las personas con las que se relacionaba a diario. Hablé con él. Me sometió a intenso interrogatorio. Quería tener certeza de que mis relaciones con su hija no eran un capricho pasajero, sino una realidad bien asentada y estable, a pesar de la cortedad de nuestros años. Mis frecuentes charlas con él le dispararon toda clase de dudas. Se quedó más tranquilo. Incluso comenzó a ilusionarse con lo que estaba ya en camino. La reacción de mi suegro me resultó muy gratificante, pues sabía que aceptar la realidad, dada la mentalidad que había traído de su tierra de la Montaña, le había costado un gran esfuerzo y una gran generosidad. Desde aquel entonces se entabló una segura amistad entre nosotros. Comenzó a tratarme como a un verdadero hijo, hijo del que él carecía, pues tan sólo era padre de tres niñas.

En mi familia, la noticia, excepción hecha de mi padre, que se inquietó al principio sabiendo los problemas que vendrían con aquella situación, cayó extraordinariamente bien. Se alegraron mis hermanas. Se alegraron todas las vecinas de la casa y sus esposos, pero sobre todo

la que saltaba de gozo era mi abuela. Cuando se enteró de la nueva, estas fueron sus primeras palabras:

–“Po” coño, bendito sea Dios... ya era hora de que entrara una alegría en esta casa. ¡Y qué requeteguapísimo va a ser mi niño!

–Pero, abuela, no corras, que puede ser un niño o puede ser una niña –le repliqué yo bromeando.

–“Po” que sea lo que Dios quiera, que aquí estará una servidora para cuidarlo y comérmelo a besos. ¡Ay, qué alegría más grande! ¡Qué penita que tu madre no esté con nosotros! –cambió su estado emotivo radicalmente.

–Abuela, no empieces –le dije besándola cuando las primeras lágrimas empezaban a aparecer por sus ojos, cansados de haber visto tantas penalidades en su vida.

Me temía su reacción. Me parecía lógica, pero quería ser yo el que le diese la noticia. Por la tarde, antes de la hora del rezo del rosario, me acerqué temprano a la iglesia a hablar con él. Entré por la puerta de la vivienda del sacristán. El padre Ángel estaba en su archivo. Me asomé. Escribía una partida en uno de aquellos voluminosos libros en los que asentaba los bautismos, los matrimonios, y las defunciones. Con esta tarea era sumamente escrupuloso. Primero escribía en sucio los datos en un librito más pequeño de pastas negras. Luego, y con mayor tranquilidad, los pasaba a los libros definitivos, cuidando la letra y la redacción, de manera que aquellos libros eran un modelo de pulcritud y buen estilo. A ambos, el que le había servido de borrador y el definitivo, los archivaba y conservaba en unos amplios estantes existentes en aquel archivo desde 1911, fecha en la que el templo se había constituido parroquia.

–¿Se puede?

El padre Ángel alzó la cabeza. Me miró por encima de las gafas que se colocaba para escribir. Me sonrió. Me dijo que entrara. Me señaló con la mano el sillón que estaba frente a él en el otro lado de la mesa-escritorio. Me senté. Siguió escribiendo. Terminó. Cogió el papel secante. Lo pasó sobre la escritura. Soltó la pluma con la que estaba escribiendo. Se quitó las gafas y unió las patillas de las mismas. Depositó las gafas sobre el libro.

–¿Qué te trae por aquí, Pablito?

–Padre, tengo que ir al grano... me tengo que casar.

El padre Ángel cambió de repente su expresión. Yo conocía bien su reacción ante aquellas situaciones. Su rostro se llenó de cólera. Comenzó a toser espasmódicamente. Se puso de pie apoyando las palmas de sus manos sobre la mesa. Seguía tosiendo. Dobló el cuerpo hacia adelante. Seguía tosiendo. Me asusté. Me acerqué al cuartillo de al lado y le traje un vaso de agua.

-¡Fuera de aquí, fuera de aquí, fueraaaaa!

Solté el vaso sobre la mesa. Me dirigí a la puerta del archivo. Salí.

-¡¡Pablito!! Ven, ¡vuelve!

Antes de dar la vuelta hacia el archivo, apareció al fondo de la galería el sacristán.

-¿Y a usted quién le ha dado velas en este entierro? -le grité.

Entré en el archivo. El padre Ángel estaba bebiéndose el vaso de agua. Me indicó de nuevo que me sentase. Lo hice. Quedé mirándolo. Me miró fijamente.

-Eso es, como los perros. ¡Ea! aquí te pillo y aquí te mato. Como los perros... pero, Pablito, ¿tú no sabes que eso es un pecado? Y un pecado ¡¡ofende a Dios!!... y, si mueres sin confesión, te vas de patitas al infierno... ¿Sabes que has desgraciado a esa chica y la criatura que nazca será fruto del pecado de sus padres?

-No, padre, no... Será, si Dios lo quiere, fruto del amor de sus padres. El amor existe, padre, y se manifiesta de muchas maneras. Todo amor es de Dios. Se lo he oído decir muchas veces.

-Pablito, ¡¡no blasfemes!!

-Padre, no hemos querido ofender a Dios. Tan sólo nos hemos querido.

-Claro, y mañana querrás a otra. Y habrás dejado dos desgraciados en el mundo.

-Padre, eso es imposible. Mi amor por Anita no es un juego de niños. Ya no soy aquel niño, padre, al que usted tanto ayudó. Jamás lo podré olvidar, antes se quedaría esta ciudad sin torres que dejar de agradecerle eternamente lo que siempre hizo por mí.

El padre Ángel unió sus dos manos. Las apoyó sobre su nariz, su boca y su barbilla. Cerró los ojos. Nunca había observado lo grandes que el padre Ángel tenía las manos. Lo contemplé en silencio. En un gesto muy particular de él, sin abrir los ojos, se llevaba una mano a la

cabeza, siempre con el pelo cortado al máximo, y se la frotaba. Pasó algún tiempo. El padre Ángel abrió los ojos. Me miró. Sonrió.

–Está bien lo que has dicho. Gracias, Pablito. La ciudad sin torres... la ciudad sin torres... ¿pero es que las hubo alguna vez? Llevas razón, llevas razón. Como la torre, hay que mirar hacia el infinito, siempre hacia el infinito. Hay que huir de nuestras limitaciones y mezquindades. Hemos de ser constructores de torres de humanidad y de divinidad. Sólo es posible desde el amor.

El padre Ángel volvió a cerrar los ojos, repitiendo el gesto de las manos. Los abrió. Me miró. Sonrió nuevamente.

–Bueno, a lo práctico –dijo mientras abría un cuadernito que le servía de agenda– ¿para cuándo los dichos? Ah, y no olvides que tanto tú como Anita os tendréis que confesar antes de la boda, con el sacerdote que queráis, pero tenéis que hacerlo. Hay que casarse en estado de gracia de Dios.

Quedamos en una fecha. Yo quería que la boda fuese lo más pronto posible. El padre Ángel también.

–Sí, hijo, así nos libramos del chismorreo del vulgo y de los escándalos farisáicos que tanto abundan... ¿cómo me dijiste?... en esta ciudad sin torres.

Volvió a sonreír el padre Ángel. Me levanté. Me extendió la mano por encima de la mesa. Se la besé con verdadera admiración y afecto. No debió pasar desapercibido para él, pues me apretó paternalmente mi mano mientras yo besaba la suya.

–Bueno, Pablito, dile a tu abuela que mañana a esta misma hora quiero verla. La espero aquí.

Salí del archivo. Me encontré con el sacristán. Tuve la certeza de que se había enterado de todo, por la mirada de hiriente complacencia con que fijó sus ojos amarillentos en mi rostro. Me importó un bledo. Salí a la calle. Me sentí libre y seguro. Me parecía que, a mi paso, las calles habían aumentado en altura. Me había reafirmado en mi creencia: el padre Ángel estaba construyendo torres en una ciudad que carecía de ellas.

Los familiares de Anita pretendieron que nos fuésemos a vivir con ellos. Deseaban preparar para nosotros una de las habitaciones de la casa. Mi abuela se negó en redondo. Alegó que ya ella lo había arreglado todo, para que nos quedásemos en un partidito del alto de

la misma casa donde vivía mi familia. Yo no tenía idea de nada. Pero es lo cierto que en la parte alta de mi casa había quedado desocupado un partidito por el fallecimiento del cabeza de familia, que era un hombre que trabajaba de guarda en el Coto. Aquel partidito lo utilizaban muy poco, tan sólo cuando venían a la ciudad en escasísimas ocasiones. Al morir aquel hombre, su viuda se fue a vivir con una de sus hijas. Había sido providencial. Mi abuela acordó el alquiler con el dueño de la casa.

Iban pasando lentamente los días. Yo contemplaba asombrado cómo cambiaba, día a día, el aspecto de aquel partidito. Tenía dos habitaciones: una sala y un dormitorio. La sala daba, a través de una gran puerta, a la galería alta. Aquella habitación era amplia y alargada. El dormitorio estaba a continuación. Lo que más me llamó la atención de él, pues yo jamás había entrado en aquellas dependencias, pues siempre estaban cerradas y tan sólo conocía de vista a sus inquilinos, fue la luminosidad. Tenía el dormitorio un amplio balcón que daba a la calle. Desde él se contemplaba el variopinto trasiego de idas y venidas por la misma. Cuando Anita y su familia vieron el partidito y el ambiente que reinaba entre el vecindario de la casa, quedaron muy complacidos. No hubo ya ningún elemento de discusión.

Parecía que la que se iba a casar era mi abuela. ¡Qué activismo, qué ilusión y qué laboriosidad desplegó en aquellos días! Abrió, de par en par, la puerta y las cristaleras del balcón durante unos días. Ella decía que era para que se fuesen los microbios y el olor a muerto. Aireado todo, capitaneó a unas cuantas vecinas para pintar, de un blanco reluciente, todas las paredes, puertas, techos, y repisas que había adosadas a la pared de la sala. Posteriormente, fregaron el suelo con estropajo, aljofifa y jabón verde, hasta dejarlo como una patena. Mi abuela repetía: “Dadle... dadle... dadle más... hasta que se pueda comer en el suelo”. Anita se sumó a aquel batallón, pero mi abuela no la dejó tocar ni una escoba, porque decía que el niño se podía “desgracia”, así que le subió una silla y Anita se vio obligada a ser espectadora de aquella transformación.

Todo aquello me conmovió. Me llenó de satisfacción la solidaridad de todas aquellas mujeres, lo cual no me sorprendió porque, desde muy pequeño, había visto el comportamiento de las mismas siempre que algún vecino las había necesitado. Lo que sí me sorprendió, porque no tenía la menor idea de aquello, era el ir viendo cómo cada día aparecía un mobiliario nuevo en el partidito, y, además, de calidad. Mi abuela se enorgullecía de ello y decía:

-Todo lo mejor para mi pichita, para su mujer y para lo que venga... todo de allá arriba, de la casa del señor Fausto.

Colocó la cama de matrimonio, el ropero, la cómoda, las sillas, dos palanganeros con sus correspondientes palanganas, un espejo grande, una mesa para la sala con sus sillas, otra mesita pequeña con un infernillo, las cortinas, y llenó con las ropas del ajuar el ropero y la cómoda. No puso ningún otro cuadro sino uno de la Virgen del Rocío, de la que mi abuela era muy devota. Los demás dijo que los pondríamos Anita y yo, a nuestro gusto, cuando se celebrase la boda. Yo no salía de mi asombro. ¿De dónde había sacado mi abuela para todo aquello? ¿Se habría empeñado hasta el rodete? ¿Y quién se lo iba a dar de fiado, si mi abuela no tenía donde caerse muerta? A Anita no le pude sacar ninguna información, por más que lo intenté. Ella sólo sonreía pícaramente, por lo que sospeché que, detrás de todo aquello, estaría su padre, aspecto este que no me gustaba en absoluto, porque uno tiene su orgullo, y más cuando hay mujeres de por medio, pero, como Anita no soltaba prenda, no quise tampoco incomodarla.

Llegó el día de los dichos. El padre Ángel estuvo muy cariñoso con nosotros. Quedó fijado el día y la hora de la boda. A los dichos asistieron mi padre, mis hermanas con sus novios, la familia de Anita, el Pajarito y el Lápida con sus respectivas... y mi abuela con dos de las más significativas vecinas de nuestra casa, Caridaíta la Chica y Mercedes la del Jordano. La asistencia de mi abuela fue otra sorpresa para mí, porque ella le tenía más miedo a una sotana que un perro a un palo, pero es que, también para ella, el padre Ángel era el padre Ángel. Como era de esperar, no faltaron a la cita, en el momento oportuno, las lagrimillas de mi abuela.

Tras los dichos, el padre de Anita nos llevó a un bar que había cerca de la iglesia frente a una freiduría de pescado. El dueño de aquel bar era muy amigo de mi padre. Había hablado ya con él y habían quedado en que le pagaría toda la manzanilla, las cervezas y los refrescos que se consumiesen, mientras que el padre de Anita se metió en el freidor y vino cargado de paquetes de pescaíto frito. Echamos un rato muy agradable. Ni que decir tiene que mi abuela, Caridaíta la Chica y Mercedes la del Jordano no fueron al bar. ¡Buenas eran! Decían que los bares eran cosa de hombres y que las mujeres no pintaban nada allí. Para ellas, las mujeres que alternaban en los bares eran unas cochambrosas.

Se aproximaba la boda. Un día llegué del escritorio. Me estaba esperando en el patio mi abuela. Me besó como siempre.

-Pablito, mira, hijo, esta tarde te lavas bien... que vamos a ir allá arriba.

-¿A dónde, abuela?

-Tú, ¡chitón!... y a hacer lo que yo te diga.

-Pero, abuela, ¿todavía te quedan cosas que empeñar?

-¿Qué empeñar... ni qué empeñar... quién habla de empeñar?

Hice lo que me ordenó. A la hora prevista ya estaba yo dispuesto. Una de mis hermanas se había acicalado también para acompañarnos. Salimos a la calle, mientras que el coro de vecinas miraba complacido y sonreía. Aquellas, sin la menor dudar, estaban en el secreto y callaban como mudas, que a eso no les ganaba nadie cuando se trataba de cosas de dentro de la casa. Nos encaminamos en dirección al centro de la ciudad. Era el mismo camino que recorría, años atrás, con mi abuela, cuando la acompañaba a empeñar alguna prenda en el Monte de Piedad. Llegamos a la Calle Angosta, cruzamos la Rinconada de Sarmiento. Mi abuela se paró delante de un establecimiento de ropas y complementos para hombres.

-Pero, abuela, ¿qué pretendes?

-Calla y entra.

Entramos los tres.

-Pepe, ya estamos aquí... Lo dicho.

Pepe, que era el dueño de aquel establecimiento, nos hizo pasar a una dependencia donde había unos cuantos trajes de hombre colgados en perchas. Los había de diversos colores. Comenzó a explicarle a mi abuela las cualidades de los colores y de las telas.

-Eso es cosa de mi niño... Pablito, ¿cuál te gusta?

-¡Pero, abuela...!

-No hay pero que valga... una boda es una boda. ¿Cuál te gusta?

A regañadientes seguí las orientaciones que me iba dando Pepe. Me hizo probarme algunos de los trajes. Llegó un momento en el que el propio Pepe afirmó, de uno que me había probado, que aquel era el adecuado para la ocasión. Asentí. Se agachó y me marcó cuál habría de ser el largo del pantalón para que me cayese sobre los zapatos. La chaqueta me quedaba bien. Dijo que no había que hacerle nada. Tras

ello, vino otra operación, la elección de la camisa. Yo me dejaba guiar por mi abuela, mi hermana y Pepe. Era la estrategia más adecuada para terminar lo más pronto posible. Seleccionaron la camisa; seleccionaron unos zapatos, que me hicieron probar una y otra vez, mientras que mi abuela me hacía levantar la pierna derecha, al tiempo que ella me apretaba por la zona del dedo gordo del pie para ver si me quedaba bien o no; seleccionaron un pañuelo y una correa; seleccionaron unos calzoncillos y una camiseta; seleccionaron unos calcetines. Iban a seleccionar una corbata cuando me dirigí a mi abuela:

–Abuela, eso no; yo no me pongo una corbata ni de coña.

–Pablito, no seas tan raro... hay que llevar el terno completo... bueno, la escogemos tu hermana y una servidora.

Así fue. Pepe lo envolvió todo. Lo metió en unas bolsas. Salimos del establecimiento. Mi abuela considerándose la dueña del pueblo; mi hermana, orgullosa; pero yo, avergonzado por el mal rato que había pasado.

Todo resultó inolvidable el día de la boda. Incluso hoy recuerdo los episodios de aquel día con ojos con los que antes no los había contemplado. Hasta el gélido sacristán estuvo amable conmigo y con nuestras familias. Asistieron bastante más gente que el día de los dichos. También nos sorprendieron. Al terminar la boda, todos sabían, menos nosotros, los novios, que habían preparado una celebración en el patio de nuestra casa. Llegamos a ella. Estaba adornado todo el patio con farolillos de los que ponían en las verbenas y en el día de la procesión de la Virgen del Rocío. De las barandillas de la planta de arriba colgaban las mejores colchas de la casa. Alrededor del patio habían colocado sillas para que se sentasen las personas mayores. Junto al pozo, como en los bautizos de mi infancia, habían colocado una bota de vino manzanilla; al lado de ella, una mesita con botellas de anís, coñac, moscatel, refrescos, y vasitos pequeños. Cada una de las vecinas había preparado algo de comer y compartir, mientras que los hombres habían hecho la matanza de uno de los cochinos que se criaban en el corral. Pronto se comenzó a bailar por sevillanas. Todo resultó espléndido.

Hubo un momento en el que busqué con la vista a mi abuela. No la encontré. Supuse que se habría metido en su partidito. Me dirigí a él. Así fue. Allí estaba. Me dio un vuelco el corazón. Estaba sentada en su cama de matrimonio, en la que había fallecido mi abuelo. Junto a ella aparecía una cama-cuna con todos sus complementos primoro-

samente preparados. Mi abuela miraba complacida aquella cuna. No salía de mi asombro.

-Pero, abuela, ¿qué es esto?

-La cuna de tu hijo.

-¡Y dale...! Abuela, que puede ser un niño o una niña.

-Ya lo sé, pichita... ¡Soy tan feliz a pesar de las ausencias!

Me acerqué a ella y la abracé fuertemente. Ella temblaba y lloraba. Yo acariciaba su piel descolgada y rugosa, así como su cabellera encanecida. Le susurré al oído:

-Abuela, entre calé y calé ¿de dónde ha salido todo esto?

Cambió de semblante. Se secó algunas lágrimas que caían de sus ojos profundos. Sonrió con una placidez inusitada.

-Pablito, todo esto ha salido de donde tenía que salir, de tu madre.

-Abuela, háblame en serio.

-Muy en serio te hablo, Pablito. Mira, la familia de Anita ha corrido con todos los gastos suyos. Ha puesto, además, algunas prendas para el ajuar, porque todas las vecinas han cosido como locas para que no os faltase de nada. Y todas muy alegres y contentas. Tu padre ha puesto también lo suyo.

-Pero, abuela, ¿y los muebles? ¿Y las ropas de la boda? ¿Y tantos gastos?

-Pues, ¡jea!, Pablito, te lo voy a decir. Prometí no hacerlo. Que Dios me perdone... pero tú me guardas este secreto. Todo lo demás lo ha pagado el padre Ángel. Te quiere como si tú fueras su hijo. Es un santo. Tu madre, antes de morir, le pidió que te amparara... y bien que lo viene haciendo.

Volví a besarla y a acariciarla. Lloramos los dos. Llamaron a la puerta. Era Anita.

-Bueno, ¿pero esto qué es? Una boda ¿y la novia sola? Venga, cariño, que quieren que bailemos. Abuela Dolorcita, véngase, que mi padre la está buscando para echarse un bailecito con usted. Hágalo bailar, que es muy soso.

Todo era fiesta en el patio. La gran fiesta, sin embargo, reinaba en mi corazón. Aquel hombre bueno me había hablado en ocasiones de Dios. Sus palabras eran verdaderas y convincentes, pero su veracidad la comprobaba yo, y él la autentificaba cuando se humanizaba, más y más, enraizándose en los problemas terrenos.

Desde que conocí a Anita, mi mujer, entablé unas buenas relaciones de amistad con su cuñado, Ramón, el marido de su hermana Mari Trini. Llevaban ya varios años casados y eran padres de dos niñas pequeñas y muy vivarachas. Ramón era un tipo extrovertido, ocurrente, y con facilidad para relacionarse con todo el mundo. Hacía buenas migas con su mujer, más seria, más introvertida, de menos palabras, pero de profunda mirada observadora. Ramón y Mari Trini constituían un complemento ideal. A medida que pasaba el tiempo y las mujeres tenían que dedicarse con mayor ocupación a las niñas, Ramón y yo nos veíamos con frecuencia cuando terminábamos en el trabajo. A estos encuentros se sumaban con agrado el Lápida y el Pajarito, este último ya también casado, y por la misma vía que yo, por la del apremio del embarazo adelantado, lo que la gente denominaba “casarse de penalti”.

Con Ramón nos divertíamos de lo lindo. A sus ocurrencias se unían las del Lápida y las del Pajarito, este último bastante más extrovertido ya, pues tenía los problemas de su casa más asumidos. Ramón trabajaba en unos navazos que poseía su padre cerca de la playa por una zona que llamaban de “Vista Alegre”. Los navazos estaban en una hondonada de tierra y aparecían rodeados de unos cerros de arena, en cuya parte superior se sembraban pitas y unas higueras, denominadas de Indias, que producían unos frutos del tamaño de un huevo de gallina, con una cubierta de pinchos, cuya pulpa era comestible, después de pelarlos. A mí no me gustaban. Me resultaba desagradable comerlos por las pepitas duras que tenían dentro, pues me parecía estar comiendo trigo. Y de los higos colorados, nada de nada, pues sencillamente me producían asco y repugnancia.

Junto a los navazos se levantaban la casa de los padres de Ramón y otras dos más que estos habían construido cuando sus dos hijos, Mercedes y Ramón, se habían casado. Allí vivía toda la familia.

Resultaba un lugar muy espacioso y agradable. Cada uno de ellos en su propia casa, pero con la compañía y seguridad que les proporcionaba la cercanía de los demás miembros de la familia. Las tres casas habían sido construidas en forma de una U junto a los navazos. La parte central de la U la constituía la casa de los padres de Ramón. La parte derecha, la de Mercedes y su familia; y la parte izquierda, la de Ramón, Mari Trini y las dos niñas.

En el centro de las tres casas quedaba un patio muy espacioso, con el suelo de arena. Había en él varias moreras que producían unas excelentes moras y que hacían de aquel lugar un espacio muy sombrío y agradable para los tiempos de calor. Además, dos parras, muy antiguas, alargaban sus vástagos por una cubierta de alambres que se extendía por todo aquel patio. A un lado había un pozo, cubierto con una plataforma de madera. No era muy profundo, pero bastaba para surtir de un agua fresquísimas a las tres casas.

Muchas tardes de primavera y verano cogíamos a nuestras familias y nos íbamos a casa de Ramón. Su padre, de inmediato, ponía sobre la amplia mesa de madera, existente en el centro del patio, una buena cesta de frutas y de dátiles para las niñas y las mujeres. Sacaba posteriormente una garrafita de manzanilla que compraba en la tasca que Bigote tenía en la próxima zona de Bajo de Guía, donde los marineros, después de volver de faenar en la mar, “fafaban” y se ponían esponjados del vinillo de la tierra; mientras esto hacía Ramón padre, su esposa cortaba unas rodajas de chorizo, partía un bollo de pan que ella misma elaboraba en un hornillo que tenía en la cocina, y sacaba un saquito de cacahuets que nosotros llamábamos avellanas.

Las tres primas jugaban y corrían incansablemente, junto con los otros dos primos, los hijos de la Mercedes. Allí aprendió mi niña Anita prácticamente a andar. Las mujeres, a lo suyo. Ayudaban a la madre de Ramón a poner y a recoger. Luego se sentaban debajo de una de las moreras a coser, a hacer algún chalequito, calcetines o bufandas para los niños, y a charlar de lo divino y de lo humano. Los hombres, con los vasitos de vino, nos íbamos animando, echábamos partidas de cartas, y cada vez hablábamos más fuerte, hasta que las mujeres nos llamaban al orden diciéndonos que hablásemos más bajo, porque nos estaba escuchando toda la gente del pago. Todos reíamos.

Recuerdo con nostalgia aquellos encuentros. Admiro cómo nuestras conversaciones, de insustanciales y superficiales, fueron poco

a poco transformándose en más íntimas y comunicativas. Fuimos pasando de lo que era correcto en aquellos años, hablar de fútbol, de las faenas del campo y, sobre todo, de los toros, a lo que en aquella época estaba prohibido: hablar de la situación social de la ciudad, de los problemas existentes, de “aquello” –de lo sufrido por el pueblo hacía ya unos cuantos años–, la guerra civil. Yo conocía perfectamente el pensamiento del Pajarito y el del Lápida, como ellos conocían el mío; cómo no, si nos habíamos criado juntos. De los que no tenía conocimiento era de los de Ramón, ni de los de sus padres. Y me sorprendieron, vaya si me sorprendieron. Y nos influyeron, vaya si lo hicieron.

Nos enteramos de que el padre de Ramón, una vez que los partidarios del Movimiento se hicieron con el gobierno de la ciudad e iniciaron un proceso de represión política, había tenido problemas de seguridad. Ramón padre nunca perteneció a ningún partido político. No había sido republicano, ni socialista, ni anarcosindicalista, pero sí había simpatizado, de una manera global, con las tendencias de izquierda. En aquellos años, consideró que, de tales movimientos, podría venir la solución al problema endémico de la ciudad de las ingentes diferencias entre la minoría hacendada y las clases populares. No obstante, no se significó en nada. Tampoco lo hizo en la actividad de los escopeteros partidarios de la defensa de la República, pero temía, como otros muchos sanluqueños, que alguien informase a las autoridades locales de que Ramón era amigo de algunos de los que sí se habían significado. Temía que viniesen a por él, en principio para interrogarlo, pero nunca se sabía cómo podían terminar aquellas interrogaciones. Su mujer, que había oído campanas por el pago, le obligó a esconderse hasta que pasase aquello.

Cuando Ramón padre nos contó su historia en una de aquellas tardes de tertulia, ante la mirada desaprobadora de su mujer, que, aunque no estaba en nuestra mesa, no perdía punta de cuanto en ella se hablaba, nos quedamos sorprendidos, para, posteriormente, romper todos en sonoras carcajadas.

Ramón padre contaba anécdotas vividas por él con una viveza y una expresividad con las que lograba meter a todos dentro de la narración, de manera que nos introducía en ella como si fuésemos unos participantes más de las mismas. Escuchábamos embobados lo que nos narraba. Un día nos contó algo especial que le había sucedido al estallar la guerra civil.

La mujer de Ramón se había acercado a un almacén de Bajo de Guía a comprar aceite y otros productos para la casa. Se había enterado en el almacén de que habían apresado para interrogarlos al “Pijindi”, al “Bocana”, los dos marineros, y a otros hombres que trabajaban en el campo. Se lo habían llevado al Castillo. Salió del almacén a toda prisa. Corrió apresuradamente hacia su campo. Subió el cerro que daba al callejón. Llegó al patio. Soltó las compras encima de la mesa. Sudorosa bajó al navazo. Allí estaba trabajando Ramón, su marido, y Ramoncito, su hijo.

–¡Ramón, que te tienes que esconder! –le dijo casi imperceptiblemente por el agobio que le había generado la carrera apresurada desde Bajo de Guía. Ramón miró sorprendido a su hijo.

–Pero, ¿qué dice esta mujer?

–Que sí, Ramón, que te tienes que quitar de en medio... que están registrando las casas y llevándose presos a los hombres.

–Pero, mujer, ¿qué quieres decir? ¿Qué coño he hecho yo para tener que esconderme?

–¿Y qué han hecho los demás? ¡Que tú te escondes como yo me llamo Mercedes!

Ramón hijo miraba al uno y a la otra. No sabía de qué iba aquello. Su madre, la Mercedes, cogió a su marido del brazo y, casi a rastras, lo llevó a la casa. Lo metió en un armario y colocó, con la ayuda de Ramoncito, una cómoda delante de él. Aquello, a todas luces, era una chapuza. Si venían a buscarlo, aquel montaje lo delataría sin más necesidad de búsqueda. La Mercedes lo sabía. Cogió a su hijo. Juntos, ataron fuertemente a unas maderas, con unas gruesas cuerdas, un esportón grande. Todo aquello lo amarraron a la soga gruesa que estaba atada al cubo del pozo.

La Mercedes había logrado contagiar a Ramoncito la aceleración y el pánico que ella tenía metidos en su cuerpo. Cualquier ruido, cualquier voz, cualquier motor, por lejano que fuese, reactivaba a la Mercedes y a Ramoncito. Estos se movían por la casa sin parar un instante. Las horas se hicieron eternas. La Mercedes temía que, en cualquier momento, parase un coche en el patio, bajasen unos falangistas, y preguntasen por Ramón. No comieron nada. Llegó la noche. La oscuridad se fue adueñando del Pago de Vista Alegre. La Mercedes y el Ramoncito retiraron la cómoda. Ramón salió del armario. Sudaba y sonreía.

-¡Vaya la que estáis liando...!

-Venga Ramón, ¡al pozo!

-¡Que pozo ni que niño muerto! ¿Qué queréis... que me ahogue?

Salieron al patio. Ramón contempló el artilugio que la Mercedes y su hijo habían preparado. Lo pusieron al borde del pozo. Obligaron a Ramón a meterse dentro. Este, entre sorprendido e irónico, dijo:

-¡No te digo yo!... lo que queréis los dos es librarse de mí.

No había terminado cuando la Mercedes y el Ramoncito comenzaron a bajar suavemente la espuerta hasta el límite del agua. Luego ataron la cuerda fuertemente al arco de hierro que cubría el brocal del pozo. Lo taparon con el redondel de madera que, en forma de cubierta, taponaba el pozo para impedir que los niños se asomasen a él, así como para que las hojas secas de los árboles no cayesen en su interior.

Ramón reía y se mofaba de su mujer mientras nos narraba esta historia. Siguió. Nos contó que llegó a tener miedo, no porque viniesen a buscarlo, ya que consideraba que nadie lo buscaría, por cuanto que él no estaba metido en nada de política, sino porque pudiese romperse o soltarse la cuerda y morir ahogado en aquel pozo. El Ramoncito y la Mercedes lo tranquilizaban en todo momento, porque no se separaron ni un instante de la proximidad del pozo. Pasaron tres días. Allí no apareció nadie, tan sólo alguna vecina que, de paso, se paraba a comentar los acontecimientos a la Mercedes. Fue esta tan precavida que, en los tres días que Ramón estuvo metido en el pozo, Ramoncito trabajaba en el navazo con la ropa y el sombrero habituales de su padre, mientras Mercedes seguía vigilando el pozo. Así, si alguien veía a Ramoncito, creería que era Ramón padre.

Corrió la noticia como la pólvora. Los enemigos de la República y partidarios de Franco se habían hecho con el Ayuntamiento y con el gobierno de la ciudad, mientras que la guerra seguía por gran parte del país. La Mercedes se reactivó en sus miedos, máxime cuando se extendió por el pueblo la noticia de que se estaban produciendo los primeros fusilamientos. Era verdad que Ramón nada tenía que ver con todo aquello, pero también lo era que en el castillo estaban presos algunos de sus amigos. La Mercedes sabía que su marido no tenía enemigos. Esperaba que nadie lo traicionase por algún móvil de

envidia o venganza, pero no se fiaba de nada ni de nadie. Habló con Ramón. Lo convenció de que, durante algún tiempo, se tenía que quitar de aquel lugar, porque lo del pozo resultaba inseguro. Ramón se resistía, pero no pudo convencer a su mujer. Esta habló con un primo suyo, al que el vecindario denominaba “el Rubio de la lancha”, y que se dedicaba a llevar gente a la otra banda a coger piñas, piñones, coquinas, o a hacer cisco.

Una tarde, cuando “el Rubio” fue a la otra banda del río a recoger a los que habían estado allí trabajando, llevó al marido de su prima la Mercedes, cubierto con unas redes y unos sacos, a una parte de la otra banda. Lo bajó allí. Luego se dirigió a recoger a los piñoneros. Y allí quedó Ramón. Le dieron cobijo en una de las chozas de los guardas de aquellas tierras. Por el “Rubio” estaba informado de los acontecimientos. Cuando estos se aplacaron, Ramón volvió a su casa. Nadie lo había buscado. La Mercedes, cuando veía que Ramón terminaba de contar esta historia, siempre agregaba lo mismo:

–Y si te hubieran cogido ¿qué? Yo, viuda; y tus hijos huerfanitos.

Reíamos todos. Miré al Pajarito que, con su mujer, reía y se hacían carantoñas y mimos. Miré al Lápida. Lo noté serio. Algo le preocupaba. Yo lo conocía bien. Intuí que no era tan sólo porque su novia aquel día no había podido venir con nosotros. Viejos interrogantes rebrotaron en mi mente. Estos me zarandeaban el sentimiento.

En otras muchas ocasiones, dejábamos a las mujeres con las niñas en el campo de Ramón, mi concuñado, y nos íbamos –él, el Pajarito, el Lápida y yo– a pasear, o a tomar un vasito en alguna de las muchas tabernas de la ciudad. Conocimos a gente nueva, gente de otras ideas y, poco a poco, fuimos constatando, con sorpresa, que mucha de aquella gente también lo era de otros compromisos. Tuvimos conocimiento directo de diversas realidades y de otras zonas de la ciudad que, anteriormente, no habíamos frecuentado apenas. Pronto comprobaría, con claridad, el trabajo de captación que mi concuñado había realizado con nosotros. Al principio tan sólo percibimos cómo Ramón estaba preocupado por la gente más pobre de la ciudad, e indignado con las diferencias sociales y de todo tipo existentes en el vecindario.

Con sutileza, Ramón nos fue presentando delante de los ojos las diferencias sociales existentes, que nosotros indudablemente conocíamos, pero que ahora él nos las descubría de otra manera, diría que como elementos diversos, pero todos ellos integrantes de una misma realidad: la radical injusticia de dos mundos, el de los señoritos, como Ramón los llamaba, y el de los pobres; es decir, el de los bodegueros, el de los propietarios y el de los trabajadores que cobraban un jornal escaso e insuficiente para cubrir las más elementales necesidades familiares. Esta labor de captación –¡qué claro lo veo hoy desde mi situación!– no la hacía Ramón con meras palabras, sino con observaciones y con presencia en las diversas realidades sociales. Las palabras irían llegando en su momento oportuno.

Si veíamos un entierro, aspecto este que, por mi pasado de monaguillo, me había sido muy habitual, Ramón recalca las diferencias entre las personas, hasta en el momento de la sepultura. No sé cómo se había enterado –lo sabía mejor que yo–, pero nos explicaba cómo

cambiaba la parafernalia de un entierro según fuese este de 1ª clase, de 2ª, de 3ª, de 4ª, de 5ª, de transporte simple o doble, de beneficio, de Hermandad, de caridad o de “pro Deo”. Lo mismo en los bautizos, lo mismo en las bodas, y lo mismo en la asistencia a los actos de la iglesia. Me decía algunas veces Ramón:

–Pablo, tú y el Lápida habéis sido monaguillos. ¿Dónde habéis visto siempre a los curas? ¡En las casas de los señoritos, en sus bodegas, paseando con ellos! ¡Siempre con ellos! ¿O no?

–Pues no, Ramón, al padre Ángel siempre lo he visto en las casas de los pobres, manchándose con el moco de los niños, aguantando la peste insoportable de sus habitaciones, sufriendo las borracheras de los hombres, escuchando las incontinencias verbales de las mujeres desgredadas, y haciendo por todos ellos el bien que podía. Si alguna vez se acercaba a un rico, era para exponerle los problemas de los pobres y para exigirles, ¡sí, exigirles! soluciones y ayudas. He visto cómo lo calumniaban una y otra vez. Le montaron toda clase de historias. Y él, a lo suyo. Lo que dices no vale para el padre Ángel.

–Llevas razón, Pablo, ese es de otra carne... ese tiene pantalones y dos pares debajo del hábito... ese es de los nuestros por muy cura que sea, ¿pero qué me dices de los otros?

–En eso te tengo que dar la razón, porque el mismo padre Ángel no tenía casi ninguna relación con los demás curas. Nunca iba con ellos, el día que tocase, a tomar los vasitos de manzanilla en las sacristías de las bodegas y, cuando paseaba, lo hacía por los barrios más pobres; siempre con ellos y para ellos. Y mira que le costaba trabajo caminar, porque cada vez, por su enfermedad y por toda aquella ropa negra, se asfixiaba más y más.

Dejado el tema de los curas, Ramón nos iba adentrando en otras realidades de la ciudad. Subrayaba cómo había colegios para ricos y colegios para pobres. Incluso se producía esta separación en un mismo centro, siendo tratados de manera distinta, en toda la vida del colegio, los unos y los otros. Unos eran los de pago; otros, los becados o de por caridad. Para Ramón, aquello era una estrategia para que siempre existiese la lacra de la separación social. Afirmaba que una persona tal como naciese así viviría siempre, y así moriría. El que nacía pobre, así hasta el nicho; el que nacía rico, así hasta el nicho, pero siempre teniendo ambos hasta nichos de distinta clase. Pero vaya, decía él con sorna, ya qué más da. Llegado este momento, todos calvos.

Yo le replicaba que en el colegio último en el que yo había estado no había sido así, pero él me decía sentenciosamente:

–Pablo, en todo hay... ¿cómo se dice?

–Excepciones, Ramón, excepciones –le contestaba yo–; y no te hagas el palurdo, que tú has leído más libros que un cura.

Él, pacientemente, a lo suyo. Que pasábamos delante del “Casino de los Señoritos”, a su crítica social. Que lo hacíamos por el “Círculo de Artesanos”, a lo mismo. Que íbamos al cine, ¡cómo se recreaba en indicar las diferencias!; las butacas, para los señoritos; las sillas, para la gente de medio pelo; y los escalones, para los pobres.

–Si es que la diferencia está en todo, en la forma de vestir, de hablar, en las casetas de la playa, en las zonas de baño, y qué decir de la sanidad y de las comidas. ¡Que no, que esto no puede seguir así!

Resultaba evidente que las acerbas críticas de Ramón iban dirigidas contra toda clase de “señoritos”, si bien, a la hora de analizarlos y criticarlos, los concretaba en los terratenientes, los banqueros, los propietarios rentistas, los empresarios, los aristócratas de cuna, los bodegueros, los grandes comerciantes, los curas, las monjas, y los nuevos ricos que se habían enriquecido por el estraperlo durante los años del hambre. Nos fue ganando para sus principios. Especialmente expresaba su animadversión a los sindicatos verticales, de los que decía que no eran sino una trampa para controlar y maniatar a los trabajadores. Y de la brigadilla, ¿qué decir? Ramón se descomponía cuando la veía por la calle, o cuando se enteraba de que había tomado “declaración” a algún obrero.

Sin una aparente programación, Ramón nos fue introduciendo, poco a poco, en los sectores obreros. Conocimos a una buena parte de amigos de Ramón: a navaceros, camperos, jornaleros eventuales, marineros, albañiles, carpinteros, arrumbadores. Con ellos nos encontrábamos bien en las tascas, o en algunas plazas en las que se congregaban por grupos a charlar y a echar el cigarrito.

No obstante, como si de una estrategia diseñada se tratase, recuerdo cómo Ramón nos hacía ver que había llegado el tiempo de cambiar, pero no, como cacareaba el gobierno franquista, con la industrialización, con la mecanización y con la potenciación del turismo, sino minando el Régimen de Franco, luchando contra él, hasta que cayese derribado por las clases obreras. Afirmaba Ramón que esta lucha era

muy importante en nuestra ciudad, porque, si bien tenía una larga tradición de lucha obrera, el franquismo, con sus medidas antiobreristas, había conseguido que las clases populares estuviesen realmente “dormidas”, aceptando de hecho que las cosas seguirían siendo siempre como lo habían sido desde mucho tiempo atrás.

De todo esto, pasó Ramón a convencernos de que lo que él pretendía no era una fantasía ni una utopía –¡cuánto me sorprendió la primera vez que escuché aquella palabra en boca de mi concuñado!-. Con cierta prevención, extremo este que me asombró un tanto en mi concuñado por el grado de confianza que nos teníamos todos, nos fue informando, de manera muy imprecisa al principio, de que ya había en la ciudad, desde mediados de la década de los 50, “algunos” que se habían agrupado y que estaban por la labor de promover una verdadera lucha obrera. Ramón amagaba con esta información, pero quedaba ahí, no la ampliaba. Observaba nuestra reacción y dejaba que pasase algún tiempo para ver cómo íbamos reaccionando los tres.

Alguna vez le pregunté a Ramón qué hacían aquellos de los que hablaba. Él me contestaba que lo primero y fundamental era actuar desde el anonimato, porque acechaba “la brigadilla” y, con el trabajo que venía costando que rebrotase alguna ramita verde en el árbol seco de la lucha obrera, por la acción del franquismo en la ciudad, resultaría demoledor que se acabase con aquellos que estaban dispuestos a promover tal lucha en la ciudad. Por eso, se organizaban, con mucha prudencia y desde el anonimato, movimientos de protestas y de reivindicaciones sociales, más que ningún tipo de proclamas políticas.

Cuando nos encontrábamos en el patio de las casas del navazo de Ramón o en sitios más privados, mi concuñado nos contaba algo de lo que había sido la lucha obrera. Ya no me quedaba la menor duda. Ramón pertenecía a algún partido político organizado. Sus opiniones no eran individuales, sino que estaban encuadradas dentro de una lucha previsiblemente organizada por un sector más extenso de personas.

Nos informó Ramón de que, antes de la guerra civil, muchas de las huelgas y protestas que se habían realizado en el marco de Jerez habían sido organizadas, animadas y ejecutadas por líderes obreros de nuestra ciudad. Aquellas actividades consiguieron algunas mejoras, especialmente para los trabajadores del campo, pero, al estallar la guerra civil, todo fue al traste. Muchos derechos ya conseguidos fueron pisoteados. La guerra civil, con más de un centenar de trabajadores

fusilados, con los encarcelados, con los exiliados, así como con la interminable represión que le siguió, significó la eliminación de los partidos políticos y de los sindicatos obreros. La minoría que se libró de la quema llegó incluso a planificar la entrada de obreros sindicalistas dentro del sindicato vertical, para controlarlo y, de alguna manera, velar en lo posible por los intereses de los trabajadores. Aquello fue arriesgado. La autoridad sospechó de algunos y los eliminó del sistema. Hasta la misma clase obrera catalogó de traidores a algunos de los que se habían prestado a realizar aquella labor. No fue fácil la tarea realizada por aquellos trabajadores.

Un día, sin más preámbulos, Ramón nos reunió a los tres. Nos interrogó si estábamos dispuestos a “comprometernos” con aquella causa. El Lápida, el Pajarito y yo nos miramos. Ramón esperaba una respuesta. Le respondimos que fuese más preciso. Nos contestó que, si nos “comprometíamos”, ya iríamos conociendo el funcionamiento de todo. Le pregunté de qué funcionamiento hablaba. Ramón fue al grano.

–Mirad, hace algún tiempo que existe en la ciudad algunas células comunistas. Pablo, yo pertenezco a una. No estamos solos. Cada vez somos más en toda España. Si estáis dispuestos al compromiso, para adelante... si no, no pasa nada... me fío, por supuesto, de que guardaréis el secreto.

Quedamos en tomarnos un tiempo para pensarlo. El Pajarito y yo queríamos comentarlo con nuestras mujeres, y el Lápida con su novia. Lo hicimos, menos el Lápida, quien no habló con la Mari Reyes, porque dijo que la veía delicadilla de salud y no quería agregarle un problema más. La mujer del Pajarito y la mía, al principio, se opusieron. Dijeron que nos dejáramos de aventuras, que lo único que nos podían traer eran problemas para nosotros y para nuestras familias, que hiciesen esa lucha otros. Hablamos y hablamos. Llegó un momento en el que, con muchas reticencias, nos dijeron que hiciéramos lo que quisiésemos, pero que tuviésemos mucho cuidado con lo que hacíamos y con quiénes nos juntábamos. Cuando el Lápida se enteró de esto, nos comunicó que lo que hiciésemos nosotros lo haría también él. De momento, no le diría nada a Mari Reyes, hasta que la viese más mejoradita de salud. Se lo comunicamos a Ramón. Nos abrazó a los tres. Se emocionó hasta el extremo de que vimos caer unas lágrimas de los ojos de un mocetón tan curtido como era mi concuñado.

Ramón nos llevó a que conociésemos a los demás compañeros. Ramón los llamaba “camaradas”. Así comenzamos a llamarnos también nosotros. Recuerdo que la primera vez que nos reunimos fue en casa de otro navacero que tenía su navazo entre los jardines del Pino y el callejón que iba, desde aquel lugar, a la playa. Cuando llegamos, sólo estaba Ricardo, al que todo el mundo le decía Riscardo. Llegaron luego dos más: Rafael, que era campero; y Emilio, que trabajaba en un horno de hacer pan. Nos presentaron. Nos informaron de que en la ciudad había otras tres células comunistas, que todas actuaban conjuntamente, pero que por prudencia cada una se reunía por su cuenta. Luego, los líderes de cada una de ellas se reunían y analizaban los acuerdos adoptados en la base.

Comenzó para el Lápida, para el Pajarito y para mí una vida nueva cuando los tres habíamos cumplido ya los veintiséis años. Estábamos convencidos de que lo que estábamos haciendo era positivo para los trabajadores y para el país, pero también se abrió, delante de cada uno de nosotros, un foso negro de inseguridad y de un cierto miedo. A qué negarlo, iríamos creciendo en valentía e intrepidez y, con nosotros, nuestras mujeres, pero, al principio, nos sentíamos particularmente observados, vigilados y temerosos, conscientes de que, en algún momento, nos podría llegar el apresamiento, el interrogatorio, los golpes y hasta la misma cárcel. Lo cierto es que nos transmitíamos entre todos unos ánimos y una fuerza extraordinarios para llevar hacia adelante aquella lucha.

Nos vimos implicados en la acción. Siempre actuábamos en aquellos años de la misma manera. Se programaba una actividad de protesta o una huelga. Una vez decidido el día, nada se hacía oficial. Los camaradas y los influenciados íbamos por las tabernas, por las plazas, sobre todo por la Puerta de Jerez, y por los demás lugares donde se encontrasen trabajadores, y dejábamos caer, oralmente y con suma discreción, la frasecita de marras: “Se dice que hay huelga el día tal”. Todo el mundo entendía el mensaje. Nadie sabía de dónde había salido, pero lo cierto era que se seguía por todos. Donde el mensaje se reactivaba, de manera especial, era en el tren que llevaba a los jornaleros a trabajar a las viñas del trayecto hacia Jerez. Frente al “Tren de la Costa”, este recibía los nombres del “Tren del Barrio Alto”, “Tren de Jerez” o “Tren del Campo de Jerez”. En aquel tren la “convocatoria” adquiría, de hecho, verdadera carta de ciudadanía.

Fueron aquellos años de la segunda mitad de la década de los cincuenta años de muchas actividades. Se comenzaron por el campo, pero se fueron extendiendo poco a poco a otras áreas laborales, y pronto llegaría su influencia a la construcción, a la madera y a la industria. No es que se lograsen derechos muy significativos, pues no estaban los tiempos para ello, pero lo cierto es que la gente trabajadora cada vez fue tomando mayor conciencia de la situación precaria en la que vivía, así como del convencimiento colectivo de que, unidos, se podría ir consiguiendo importantes logros. Recuerdo que en aquellos años tuvo lugar toda una serie de huelgas. Una, realizada por los obreros del campo en 1958, que duró cerca de cincuenta días y a la que se sumaron unos ocho mil jornaleros. Ello fue posible porque se implicaron en ella los panaderos y los almacenistas de la ciudad, quienes dejaron fiados los productos imprescindibles para el sostenimiento de las familias de los huelguistas. En otra posterior, se consiguió una entrevista con el delegado sindical. Se pretendía que este facilitase el “diálogo” con el alcalde de la ciudad y el gobernador civil de la provincia. Algo se consiguió; un trozo de queso americano y seis reales para cada uno de los parados.

Se seguía avanzando. Poco después, se llegaría a firmar un convenio para los jornaleros. Recuerdo que fue un gran avance, increíble, pero cierto. Los señoritos propietarios de campos, bodegas y viñas, como en otros tiempos más lejanos, fueron convencidos por los hechos de que la huelga se venía convirtiendo en un arma eficaz y peligrosa para el logro de las mejoras pretendidas.

Aún hoy me causa risa. Las autoridades estaban en la creencia de que tales huelgas brotaban de manera espontánea, desconociendo que eran concienzudamente organizadas desde la clandestinidad. Nada se supo, por aquel entonces, por el sigilo férreo con el que se hacía todo, de manera que tan sólo se sacaba la frasecita mencionada unos cortos días antes de la huelga, para que no se pudiese filtrar ninguna noticia. Recuerdo que, de todo aquel movimiento, había surgido la creación de la O.S.O (Organización Sindical Obrera) y, poco después, Comisiones Obreras del Campo y de la Construcción, creada como una institución sindical de clases que aglutinaría a los trabajadores de la zona. Claro está que una cosa era que no se conociese la autoría de los organizadores de las huelgas, y otra bien distinta que los agentes de la autoridad estuviesen cruzados de brazos ante aquel

lento y progresivo avance y cambio del comportamiento de la clase obrera. La “brigadilla” incrementó la inspección, sobornó a los chivatos, hizo un seguimiento de toda clase de movimientos que se produjesen en la ciudad y en el campo, detuvo a muchos sospechosos y los maltrató moral y físicamente. Algunos acabarían en la cárcel.

Cuando llego a la altura de esta ya larga narración, único consuelo en la soledad en la que me encuentro, además de las interminables lecturas de los papeles de mi Anita, hasta aprendérmelos de memoria, y de la lectura de toda clase de libros que caen en mis manos, me vienen a la memoria unas palabras que un día leí en la obra de Cervantes *Persiles y Sigismunda* y que me gustaron tanto que las escribí en mi cuadernito de anotaciones. Decía así: “Me salen a la lengua y a la boca ciertos pensamientos que rabian porque los ponga en voz y los arroje en las plazas antes que se me pudran en el pecho o reviente con ellos”. Tanto me gustaron estas palabras que fueron realmente la razón profunda por la que me afané en escribir estas torpes líneas, consciente de que, de no haberlo hecho, ya habría reventado mi corazón con mis recuerdos y con mis ausencias; y sabedor de que mi voz, oculta y ocultada, tiene los días contados.

Tras cuanto llevo narrado, comenzaron para nosotros oscuros y dolorosos días de rabia, de dolor, y de indignación. La historia tiene sus arbitrariedades; la fortuna, sus indeseados y siniestros maleficios. Nadie puede escapar de sus leyes inexorables. Cuando el mal viene de vete a saber dónde, sólo queda agachar la cabeza, apretarse el corazón, y oír en el interior de la conciencia los mugidos de un toro caprichoso y enloquecido. Pero, cuando el mal viene de las entrañas corruptas de los hombres de raíces podridas, la serpiente de la rabia se contonea por todas las venas del cuerpo. Es entonces cuando inyecta en el corazón y en la conciencia los sentimientos más innobles del hombre, el odio y el afán de venganza. Es cuando estás ya perdido. Es cuando la humanidad se te ha desprendido del cuerpo, como se desprende la piel de la serpiente, y queda muerta, incorpórea, y seca por un camino cualquiera. Lo demás ya no vale. Sólo lanzar, hacia donde no sabes, una queja gutural interminable, desolada e inútil, que te deja a la entrada

de la oscura cueva donde anidan los sollozos. Ambos siniestros viajeros de nuestro camino se apearon en la puerta de nuestras existencias a partir de entonces.

Hacía mucho tiempo que veíamos al Lápida triste, sombrío, distante, como agazapado en sus secretos o dolores. Incluso dejó de asistir a las reuniones de los camaradas. Nosotros lo justificamos, ante la desconfianza emergente en algunos, alegando el débil estado de salud que padecía su novia, lo que le hacía a nuestro amigo no tener ni ganas ni fuerzas para nada. Estábamos constantemente con él. Le preguntábamos qué le pasaba. Él, durante algún tiempo, no se apeó de contestarnos que no le pasaba nada. Sólo, los problemillas que traía la vida consigo. Pero resultaba evidente que, cuando una persona aguanta y aguanta un peso superior al de sus posibilidades, o explota o se derrumba. Así aconteció con el Lápida.

Una tarde estábamos juntos con él el Pajarito y yo. Nos encaminó hacia el viejo lugar de nuestras confianzas desde hacía muchos años, el final del paseo de La Calzada. Creíamos que nos llevaba hacia aquel lugar para encontrarnos con Mari Reyes, por cuanto que pasaba largas temporadas, no ya sólo en el periodo veraniego, en el chalet que por aquella zona poseían sus señoritos, dado que estos estaban, desde hacía algún tiempo, más meses en estas tierras que en las de Sevilla. De pronto, el Lápida nos miró con ojos de espanto. Comenzó a llorar desconsoladamente. Nos abrazamos a él. Dejamos que se desahogara. Lloraba como un niño asustado. Balbuceó de pronto:

-La Mari Reyes... que se me muere mi Mari Reyes...

El Pajarito y yo nos quedamos de piedra. El Lápida seguía llorando. Se nos hizo un nudo en la garganta. Se nos aceleró la respiración. Nos miramos mutuamente. Nuestras miradas estaban invadidas de una dolorosísima sorpresa. Nosotros sabíamos que, desde hacía algún tiempo, la salud de Mari Reyes no era buena y que, al parecer, padecía de problemas respiratorios, pero nunca tuvimos conciencia de que su enfermedad fuese grave, ni tan siquiera nuestras mujeres, que solían ser más observadoras en estos asuntos, nos habían hablado nada de ello. Eludimos caer en el tópico de pretender quitarle importancia a la gravedad, diciéndole al Lápida que no se preocupase, que Mari Reyes se curaría. Nos sentamos en uno de los bancos de madera de aquel paseo. Ya más tranquilo, el Lápida se desahogó contándonos lo que hasta aquel momento nos había ocultado.

Mari Reyes había gozado siempre de muy buena salud. Nunca había requerido ninguna atención médica, ni había tomado medicamento alguno. Al parecer, todo comenzó cuando una hija de los señoritos cayó gravemente enferma. Decían que lo que padecía era un problema bronquial. Mari Reyes, que tenía, más o menos, la misma edad y que era muy amiga de ella, se encargó de cuidarla. Le servía la comida, la sacaba de paseo por el jardín de la finca de Sevilla, estaba siempre con ella y al servicio de cuanto la señorita necesitase. Esta no mejoraba. Las visitas de los médicos fueron constantes. Incluso llegó a estar internada en un hospital de la ciudad de Sevilla. Todo fue en vano. La señorita murió como consecuencia de una tuberculosis pulmonar. Tenía veintidós años.

Mari Reyes le había contado al Lápida toda aquella historia, afirmándole que lo que más le había hecho sufrir era haber visto cómo tosía constantemente la señorita y el mal color que se le fue poniendo en la cara. La muerte de la señorita supuso un duro golpe para Mari Reyes. Esta lloraba con frecuencia cuando se encontraba con el Lápida. Nos fue describiendo nuestro amigo cómo, desde aquel entonces, la Mari Reyes parecía otra, incluso hasta en su aspecto físico. Él la veía más distraída, más fría, y con menos ganas de salir a pasear. Ni siquiera hablaba ya de planes de boda.

Cuando el Lápida empezó a escamarse fue cuando un día, en pleno verano, observó con qué frecuencia tosía la Mari Reyes. Lo venía haciendo desde algún tiempo atrás, pero lo achacaba a los catarros del invierno, a la humedad del chalet ubicado en las proximidades de la mar, o a algún tipo de alergia al polvo o al polen de las muchas especies de flores del amplio jardín. Siguió contando el Lápida que un día que se encontraba él dentro del chalet, acompañado de su suegra, mientras Mari Reyes se cambiaba de ropa para salir a la calle, le contó que estaba preocupado por los frecuentes ataques de tos que experimentaba Mari Reyes. Su suegra lo tranquilizó. Le dijo que los señores la habían llevado en Sevilla a los mejores médicos del pulmón. Estos no habían visto nada extraño en Mari Reyes. Tan sólo le habían mandado unas medicinas y le habían aconsejado que se protegiese del relente y de las humedades de la playa en las horas más frías. El Lápida nos dijo que, con aquella información, se había quedado más tranquilo.

Pero, siguió contándonos que la tranquilidad le había durado poco. Aquella tos tan pesada no sólo no desaparecía, sino que comenzó

a venir acompañada de otros síntomas que al Lápida le iban preocupando cada vez más. Había observado que la Mari Reyes, al menor esfuerzo o paseo algo acelerado, comenzaba a sudar como con anterioridad no lo había hecho. Se cansaba con frecuencia. El Lápida, aunque Mari Reyes y su madre lo negaban, veía a su novia cada vez más delgada.

Un día, cuando llegó al chalet a recoger a Mari Reyes para dar el paseo habitual, esta no salió a recibirlo como hacía siempre. En su lugar, salió su madre. Le dijo que Mari Reyes estaba en cama resfriada, que había venido a verla el doctor don Salvador, un médico de Sevilla que veraneaba cerca de sus señoritos y que era muy amigo de ellos. El doctor había dicho que se trataba de una simple bronquitis y que, con unos días de cama, unos apósitos de agua fría, y unas pastillas para la fiebre, pronto estaría bien. Efectivamente mejoró. Se levantó de la cama y volvió a salir de paseo con el Lápida.

Siguió contándonos la historia el Lápida. Este, a veces, sudaba; a veces, paraba la narración; soltaba algunas lágrimas. Se le atragantaban las palabras. Se sacaba el pañuelo del bolsillo del pantalón y se secaba el rostro. El Pajarito y yo lo contemplábamos con detenimiento. De vez en cuando nos mirábamos, con cierta muda complicidad, cayendo en la cuenta, sólo entonces, de que efectivamente nuestras mujeres nos habían comentado algunos de los síntomas que ahora nos narraba, con dolor y detenimiento, el Lápida. No obstante, ni nuestras mujeres ni nosotros mismos le habíamos dado a todo aquello la gravedad que ahora veíamos que tenía.

Estábamos confiados porque el Lápida no nos transmitió nunca todo esto, y porque conocíamos, de sobra, las atenciones que la Mari Reyes tenía en aquella casa, en la que los señoritos la querían como a su propia hija. Ahora nos estábamos dando cuenta de la cruda realidad. Si a los señoritos se les había muerto su hija de veintidós años, sin poder hacer nada por salvarla, ¿qué iban a poder hacer si el toro de la tragedia empitonaba con la enfermedad a nuestra Mari Reyes? La idea nos dio escalofrío, mientras que el Lápida, cada vez más afectado, seguía abriéndonos el armario de sus penas.

Nos contó lo que le pasó el día en el que se derrumbó por completo. Habían ido los dos a ver al abuelo del Lápida. Este besó a Mari Reyes y, rápidamente, se fue para la Rinconada de Sarmiento, en donde había una famosa pastelería. Compró unos dulces. De vuelta, entró en

un bar, pidió dos vasos de café con leche y, con todo ello, retornó al taller. Su nieto y la novia de este reían. Eran felices. Bromearon con el abuelo y sus ingeniosas ocurrencias. Tomaron el café y comieron los dulces, ponderando Mari Reyes lo bueno que estaba todo. Fue un rato excelente. Parecía que el destino quería enseñarle al Lápida el último de los pétalos de aquella rosa de la felicidad de su relación con Mari Reyes. Luego, tan sólo habría espinas en la rosa mustia y seca. Besaron al abuelo. Se marcharon. Cogidos de la mano, charlaban y bromeaban.

Mari Reyes cambió por completo cuando estaban ya cerca del chalet de sus señoritos. Empezó a toser compulsivamente. Sudaba y sudaba. Seguía tosiendo. Respiraba con dificultad. Se llevaba las manos a la boca. El Lápida sacó el pañuelo. Le secó el sudor a Mari Reyes. Esta cogió el pañuelo y se lo llevó a la boca, como para impedir que la tos siguiese. Llegó el momento aterrador y temido. Al expectorar Mari Reyes, el pañuelo quedó manchado de sangre. El Lápida la abrazó contra su pecho. Le acariciaba el pelo. Esperaba una reacción positiva de Mari Reyes. No llegó. Mari Reyes se llevaba la mano al pecho. Se lo apretaba. El Lápida temió lo peor. La cogió con fuerza en el momento preciso en el que Mari Reyes perdía el conocimiento. Al terminar esta parte de la narración, contemplamos cómo el Lápida pareció recogerse en sí mismo. Dijo unas palabras que no entendimos, si bien pensamos que las decía, de aquella manera, por el caos de dolor que tenía asentado en su cerebro:

—¡Esa tos, esa puta tos! Toda una vida escuchando esa tos. Tengo los tímpanos rotos de tanta tos. ¿Cómo he podido soportar el espanto de tanta tos? ¡Esa tos, Dios mío, esa puta tos!

¡Qué drama había vivido el Lápida! ¡Y nosotros tan ajenos! Llorábamos, en aquel momento, con él. Sabíamos que no lo había hecho por desconfianza hacia nosotros, dado que él sabía cómo estaba demonizada aquella enfermedad, sino que había ocultado su problema para no transmitirnos su angustia y su dolor, considerando que tanto el Pajarito como yo teníamos bastantes problemas y no quería agregarlos más. Y es que así era el Lápida, bruto como el primero, pero sufrido y con un corazón de oro puro.

Siguió el Lápida la narración, sin dejar de mirar el chalet donde había vivido su novia. Cuando entró aquel día infausto en el chalet con Mari Reyes desmayada en sus brazos, cundió la alarma. Su madre lloraba, con desconsuelo, abrasada a otra muchacha del servicio. El

señorito cogió el coche apresuradamente. Salió a toda velocidad en dirección a la casa del doctor don Salvador. Este cogió el maletín de las consultas domiciliarias y, a medio vestir, vino en el coche del señor. Subieron a la habitación de Mari Reyes. Le aplicó los primeros auxilios. Le tomó la tensión arterial. Le comprobó la temperatura. La primera estaba bajísima; la segunda, por las nubes. Le puso una inyección. Miró a los señoritos. La mirada lo decía todo. La señora se puso a llorar abrazada a la madre de Mari Reyes:

-¡¡No, otra vez no!! ¡Ay, mi Jesús del Gran Poder! ¡¡Otra vez no, ten misericordia, Dios mío!! ¡¡Ten misericordia!!

A los gritos de la señora y al sollozo incontenido de Reyes, la madre de Mari Reyes, acudió todo el personal de la casa. Todos miraban a don Salvador.

-Ahora, hay que dejarla descansar. Está grave, pero no hay que desesperar. Parece que la enfermedad está en sus primeros pasos. En un par de días decidimos si la trasladamos a Sevilla. Tal vez haya que ingresarla.

La madre de Mari Reyes no se contuvo. Se dirigió a la señora.

-Señora, dígame que no es lo mismo que lo de la señorita. ¡Dígamelo, por favor, dígamelo!

La señora, abrazada a ella, lloraba desconsoladamente. Miró al doctor. Este bajó la cabeza. El Lápida no tenía ya ninguna duda. Se sentó en el suelo en un rincón con la cabeza entre las manos. Quería controlar las lágrimas, pero estas le salían sin parar. Parecía que le iba a dar algún ataque. El doctor se acercó a él.

-Muchacho, ten ánimo. Lo siento, no sabes cuánto lo siento, pero no podemos hacer otra cosa. Sólo esperar. ¡Ah! Muy importante, conviene que esté sola. Necesita tranquilidad y descanso.

El Lápida levantó la cabeza. Dijo que él de allí no se movía. El doctor se le acercó y le dio la mano. El señorito echó el brazo encima del hombro del doctor. Ambos salieron de la habitación.

La señora, pasadas unas horas, intentó que el Lápida saliese de la habitación y fuese a comer algo a la cocina. Se negó. Reafirmó que él de allí no salía.

-Bueno, hijo, pero te digo una cosa. Si quieres permanecer aquí, tienes que obedecer por completo lo que te voy a pedir. No te puedes acercar a ella ni tocarla. Es por su bien y por el tuyo. Esto es

ahora lo importante. Ya lo ha dicho el doctor y lo que dice el doctor en esta casa se cumple a rajatablas.

El Lápida hizo una parada en su narración. No salíamos de nuestro asombro. Nosotros, tan cerca de él siempre y, al mismo tiempo, tan lejos. Yo no me pude aguantar. Casi le grité.

–Pero, Lápida, ¿y nosotros qué? ¿Como unos extraños? ¿No somos amigos? ¿No lo hemos compartido todo siempre? ¿Por qué nos has hecho esto? ¿Por qué? Nosotros teníamos que estar en todo momento contigo. Tu dolor es nuestro dolor. ¿Es que te crees que nosotros no queremos a la Mari Reyes tanto como tú? ¿O te crees que es una extraña para nosotros?

Tal vez me pasé con mis palabras, precisamente en aquel momento, pero no me pude contener; o tal vez, quién lo sabe, fueron las palabras adecuadas para dar rienda suelta a tantos nervios y tensiones retorcidos como los tres teníamos enroscados en el alma. El Pajarito se retiró un poco de nosotros. Comenzó a dar puñetazos y patadas incontroladas al tronco de un grueso árbol que había junto a nosotros, mientras gritaba:

–¿Por qué? Pero, ¿por qué? Todo lo malo viene para nosotros. ¿Qué nos pasa en nuestra puta vida? Ya está bien.

Paró de dar golpes. Observó, con mirada enfurecida, al sol que comenzaba a esconderse dentro de la mar. Gritó:

–¡¡¡Dios!!! ¿Dónde coño estás?

Dobló el cuerpo. Se llevó la cabeza hacia las rodillas. Se la cogió con ambas manos, como si se la estuviese apretando con ellas. Su voz ya no era un grito. Era un leve susurro que se iba perdiendo con el leve movimiento de las olas de la mar.

–¡Dios...Dios!...¿dónde estás? Si existes... ¿dónde estás? ... ¡Sí, dime dónde estás! ¿Tan malos somos? ¿Por qué tanta hiel? ¡Dios!... ¡¡Dios mío... ya basta... ya está bien!!

El Lápida y yo nos acercamos a él. Nos abrazamos los tres fuertemente. Nuestras lágrimas se mezclaban cuando nos dábamos suaves golpes con nuestras frentes.

Estábamos más serenos. Parecía que aquellos desbordes de nuestros nervios nos habían dado una tregua de paz. Terminó el Lápida su narración.

Pasaron dos días. Mandó a decir a su abuelo, para que este no se preocupase, que había ido con los señores a Sevilla a hacer allí un

trabajo y que volvería pronto, que nos lo comunicase a nosotros. Así lo hizo el abuelo. Nosotros, aunque extrañados, nos lo creímos. El Lápida, no obstante, no había salido de aquella habitación. Él y su suegra no se habían separado ni un momento de la cama de Mari Reyes. Esta recuperó pronto el conocimiento. Se asustó al despertar y vernos allí a los dos. La madre le dijo que había tenido un mareo y que se había desmayado. Parecía que estaba mejor. Incluso bromeó con su madre diciéndole que no se fuese a creer que estaba embarazada, mientras de soslayo miró a la puerta y al Lápida que se le había acercado. Durante aquellos dos días los señores entraban constantemente a ver cómo seguía Mari Reyes. El doctor la visitaba varias veces al día.

Al día tercero informó de que resultaba muy conveniente que Mari Reyes fuese trasladada a un hospital de Sevilla, dado que allí tendría las atenciones médicas adecuadas. Así se acordó. El Lápida se empeñó en que él se iba con Mari Reyes a Sevilla. El médico afirmó que no era ni oportuno ni necesario. Así lo determinaron los señoritos. El Lápida, aunque con el corazón destrozado, tuvo que permanecer en la ciudad. Marcharon para Sevilla, acompañando a Mari Reyes, su madre, los señoritos, y el chófer. Mari Reyes estuvo en el hospital sólo unos días. Los médicos informaron de que no había nada que hacer. El desenlace era cuestión de días o de semanas, pero la enfermedad de la tuberculosis pulmonar estaba avanzadísima y había afectado a otros órganos.

El Lápida miró largamente el chalet donde había servido la Mari Reyes desde que la conoció. Recorrimos destrozados el paseo de vuelta, con el presentimiento de un duelo inminente. Dejamos al Lápida en la puerta de su casa. Entró en ella. El Pajarito y yo nos quedamos un rato mirando aquella puerta cerrada. Nos pareció más empedregada, más oscura, más vieja, como la cubierta siniestra de un féretro. En silencio, los dos nos adentramos en la oscuridad de la noche.

Lo temido se confirmó. Mari Reyes falleció de tuberculosis pulmonar en un hospital cercano a Sevilla. La noticia se difundió rápidamente por nuestros círculos de familiares y amigos. Como una piña, nos unimos todos para desplazarnos a Sevilla, acompañando al Lápida para asistir al entierro. Los señoritos de la Mari Reyes habían atrasado un poco la hora del sepelio para que nos diese tiempo de estar allí todos. Hicimos una bolsa común para, entre todos, pagar los gastos que nos generaría el viaje, de manera que nadie se viese obligado a quedarse sin asistir al entierro por falta de medios. Bien temprano subimos el Carril de San Diego, pasamos por el Castillo de Santiago, cruzamos la Calle Sevilla, y llegamos al apeadero de la Estación del Tren del Campo de Jerez.

SI no olvido a nadie, fuimos, acompañando al Lápida, el Pajarito, mi cuñado Ramón, el padre de este, mi padre, el Bizco, el Pijeta, el Coco, el Ojogato, el Galera, el Loco, el Rubiopelo, el Otrabanda y algunos camaradas de las cuatro células comunistas que había ya en la ciudad. Problemas tuvimos con las mujeres. La mía, la de Ramón y la del Pajarito quisieron dejar a los niños con las abuelas para venir a Sevilla. Nuestro trabajo nos costó convencerlas de que los entierros eran cosa de hombres y de que, desgraciadamente, a la única a la que le podían haber dado compañía, ya no se la podían dar. Lo mismo aconteció con mi abuela y con las vecinas de mi casa. A estas tuvieron que frenarlas y convencerlas nuestras propias mujeres. Les alegaron que, cuando pasasen unos días, encargarían al padre Ángel que dijese una misa en sufragio de la Mari Reyes. Así se haría unas semanas después con la asistencia de todas ellas.

Al romper el alba, ya nos encontrábamos en la Estación del Barrio Alto. Allí estaba parado el tren de viajeros que nos llevaría a Jerez de la Frontera. Se realizaban en él los últimos preparativos. Entramos en donde se encontraban las ventanillas de expedir los

billetes. Formábamos una cola silenciosa, indolente, triste, bien distinta de cuando nos habíamos acercado, a aquel lugar, a propagar la información de la celebración de una huelga inminente de los jornaleros del campo. Otros viajeros que se encontraban en el andén esperaban para subir al tren. Nos miraban. Sabían, con evidencia, que en aquella ocasión íbamos a un entierro.

Fuimos subiendo a los vagones unos tras otros. Ya en él, íbamos contemplando las grandes extensiones de viñas de los términos de la ciudad y de Jerez de la Frontera. Algunos gastaban un cigarrillo. En la distancia, todo parecía en miniatura. El Lápida iba sentado en uno de los bancos. No hablaba. La mirada la tenía perdida en el infinito. Una cola de humo negro iba quedando difusa por los campos de Jerez. En esta ciudad hicimos transbordo a otro tren que, desde Cádiz, se dirigía a Sevilla.

Me coloqué junto a una de las ventanillas del vagón. Bajé el cristal. El fresco de la mañana me daba en la cara. Era como una caricia de tiempo. Con la mano izquierda entreabierta, como si fuese a coger una fruta, dejaba que el viento pegase en ella. Sentía una sensación extraña y atemporal; la sensación de la indolencia, de dejar que el tiempo y el espacio pasasen por mí, sin dejar en mi cuerpo nada de su esencia. La mirada, fija y clavada en un horizonte sin identidad, me introducía en una especie de nirvana por el que, sin yo tener que efectuar esfuerzo alguno, se iban proyectando, como caprichosas y fugaces imágenes, momentos de nuestras vidas. Estos se iban, por el espacio, abrazados al caprichoso humo que salía de la chimenea de la máquina del tren.

Llegamos a Sevilla. Un gran edificio consituía la estación de trenes. Los raíles se cruzaban caprichosamente unos con otros. Varios trenes aparecían parados. Había mucho trasiego de pasajeros y empleados que iban y venían. Fuimos bajando del nuestro. Se nos acercó, en cuanto nos vio, el chófer de los señoritos de la Mari Reyes. Con él, nos esperaban varios taxistas. Hubo sitio para todos y hasta sobraron plazas. Directamente nos encaminaron hasta el cementerio. Me parece recordar que se llamaba de San Fernando. Aquel cementerio parecía una gran ciudad. ¡Cuántas lápidas! ¡Cuántas calles y vericuetos! ¡Cuántos monumentos funerarios! El chófer se adelantó y le comunicaría al señor que habíamos llegado, porque, de inmediato, este llegó, todo vestido de negro. Se abrazó llorando al Lápida. Luego nos fue saludando a cada uno de nosotros.

Nos acompañó hasta una capilla que había cerca de la entrada. Todo era silencio. A medida que nos fuimos acercando a la capilla, comenzamos a oír algunos llantos contenidos. Cuando aparecimos por la puerta, las mujeres que rodeaban el féretro de la Mari Trini, colocado a los pies del altar y todo él cubierto de coronas de flores, comenzaron a llorar sin contención alguna. Estaban allí algunas mujeres que yo conocía, la señora, la madre de la Mari Reyes, y otras mujeres del servicio de los señores en su chalet junto a la playa. La señora se acercó y besó muy afligida al Lápida. La madre de la Mari Reyes lloraba sin parar. El Lápida se acercó a ella y le dio un abrazo prolongado. Fue el momento en el que un cura, acompañado de un sochantre y dos monaguillos, salió de la sacristía. Se puso delante del féretro. El Lápida hizo ademán de acercarse al féretro y abrazarlo rompiendo aquel protocolo. El Pajarito y yo lo contuvimos.

El cura comenzó unos rezos en latín. Tanto al Lápida como a mí nos sonaban, porque muchas veces los habíamos oído del padre Ángel en situaciones similares. Terminó el cura. Señaló el féretro con su mano derecha. Dos señores, vestidos de riguroso negro, nos indicaron, con un movimiento de cabeza, que podíamos coger el féretro. Lo hicimos el Lápida, el Pajarito, Ramón, el Pijeta, otro señor que yo no conocía, y yo mismo. Todos llorábamos. El cura iniciaba la procesión fúnebre, acompañado de los monaguillos y el sochantre. Este último iba cantando una canción mortuoria en latín.

Cruzamos varios patios del cementerio. El suelo de sus calles era de tierra de albero. Llegamos al lugar destinado para el enterramiento de Mari Reyes. Todo era silencio. Sólo se oía el rumor tenue de un llanto hacia adentro. Aparte de aquello, todo era silencio. Nos ordenaron que colocásemos el féretro en el suelo. Así lo hicimos. El cura, repitió los rezos. Inclimó al final la cabeza y retornó con los monaguillos y el sochantre a la iglesia, en donde habían permanecido las mujeres, presididas por la señora, que había dado órdenes a todas de que permaneciesen allí.

Se acercó el señor. Dio a los sepultureros las instrucciones. Estábamos delante de un monumento funerario excavado en el suelo. Era cuadrado. Todo él de mármol blanco. En cada uno de los ángulos había una columna también de mármol. En el centro, al fondo del conjunto, aparecía una imagen de una Virgen de las Angustias, con su hijo muerto en sus brazos. También era todo de mármol blanco. De una

columna a la otra pendían unas gruesas cadenas de hierro labrado. La de la parte que daba a la calle de aquel patio estaba descolgada. En el centro de aquel cuadrado había lugar para tres lápidas grandes, del tamaño de los féretros.

La del centro estaba colocada. Leí la inscripción. Se trataba de la de la hija de los señoritos, fallecida de tuberculosis pulmonar. Era la gran amiga de la Mari Reyes. La de la derecha estaba cubierta con otra lápida de mármol blanco. Tenía arriba un escudo heráldico; y en el centro, el nombre de aquella aristocrática familia sevillana. La de la izquierda aparecía vacía. Sentí un escalofrío de muerte cuando contemplé aquel hueco, recubierto de ladrillos enfoscados y pintados de blanco. Aun así, me pareció como un pozo oscuro, como un pozo sin fondo, en cuyo interior anidaba el misterio insondable de la vida y de la muerte. No le quité ojos al Lápida. Parecía una estatua más de mármol blanco de las muchas que había por doquier en aquel cementerio. Para él, se había parado el tiempo y en nada importaba el espacio.

Se acercaron cuatro operarios. Traían unas cuerdas en las manos, unos cubos de cemento, unos palaustres, y unas placas grises que parecían como de una uralita gruesa. Se colocaron dos a un lado del féretro; y los otros dos, al otro lado. Introdujeron las cuerdas por debajo del ataúd. Tirando de ellas sincronizadamente, lo levantaron. Se acercaron a la tumba. Fueron bajando con lentitud el ataúd hasta que escuchamos un suave golpe de este en el suelo. Tiraron de las cuerdas. Las sacaron.

El señorito inició el rezo de un padrenuestro. Estaba muy emocionado. No pudo impedir interrumpirse varias veces con un nudo en la garganta. No contenía las lágrimas. Estas provocaban las nuestras. Apareció el chófer. Traía en sus manos varios ramos de claveles rojos y de rosas blancas. Le dio un clavel al señorito. Tras ello, fue distribuyendo aquellas flores entre todos los que allí estábamos. El señorito se acercó al borde de la tumba. Besó el clavel y lo dejó caer sobre el féretro. Fuimos invitados a hacer lo mismo. El Pajarito y yo estuvimos en todo momento junto al Lápida. Seguía yerto y como una flor mustia y disecada. Cuando terminamos todos, los cuatro sepultureros colocaron cemento en los bordes de la tumba. Luego depositaron sobre él las placas grises. Tras ello, varias coronas de flores cubrieron la fosa.

Todo había terminado. Como si volviésemos de una batalla sin sentido, iniciamos el retorno hacia las proximidades de la capilla. Fue

el momento en el que el Lápida explotó. Los nervios, contenidos tanto tiempo, se desataron. Gritaba y lloraba sometido a un ataque de nervios. Nos abrazamos a él el Pajarito y yo. Golpeaba su cabeza con las nuestras. No había quien lo separase de aquella tumba. A duras penas, lo logramos. Entró de nuevo en la inanición que había expresado hasta aquel momento. Cuando llegamos a la puerta de la capilla, ya no quedaba ninguna mujer; sólo la señora. Esta había dado orden de que fuesen trasladadas todas ellas a su domicilio. Ya habían sufrido demasiado. La señora, acompañada de su esposo, se abrazó al Lápida. Este era una figura de hielo. Ella lo comprendió. Luego, los señores nos fueron despidiendo uno a uno, no sin antes haber dado orden de que fuésemos trasladados a la Estación del Tren. Cuando llegamos a ella, supimos que el señor había ordenado a su chófer que comprase el billete de vuelta para cuantos habíamos ido al entierro de Mari Reyes.

Aún hoy tengo clavado en las entrañas el escalofrío indescrip-
tible de aquel aciago día. Aquella imagen del Cristo crucificado,
rodeado de matorrales y plantas de flores con un dosel de firmamento
gris anunciando lluvia. ¡Cuántas esculturas de todo tipo y materia, pero
muertas! Tanto mármol muerto, tantas flores secas, tantas flores
metidas en jarrones, pero, sin embargo, con olor a muerte y a sequedad
tronchada; tantas palabras borrosas en algunas lápidas; tanto silencio
revoloteando mudamente por los rincones de la muerte; qué frío ca-
lendarario de todas las edades; cuántos anuncios de restos; cuántos fa-
miliares que afirmaban que nunca olvidarían; cuántas páginas escritas
con la uña de cabra de la muerte.

Nuestros movimientos en la ciudad desde hacía algún tiempo, así como cuanto había acontecido recientemente, no pasaron desapercibidos para la brigadilla. Venían sospechando de algunos de nosotros. La relación de los que nos habíamos desplazado a Sevilla les proporcionó nuevas pistas y les confirmó viejas sospechas. Comenzaron su labor inquisitorial y su acecho a cuanto realizaba cada uno de nosotros. De la lista pronto se iría cayendo la mayoría de ellos, por cuanto que en nada estaban implicados. Incluso hasta al propio Lápida no lo molestarían en ningún asunto, porque, tras el fallecimiento de Mari Reyes, él no quiso saber nada de reuniones, ni incluso de paseos. Se encerró aún más en sí mismo. Parecía un muerto en vida. A duras penas logramos, en alguna ocasión, sacarlo a dar un paseo por la calle, pero lo habitual era que permaneciese siempre en casa con su abuelo. Descartados casi todos, la inspección de la brigadilla se centró en el Pajarito y en mí. Nosotros lo sabíamos. Tomamos nuestras precauciones. Asistíamos a menos reuniones. Estas, además, se celebraban en los más variados sitios y a horas nunca coincidentes.

Siempre, no obstante, sospechamos que había chivatos o soplones de la brigadilla camuflados dentro de la institución política, o muy cerca de ella. Los registros, las detenciones, los procesos, las encarcelaciones no terminaron durante toda la década de los cincuenta y aún más. Casi nos habíamos acostumbrado a ello, por doloroso que resultase. Fenómeno gratificante resultaba que, a pesar de tales persecuciones, la oposición al franquismo no terminaba en la clase trabajadora. Caían unos, pero surgían otros. De entre las cenizas de la guerra civil y de los primeros años del régimen franquista, había rebrotado una nueva lucha de las clases populares, ansiosas de que se generase un cambio esencial en la sociedad.

Se siguió una estrategia progresiva para lograr los objetivos pretendidos. Se inyectó en las clases populares el convencimiento de lo necesario y oportuno que resultaría iniciar un proceso de constantes reivindicaciones. Estas, al principio, tan sólo habrían de ser laborales y de mejoras del nivel de vida y de subsistencia. Para nuestra sorpresa, vimos con alegría cómo otros sectores de la sociedad, que no pertenecían al gremio de la gente del campo o de la mar, comenzaron a sintonizar con nuestra lucha y a sumarse, de alguna manera, a ella, incluso hasta dentro del estamento eclesiástico, de curas o de muchachos que estaban estudiando para serlo, como también de gente del mundo de la enseñanza y de intelectuales.

La brigadilla, como brazo de dureza del franquismo en la ciudad, reprimía cualquier intento de acciones obreras, o de deseos de cambios políticos, o de lucha por la libertad. Todos sabíamos la extensa nómina de compañeros que ya habían sido víctimas de los maltratos de ella en su cuartelillo de la antigua Calle de la Iglesia, hoy llamada de Luis de Eguilaz. Para la brigadilla, que actuaba con total impunidad, contando con las bendiciones de toda clase de poder, todo movimiento que se detectase en la ciudad resultaba sospechoso y, en su consecuencia, perseguible. Aquella brigadilla intervino a sus anchas en la ciudad, durante muchos años, generando un miedo generalizado en la mayoría de los ciudadanos que, de alguna manera, estaban implicados en la lucha antifranquista.

Era alrededor de la una de la madrugada de un día de verano de 1959. Mi mujer y yo nos despertamos alertados por los focos de un coche que se había parado en la puerta de nuestra casa. La luz de los focos se proyectó sobre los visillos del balcón, abierto por el calor que hacía en aquella noche. Nos abrazamos. Anita se despertó. Comenzó a llorar. Mi mujer se acercó a su cama y la abrazó.

-Duerme, mi niña, que no pasa nada. Es sólo un coche que se ha parado. Recogerán a alguien para ir de viaje. Duerme, duerme, mi cielo...

Mi mujer corrió hacia mí. Me abrazó. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

-Mujer, espera, que no pasa nada. Esto es lo de siempre: molestias, preguntas, algún golpe, y a la calle... a seguir en la lucha.

Sentimos cómo el portón de la calle, que de noche quedaba tan sólo encajado, se abrió. La puerta tropezó fuertemente contra la pared.

No cabía duda. Si venían a aquella casa, era a por mí. Intenté tranquilizar a mi mujer y a mi hija. Me puse los pantalones. La puerta de entrada de la casapuerta al patio tampoco quedaba cerrada con llave. Sólo tenía un agujerito en ella por el que, tirando de una pequeña cuerda, se abría. Así, todos los vecinos podrían entrar a cualquier hora de la noche. Esta puerta también retumbó al chocar contra la pared. No cabía ya la menor duda. Algunos vecinos salieron de sus partiditos. Comenzaron las voces. Imperaba la sorpresa. Se abrió el interrogante de a quién iban a buscar aquellos guardias civiles. Pronto se disiparon las dudas. Uno de ellos preguntó que dónde vivía Pablo. La Jordana dijo que allí no vivía ningún Pablo. La apartaron de un empujón. Los vecinos continuaron saliendo al patio. Mi abuela, cuando escuchó mi nombre, salió toda desgreñada y se abalanzó sobre los guardias.

-¡¡Cómo toquéis a mi nieto, os mato!! ¿Todavía no tenéis batante? ¡¡Traidores, malnacidos, cochambrosos!!

Aparecí en la parte superior de la escalera. Sólo con el pantalón y descalzo. Mi mujer, a mi lado y agarrada a mí como una lapa. Mi hija lloraba. La Chata subió corriendo y la cogió en brazos.

-¿Qué pasa? ¿A qué viene esto y a esta hora? Sabéis que trabajo en el escritorio de don Manuel. Si queréis algo conmigo, allí es a donde teníais que haber ido. ¿Y vosotros tenéis mujer, hijos y familia? ¿Esto se hace con una persona decente? ¿Soy un traidor? ¿Soy un ladrón? Los ladrones visten de traje y corbata.

La pareja, superando toda la clase de obstáculos que le oponían los vecinos, subió la escalera. Intentó prenderme. Intervino mi mujer con un ataque de nervios.

-Malnacidos, esperad al menos que le traiga una camisa y unas alpargatas. ¿O es que os gusta mejor así, desnudito? Pues, os adelanto que tiene huevos para dar y repartir, y un rabo para acabar con todos ustedes.

Uno de la pareja hizo ademán de agredir a Ana. El otro lo miró fijamente. Viendo el tumulto que se había generado, optó por no intervenir. Ana volvió de la habitación. Le puso a su marido la camisa y las alpargatas.

-¡Como me le hagáis daño, os juro que voy a por vuestras mujeres e hijos! Bien sabe Dios que lo haré.

Un número de la pareja me colocó unas esposas. Comenzamos

a bajar las escaleras. Fue el momento en el que intervino mi padre. Se acercó a mí. Se abrazó:

-¡¡Esto hacéis con el hijo de un mutilado de guerra!! ¿Para esto me obligaron a luchar junto a Franco? ¡¡¡Maldita sea!!!

La gente se amotinó. La pareja que, hasta aquel momento, no había hecho uso de sus armas reglamentarias, al asomarse un tercer guardia en la puerta de acceso a la casapuerta, se llevó la mano a la pistola. La gente sabía cómo se las gastaban. Todos retrocedieron y callaron, menos mi abuela, la Jordana y mi padre que seguían con su retahíla de ofensas y de gritos a la pareja.

Llegamos al coche. Un número abrió la puerta. Dentro, esposado, se encontraba el Pajarito. Nos miramos. Sabíamos lo que nos esperaba.

Fuimos conducidos al cuartel de la guardia civil. Encerrados, luego, en una habitación. Allí estaba mi concuñado Ramón, otros camaradas, y algunos a los que yo no había visto en mi vida, así como otros cuyas caras me resultaban familiares, pero tan sólo eso. Todos quedamos esposados. Esperamos largo tiempo. La espera se me hizo insostenible. Nos saludamos, pero no teníamos ganas de hablar, además de que desconfiábamos de que nos estuviesen escuchando. Pasaba el tiempo. En algún momento escuchábamos algún grito lejano. Estaba seguro, porque sabía cómo funcionaba aquello, que los familiares de los detenidos se acercaban a las proximidades del cuartel, pero, si se pasaban de rosca, un disparo lanzado al aire los dispersaba con rapidez.

Posteriormente, me enteraría de que el Lápida se presentó en las proximidades del cuartel, y de las intenciones que llevaba. Mi mujer y la del Pajarito supieron que la intención del Lápida era entregarse afirmando que él era de los nuestros y el organizador de todas las huelgas y reivindicaciones. Las mujeres, a duras penas, lo frenaron. No pudieron. Tuvieron que pedir ayuda a otras personas que allí se encontraban. Entre todos lo introdujeron por el Callejón de los Trapos y lo hicieron alejarse por el Carril Viejo. Las mujeres le decían:

-Lápida, te lo pedimos por el recuerdo de Mari Reyes. No le sumes un dolor más al Pajarito y a Pablito. Tú y ellos ya tenéis bastante.

-Pero, ¿es que no os dáis cuenta? Son mis amigos. Los quiero más que a mí mismo. Tengo que estar con ellos como siempre y sufrir lo que ellos padezcan.

-Lápida, eso nadie lo duda -le dijo mi mujer-, pero ten en cuenta que tu abuelo está muy mayor y enfermo... y no tiene a nadie. Si te pasase algo, lo matarías.

Las mujeres contemplaron cómo un Lápida destrozado descendía por la Cava del Castillo dando patadas y puñetazos a las piedras de aquel maldito edificio que tan negros presagios levantaba en quienes conocían una parte de su historia.

Uno tras otro fuimos pasando a una habitación aparte y adecuada para sus fines en el interrogatorio. Algunos era la primera vez que experimentaban aquel tormento. Otros repetían. Los dos sujetos que componían la brigadilla eran famosos entre los obreros por la saña y maldad que ponían en la tortura que infringían para sacar información, o simplemente para vengarse de supuestas o confirmadas vejaciones que se hacía a sus personas, o al cuerpo al que pertenecían. Pocos años después, sería conocido por los trabajadores, curiosamente filtrado desde el propio cuerpo, que uno de la brigadilla había expresado que no deseaba llegar a la jubilación sin antes haberle dado una buena paliza a un cura que las andaba liando en la ciudad por sus amistades con las clases populares.

La habitación de los interrogatorios no podía ser más tétrica. La única luz era una fúnebre bombilla que pendía de un cable del techo. Allí se perdía toda referencia al tiempo y al espacio. Era el lugar idóneo para palizas y torturas. Estas no solían durar más de tres días, pasados los cuales, a la mayoría de los detenidos se nos conducía a ser juzgados por la jurisdicción especial de Responsabilidades Políticas, se nos aplicaba la Ley de Vagos y Maleantes, en la que, además de maleantes, en la precisa significación del término, se incluía a quienes, por sus actividades subversivas, fuesen considerados peligrosos para el régimen franquista, por el Juzgado Provincial de Cádiz; y tras ello, éramos trasladados al penal de El Puerto de Santa María. Fue mi caso, el de Ramón y el del Pajarito, entre otros. Aquello fue lo que fue, pero no sufrimos más ningún tipo de interrogatorio. Ya estábamos condenados para una veintena de años. ¿Qué más iban a querer saber de nosotros?

Las torturas que me infligieron fueron similares a las de los demás. ¿Cómo olvidar aquello? Eran peor que lobos enloquecidos. Duraron varios días; con diversas sesiones de interrogatorios. En dos de ellas, me ataron, manos en alto, a una viga. El cuerpo quedaba libre, semidesnudo, y a expensas de los golpes que me quisieran propinar.

Comenzaron a efectuarme preguntas sobre si conocía o no a algunas personas. Resultaba evidente que a unas las conocía, así lo hice constar; pero, otras no me sonaban de nada. Luego interrogaban sobre dónde nos reuníamos y cómo organizábamos las actividades subversivas. Yo callaba.

Cada respuesta y cada silencio iban seguidos de un puñetazo, un golpe con una vara delgada y dura que llevaba siempre uno de ellos, o una patada en cualquier parte del cuerpo. Parecían sentir preferencias por las patadas en las espinillas y en los testículos, los pisotones en los pies, los tirones de pelos, y los golpes en el abdomen y en la cabeza. Para esto último, colocaban junto a ella un cojín y propinaban el golpetazo en el mismo, para que acabase en la cabeza. En la tercera de las sesiones me cambiaron de postura. Me pusieron de rodillas con las manos atadas en la espalda. Comenzaron a darme unos golpes irresistibles detrás de la cabeza. Me tiraron al suelo con la cabeza sobre él, propinándome toda clase de golpes.

Junto a los golpes, aún me dolían más los insultos. Se referían a mi mujer con toda clase de obscenidades; a mi hija, gritándome que no era mía, sino de uno de mis amigos, gritándome que lo sabían de muy buena tinta; a mis relaciones sospechosas con mis amigos, afirmando que éramos una sarta de maricones; a la maldad de mis abuelos, a los que llamaron rojos de toda la vida; a la inutilidad de mi padre, del que gritaban que había quedado cojo en la guerra por huir por cobarde; a lo que iban a hacer con mi mujer cuando acabasen conmigo. Llegaron incluso, sabiendo que había sido monaguillo y amigo del padre Ángel, a ofenderme con suspuestas calumnias sobre él. Aquello era la maldad concentrada y diabólica.

La sangre me manaba de la cabeza, me salía de los oídos y de la nariz, e incluso de la boca. Pensé que de allí no salía vivo. Incluso, el dolor y la rabia fueron tan intensos, que deseé que acabaran con mi existencia. Al final, yo no era yo. No sé ni qué declaré. Lo cierto es que debió ser lo que ellos deseaban.

Cuando ingresamos en aquel penal, las condiciones del mismo no podían ser más lamentables. Toda cárcel tiene estos rasgos, pero es que aquella no podía tener más acumulo de males. La masificación era insoportable. El hambre, más. Se mezclaban los prisioneros políticos con los presos por delitos comunes. Al frente del penal, los vencedores de la guerra; muchos de los internos, los vencidos. El clima sanitario

era insoportable. En los “dormitorios” prácticamente no se podía respirar. Entre aquello y los pequeños colchones de paja, llenos de chinches y de piojos, así como el continuo aleteo de las moscas, el descanso diario era una mera utopía. Con esta situación, es comprensible la constante propagación de enfermedades, muchas de las cuales acababan en la muerte. No obstante, cuando nosotros llegamos al penal, fuimos enterándonos de que la situación había mejorado algo. Incluso seguimos, en la clandestinidad más férrea, con nuestras actividades políticas animando algunas reivindicaciones para un mejor bienestar de los presos.

La verdad es que cuanto sufrimos en los días de los interrogatorios en aquel maldito cuartel está, en mi cerebro y en mi alma, tan clavado como impreciso, porque el dolor llega un momento en el que te hace perder el sentido y la verdadera conciencia de lo que te está pasando. Recuerdo más las voces muy distantes e imprecisas, como si proviniesen de la barra del río, de nuestra gente que gritaba reclamando nuestra libertad, que los golpes físicos y las vejaciones que sufrí. Además, con el Pajarito y con Ramón jamás volví a hablar de aquello, ni ellos conmigo. Tampoco lo hicimos con los nuevos presos que, posteriormente, habían seguido nuestros mismos caminos y con los que nos encontrábamos en la prisión. Aquello fue y se acabó. Más me dolía la angustia de saber cuánto estaría sufriendo mi gente conmigo en todo momento, aunque desde la distancia que les permitían.

Durante mucho tiempo, aquellos gritos lejanos me retumbaron en el cerebro y lograron que saltase de la cama de mi celda, como interpelado por un resorte inevitable. Muchas veces quise enterrar aquellos recuerdos, pero, tras ellos, había tantos rostros, tanto dolor, tanta angustia, tantos pesares inútiles, que casi preferí que me acompañasen de por vida. Lo consideraba como mi inútil contribución a la lucha en la que un día me alisté. Preferí, para no reventar de ausencias, dedicarme a escribir lo que yo realmente viví desde mi más remota infancia. Me movía el deseo de que mi mujer, mi hija, y los hijos que esta tuviese un día supiesen de primera mano, narrado por mí mismo, lo que viví, no por quienes quisiesen contarle una historia distorsionada de su padre.

Mi vida pudo ser otra. La de los míos, también. Que ellos me perdonen si me equivoqué. No me subí nunca a otro carro, sino al de la lucha por la libertad y por el bienestar de todos los más desgraciados

de la sociedad. En el carro al que me subí los habría con otras intenciones bastardas, egoístas o pasionales. Mi intención y mi lucha fueron otras. En esta lucha no estuve sólo. Había compañeros de las más diversas tendencias, pero unidos en el mismo objetivo, luchar contra una autoridad que se movía por el mero ideal de la defensa de unos propios intereses económicos, y de una ideología excluyente, haciendo para ello toda clase de abusos del poder y oprimiendo a quien se encartase.

En el penal no existe el tiempo. Quién diría que ya llevamos aquí más de cinco años. Dejé a mi niña con diez años y ya está metida en los quince. Una mujercita. Da lo mismo que sea invierno o verano, día o noche, o que llueva o haga sol. Lo externo no existe, sólo lo interior; para seguir viviendo, o para deslizarse lentamente hacia la orilla de la muerte. Mis manos y mis ojos, en estos días sin horas ni minutos, son la presencia, siempre viva en el recuerdo, de mi mujer, de mi niña, de mi familia, del Lápida, así como la compañía impagable del Pajarito, de Ramón y de algunos otros compañeros. Proyecto sobre mi mente, una vez tras otra, las imágenes positivas del pasado. Sin ellas, me habría muerto ya de podredumbre y de ausencias. Me aferro a la lectura de los escasos libros de que se dispone en el penal. Algunos compañeros me denominan “El Quijote”, por el libro con el que algunas veces me ven acompañado. Busco en mis adentros lo que lo exterior a mí jamás me facilitaría, la paz interior.

Aquí no existen noticias, pero sí rumores. El cura que viene por el penal nos informó de que el papa había convocado un concilio para toda la Iglesia. Por más que se esmera el pobre hombre, nadie sabe ni qué es eso ni para qué sirve. ¡Lo que nos interesará eso a nosotros! La Iglesia nos dio la espalda ya hace mucho tiempo. Gracias a que hombres como el padre Ángel me impiden que las malas hierbas contra la Iglesia crezcan aún más en mi conciencia. Pero el padre Ángel es uno, y es como es, pero ¿y los demás? Aunque llegan rumores de que bastantes curas están acabando, como nosotros, también en la cárcel, por enfrentarse al dictador y a los suyos, si bien, según creo, en un penal especial para ellos. No sé si esto será verdad o inventos propagados por los muchos aburridos que aquí existen.

Algunos, incluso, hablan de que en el extranjero se ha celebrado una reunión a la que han asistido miembros de las diversas

tendencias políticas españolas opuestas al régimen, para tratar de la necesidad de cambios políticos y sociales, a corto plazo, en España. No me huele bien, porque sí sé que los camaradas no han ido a esa reunión. Desconozco si es porque no se ha celebrado, o, tal vez, porque no han sido invitados. Posteriormente, nos pasaron información. Era cierto que se había celebrado y habían llegado al acuerdo, tanto los políticos de la clandestinidad residentes en España, como los que se encontraban en el exilio, de un documento base para generar el cambio. He sabido también de las duras represalias del régimen contra los que habían asistido a aquella reunión, una vez que volvieron de ella a España. Algunos han sido encarcelados; otros, enviados al exilio. Algo es algo, pero la verdad es que yo veo imposible, hoy por hoy, mientras viva Franco, ningún tipo de cambio. Aquí tenemos para largo.

De nuestra ciudad nos llegan algunas informaciones, aunque difícilmente las podemos contrastar, a no ser que nos vengan por vía “directa”. Parece que ha habido cambio de alcaldes. Primero ha estado un médico y luego un abogado-bodeguero. Más de lo mismo. Me cuentan que lo del médico ha sido gracioso, porque, al parecer, declaró, sin titubeos, que se había ido de la alcaldía porque él era incompatible con el gobernador civil y, teniendo certeza de ello, no se quería ir del cargo de alcalde con la señal de la marca de los zapatos del gobernador en el culo. Esto sí que me lo creo, porque yo conocí a este médico, ya que vivía en la misma calle donde estaba el escritorio en el que yo trabajé y, en él, se chismorreaba de su amplio y jocoso anecdotario. Se rumoreaba, ya por aquel entonces, que él decía, antes de ser alcalde, que un político era una persona que iba con una mano en el suelo; otra, en el cielo; y la boca, abierta. Tenía ángel.

El bodeguero también salió del Ayuntamiento de mala manera: bueno la verdad es que, desde mi perspectiva, hizo lo más honrado que podía hacer, porque se decía que había ido a Madrid a presentar la relación de problemas endémicos e insolubles que padecía la ciudad. Allí lo ignoraron por completo. Volvió y dijo que el sillón para otro, que su dignidad y la de su ciudad no la pisaban nada ni nadie por mucha autoridad que tuviesen.

Anécdotas aparte, lo que nos llegaba acerca del estado social de las clases populares era deprimente. Continuaba la misma miseria y la misma pobreza enraizadas en las casas de la mayoría de los jornaleros y trabajadores. Aquella lamentable situación estaba cansina-

mente establecida por los barrios de la gente más desamparada. El padre Ángel, a pesar de su estado de salud, seguía arrastrándose por las insalubres casas de su jurisdicción. Nada cambiaba. La ciudad era como un barco varado en el mar de la incultura, de la muerte y del hambre. No obstante, la lucha de los compañeros y el miedo de los políticos a que la ciudad volviese a ser un nido de conflictos sociales estaban motivando que, aunque muy lentamente, se hubiese comenzado a construir viviendas populares y algunas escuelas, para aliviar el hacinamiento inhumano, todavía existente en esta década de los sesenta.

De lo que sí estábamos bien enterados era de que las actividades de los camaradas comunistas en la ciudad no sólo seguían a buen ritmo, sino que se habían incrementado considerablemente. En ello, tuvo bastante que ver la vuelta de algunos camaradas que, años atrás, habían emigrado a Alemania en busca de trabajo y huyendo de la quema. Algunos de ellos habían comenzado a retornar a nuestra ciudad con nuevos bríos, nuevas ideas y nuevas estrategias. La actividad de los camaradas se incrementó en la ciudad. Organizaron una huelga general de dos días en solidaridad con los mineros asturianos, que padecían una fuerte represión. Difundieron por los sectores más populares de la ciudad el periódico *Mundo Obrero*. Se acababa de lograr el “socorro” o empleo comunitario para los jornaleros en paro. Desde el penal celebrábamos, con inusitada alegría, los logros que nuestros camaradas iban consiguiendo para los nuestros.

La monotonía de la estancia en prisión recibía estas gotitas de vida en aquel arenal yermo y desierto de vida. Como un baño de esperanza resultaban las espaciadas visitas que, desde que caímos en prisión, nos hacía el padre Ángel. Costó Dios y ayuda que lo dejasen entrar en el penal para vernos y hablar un rato con nosotros. Se lo negaron una y otra vez, le alegaban que no estaba permitida ninguna visita. Cuando el padre Ángel se plantaba, se plantaba. Afirmó que de su sotana no se reía nadie. Fue a visitar a un militar de alta graduación, mutilado de guerra, que tenía su residencia en la ciudad. Comenzó rogándole y, luego, exigiéndole que, como consecuencia de su alta misión pastoral, nadie le podía impedir que atendiese a las almas que le estaban encomendadas, aunque estas hubiesen errado un día y, por ello, se encontrasen en prisión pagando su equivocación. Ya, con ello, tenían bastante. Supe que el padre Ángel dejó caer al referido militar

que, de no facilitársele lo que, en justicia de Dios y de los hombres, le correspondía, acudiría al cardenal Bueno Monreal, al ministro Carrero Blanco y al mismísimo caudillo.

Bueno que si le dieron licencia. Llegaba al penal en un taxi desde nuestra ciudad, ataviado con su mejor sotana. El taxista paraba en la misma puerta de la prisión. Se bajaba. Llamaba a la puerta. Esta se abría de par en par. Luego, el taxista abría la puerta del coche. Salía de él el padre Ángel con la solemnidad que le permitían sus maltrechos pulmones. Era acompañado por un funcionario hasta la habitación en la que se entrevistaba con Ramón, con el Pajarito y conmigo. Primero, con los tres; luego, con cada uno de nosotros en privado.

El padre Ángel se reía de toda aquella parafernalia, pero disfrutaba con ella, viendo cómo habían tenido que ceder a lo que él creía un deber de aquellas autoridades, así como un derecho suyo y de nosotros. Sus venidas eran verdadero báscamo para nosotros. Nos traía noticias y cariños de nuestras familias. También lo era para estas, porque sabían, de primera mano, de nosotros, realidad que otros compañeros no tenían la oportunidad de disfrutar. Como si se tratase de un estraperlista de los que iban y venían a Gibraltar y a La Línea de la Concepción, traía los bolsillos de la sotana y el mismo pecho cargados de productos que nos enviaba nuestra gente. No había quien tuviese el valor de tocarle para registrarle la sotana, los sagrados hábitos, como él los llamaba. Decía desde siempre que no había nacido quien tuviese lo que había que tener para ponerle un dedo en sus hábitos sagrados.

Un día nos enteramos por él de que las cosas estaban cambiando para bien en la ciudad. Nos informó, con voz casi imperceptible, por si alguien pudiera estar escuchando, de que, en torno a Comisiones, se estaba agrupando, de forma completamente clandestina, una plataforma de personas inquietas de distintas tendencias, pero unidas por la oposición al régimen de Franco. En ella, animados por un joven sacerdote que ejercía en un barrio de la ciudad, se encontraban los escasos militantes de la Juventud Obrera Católica.

Era un indudable peligro, pero los tiempos obligaban a correrlo inevitablemente. Aquellos jóvenes, nos dijo el padre Ángel, seguían el plan de formación humana y cristiana trazada por el movimiento jocista, pero, como compromiso social y apostólico, estaban del todo implicados en las reivindicaciones del mundo obrero. Nos

comunicó que se le había informado de que un seminarista de su parroquia, junto con uno de los jóvenes de la JOC, se había desplazado a Asturias para tener información, de primera mano, de los conflictos mineros de 1963, con el pretexto de que al seminarista se le había becado para asistir a la Semana Social de Oviedo. Así pudo traer información precisa a los trabajadores de esta zona sobre lo que en aquellas tierras estaba pasando. Además de instrumento de información y portador de las cosas que nos enviaban los nuestros, la venida del padre Ángel suponía para nosotros, en medio de tanta desolación, un rayo de luz, en tanta oscuridad, y una mano tendida a la esperanza.

Antes de que me detuviesen, me interrogasen, me torturasen y me apresasen en este penal, intuyendo lo que me podía pasar, entregué al padre Ángel algunos de los cuadernitos en los que yo había ido escribiendo estas historias de lo vivido por mí. Algún otro se lo entregué asimismo en visitas anteriores. Le dije al padre Ángel que, si le apetecía, los podía leer, aunque se iba a llevar alguna sorpresa que pudiera afectarle a él. Me preguntó que para qué había escrito todo aquello. Le contesté que para que lo leyese mi mujer y mi hija y, por lo que me pudiese pasar, tuviesen un recuerdo mío. Pero, le añadí que era mi deseo de que sólo les llegase cuando yo ya no estuviese en esta vida, porque, si llegaba a conocer la salida de la cárcel, prefería leérselos y explicárselos yo en persona. Me replicó el padre Ángel:

–Pablo, tú nunca fuiste ni tan dramático ni tan negativo. Pero, ten la plena certeza de que los cuadernos que me has ido entregando, y los muchos que espero que aún me entregues, llegarán a ellas. Serán las primeras en leerlos. Si me llamasen de la otra vida antes que a ti, cosa bien lógica, por mi edad y mi salud quebradiza, dejaré todo bien atado, y en las manos adecuadas, para que, a su momento, les llegue. Yo también prefiero que, cuando estés libre, me cuentes a mí cuanto en tus cuadernillos has narrado. Ten la certeza de que, mientras tanto, no leeré ni una sola línea, pero, eso sí, lo guardaré como un verdadero tesoro, como si de las páginas de la mismísima Biblia se tratasen.

Reímos los dos. Nos observamos detenidamente. Desconozco lo que el padre Ángel pensaba de mi aspecto, pero sé lo que yo contemplé y deduje del suyo. ¡Cómo había envejecido en tan pocos

años! Casi carecía de pelo en la cabeza. El poco que le quedaba, cortado como siempre a ras de la piel del cráneo, era de un blanco reluciente. La cara aparecía completamente llena de arrugas y unas amplias bolsas le colgaban de sus ojos amarillentos y hundidos. Lo que más me llamó la atención, no obstante, fue su dificultosísima respiración, su torpeza al andar, su inseguridad en las manos al coger algún objeto. No me cabía la menor duda, el padre Ángel estaba gravemente enfermo. ¿Volvería a verlo alguna vez más?

Inesperadamente, sin calcular que vendría a vernos, apareció poco después por el penal el padre Ángel. Aún estaba más decrépito. Me sorprendió su llegada. Me sorprendió todavía más que, a diferencia de otras veces, se reunió a solas conjuntamente con Ramón y el Pajarito, y luego sólo conmigo. La espera de que llegase mi turno para entrevistarme con él se me hizo eterna. No me cabía la menor duda. Sospechaba que había ocurrido alguna desgracia en mi casa y que el padre Ángel quería pedirle a Ramón y al Pajarito que me animasen y me apoyasen. Luego me la comunicaría a mí. Llegó el momento. Salieron ambos. Llevaban los ojos enrojecidos. Habían llorado. No me quedaba la menor duda. Todo el cuerpo me temblaba. Me eché a llorar como un niño. El Lápida y Ramón me cogieron cada uno por un brazo y me acercaron a la puerta de la habitación en la que se encontraba el padre Ángel. Me miró. Sus ojos estaban también enrojecidos. Me recordó a una de las estatuas de mármol que había visto en el cementerio de Sevilla cuando el entierro de la Mari Reyes. Me abrazó. Me señaló la silla en la que me había de sentar.

-¡¡Padre, por favor, dígame qué ha pasado!! ¡¡Que no puedo más!!

-Tranquilízate, Pablo. No estás para recibir más golpes crueles de la vida. Por eso estoy aquí. No quería que lo que te voy a comunicar te llegase por nadie, sino por mí, por más que a mí se me parta el corazón en pedazos. Es mi deber y es el derecho que tú tienes a ello.

-Padre Ángel, ¿Mi mujer? ¿Mi niña? ¿Mi abuela Dolorcita? ¿Mi padre? ¿Mis hermanas? ¡¡Padre, por piedad!! ¿Qué ha pasado?

-Todos ellos están bien, dentro de lo que cabe.

El padre Ángel se asfixiaba cada vez más. Los golpes de tos, seguidos de los míos, le impedían hablar con mayor fluidez. Me volvió a mirar profundamente.

-Pablo, la vida ha sido muy dura para ti. Sabes bien cómo lo sé y cuánto he sufrido contigo, pero todo cuanto de malo ha llamado a tus puertas, que son las mías, no proviene de Dios, sino de las raíces podridas que anidan en los corazones de muchos hombres que envenenan cuanto tocan. Dios no quiere el mal de sus hijos. Imagino que Dios se tendrá que contener para no responder ante el mal que se les hace a sus hijos enviando males mayores a quienes lo generan. ¿Qué sé yo, Pablito? ¿Qué sé yo? Sólo le pido a Dios cada día que me dé fe, porque mis pies se hundan en el lodazal de tanta maldad.

-Pero, padre, si nada malo ha sucedido a mi familia, ¿a quiénes ha visitado en esta ocasión el mal del que habla?

El padre Ángel se quedó mirándome profundamente. Hizo un silencio. Parecía no encontrar las palabras adecuadas.

-Pablo, esta vez el mal se ha cebado con el Lápida y se está cebando inevitablemente contigo.

Lo de que se estaba cebando conmigo ya lo sabía; lo del Lápida, no.

-Padre, lo mío ya lo sé. Salta a la vista. ¿Pero, qué le pasa al Lápida? ¿Lo mismo que a mí?

-Pablo, vayamos por partes. No disponemos de mucho tiempo. Me he informado con detenimiento. Todos estamos destrozados. Ya somos conscientes de tu enfermedad. Por desgracia, la misma que se llevó a Mari Reyes de esta tierra. Los médicos me han dicho que tienes la tuberculosis muy avanzada. Lo mismo me han confirmado Ramón y el Pajarito.

-Padre, eso ya lo sé. He leído mucho. Usted sabe de mi precoz afición por la lectura. Cada uno de los síntomas que se me han ido presentando los he ido contrastando con diccionarios y enciclopedias. Sé que no me queda mucho y que no saldré vivo de aquí. Por mí no me importa. Sólo me corroe el dolor que mi muerte traerá a los míos y el daño que les he hecho.

-¡¡Tú no has hecho daño a nadie!! Eres un hombre de pies a cabeza.

-Gracias, padre, usted sabe que eso lo he aprendido de quien tengo ahora enfrente.

-Bueno, Pablito, vayamos al grano. Tengo certeza de que si comenzase a mover los hilos, conseguiría que te trasladasen al hospital

de nuestra ciudad o, tal vez, a tu propia casa. Allí estarías rodeado de los tuyos.

-¡¡De ninguna de las maneras!! ¡Padre, ni me lo insinúe! Sé que pronto dejaré a mi mujer... en estado de viudez; y a mi niña, huérfana... Así es la vida, pero, de ninguna de las maneras le voy a conceder a esta puta vida el placer de que ellas y mi gente sufran el ver cómo cada día bajo un escalón hacia la tumba, de martirizarles los oídos con mi tos podrida, de soportar el olor fétido de la sangre que me sale de los pulmones... Lo que sufrió el Lápida con la Mari Reyes no lo va a sufrir, en manera alguna, mi mujer. Prefiero morir solo y que le quede en el corazón lo mejor de mis recuerdos, para que sean como flores que florezcan en la sequedad de la vida que yo les he granjeado.

El padre Ángel no sabía cómo consolarme, cómo animarme, cómo convencerme. Me extendió sus manos temblorosas. Parecían hechas de sarmientos retorcidos y secos. Las besé llenándolas de lágrimas. Apretó las mías fuertemente. Las separó. Se las llevó a su rostro arrugado como una pasa por los afanes y dolores de la vida. Jamás había visto mayor tristeza que la que contemplé en la mirada del padre Ángel en aquel momento.

-Pablo, por favor, no sé si debo hacerlo o no. Te prometo que estoy tentado de marcharme en este momento y no seguir la conversación contigo.

-¿En algo le ofendí, padre?

-Absolutamente en nada, querido Pablo. Es que me veo en la obligación, en conciencia, de hablarte de nuestro Lápida. Nunca me perdonaría que te enterases de lo que te voy a comunicar ahora por Ramón o por el Pajarito, cuando es por mí por quien te debes y te tienes que enterar. Pero, haz un esfuerzo, por favor. Lo que te voy a contar te va a partir el alma, como me la tiene partida a mí desde que lo supe y desde que me tocó vivirlo todo.

Si todo lo anterior me dolió como si me arrancasen de un tirón un brazo o una pierna, lo que vino después supuso el final real de mi existencia en esta vida.

-Pablito, el Lápida ha muerto...

-¿Que el Lápida ha muerto... pero cómo... de qué... por qué? No, padre, dígame que no he oído bien, dígame que me estoy volviendo loco y que confundo la realidad con la fantasía... dígame que estoy

soñando... dígame que ya me he muerto y veo fantasmas... pero, ¡¡No!!
¡¡No me diga que el Lápida ha muerto!!...

Lloré de pura rabia. Golpeé la mesa. Tiré la silla en la que me encontraba sentado. El padre Ángel se levantó de la suya. Con dificultad se dirigió hacia mí. Me abrazó con unas fuerzas que no sé de dónde le venían, porque carecía ya de ellas.

–Pablito, por favor, contrólate... que me van a echar de aquí.

Al ruido y al llanto se abrió la puerta y se asomó un funcionario. Preguntó si pasaba algo. El padre Ángel, con la mano, le indicó que no, que nada pasaba. Volvimos a sentarnos.

–Pablo, para entender esta muerte absurda, te tengo que contar toda la historia, historia de la que yo mismo no tenía el menor conocimiento. Una vez que todo se ha sabido en la ciudad, esta está conmocionada. Los hechos, aunque tergiversados, han salido en algunos periódicos.

Yo no salía de la sorpresa que se me había enroscado en las fuentes del pensamiento, impidiendo que este saliese con alguna congruencia. Sólo miraba al padre Ángel con un nudo en mi garganta y con mis ojos bañados de lágrimas.

–Pablito, todo arranca de fines de julio del nefasto 1936. Una vez que los partidarios de Franco se hicieron con el gobierno de nuestra ciudad, implantaron una dura e inhumana represión contra toda clase de gente. Esto lo sabes bien, como sabes cuántas criaturas murieron fusiladas en la ciudad. Yo nunca te hablé de buenos ni de malos, porque de los unos y de los otros los había en ambos bandos contendientes. Hubo zonas en las que prevaleció más la maldad de unos; y otras, en las que imperó la maldad de los otros, pero, viniese de donde viniese, el cainismo no tiene nada más que una definición: irracionalidad, asesinato y crimen.

El padre Ángel sacó su pañuelo blanquísimo. Lo desplegó y se secó el sudor de su frente.

–En nuestra ciudad el terror invadió las calles. Nadie estaba tranquilo. Unos, porque militaban en algún partido político de izquierda; otros, porque se habían señalado inconscientemente haciendo alardes de escopeteros por la ciudad; otros, porque, en alguna ocasión, habían hecho, en público o en privado, algún comentario desfavorable al régimen de Franco; otros, porque tenían

enemigos, y estos aprovecharon para levantar alguna calumnia o sospecha sobre ellos; y otros, vete a saber por qué...

Me miró fijamente.

–El padre del Lápida era partidario de la República, como trabajador y porque era el régimen que gobernaba el país desde el año treinta y uno, pero aquel buen hombre nunca había hecho daño a nadie. Con fundado miedo, sospecharon él y su padre que vendrían a por él y se lo llevarían preso, aunque sin tener todavía conocimiento de que, de los apresados, más de un centenar terminaría fusilado, en pocos meses, en cualquier camino de los alrededores de la ciudad. Ambos prepararon una trama para librarse de la represión.

–Como trabajaba en la mar, simuló que se había ahogado. La realidad fue que quedó escondido durante unos días en el campo de uno de los amigos del abuelo del Lápida, del que tenían certeza de que les sería fiel, porque en aquellos días nadie se fiaba de nadie. Tenía que desaparecer también la madre. Se preparó el montaje. Simuló que, con la desaparición de su marido en la mar, había enloquecido y se había obsesionado por irse con él. La veían ir y venir a la playa en las horas más extrañas. Un día se extendió el rumor... la nuera del marmolista se había metido en la mar, poco a poco, hasta desaparecer en las aguas. Fue a terminar su vida en el mismo sitio donde era convencimiento general que estaba su marido.

–Mientras tanto –seguía narrando el padre Ángel con fatiga y cansancio indisimulables–, como la casa-taller del abuelo del Lápida era muy alargada, casi un verdadero callejón, en la parte de dentro se labró un tabique, dividiendo el taller en dos partes. Mientras se hizo, el Lápida estuvo en el campo con unos familiares, con el pretexto de que olvidase la desgracia acontecida a sus padres, ya que tenía escasos años. Terminada aquella construcción, el niño se vino a vivir con su abuelo. En aquel agujero infame estaban sus padres, sin saberlo nadie, ni tan siquiera el Lápida, a quien su abuelo se lo comunicaría, después de prepararlo durante largo tiempo, cuando este fue prácticamente un jovencuelo, pero recalcándole y sacándole el juramento de que jamás comunicaría aquel secreto a nadie... ¡Sí, Pablito, absolutamente a nadie! ¡Cómo lo cumplió! Todos ellos creían que “aquello” duraría un corto espacio de tiempo, y que después se volvería a algún tipo de normalidad. Pero esta no llegó. Cuanto más tiempo pasaba, mayor era el peligro que corrían los padres del Lápida, de haberse descubierto aquella situación clandestina.

Ya no me quedaban lágrimas ni palabras. Parecía que el sentimiento se me hubiese congelado antes de aflorar a los ojos y a la boca. Hasta el pensamiento me pareció que había quedado acorchado y sin capacidad de funcionamiento. Comencé a oír las palabras del padre Ángel como si fuesen pronunciadas desde bien lejos de donde yo me encontraba. Llegué, incluso, a percibir las como distorsionadas.

—Y así pasaron más de veinticinco años. Allí encerrados. Muertos para el día a día. Fallecidos para todos. Cada día que pasaba se adaptaban más a aquella situación inhumana. Era por la noche cuando el abuelo del Lápida, a través de una trampilla existente junto a la cama que pegaba al tabique, introducía comida y demás enseres, al tiempo que sacaba los excrementos, los orines y la basura del interior, deshaciéndose posteriormente de todo ello. Fíjate, Pablito, lo que ha debido ser la vida del Lápida y de su abuelo. Aquellos esposos, jóvenes cuando se ocultaron, sometidos a tan largo encierro voluntario. El abuelo intentó varias veces disuadirlos, pero nada consiguió. El pánico se había asentado en ellos. El miedo a la muerte pudo más que el castigo autoimpuesto de vivir allí encerrados y lejos de la vida. Y mira que el padre del Lápida no había matado a nadie, ni nada malo había hecho. Decidieron salvarse de los previsibles fusilamientos.

La palabra trajo a mi cerebro los fantasmas que, de siempre, rebrotaban en mi interior cuando pasaba por aquel denegrido castillo-cárcel-antesala de la muerte esperada.

—Allí —continuaba la narración desgarradora del querido padre Ángel— evitaron alzar la voz, toser, hacer ningún tipo de ruido, para jamás ser oídos. En tantos años, ¡cuántas pesadillas no tendrían en sus duermevelas! ¡Cuántos sobresaltos superados por el calor del abrazo del uno al otro! ¡Cuántas sonrisas y ternuras al escuchar la voz del Lápida, y al intuir cómo iba creciendo y creciendo! ¡Qué alegría contenida sentirían cuando comenzaron a escuchar otra voz familiar, la de la novia de su hijo, Mari Reyes! ¡Qué dolor cuando supieron el final de esta pobre criatura! ¡Qué angustia cuando se enteraron de lo vuestro! Y yo, junto a sus cuerpos flagelados por la vida, y sin saber absolutamente nada de aquello. Estarían muchas veces enfermos el uno y la otra, pero el abuelo del Lápida tenía que recurrir a remedios caseros, jamás al médico, y mira que tenía varios amigos suyos médicos que vivían en aquella misma calle. ¡¡Dios, qué horror!! ¡¡Qué crueldad!! ¡¡Qué angustia saberse muertos para todos, hasta para su hijo, estando vivos, aunque con tanta precariedad!!

El padre Ángel hizo un largo silencio con aquel gesto tan suyo de taparse la cara con sus manos. Me miró. Noté que él ya no podía más. Intuí que sus pocas fuerzas físicas iban a poder con su inmensa energía interior. Tomó nuevos bríos y continuó.

–Pero, como un mal y una desgracia suelen llamar a otros males o desgracias, ocurrió lo temido. La madre del Lápida falleció en aquel cuartucho asqueroso y nauseabundo. Se acabó para ella la obstinación por vivir. El padre del Lápida, enloquecido y ya gravemente enfermo, derribó con sus puños, en los que apenas tenía fuerzas, aquel tabique. El Lápida y su abuelo quedaron petrificados. Toda la habitación se llenó de un polvo oscuro, pegajoso, con olor a la humedad que sale de una tumba cuando se abre tras haber estado varios años cerrada. Sobre un camastro yacía el cuerpo de la madre del Lápida. Aparecía amarillento, seco, con los ojos y la boca hundidos, la piel arrugada y la cabellera blanca y sedosa como una nieve escurridiza. Su marido, abrazado a ella, se levantó al entrar el marmolista y el Lápida. Los tres estaban sometidos a un fuerte ataque de nervios. Estos se desataron. El Lápida abrió, de par en par, la puerta de la calle. Quienes pasaban por ella y los curiosos que prestamente comenzaron a pararse delante de aquella casa-taller, pudieron escuchar sorprendidos los gritos del Lápida:

–¡¡Mi madre ha muerto!! ¡¡Sí, que todos lo sepan!! Ahora ha muerto de verdad; antes la habíais matado vosotros. ¡¡Falangistas de mierda, venid por nosotros!!

El abuelo lo cogió por la cintura y, a duras penas, logró meterlo dentro del taller. Se volvió a abrazar a su padre. Este ni sabía ni podía andar apenas. Estaba completamente pálido. La cara rugosa era de un color amarillo. Vio la luz que entraba de la calle. Desde los brazos de su hijo, cayó desplomado al suelo. Fue trasladado al hospital. Los médicos dijeron que no sabían cómo, en aquellas condiciones que presentaba, podía estar aún vivo. Cinco días después de haber ordenado el entierro del cadáver de la madre del Lápida, hube de hacer otro tanto con el de su padre.

–Cada vez que iba o venía de la iglesia, entraba a estar un rato con el Lápida y su abuelo –me activé cuando el padre Ángel volvió a hablar de mi amigo del alma–. El abuelo había blanqueado toda la casa-taller. Parecía un árbol viejo tan carcomido por la vida que cualquier otra carcoma que le viniese parecería no afectarle en

absoluto. El Lápida, en cambio, sufrió una transformación radical. Yo hablaba y hablaba continuamente con él. Pero mis palabras no eran sino un monólogo. Nada de lo que le dijese iba con él. A veces daba respuestas incongruentes. Tan sólo reaccionaba cuando le proponía llevarlo a visitar a un médico. Era entonces cuando me contestaba que no le pasaba nada, tan sólo que no tenía ganas de hablar. Sólo quería estar solo. Frecuentemente lo contemplé sentado en el suelo con la cabeza entre las manos. El abuelo creo que se acostumbró a verlo de aquella manera.

-Hace unos días, el abuelo había terminado de labrar una de las muchas lápidas que realizaba. Para que el Lápida se airease un poco, le dijo que la llevase a la funeraria. El Lápida le contestó al abuelo que prefería quedarse allí y que él seguiría trabajando mientras el abuelo estaba fuera. Así fue.

-Volvió el abuelo con la misión cumplida. Se extrañó de ver, desde el bar de la esquina, que estaban cerradas las dos hojas de la puerta de la casa-taller. Pensó que su nieto había salido. No obstante, un negro presentimiento se le agazapó en el alma. Aceleró el paso. Llegó a la puerta. Esta sólo estaba encajada. Abrió de un golpe las dos hojas. Lo primero que vio fueron los pies del Lápida balanceándose en el aire. Su cuerpo pendía de una viga a la que el Lápida se había atado por el cuello con una cuerda. A sus pies, un banquillo aparecía volcado. El abuelo intentó descolgar a su nieto. No pudo. Salió a la calle. Pidió ayuda. Lo descolgaron. Era tarde. El Lápida había muerto. Unos transeúntes ayudaron al abuelo a colocarlo en la cama. Junto a su cuerpo, aún caliente, pero muerto, se tumbó el abuelo. Se abrazó a él. Nadie pudo separarlo. A duras penas lo lograron cuando vino el juez a levantar el cadáver. Se lo llevaron al hospital a realizarle la autopsia.

No sé cómo el padre Ángel pudo terminar aquella dolorosísima narración. Había tosido con frecuencia. Se había sacado una y otra vez el pañuelo, como lo había visto tantas veces, y se secaba nerviosamente el sudor que le brotaba a borbotones de la frente y le caía por los ojos, mezclado con unas lágrimas secas. No sé lo que a mí me pasó. No podía llorar. La única facultad que me quedó activa fue la mirada, una mirada furtiva, yerma, indolente, estoica. Me pareció que el lago del sentimiento se me había secado al caer en él aquella roca tan negra. El padre Ángel se sorprendió. Con gran esfuerzo se levantó de la silla. Vino hacia mí. Me susurró al oído:

-Pablito, hijo mío, reza por mí. No me queda en mi interior ninguna de las torres desde las que contemplaba al mundo. En este pantanal en el que estoy metido, miro hacia dentro y hacia arriba... y quiero sentir a Dios... Reza por mí, hijo mío, aunque te cueste sangre...

Me abrazó sin apenas fuerzas. Fue entonces cuando me indicó que diese dos golpes en la puerta. Lo hice. Entró un funcionario de la cárcel acompañado de dos señores amigos del padre Ángel, a los que yo conocía de siempre. Me saludaron. Cada uno de ellos cogió al padre por un brazo. Sólo entonces me di cuenta de lo que le había costado al padre Ángel venir aquel día a verme.

Tuve que hacer esfuerzos sobrehumanos para trasladar al que iba a ser mi postrer cuadernito las últimas vivencias y los encuentros con el padre Ángel. Me esforzaría por acabarlo. Luego partiría el lápiz por la mitad y lo tiraría a la basura. Le confiaría el cuadernito al Pajarito con la promesa de que lo escondería, lo defendería con su sangre, y se lo daría al padre Ángel en cuanto le fuese posible.

Pero ya apenas puedo escribir ni una letra, ni tampoco lo deseo. No tengo nada más que contar. Todo está consumado. Noto cómo la muerte tira en cada momento de mí. No sé cuándo me llevará por completo, pero sí sé que el momento se acerca precipitadamente. Me da igual. Yo ya estoy muerto. Lo he aprendido. Primero se me han ido muriendo el alma, las ganas de vivir, la ilusión, la luz, la ternura. Ahora le ha llegado su hora al cuerpo. Es lo de menos cuándo venga y cómo venga. Le entregaré el cuaderno al Pajarito. Ya no me va a servir. Le entregaré el lápiz.

He cambiado de idea... Ya no quiero partir el lápiz por la mitad, sino dejárselo al padre Ángel junto con todos los cuadernillos para que, en su día, él... o quien sea... lo entregue a mi mujer y a mi hija. Voy empeorando más y más... Me han aislado en la enfermería de la prisión... No dejan entrar a nadie. He oído decir que mi enfermedad... es muy contagiosa, porque una sola gotita de agua que me salga de la boca al toser... es capaz de contagiar al que la reciba. El médico y la enfermera entran a verme, muy pocas veces... es verdad... con mascarillas en la boca y con guantes de goma... No sé cómo lo consigue... pero, todos los días entra a darme algo de comer el Pajarito y, algún que otro día, Ramón...

Desde que Pablito me comentó lo de los cuadernos que estaba escribiendo, yo sabía la ilusión que tenía por ellos. También sabía que Pablo tenía la ilusión de leértelo a ti, Ana, y a Anita. No pudo ser. ¡Pobre Pablito! Me los dejó a mí. Me encargó que este último se lo diese yo al padre Ángel que era el que guardaba los demás.

Yo no he leído tanto como Pablito o como tú, mi querida Ana. Tampoco sé escribir como vosotros. Hasta manejar su lápiz me cuesta trabajo. Me he atrevido a contar cómo fue su final. Muy doloroso. Pero que muy doloroso. Todavía tengo el corazón destrozado. Creo que así lo tendré mucho tiempo. Lo escribo a continuación de lo último que escribió mi gran amigo.

Quiero deciros lo grande que fue Pablito. ¿Quiénes mejor que vosotras para saberlo? El fue siempre el alma de nuestro grupo. ¡Cuánto aprendimos siempre de él! ¡Desde niños! Cuando él estaba con nosotros, nos atrevíamos a todo. Cuando él no estaba, nos faltaba todo. Mira que hemos pasado por cosas. Si él estaba, no existía ningún tipo de miedo. Tenía nuestra edad. Siempre pareció mayor que nosotros. Nos daba mil vueltas en todo. Ha sido una pena. Puto tiempo el que nos ha tocado vivir. En otro, Pablito habría sido un triunfador en lo que se hubiese metido.

Antes de que llegara el momento amargo de su muerte, ya me había hecho cargo del cuaderno y del lápiz. ¡Cuánto escribió con él!

En los últimos días que estuvo en la enfermería, nos dejaron al Ramón y a mí que le diéramos de comer. ¡Qué trabajito nos costaba! ¡No había quien le abriera la boca! No sé si era por dolores, por la asfixia, o por la tos, pero el Pablito no quería comer nunca. Yo creo que lo poco que comía era por darnos una alegría. Cuando comía algo, cambiaba nuestra cara. Él se daba cuenta. Se esforzaba por hacerlo.

Los encargados de la enfermería nos lo dejaron muy clarito. Corríamos peligro. Se nos podía pegar la enfermedad. Nos ponían unos guantes y una mascarilla. En cuanto estábamos sólo con Pablito, yo me los quitaba. El Ramón hacía lo mismo. Uno de los encargados me dijo un día que aquel favor se permitía porque el cura tenía influencias. Así lo había pedido. Cualquiera le decía que no al padre Ángel. Pero sabíamos que el favor se lo hacían ellos. Estaban cagados de miedo de entrar en la habitación. Creían que la enfermedad era como perro con rabia. En cuanto entrasen en la habitación los iba a morder. ¡Qué cosas!

Lo que de verdad nos dolía era ver el dolor de Pablito. No podíamos hacer nada por aliviarlo. Pero, con sólo verlo y charlar un ratito con él sentíamos que todavía estaba con nosotros. ¡Qué cojones tenía el tío! ¡Cómo estaba, y se esforzaba por hacernos reír! Nunca me habló nada del presente y menos del futuro. Sólo del pasado. Siempre se refería a las cosas agradables que habíamos vivido juntos. Se reía de todo. Todos los días me preguntaba si sabía algo de sus gentes. Tenía que decirle que no. ¿Cómo le iba a mentir? El Pablito sabía de sobra que allí no nos podíamos enterar de nada. Yo le cambiaba de tema. Él era consciente de cuánto estábais sufriendo todos vosotros, su familia, sus vecinos y sus amigos.

Yo no quería ver la realidad; Ramón, menos. Cada día estábamos más desesperados. Cada día, peor. La tos era interminable. La fiebre, altísima. El sudor, frío e incontrolable. La imparable pérdida de peso, imparable. El enfermero, o lo que fuese, me lo había prohibido. Sin embargo, me escondía, debajo de la asquerosa chaquetilla de preso, una toalla. La mojaba con agua de la jarra que había sobre la mesilla que estaba junto a la cama de Pablo. Se la ponía en la frente. Así le aliviaba el fuego que le brotaba de la cabeza y que se extendía por todo el cuerpo. Cuando la fiebre le hacía delirar, decía cosas que yo no entendía. Alguna vez entendía las llamadas que te hacía a ti y a la niña, al Lápida, a mí, a su madre, a su padre y, muy especialmente, a su abuela.

Un día estaba yo intentando dar algo de comer a Pablo. Llevaba en la enfermería como unos quince días más o menos. No lo recuerdo bien. Comía poquísimo. Se le habían ido del todo las ganas. Además, la comida que le daban era una porquería. Aquello no era comida para un enfermo grave, como estaba el Pablito. De pronto se abrió la puerta de la habitación. Apareció en ella el padre Ángel. Lo vi muy torpe. Me

pareció que había dado un serio bajón en su estado físico. Dos funcionarios le ayudaban a caminar. Al entrar en la habitación, el padre Ángel se separó de ellos. Lo hizo con desprecio. Nos miró. Me dijo que le acercase a la cama de Pablo. Observé que el cura veía muy poco. Me saludó dándome un cachetillo en la cara. Luego preguntó:

-Vamos a ver, ¿cómo está mi monaguillo preferido?

Pablo sonrió. Le acerqué al padre la única silla que había en la habitación. Le ayudé a sentarse en ella. Lo hizo. Nos informó de que los nuestros, aunque muy preocupados, estaban todos bien de salud. Nos contó, tal vez para no despedirme tan pronto, algunas novedades del pueblo. Cosillas. Nada más. Se quitó la mascarilla y los guantes que le habían obligado a ponerse los funcionarios. Los tiró sobre la cama a los pies de Pablo. Me miró.

-Pajarito, no te lo tomes a mal, hijo mío, pero deja que dos viejos amigos se digan adiós.

Se me hizo un nudo en la garganta. Salí. Esperé fuera. Escribí estas últimas letras. Cuando salió el padre de la enfermería, me acerqué a él y le entregué el cuadernillo de Pablo y su lápiz. Se los guardó.

-Padre, Pablo me lo había confiado para que se lo entregase cuando tuviese oportunidad.

Llegaron los dos funcionarios. Uno de ellos me ordenó que me fuese para el patio, que allí no tenía nada que hacer. Así fue. Allí me encontré con el Ramón. Le conté todo lo sucedido. Al padre Ángel no lo vi nunca más. De Pablito, sólo el féretro cuando lo trasladaban a nuestro pueblo para enterrarlo...

*Basada en hechos reales.
Los personajes que aparecen en la novela
son de ficción. Cualquier parecido con la
realidad es pura coincidencia.*

